

MACA FERREIRA

Eres la excepción que desmonta mis planes



MACA FERREIRA

Eres la
excepción que
desmonta
mis planes

Eres la excepción que desmonta mis planes

Junio 2023

Sello: Independently published

© Maca Ferreira, 2023

Diseño de portada: Marien Fernández (ADYMA Design)

Corrección: Raquel Antúnez (Magia en forma de letras)

Maquetación: Raquel Antúnez

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por ley.

A María, mi hermana mayor, por apoyarme siempre de manera incondicional y ser la mejor hermana que se puede tener, con tostada de paté en la frente incluida.

Nunca digas de esta agua no beberé, porque el camino es largo y te puede dar mucha sed.

Índice

[Prólogo](#)

[1 Amistad](#)

[2 Caminos](#)

[3 Adaptarse](#)

[4 De pelotas](#)

[5 La camarera](#)

[6 Aire](#)

[7 Un café](#)

[8 Errores](#)

[9 Hermanos](#)

[10 La playa](#)

[11 La petición](#)

[12 Solo](#)

[13 Despierta](#)

[14 Tía Alicia](#)

[15 Locura](#)

[16 Respira](#)

[17 Santa Pola](#)

[18 El sueño](#)

[19 Tabarca](#)

[20 Yo invito](#)

[21 ¿Jugamos?](#)

[22 Villena](#)

[23 Consejos](#)

[24 El refugio](#)

[25 Leo](#)

[26 Abrázame](#)

[27 Cállate](#)
[28 Scheiße](#)
[29 Dentro](#)
[30 Francia](#)
[31 Valiente](#)
[32 Lo nuestro](#)
[33 Volver](#)
[34 Tonto](#)
[35 La fiesta](#)
[36 Sorpresa](#)
[37 Salchicha](#)
[38 Familia](#)
[39 Irse](#)
[40 Adiós](#)
[41 Morriña](#)
[42 La boda](#)
[Epílogo](#)
[Agradecimientos](#)

Prólogo

Un instante que se convierte en todo un momento

Tres años atrás

Una sonrisa ancha y sincera se extendió por sus labios.

Pocas cosas le gustaban más a Alana que compartir momentos con los suyos. Tenía la suerte de que, para ellos, cualquier excusa era buena para organizar una reunión y, dado que conformaban una familia muy numerosa, estas siempre eran sinónimo de risas, algún que otro llanto y demasiados churretes.

—Cariño, ¿me ayudas con la mesa? —preguntó su tía Alicia asomando la cabeza por la puerta corredera de la cocina.

—Claro —contestó ella con una sonrisa.

Girándose sobre los talones soltó el dinosaurio al lado de su hermano Guille, el pequeño terremoto de cuatro años que parecía la reencarnación del mismísimo Belcebú, y se agachó hasta quedar a su altura, esperando que le prestase atención.

—Tengo que ir con la tata. Pórtate bien, ¿vale?

—Vale.

—No despiertes a la peque —le advirtió, sabiendo que, tan pronto como se girase, el niño se acercaría al capazo del bebé y haría de las suyas.

Él asintió con una sonrisa angelical que para nada convenció a Alana y continuó con su juego apocalíptico sobre el césped.

—Ya estoy aquí —anunció al entrar en la estancia de la que emanaban numerosos olores, a cada cual más apetecible. Bendecía su suerte de tener una tía cocinera—. ¿Qué voy haciendo?

—Lleva esos platos al salón y, si ves a tu padre y a tu tío, diles que vayan al cobertizo a coger un par de sillas —murmuró, cuchara en mano, removiendo el contenido de una cazuela y dándole marcha a la batidora con la otra—. ¿Dónde están los abuelos? —Alzó la voz sobre el ruido eléctrico del aparato.

—Aún no han llegado.

—Qué bien, viniendo a mesa puesta —se quejó sin un atisbo de enfado—. De mayor quiero ser como ellos.

—No seas mentirosa, tata. Si nunca dejas que los demás nos encarguemos de la cocina. —Se rio Alana recogiendo lo que le había indicado para llevarlo a la mesa.

—Pues también es verdad.

Alicia le guiñó un ojo y justo después volvió su cabeza haciendo volar su pelo rubio hacia lo que se cocinaba ante ella, por lo que dejó de prestarle atención.

Alana se marchó y, al acercarse por el pasillo hasta su destino, escuchó alboroto de voces.

Divisó a Bruno, el mayor de sus hermanos. Como Alana era la primogénita, eso le daba la potestad suficiente para poder ordenarle que fuese al jardín a vigilar a los pequeños. Por supuesto, él se quejó, sin embargo, no le quedó más remedio que terminar claudicando cuando ella lo amenazó con contarle a sus padres lo del pájaro herido que tenía escondido en su dormitorio.

Las técnicas que había ido aprendiendo desde que, con cinco años, llegó el primer bebé a la casa para ponerlo todo patas arriba eran de envidiar. Eso, sumado a su carácter responsable y maduro, la convertían en la perfecta aliada para sus padres, que descargaban en ella un poco del peso diario que conferían ocho hijos en edades comprendidas entre los dieciocho años de Alana y los dos meses de Zahara.

La comida transcurrió tal y como era de esperar en una casa en la que se reunían más de una docena de personas: con mucho ruido y poco aburrimiento, no obstante, con lo que no contaba Alana era con el anuncio que su tía Alicia iba a hacerles.

—¡Estamos embarazados! —gritó emocionada, agarrando a su marido de la mano sin poder contener las lágrimas.

Todos la felicitaron, ella también lo hizo, aunque en su fuero interno se castigaba a sí misma por no compartir del todo ese momento de felicidad familiar. Su tía preferida, su madrina, la que le daba los mejores consejos, mediaba con su padre cuando lo necesitaba y se acercaba más a una amiga que a una figura de autoridad, iba a distanciarse de ella de forma irremediable y eso, a pesar de que tan solo era ley de vida, la ponía algo triste, a decir verdad.

No obstante, como en otras ocasiones, compuso una sonrisa e intentó por todos los medios que no se le notase el malestar.

—¿Cómo te salió el examen, cariño? —le preguntó su abuela en la sobremesa.

—Bien.

—Claro que bien —secundó su padre orgulloso pasándole un brazo por los hombros—. Mi pequeña es la mejor.

—Papá...

—¿Sabéis que ha mejorado mi marca en los cincuenta metros?

—Míralo, se le cae la baba. —Sonrió su tía burlándose con cariño—. ¿De qué era el examen? —le preguntó a ella.

—Sociología.

Alana se encontraba cursando el primer año de la carrera de Ciencias de la Actividad Física y del Deporte, habiendo pasado con bastante soltura las pruebas físicas ese mismo verano.

—¿Sigues negándote a usar mi coche ahora que estás buscando algún trabajillo? —le preguntó su abuelo—. Ya sabes que yo apenas lo utilizo y está a tu completa disposición.

—Suerte con eso, papá —le rebatió Estrella, la madre de Alana.

—A mí no me cuesta ningún esfuerzo llevarla, Antonio —añadió Fede, su padre.

—Gracias, abuelo, pero no hace falta, de verdad, tengo el monopatín. —Alana se acercó al hombre y le dio un cariñoso beso en la mejilla antes de despedirse de todos los demás—. Mañana tengo que madrugar.

—Ohh, no te vayas —se quejó su tía.

Alana contuvo la sonrisa cuando escuchó cómo su padre la amonestaba al intentar descarriar a su primogénita, y asintió dócil justo antes de cerrar la puerta a su espalda, cuando este le dijo que la esperaba a las siete.

El camino hasta su casa lo hizo en escasos minutos, su tía vivía bastante cerca de la vivienda familiar y, gracias a la soltura que tenía en aquel medio de transporte tan cómodo y poco

contaminante, el trayecto le llevaba poco tiempo.

Sonrió cuando introdujo la llave en la cerradura de su recién estrenado apartamento y se sintió bien al saberse de alguna manera independizada, ya que, aunque tan solo una pared y una puerta con doble cerrojo la separaban de la casa de sus padres, aquellos eran sus dominios; los que un día fueron de su tía y que ella heredó al cumplir la mayoría de edad.

Se sentía orgullosa. Tuvo que luchar por aquel garaje reconvertido en minicasa, sin ir más lejos, estaba buscando un trabajo que la ayudase a pagar el alquiler que le habían impuesto sus progenitores. Su padre a veces parecía negarse a asumir que ya no era una niña y que debía dejarla volar, por lo que esa cláusula, la del alquiler, fue una de las trabas que intentaron ponerle para disuadirla.

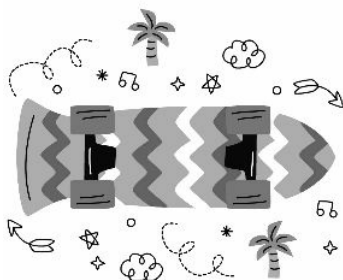
Alana se mantuvo en sus trece y, al final, lo consiguió.

Mereció la pena rebelarse por una vez en su vida, pues en aquel momento era la dueña de su futuro y también era la primera de su grupo que vivía sola.

África y Alba, sus mejores amigas, aún no se podían creer su suerte.

Se mordió el labio inferior aguantando una sonrisa entusiasmada antes de poner la alarma en el teléfono y apagar la luz. Debía dormirse pronto, quería estar descansada cuando su padre llamase a la puerta para salir a correr juntos como cada mañana.

Si algún día quería convertirse en su socia en el negocio de entrenamiento personal, debía demostrarle que, pese a su corta edad, podía confiar en ella.



A más de trescientos kilómetros de aquel lugar, sentado a una desvencijada mesa con sillas de madera que habían visto tiempos mejores, Hans bebía de un botellín observando el manto de estrellas que se desplegaba ante él.

No contó con recibir aquella sorpresa cuando esa misma tarde terminó de preparar la furgoneta, aunque, en aquel momento, se alegraba de que tanto Virginia como su marido Juan Carlos hubiesen llegado cargados de cerveza, una empanada de las que tan bien le salían a la mujer y multitud de consejos para ese viaje que estaba a punto de emprender.

Hans era un tipo al que no le gustaba asentarse en ningún lugar demasiado tiempo, el mundo se le quedaba pequeño y siempre buscaba nuevas experiencias que le aportasen la sensación de estar vivo de verdad.

Aquel había sido su proyecto los dos últimos años, desde que compró aquella destartada furgoneta y poco a poco, con los ingresos esporádicos que le iban entrando de diversos trabajos, la fue arreglando y poniendo a punto para recorrer el mundo con ella. A pesar de que para él solo era necesario tener el depósito lleno, contar con su moto cargada en el remolque y con esas indescriptibles ganas de exprimir la vida; agradecía que Vir se hubiese molestado en dejarle

llenos la despensa y el frigorífico de envases con comida preparada.

La mujer era lo más cercano a una madre que tenía desde hacía demasiado tiempo y la quería como tal, aunque ella solía quejarse, alegando que la abandonaba con más frecuencia de la que le gustaría y que cualquier día, al regresar, estaría tan vieja y decrepita que ni lo recordaría.

Aquello no eran más que tonterías, por supuesto. La mujer se encontraba en la cincuentena, pero, si la edad se medía por la vitalidad de espíritu, Virginia tan solo se podía considerar una chiquilla de trece años.

Con una sonrisa satisfecha, le dio un último trago a la cerveza antes de apoyar el envase en la mesa y observó la casa que se alzaba a su alrededor, la misma que jamás consideró como suya.

—Llegó la hora —murmuró mirando al cielo.

1

Amistad

Quien tiene buenas amigas tiene buenos ataques de risa

Actualidad

Recibió el golpe de un champiñón en la frente y levantó la cabeza con brío.

El proyectil trazó un arco perfecto en el aire y, aunque ese detalle pasó desapercibido para Alana, que andaba concentrada en su manicura de colores, la sonrisa de África la delató.

—Ya te vale —se quejó repasando con sus dedos el lugar del impacto.

—Te dije que nada de verduras.

—Pero si no se notan —se defendió la dueña del apartamento.

—Y una mierda que no se notan —rebató su amiga—. La semana que viene yo pido las pizzas, vosotras sois demasiado sensatas hasta para desmadraros encargando comida basura.

—Todos los domingos dices lo mismo y luego nos encasquetas a nosotras la tarea —bufó Alba, la tercera integrante del grupo, con todo el peso de la verdad a su favor.

—Hoy tenía una buena razón —se defendió—. Por fin me estaba dejando querer por el vecino de la rubia. —Señaló a Alana con la cabeza y su pelo de mechas lilas se movió gracioso con el gesto—. Como comprenderás, no pensaba parar antes de que me metiese mano.

Ambas amigas se miraron y negaron con la cabeza. África no tenía remedio, aun así, ellas la querían igual.

—Y que sepas que creo que tu padre me ha visto.

Alana la miró espantada.

—Estarás de coña.

—No. —Sonrió con docilidad—. De hecho, juraría que hasta me ha guiñado un ojo.

—¿Que te ha guiña...?

—¡Cállate, África! —la amonestó Alba interrumpiendo a una horrorizada Alana.

Alba solía ser la más sensata de sus dos mejores amigas y, aunque también había tenido una época en la que suspiraba embelesada cada vez que su padre iba a recogerla al colegio, ya hacía bastante tiempo que era consciente de cómo molestaba a Alana esa devoción física y la adulación que tenía que soportar de las demás chicas de clase hacia su padre, así que se abstenía de hacer comentarios.

Era obvio que a África se le olvidaba ese detalle. Continuamente, además.

—Por cierto, no cuentes conmigo para el jueves que viene —soltó la susodicha haciendo

mención a la clase de *pool dance* a la que Alana la había arrastrado esa semana—. Aún me duele el cuerpo de la tortura a la que me sometiste llevándome a esa lección de cómo ser un putón verbenero refregándote con un palo. No me compensa ese horror para conseguir echar un polvo, amiga.

—Es que tienes una motivación equivocada —rebatí Alana divertida—. Vas pensando en unos objetivos que tú misma te has imaginado, cuando debes hacerlo por ti.

—Y por mí lo hago, para conseguir un buen meneo, y ya te digo yo que no me vuelvo a subir a la barra esa del demonio para parecer sexi, que por poco me parto la crisma y no lo cuento. —Alba contuvo una carcajada, y Alana puso los ojos en blanco.

»Tú no te rías, guapita —amonestó a Alba—. Algunas nos tenemos que buscar la vida como podemos porque no tenemos la suerte de tener un novio que nos adora y que nos tiene siempre entre algodones.

La aludida le sacó la lengua, y África le lanzó un nuevo proyectil alimenticio que esta esquivó con maestría.

—¿Al final vas a casa de los padres de Soto este verano?

Alba asintió.

—No sé cómo no te rebelas. Si con veintiún años ya estás veraneando con la familia política, ¿qué vas a dejar para cuando seáis dos carcamales? —cuestionó África.

—Casarnos. Tener hijos, un perro...

—¿Qué hemos hecho para merecer esta amiga tan aburrida, Alana?

—Eso suena a envidia cochina, ¿sabes?

—Oh, sí. Fíjate qué envidia te tengo que me pienso pegar todo el verano pasándome por la piedra a cualquier tío con el que me cruce mientras tú juegas al cinquillo con tu suegra.

—No seas mala —terció Alana terminando de enroscar la pata del bote de esmalte celeste—. Y yo sí que te tengo envidia, Alba. Me espera un verano movidito en el *camping*.

—No se puede ser tan responsable, chica. A veces hay que sublevarse contra el sistema. Somos demasiado jóvenes para malgastar el tiempo en trabajar, algo que ya haremos hasta aburrirnos cuando crezcamos.

—Como tu madre se canse de ti y de mantenerte te pone a limpiar pescado todo el verano. —Se rio Alba—. Y ya me gustaría ver cómo te pasas por la piedra a los lenguados y besugos de su pescadería, ya.

Alana y Alba se rieron mientras África les hacía un corte de mangas.

—Antes muerta.

—Ya visualizo el eslogan: «África: forense oceanográfica de día, putón verbenero de noche» —se cachondearon de ella.

En medio del estruendo de sus carcajadas no escucharon el sonido de la puerta y, para cuando se dieron cuenta, la cabeza de Bruno asomaba por el quicio de la entrada que conectaba la casa de sus padres con su apartamento.

—¿Qué te pasa? —preguntó su hermana mayor.

—Necesito que me guardes una cosa esta noche.

Lo miró con desconfianza al mismo tiempo que él le mostraba lo que escondía.

—¿Otra vez?

—¡Qué mono! —exclamó África acercándose al chico y acariciando la cabeza del gatito de apenas dos meses que dormitaba en sus brazos.

—Mamá lo ha descubierto.

—Mañana tengo que trabajar, Bruno —se quejó Alana sabiendo que era en vano—. Espero

que no me dé mucha lata.

—Es muy buena —contestó su hermano con las mejillas arreboladas a causa de la cercanía de África—. Te debo una.

—Una más —puntualizó su hermana, y el adolescente asintió solemne.

Para cuando el chico se marchó, las tres acariciaban y emitían sonidos ininteligibles dedicados al cachorro. Continuaron la reunión de cada domingo en voz baja una vez que el animal se hubo quedado dormido, arropado en un par de cojines del sofá. África y Alba se marcharon un rato después, poco antes de medianoche.

Alana se puso un pijama liviano que la ayudase a combatir el calor de esas noches de principio de agosto y se observó en el espejo. La mujer que se reflejaba era joven y enérgica, con una apariencia atlética e interesante. Su cabello rubio caía alrededor de su rostro acentuando sus ojos azules, su nariz tenía un tamaño muy proporcionado y sus labios, gruesos y definidos, lucían de manera habitual sonrosados.

En general, le agradaba lo que veía cuando se analizaba, tenía una estatura normal, un físico saludable y le gustaba el hoyuelo que se le formaba en la mejilla derecha al sonreír, aunque no creía que el resto del mundo la considerara una chica segura de sí misma y no entendía del todo el porqué.

A decir verdad, no tenía demasiados complejos con su físico y se sentía feliz de ser como era, pese a que a veces hubiese deseado no tener una cara con un aire tan dulce y angelical y sí una apariencia más sexi, como la que tenía su amiga África.

Encogiéndose de hombros, se giró y abrió la puerta que conectaba con la vivienda de sus padres sin saber si los encontraría aún levantados.

Sonrió al contemplar la escena que se desarrollaba en la cocina, donde su madre bebía de una copa de vino mientras su padre, con uno de los pies femeninos sobre su regazo, charlaba con ella y masajeaba su pantorrilla.

—Hola, pequeña —le dijo Fede al divisarla—. ¿Ya se han ido las chicas?

—Sí, mañana cubro a una compañera y tengo que ir a dormir pronto. No creo que vaya a correr, papá.

Se acercó hasta ellos, y su madre le pasó un brazo por la espalda, acariciándola con cariño.

—¿A qué hora acabas?

—A las cuatro —respondió la joven robándoles un fruto seco del platito sobre la encimera—. ¿Necesitarás ayuda por la tarde?

—No te preocupes —contestó Estrella—. Mañana solo tengo ocupada la mañana, así que yo me encargo de los niños.

Alana asintió y besó la mejilla de su progenitora para luego hacer lo propio con la de su padre.

—Me voy a la cama.

—Descansa, cielo.

—Te queremos —añadió Fede con cariño.

—Y yo —contestó ella justo antes de marcharse.

Alana los dejó solos y no fue testigo de cómo su padre le exponía a su esposa sus miedos, pues, desde hacía unos años, Fede temía que su hija cayera en los mismos errores que ellos habían cometido en sus primeros años de relación, no obstante, aquello era algo que, por supuesto, no podía controlar, ya que la vida tenía planes para su primogénita que ni él ni nadie podrían frenar.

Tan solo le quedaba ser testigo de ellos.

2

Caminos

Los grandes cambios se inician con una buena sacudida

—Vamos, bonita. No me hagas esto. —Hans cerró un segundo los ojos mientras el sonido del motor se ralentizaba hasta quedar apagado por completo. Apoyó la frente en el ajado volante y respiró hondo—. Vale, no pasa nada —se habló a sí mismo—. Nada de nada.

Con una última inspiración se incorporó en el asiento y compuso una sonrisa mirando a su alrededor.

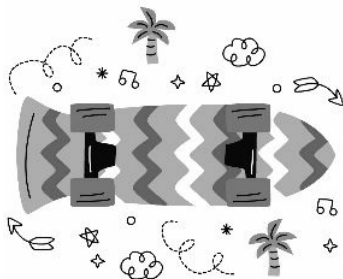
Sabía que no servía de nada lamentarse, la vida estaba llena de imprevistos, y a él le encantaba vivir el devenir del día a día. Aquello no era tan grave, tan solo tenía que localizar el sitio más cercano donde pudiese estacionar la furgoneta hasta arreglarla, a poder ser, un lugar con toma de agua y electricidad, y también debía conseguir una grúa que lo remolcara hasta allí. Para todo ello debía dar primero con su teléfono, ya que el aparato andaba perdido, una vez más, en aquel caos que conformaba su casa rodante.

Consiguió localizarlo varios minutos después, bajo una pila de ropa por lavar.

Cuarenta y cinco minutos más tarde veía partir su vehículo siendo remolcado. Arrancó la moto con una buena sensación en la boca del estómago, ya que, por fortuna, el lugar en el que su vieja furgoneta había decidido descansar de forma temporal, Costa Serena, tenía un espectacular mar azul y la luz del sol incidía de una forma especial en sus rincones.

No pudo evitar parar a contemplar el paisaje en un par de ocasiones durante el trayecto. Estaba tranquilo, pues el tipo de la grúa se encargaría de llevar a Iris hasta el lugar que le había indicado y no tenía ninguna prisa.

Aquella no era la primera vez que el vehículo se tomaba un descanso, tenía un considerable número de carreteras recorridas a sus espaldas y, aunque Hans la trataba con cariño y mimo y nadie adivinaría los años que llevaba en circulación guiándose por su interior reformado, los kilómetros recorridos juntos hacían sus estragos.



El sonido de un claxon alertó a Alana. Soltó el ratón del lento ordenador y agarró el *walkie* antes de salir hacia la cancela de vehículos.

—Hola, bonita —la saludó el conductor de la grúa.

—¡Hola! ¿Qué me traes por ahí? —le preguntó Alana recolocándose la gorra y la coleta.

Conocía al hombre desde que iba al jardín de infancia, puesto que se trataba del padre de su amiga Alba. El aludido, de prominente barriga, gran bigote negro y la misma sonrisa franca de su hija, bajó con algo de dificultad del vehículo.

—Un forastero se ha quedado tirado en la nacional y me ha pedido que lo remolque hasta aquí —explicó el hombre—. Debe de estar al llegar. Venía en moto.

—Entiendo.

—¿Crees que lo puedes colocar cerca del mar? —preguntó él—. Me ha prometido una buena propina si lo consigo.

Alana sonrió y meneó la cabeza.

—Veré qué puedo hacer.

—Eres la mejor.

—Gracias. Lo hago solo porque eres tú —rebatía ella acercándose al reducido edificio de la recepción.

Se debatió unos segundos entre enviarlo al lugar más alejado de la playa y, por consiguiente, fastidiarle la posible propina al hombre, o buscarle hueco en primera línea.

No es que fuese una tarea demasiado fácil, ya que estando en la primera quincena de agosto, y, por lo tanto, en temporada alta, el *camping* se encontraba a rebosar. No obstante, para Alana no había nada imposible cuando se trataba de satisfacer al cliente, por algo su jefe la dejaba a cargo de todo siempre que él se ausentaba.

—Listo. Estará tan cerca del mar que como venga una ola más fuerte de la cuenta le va a dejar la furgoneta bien limpiita —le dijo al padre de su amiga cuando regresó con las directrices.

El hombre contuvo una carcajada y siguió sus indicaciones hasta dejar la camper ubicada en el que sería su aparcamiento.

Alana se estaba despidiendo de él cuando llegó hasta su nariz el inconfundible aroma de una colonia masculina que conocía bastante bien.

—Qué larga se me está haciendo la mañana —se quejó su compañero al llegar a su lado.

Alana lo observó y sonrió con cariño. Llevando el uniforme no debía destacar por su indumentaria, pero, sin duda alguna, la forma en la que Edu lucía su ropa era, cuanto menos, peculiar.

Le solían molestar las burlas de algunas de las compañeras cuando se referían a él, aun así, debía reconocer que llevaban parte de razón.

El muchacho, desde siempre, se sacaba muy poco partido, Alana lo había conocido siendo un

adolescente y, aunque su cuerpo había ensanchado y duplicado su tamaño gracias a sus trabajados músculos, aún conservaba ese aire de tipo rarito, mezcla de empollón, señor octogenario y friqui, con pantalones bien amarrados gracias a sus tirantes y una eterna riñonera multiusos incluida en el lote.

—Prefiero mis horarios —admitió Alana, que solía hacer el turno de tarde y noche de manera habitual.

—¿A quién le toca reponer en la tienda?

—A mí, en media hora termino en recepción.

Su suspiro lastimero hizo sonreír a Edu.

—Yo lo haré.

Alana lo miró implorante.

—¿En serio? —El chico asintió sonriente—. ¿No te importa? —Edu negó con la cabeza y contuvo los latidos de su corazón—. ¡Ay, te debo una enorme!

Ella le echó los brazos al cuello y le dio un abrazo espontáneo que no fue correspondido. La rigidez en el torso y los brazos de su amigo no pasó desapercibida para Alana, que se apresuró en soltarse y volver a darle las gracias con algo menos de efusividad antes de marcharse hacia la recepción.

Por suerte, no encontró a nadie esperando, lo que le dio margen suficiente para revisar la dichosa impresora, que se negaba a escupir las facturas. No es que ella tuviera demasiada soltura en el campo de la informática, aun así, apretar los botones al tuntún y darle un par de golpecitos solía funcionar en otras ocasiones.

—Maldita sea —masculló malhumorada un rato después—. Aparato del demonio, ojalá te jubilen pronto y...

—Hola, ¿te pillo en mal momento?

La voz masculina la hizo enderezarse de golpe.

Compuso su sonrisa más profesional, se giró para encarar al recién llegado y sintió que sus labios titubeaban al mantener el gesto.

La postura despreocupada y la sonrisa de aquel hombre la pusieron nerviosa, y no le pasó desapercibido dónde había tenido posados sus llamativos ojos del color de las avellanas: en su trasero.

Cogió aire con algo de dificultad.

—Buenos días, bienvenido al *camping* de Costa Serena, mi nombre es Alana Remo —recitó profesional—. ¿En qué puedo ayudarle, señor...?

La pausa le dio a entender a Hans que esperaba su respuesta.

Contuvo la risa que le provocaba aquel exceso de formalismo cuando un momento antes había estado maldiciendo como un camionero y le tendió su documento de identidad.

—Hans —respondió escueto—. Creo que la grúa ya ha debido de traer a...

—¡Ah, sí! —le cortó Alana, que, automáticamente, se fustigó por ello. Observó los datos que figuraban en el documento del cliente antes de disculparse—. Perdona, señor Müller, lo he interrumpido.

—Hans —repitió su nombre aguantando una sonrisa ante la turbación de aquella muchacha—. ¿Qué necesitas, Alana? —Ella se quedó mirándolo unos segundos con los ojos algo más abiertos de lo normal. Por la mente de la chica pasaron varias respuestas. Ninguna apropiada. Él, divertido e intrigado como pocas veces en los últimos tiempos, elevó ambas cejas y sonrió cuando las mejillas de ella se colorearon de forma sutil.

»¿Qué necesitas para el papeleo? —Se vio en la necesidad de aclarar—. ¿Te sirve con mi

DNI o te hace falta algo más?

Alana asintió y tragó saliva algo desconcertada. Después de carraspear para aclararse la voz, le tendió un formulario y le recitó la información sobre el *camping* que todos los clientes debían conocer a su llegada.

Él se tomó con calma la tarea de rellenar los papeles, lanzándole miraditas de soslayo en el proceso. Alana se mantuvo paciente, ya que su responsabilidad en el trabajo la obligaba a sonreír y aguardar.

Cuando Hans se los entregó, ella los recogió diligente y le facilitó las indicaciones para llegar hasta su vehículo.

En otra ocasión hubiese acompañado al huésped hasta la parcela asignada, sin embargo, con aquel hombre no lo haría. No entendía lo que le pasaba, sentía que le costaba no repasar con la vista su indumentaria desgarrada, con aquella camisa blanca de tela tan desgastada que casi se transparentaba su torso, unos pies tan solo cubiertos por unas chanclas de cuero que habían visto tiempos mejores y aquel moño desgredado que coronaba su cabeza, de mechones de diferentes tonos de castaño claro y rubio, en contraste con su barba algo más oscura.

Si hubiese tenido que explicarle a sus amigas el aspecto de aquel hombre, estaba segura de que la palabra «piojoso» aparecería en los labios de alguna de ellas tras su descripción, a pesar de ello, aquel tipo parecía de todo menos eso.

Sí, su ropa estaba desgastada y parecía que la moda era lo último que le interesaba, pero el aire bohemio y libre que desprendía era muy interesante.

Se sintió contrariada ante sus pensamientos.

—Alana, ¿sabes de algún lugar donde vendan piezas para la furgoneta?

Ella asintió, deteniéndose para escrutar el movimiento de las pecas de su cara al gesticular. Su piel bronceada resaltaba las marcas en sus mejillas y sobre el puente de su nariz, y se preguntó por qué todo en él le parecía tan estimulante.

Hans le concedió unos segundos que ella no aprovechó en rellenar con su voz suave. Se sintió acariciado por su mirada y aquella sensación, que en cualquier otro momento habría sido el detonante para iniciar un juego de seducción del que sabía muy bien las reglas de tantas veces como había jugado, le provocó un pellizco en el estómago.

Soltó el bolígrafo en el mostrador y el sonido al caer trajo al presente a Alana.

—Voy a ir a instalarme. ¿Me paso luego y me das los datos del sitio?

Alana carraspeó.

—Por supuesto.

—De acuerdo, pues... hasta luego, Alana.

Sonrió, y la chica le devolvió el gesto, observando cómo salía del cubículo de la recepción.

—¡Que tenga buena estancia, señor Müller!

Casi tuvo que gritar la frase, porque, para cuando reaccionó, él ya cruzaba la puerta.

El tipo se giró unos segundos y soltó una risotada al confirmar sus peores sospechas; aquella monada no pensaba tutearle, algo que de manera habitual lo incomodaba y que la gente no solía molestarse en hacer al observar su aspecto.

Se dirigió hasta donde le había indicado y sus labios se curvaron en una sonrisa al ver lo cerca que estaba del mar.

Se agachó, llevó su mano derecha hasta el suelo, junto a la rueda de la furgoneta, y agarró un puñado de tierra. Realizó el ritual que hacía cada vez que llegaba a un nuevo lugar, llevándose la mano al pecho y cerrando los ojos.

Murmuró unas palabras de agradecimiento y abrió su mano. El gesto dejó salir su contenido,

cayendo de nuevo al suelo.

Cuando se giró, un nuevo par de ojos que denotaban evidente interés lo escrutaban. Hans sonrió a la chica uniformada que lo observaba a pocos metros. Aquella resultaba mucho más llamativa físicamente que la anterior, con aquellas interminables piernas y ese rizado e indomable pelo moreno, sin embargo, sin saber en realidad el motivo, no le provocó nada en su interior.

—Bienvenido a Costa Serena, señor —le dijo esta con voz melosa justo antes de guiñarle un ojo.

Su boca carnosa dibujó una mueca de lascivia que a Hans le provocó un inevitable tirón en los pantalones, su cuerpo iba por libre.

Él inclinó la cabeza a modo de agradecimiento y le devolvió la sonrisa a la vez que ella giraba el cuello en su dirección y echaba a andar hacia el lado contrario.

Hans negó divertido y algo pasmado, y se giró a la vez que abría la puerta de la furgoneta. Supo con seguridad que iba a necesitar algo más que una sesión de meditación para calmar las últimas reacciones de su cuerpo.

—Ya estoy aquí, Iris. Espero que no me hayas echado mucho de menos —le habló al vehículo justo antes de desplomarse sobre la cama con un suspiro, sin dejar de sonreír.

3

Adaptarse

Deja que la vida ocurra

Dentro del día a día caótico, sorpresivo e inesperado que Hans llevaba practicando desde el momento en el que se embarcó en aquella vida sobre ruedas, hacía ya tres años, aquella última semana se podía catalogar como lo más parecido a una rutina establecida.

Desde el primer día le quedó claro que el *camping* era un sitio a evitar en la franja horaria desde el mediodía hasta que caía la tarde, puesto que el lugar se llenaba de niños con una capacidad pulmonar digna de un soprano de ópera, padres más ocupados en disfrutar de un combinado en el bar de la piscina que en cuidar de su descendencia ruidosa y algo molesta, y una abrumadora actividad general incompatible con su necesaria paz mental.

Por lo que, sabiendo todo eso, había encontrado la fórmula para adaptarse al entorno sin perder su admirado pelo largo en el proceso.

Por la mañana se levantaba cuando el amanecer estaba cerca, se lavaba la cara, se hacía el característico moño desgreñado que tan cómodo le resultaba y se iba a la playa desierta a practicar su dosis diaria de meditación y yoga. Ese momento consigo mismo y sus pensamientos le era tan necesario y fácil de alcanzar como respirar, aunque no siempre había sido así.

Comenzó a realizarlo al poco tiempo de marcharse su madre. Aquel fue un momento crucial para Hans, ya que tan solo tenía dieciséis años y muchas dudas vitales. Fue gracias a su ángel de la guarda, de nombre Virginia, que consiguió encontrar de nuevo el foco para centrarse y convertirse en un ser de luz y no de sombras.

Por su parte, ella también padecía la partida de su mejor amiga, sin embargo, la conexión espiritual y mental que tenía con el mundo era muy diferente a la de él. Hans llegó a envidiar su manera de afrontarlo todo y, de ese sentimiento, había nacido la necesidad de interesarse por sus técnicas.

Desde aquel momento la mujer se había volcado en instruirle, y él continuó con su legado cada día, pues ya lo había integrado como modo de vida.

Una vez terminada esa cita inamovible, solía darse un primer baño en el solitario e inmenso mar. Disfrutaba de la salida del sol y se empapaba de su energía, y todo ese ritual le servía para afrontar las siguientes horas frente al viejo motor de Iris.

La reparación le estaba llevando más tiempo del que previó al inicio, ya que, aunque tenía experiencia con la mecánica del vehículo, no era un experto. No obstante, ese detalle nunca había resultado un impedimento para él, ya que no le importaba dedicarle más horas hasta dejarlo bien.

El toque de diana para pausar los arreglos de la furgoneta se lo daban los primeros chiquillos que escuchaba gritar en la piscina, zona que quedaba relativamente cerca de su plaza en el *camping*. Justo en ese momento se daba un segundo y rápido baño en el mar, se cambiaba de ropa, agarraba el casco de la moto y las llaves, y se iba a explorar las diferentes rutas y caminos, tanto de Costa Serena como de los pueblos aledaños.

Solía parar a comer en algún sitio económico y, a poder ser, cercano a la carretera. Allí almorzaba contemplando las vistas o dejándose empapar por el ambiente del lugar y sus gentes.

Hans no tenía grandes ahorros y, a pesar de que sí contaba con un colchón económico que solo utilizaba en casos de extrema necesidad, prefería vivir al día. Solía gestionar bien su economía, rasgo que parecía haber heredado de su padre, al que tan solo conoció durante sus primeros años de vida, y del que su madre siempre le habló maravillas.

No tenía un trabajo fijo ni unos ingresos estipulados. Sus cualidades y experiencia profesional abarcaban desde hacer de fotógrafo en eventos deportivos, actuar de relaciones públicas de alguna marca, ser instructor de buceo o esquí, modelar e incluso en una ocasión se había dedicado a rescatar pelotas de golf bajo el agua.

Hans era un buscavidas, y los que lo conocían sabían que siempre solía estar disponible para trabajos eventuales, por raros que estos pudieran parecer.

Por todo eso, y por su filosofía de vida, nunca fue propenso a darse caprichos; los gastos que tenía consistían en comida y gasolina o, como en aquella ocasión, para solventar las averías de Iris.

Después de perderse durante unas horas, al caer la tarde regresaba al *camping*. El festival de gritos y familias ruidosas ya empezaba a aflojar y se respiraba otro ambiente en el lugar, por lo que aprovechaba para comprar en el supermercado algo de poca elaboración y cenaba contemplando la caída de la tarde con la espectacular banda sonora de las olas rompiendo en la orilla frente a él.

Al otro lado del pueblo, en una casa familiar llena de cariño, risas y también llantos infantiles, rabietas y mocos, Alana se dedicaba a cuidar de sus hermanos mientras sus padres trabajaban.

La joven mentiría si admitiese que no hubiera preferido utilizar las mañanas que tenía libres en el trabajo para practicar algunos de sus deportes favoritos, ir a la playa u holgazanear un poco en su apartamento, no obstante, en ese momento en el que todos los niños tenían vacaciones en el instituto, colegio o guardería —según la edad de cada uno—, Alana era el salvavidas familiar, y lo hacía gustosa sabiendo que la pareja se marchaba tranquila de casa; además, contaba con el plus económico que aquello le reportaba, puesto que sus padres se habían empeñado en pagarle el tiempo que empleaba en el cuidado de sus hermanos y, pese a que ella se negó al principio, entendió que discutir con ellos era una causa perdida, ya que cada semana su padre le metía varios billetes en su caja para los imprevistos, que no era más que una lata de galletas que había pertenecido a su bisabuela y que Alana escondía en su armario, lejos de las manos curiosas de sus hermanos.

Después de esas caóticas, aunque divertidas mañanas, cuando Estrella y Fede regresaban para la hora del almuerzo, la muchacha se marchaba a su apartamento, comía y se preparaba para ir a trabajar.

Esa mañana había llevado a sus hermanos a dar un paseo y a hacer algunas compras por el pueblo. Bruno, de dieciséis, y Carolina, un año menor, rehusaron la salida y se quedaron en la casa, y el resto se movían alrededor de ella como si fueran moscas cerca de un tarro de miel.

Y justo así fue como se la encontró Hans.

Él se marchaba de la tienda de repuestos, donde había recogido una de las piezas de la furgoneta. No la reconoció de inmediato. De hecho, si no hubiese sido por el cruce de miradas entre ambos, no lo habría hecho, pero una vez que ubicó aquellos ojos de cervatillo deslumbrado no tuvo dudas.

Para Hans, ver a Alana rodeada de niños fue algo inesperado. Parecía demasiado joven para que fuesen suyos, aun así, era innegable el parentesco y parecido entre ellos. Lo que de verdad le asombró fue darse cuenta de que los pensamientos que había tenido hacia ella unos días atrás eran acertados, comenzando por su físico.

Por lo poco que pudo atisbar en las ocasiones en las que se la cruzó en el *camping*, se le adivinaba un cuerpo atlético y en forma. Aquella chica no era como sus compañeras, que ideaban todo tipo de fórmulas para mostrar cuanto más piel mejor. En el caso de Alana, le resultó difícil estudiarla, porque parecía esconderse tras esa ropa corporativa y sin forma, anodina y alguna talla mayor que la de ella.

Y, aunque la visión de su figura, enfundada en unos pequeños pantaloncitos verdes y una camiseta de tirantes finos que dejaba su ombligo al aire, era tentadora, no fue lo que más le impactó.

Lo que lo noqueó fue su mirada. Los ojos de aquella muchacha eran, por llamarlos de alguna forma, excepcionales, e incluso aquella palabra no le hacía justicia.

Recordaba haberlo pensado el primer día, cuando se encontraron en la recepción y ella se empeñó en comenzar a llamarle «señor Müller», costumbre que lo divertía y que ella seguía imponiendo cada vez que se cruzaban.

Esos ojos, tan celestes que parecían imposibles y que lo hipnotizaban, hablaban más que su sensual boca. Mostraban sensatez, bondad y una determinación que para nada se reflejaba en su voz suave y a veces titubeante.

Verla allí, rodeada de niños que reclamaban su atención, sin perder los nervios e imponiendo su voluntad de una forma afable, pero firme, le demostraba una vez más que sus instintos no le habían fallado. Parecía que detrás de aquella fachada de chica buena se escondían unas cualidades muy interesantes.

—¿Madre precoz? —le preguntó él divertido.

Alana se encogió de hombros y sonrió sin poder evitarlo.

—Hermana mayor, más bien —aclaró agarrando algo que le tendía la única jovencita morena del grupo.

—¿De todos? —se interesó, haciendo un rápido barrido ocular hasta contar cinco cabezas de diferentes alturas a su alrededor—. Tu casa tiene que ser muy divertida.

—Vivo sola —puntualizó.

—Ah.

Pasaron un par de segundos en los que Alana supo que con su tono había enfriado el encuentro, así que, para remediarlo, volvió a hablar.

—Faltan dos.

Él echó un vistazo dubitativo, sintiéndose observado por demasiados pares de ojos claros.

—¿Dos qué? ¿Dos hermanos más?

Alana asintió y aguantó una sonrisa ante su mirada. Este la observaba con interés y algo de sorpresa.

—Somos ocho en total.

Él silbó con admiración.

—Vaya. Y tú eres la mayor, ¿no?

El tono que utilizo le provocó un cosquilleo en la columna. Asintió e intentó no prestarle atención a aquella sensación que notaba en la piel, ocasionada, sin duda, por el escrutinio penetrante de él.

Reconocía que ese aire despreocupado, junto con su físico, le daba un punto llamativo, a pesar de ello, para ser sincera, no entendía la revolución que se había formado entre sus compañeras desde que este había llegado al *camping*. Era de locos. ¡Si podría ser su hija! De hecho, solo era unos tres años menor que su padre, dato que jamás admitiría haber buscado y memorizado al rellenar la ficha de huésped en el ordenador.

Zahara intentó soltarse de su mano, y ella no se lo permitió. La niña, que con tan solo tres años no comprendía por qué estaban allí parados y no iban a la tienda a comprar chucherías, tal y como le había prometido si se portaba bien, empezó a quejarse.

—Tengo que marcharme —se apresuró a decir Alana antes de que estallase la guerra.

—Claro. Ya nos veremos.

—Claro —repitió ella—. Hasta luego.

Alana rezó para que Hans no se hubiese enterado del comentario nada educado sobre su aspecto que había hecho Diana. La niña tenía la boca de un camionero, un ingenio inigualable y un cargamento de hormonas revolucionadas propias de la preadolescencia, por lo que la combinación la había metido en más de un lío.

—¿Quién era ese? —le preguntó su hermano Guille con la despreocupación de sus siete años.

—El señor Müller —murmuró ella.

Hans, que aún observa cómo se marchaban todos diligentes tras su hermana mayor, sonrió negando con la cabeza y se juró que, antes de irse de aquel pueblo, conseguiría que se dejase de tanto formalismo.

Echó a andar, y se detuvo contrariado tras un par de pasos cuando su cerebro le trajo la imagen de Alana, no solo pronunciando su nombre de pila, sino gimiéndolo.

¿De dónde demonios había salido eso?

4

De pelotas

No molestar

Todo el que conocía a Alana sabía que no era una buena conductora. Se ponía muy tensa al volante y apenas disfrutaba del trayecto que realizaba. No obstante, se sacó el carnet en cuanto cumplió la mayoría de edad, ya que su padre le había insistido en ello y no solía contradecirlo.

Aquel aprobado le costó sudor y alguna que otra lágrima. Estaba segura de que a su profesor su paso por la autoescuela le supuso una úlcera de estómago, pero lo había conseguido; al tercer intento práctico se trajo el aprobado, y toda su gente lo celebró con una de sus típicas barbacoas familiares.

Aunque el hecho de que lo hubiese logrado y llevase engrosando las listas de las personas motorizadas tres años, no significaba que le gustase conducir. De hecho, lo odiaba. Era una de las pocas cosas que detestaba, así que, el día que no le quedaba más remedio que hacerlo, terminaba siendo una jornada nefasta que tachar en el calendario y olvidar.

Aquel en concreto no parecía haber empezado mal. Se había levantado sin el sonido estridente del despertador, pues los jueves su madre solía estar en casa, y ella no tenía que encargarse de sus hermanos. Desayunó sin prisas, recogió un poco el apartamento y agarró una mochila con su ropa de deporte antes de montarse sobre su monopatín y marcharse al centro comercial a comprar un par de cosas que necesitaba.

A las doce entró en su clase de *pool dance*. Como ya le había adelantado África días atrás, ni la semana anterior ni esa volvió a presentarse, por lo que se pasó en silencio casi toda la hora, excepto por algún quejido que escapó de sus labios tras realizar un movimiento más brusco de lo aconsejable al entrar en barra.

Acabó sudada, con el cuerpo dolorido, pero satisfecha. Aquel ejercicio le proporcionaba elasticidad y le servía para conocer otras disciplinas, algo que era justo lo que buscaba para sumar a su experiencia, por lo que no le importó sufrir cierto dolor.

Cuando acabó era casi la hora del almuerzo. Se marchó a su apartamento y, justo cuando iba a entrar en la ducha, recibió una llamada de su jefe.

La petición de este extrañó a Alana, pero, por supuesto, no lo cuestionó. Se apresuró en estar lista y poder llegar a tiempo para recoger lo que le había encargado, un paquete a su nombre en el hotel de la entrada del pueblo, todo esto antes de que comenzase su turno de trabajo.

En el momento en el que fue a salir de casa, cayó en la cuenta de algo que la hizo fruncir el ceño. No podía ir en su medio de transporte habitual hasta el hotel, y no porque este estuviese a

varios kilómetros del *camping*, eso no le suponía ningún problema, sino porque no sabía si podría transportar el encargo en su escueta mochila.

Aquel fue el primer traspié que propició que el día se empezase a torcer.

Muy a su pesar, tuvo que pedirle prestado el coche a su abuelo, ya que no pensaba ir en el de sus padres. Aquel tanque enorme de nueve plazas la ponía aún más nerviosa, por lo que aquella fue su única opción viable.

Toño, encantado, le cedió el vehículo. El hombre ya se lo había ofrecido en alguna ocasión, puesto que él apenas lo utilizaba y le daba pena que estuviese en el garaje, guardado todo el día y cubierto de polvo, pero la joven siempre se negaba.

Alana prometió devolvérselo intacto a la mañana siguiente, y, mientras arrancaba, cruzó los dedos para poder cumplir su promesa. Tras calarlo en tres ocasiones al salir del aparcamiento, enfiló hacia el hotel con los brazos en tensión.

Al llegar, observó incrédula lo que le tendía el chico de la recepción.

«¿De verdad he conducido hasta aquí para esto?», se preguntó.

Cerró los ojos e inspiró hondo, maldiciendo al pesetero de su jefe que no invertía ni en algo tan simple como en unas pelotas de tenis para su negocio y reutilizaba las que le donaban de otros sitios.

Aquello era patético.

Se despidió del recepcionista con esfuerzo a la vez que agarraba una bolsa en cada brazo e intentaba que el contenido no se saliese y acabase rodando por el suelo.

—¡De nada! Y cuidado con el escalón al salir.

Ella puso los ojos en blanco y se dirigió a la ranchera de su abuelo, que esperaba en la zona de carga y descarga de pasajeros con los intermitentes de emergencia encendidos.

Había dudado sobre dejarlo allí, aunque en aquel momento se alegraba de haber infringido las normas y, pese a que el trayecto de vuelta hasta el *camping* fue mejor de lo que habría cabido esperar dados sus resoplidos, al llegar a su lugar de trabajo se hicieron realidad sus peores pesadillas.

Se internó con el coche por el camino peatonal y lo paró un momento lo más cerca que pudo de la recepción, allí se bajó y agarró con dificultad los paquetes de nuevo, pero, justo cuando comenzaba a andar, una de las bolsas se rasgó por la parte inferior y aquel sonido le hizo contraer el gesto, anticipándose a la catástrofe.

Alana intentó detener el desparrame de pelotas utilizando la otra mano y aquella maniobra fue aún peor, ya que con el movimiento desatendió la que aún se mantenía intacta en su otro brazo, que también terminó volcando su contenido.

Gruñó.

Genial. En ese momento tan solo tenía dos millones de las dichosas y llamativas esferas desparramadas por toda la entrada de recepción.

—Maravilloso... Es que es maravilloso —ironizó malhumorada—. ¡Joder! Mierda, si es que lo sabía. Lo supe desde que tuve que coger el coche. Tendría que haberme negado, pero yo no hago esas cosas, ¿verdad? ¡Pues no! Claro que no, ¿cómo iba a hacer algo así? Idiota, si es que eso es lo que soy...

Continuó murmurando imprecaciones sin levantar demasiado la voz, pero sin poder contenerse, al mismo tiempo que se agachaba y analizaba cómo narices se habían reproducido en los escasos minutos de trayecto, puesto que allí, en el suelo, se esparcían más esferas peludas amarillas de las que podían caber en las dos bolsas de papel.

—Hola, ¿te pillo en mal momento?

Supo a quién pertenecía esa voz sin necesidad de verlo.

Cerró los ojos unos segundos antes de levantar la cabeza y toparse con unos dientes ridículamente blancos que asomaban tras una sonrisa entretenida.

—Disculpe, señor Müller. —Se enderezó y sacudió sus manos, señalando después al suelo con ellas—. Como puede ver, ha ocurrido un accidente de pelotas. —Hans soltó una carcajada, y Alana lo observó, cayendo en la cuenta de lo absurdo y cómico de su frase—. Quiero decir...

—Me hago una idea de lo que has querido decir, Alana. No te preocupes. —La salvó de seguir haciendo el ridículo con una actitud divertida y enternecida y se acercó a ella con la firme intención de agarrar la bolsa de sus manos y ayudarla. A Alana el roce con su piel cálida la perturbó—.Venga, te echo una mano.

—¡No!

Se quedaron unos eternos segundos mirándose a los ojos, calibrando el ánimo del otro. En el interior de ella se libraba un tortuoso debate sobre disculparse por el trato que le había dado, pedir que la besara con esos bonitos labios fruncidos o, como un bebé, ponerse a hacer pucheros de pura frustración.

Al final Hans levantó las manos en señal de rendición y le guiñó un ojo.

—De acuerdo, todo tuyo. Hasta luego.

Observó cómo se marchaba en silencio y, tras autoflagelarse un poco más por aquella serie de catastróficas desdichas, terminó de recoger el estropicio y comenzar su jornada de trabajo. No obstante, su humor no mejoró y, aunque de cara a los clientes era todo sonrisas y amabilidad, hasta su fiel compañero, Edu, terminó por abandonarla esgrimiendo una excusa pobre y dejándola sola en el chiringuito de la piscina.

Por suerte, aquella noche habían instalado un cine de verano en la playa, a varios metros del *camping*, y la mayoría de los huéspedes abandonaron pronto la zona para acudir a aquella cita.

Recogió los últimos vasos mientras pensaba en ponerse a picar algo de cena cuando el sonido de una llamada rompió de manera temporal sus planes.

Se trataba del teléfono del *camping*. En el turno de noche siempre lo llevaba consigo, pues a partir de las nueve no se encontraba nadie en recepción de manera fija.

Cuando descolgó, la voz femenina de la dueña de una de las caravanas estacionadas en el sector noroeste, en concreto, de la parcela catorce, por poco perforó su tímpano. La señora se afanó en explicarle que alguien parecía estar montándose una buena fiesta privada y que los sonidos «obscenos y molestos» —calificativos que recalcó para su trastorno— no dejaban dormir a sus hijos y tenían alterado al perro.

Alana se disculpó con la señora y corrió a llamar por el *walkie* a la compañera que compartía turno con ella y que siempre andaba moviendo su melena llena de bucles morenos de aquí para allá. Como era de esperar, en ese momento en el que necesitaba que fuese a averiguar qué ocurría, la chica parecía estar ocupada, por lo que la segunda vez que no obtuvo respuesta por la emisora decidió ir ella misma a solucionarlo.

Cerró la caja registradora llevándose consigo la llave y puso el cartel que informaba a los clientes de que los atenderían en unos minutos. Con paso diligente, y su coleta rubia alta balanceándose al son de sus zancadas, llegó a la zona.

No le hizo falta mucho trabajo de investigación para averiguar de dónde provenían los ruidos a los que la mujer había hecho referencia, aun así, quiso estar segura y se acercó cautelosa a una de las ventanas abiertas, aproximando a ella su oído.

Por suerte para su salud mental, las cortinillas estaban corridas y no podía ver el interior, aunque eso no disminuyó su nerviosismo.

—El broche de oro de un día de mierda. Sí, señor...

No era la primera vez que tenía que llamar la atención a alguna pareja que armaba demasiado escándalo. Era lógico que la gente en vacaciones se dejase llevar por el momento, sin embargo, en aquella ocasión toda la situación resultaba, cuanto menos, incómoda, porque tenía la certeza de que lo que había dentro de aquella casa rodante no era una pareja de tortolitos que, tras unas copas, se habían desinhibido más de la cuenta.

Y lo sabía con tanta seguridad porque el dueño de aquella furgoneta era, ni más ni menos, que el mismo que tenía revolucionada a casi toda la plantilla femenina del *camping*. «Casi», porque ella se negaba a admitir haber caído en las garras de su supuesto encanto, claro.

Esperó unos segundos a que los sonidos bajasen de intensidad y el valor hiciese acto de presencia. Cuando se percató de que aquel debía de ser el coito más largo e intenso de la historia de la humanidad, decidió llamar con los nudillos sobre la puerta con firmeza.

—Venga, parad... —murmuró tocando de nuevo una segunda vez a los pocos segundos.

No obtuvo la reacción que esperaba. Los amantes continuaban con su hazaña, ajenos a su entorno.

No podía permitir que el teléfono sonase una segunda vez recibiendo una nueva queja. Alana tenía la obligación de hacerles ver que debían respetar ciertas normas o, de lo contrario, deberían abandonar el *camping*, aunque en el fondo sentía el regusto de cierta sensación de satisfacción por interrumpir el momento placentero de Hans.

Levantó su mano con la intención de hacer resonar sus nudillos una tercera vez cuando esta se quedó de forma ridícula en el aire al abrirse la puerta de golpe.

La imagen de Hans, con las mejillas encendidas y un pantalón corto de algodón desgastado y de cintura baja, se personó ante ella.

Tragó saliva.

—¿Qué? —soltó él.

Intentó procesar la escena y la visión que tenía delante sin éxito. Los quejidos sexuales de la mujer le llegaban con más claridad, ya que la puerta estaba entreabierta, y fue consciente de que el hombre ceñudo que tenía ante sí no podía ser el artífice de los gemidos masculinos que la acompañaban en el ejercicio.

Pero ¿cuánta gente había ahí dentro?

Aquello sí que era nuevo para ella y sintió las mejillas arder.

Hans se movió ante sus ojos, cruzando los brazos y llamando su atención con el gesto.

—Buenas noches —comenzó a decir tras aclararse la garganta—. Hemos recibido quejas por el ruido, y en el *camping* hay ciertas normas de obligado cumplimiento.

Él levantó una ceja.

—¿Qué ruido?

La joven frunció el ceño.

—«Ese» ruido —repitió alucinada por su desfachatez.

—No sé de qué me estás hablando. Será en otra caravana.

Alana lo miró incrédula y alzó una ceja.

—Sale de aquí dentro.

—No lo creo.

—Me estás vacilando, ¿verdad?

La mirada de Hans se tiñó de interés al atisbar un inicio de enfado en ella. La interrupción lo había puesto de muy mal humor, pero la sensación parecía esfumarse por momentos ante la imagen de aquella chica que atormentaba su mente demasiadas veces a lo largo del día.

Decidió jugar con ella, solo un poco.

—¿Cuánto tiempo te llevó recoger todas las pelotas, Alana?

Se apoyó en el marco de la pequeña puerta mientras la banda sonora sexual los acompañaba. Sus mejillas se tiñeron un poco más, y él sonrió. Aquella marisabidilla le había jodido el momento, y pensaba sacarle partido a la situación.

—¿Podríais bajar el volumen? Estáis molestando a los demás —rogó.

—Seguro que no es para tanto.

—No me gustaría entrar y poner fin a la fiesta.

Tras su débil amenaza, él se hizo a un lado, invitándola a pasar con un gesto de la mano.

—Estás en tu casa. Eso sí, todo el que accede a mi furgoneta se tiene que quitar la camiseta —bromeó en tono serio—. Son mis normas, y todos debemos cumplirlas, ¿verdad?

El enfado por su poca vergüenza, y por la frustración que le causaba la atracción que sentía por él, se vieron acrecentados por el día que llevaba. Aquella mezcla fue el detonante para que salvase los dos escalones y se adentrase en el reducido lugar.

En esos microsegundos se había mentalizado para afrontar la escena que la esperaba dentro e imaginó que, tan pronto como la pareja reparase en ella, les pediría que se detuviesen y les leería a todos la cartilla.

No sabía quién iba a pasar más vergüenza, si aquellos o ella misma, ya que estaba decidida a borrarle de un plumazo la sonrisilla petulante a aquel tipo. Y, cuando barrió con los ojos el lugar, tan solo encontró una cama deshecha y ni rastro de los amantes.

Se giró para encarar a Hans y, al hacerlo, se encontró con su torso desnudo más cerca de lo que previó, por lo que tuvo que retroceder un paso, lo que la introdujo aún más en la furgoneta.

—¿Ves como no era aquí?

—¿De dónde...?

El clímax sexual se dejaba apreciar en la intensidad de los gemidos y en la velocidad de las embestidas. Alana buscó hasta encontrar el origen del sonido y giró la cabeza en su dirección, taladrándole con la mirada.

—Mañana me compraré unos cascos —prometió con aire inocente—. Ahora, si no te importa y solo en el caso de que no te quieras unir y ayudarme con lo que tenía entre manos, me gustaría estar solo. Bajaré el volumen para no molestar.

Los ojos de ella echaron chispas cuando abandonó el vehículo con las mejillas encendidas de vergüenza y algo de ira.

Los de él rezumaron diversión y frustración.

En el fondo esperaba que la chica se quedase, aunque era consciente de que no iba a ocurrir. Cuando estuvo solo, suspiró, apagó el televisor y abandonó la furgoneta, dispuesto a irse a la playa a practicar un poco de meditación nocturna.

Sí, Alana estaba trastornando toda su vida y poniéndolo a prueba, pero, a decir verdad, se lo estaba pasando muy bien.

5

La camarera

Por encima de mi cadáver

Alana volvió a ignorarlo de forma deliberada mientras servía una piña colada y una cerveza a la pareja que murmuraba acaramelada en el extremo de la barra. Al girarse, repasó de reojo la bebida que Hans tenía delante y comprobó que aún no necesitaba reponérsela, por lo que continuó con sus quehaceres tras la barra.

Era sábado, hacía cuatro días que la vorágine del cambio de quincena había pasado, a pesar de ello, aún encontraba caras conocidas entre los nuevos huéspedes. Por ejemplo, la de él, Hans, o como ella seguía decidida a llamarlo: el señor Müller, al que intentaba evitar desde hacía dos días, justo tras el incómodo momento en su furgoneta.

El susodicho llevaba allí un buen rato. Al llegar, la miró de manera intensa y le sonrió con complicidad, y ella giró la cara, turbada al recordar lo cerca que habían estado el uno del otro.

Lo había visto aparecer con su camisa *beige* de lino abierta, más de lo que el decoro calificaría como correcto, enfundado en unos pantalones celestes holgados y esas sandalias de cuero que siempre llevaba cuando no estaba descalzo. Las muñecas llenas de pulseras de hilo y cuero, el collar de pequeñas conchas blancas, los dedos con algún anillo adornándolo y los tatuajes que se adivinaba aquí y allá ya no eran novedad para ella, pues esos detalles de su aspecto parecían grabados en su mente como información de vital importancia, aunque no podría determinar cuándo se había fijado tanto en él como para memorizarlos.

Desde el principio le llamaron la atención los ángulos tan marcados de su rostro, comenzando por su mandíbula: bien definida, de corte cuadrado y con el mentón acabado en pico; o terminando por la barba: no demasiado larga, con un espesor y delineado siempre en su lugar.

La chica no podría asegurar dónde lo había leído, sin embargo, sabía que esa atracción hacia aquel rasgo en particular se daba de forma inconsciente, ya que una mandíbula como la de Hans era un claro indicativo de una alta cantidad de testosterona y un buen sistema inmunitario.

Se justificó alegando que, de manera involuntaria, su instinto lo marcaba como un buen candidato para tener descendencia y por eso llevaba varios días sin poder quitárselo de la cabeza.

Solo que, en realidad, Alana no tenía intención de perpetuar la especie ni mucho menos de interesarse de forma consciente por alguien como él.

Hans, ajeno a los pensamientos de la muchacha y sin perderla de vista, se pasó la mano por el pelo y buscó la gomilla que siempre utilizaba para recogerlo en un moño despeinado. Después de

no dar con ella, volvió a soltarse la melena, que cayó sobre sus hombros de forma desordenada y con gracia.

Unos segundos más tarde jugó con el pequeño arete que surcaba el lóbulo derecho de su nariz. Cuando fue consciente del movimiento involuntario de sus dedos sobre él, se detuvo.

Respiró hondo hasta en tres ocasiones.

Sabía lo que le ocurría a la perfección y no estaba cómodo con ello. Necesitaba disculparse con Alana, a pesar de que ella parecía estar ignorándolo a conciencia desde que llegó y meneaba su larga coleta rubia de un lado para otro, al ritmo de sus gráciles movimientos tras la barra.

El día anterior había probado suerte, pues al entrar en la tienda que hacía las veces de supermercado ella estaba allí, ejerciendo las funciones de cajera. Alana había logrado ignorar su intento de contacto sin perder la profesionalidad y lo había hecho muy bien, ya que sonrió a los dos adolescentes que esperaban tras él en la cola para pagar y le devolvió su cambio sin establecer contacto visual con sus ojos sin parecer grosera.

Y era posible que no hubiese elegido una noche demasiado oportuna para un nuevo acercamiento, porque el bar estaba atestado de gente, aun así, no podía posponerlo más.

Esa mañana y la anterior había sido incapaz de encontrar su paz interior mientras meditaba, la jodida parecía haberse ido a miles de kilómetros desde el instante en el que Alana, desde el otro lado de la puerta, lo miró con esos perturbadores ojos y le riñó por estar infringiendo alguna absurda normativa, con esa voz que le volvía loco sin esfuerzo y el rostro arbolado por la vergüenza.

Se hubiese echado a reír como un loco en el mismo momento en el que ella por fin comprendió lo que ocurría allí dentro, pero no lo hizo porque la manera en la que se tiñeron sus mejillas le pareció deliciosa. Y eso, a decir verdad, lo tenía consternado.

Él, que no era un tipo célibe ni mucho menos, sentía que con aquella chica le ocurría algo diferente, que no solo se le despertaban sus instintos más básicos al observar esos labios gruesos en forma de corazón, su cuello largo y tentador o el cuerpo estilizado que se escondía tras ese desfavorecedor uniforme, sino que el sentimiento de protección que le nacía al observar su mirada de cervatillo asustado competía en intensidad con el otro y, a decir verdad, no sabía decir cuál de los dos iba ganando la partida.

De lo que sí estaba seguro era de que debía disculparse por haberla hecho pasar aquel momento tan incómodo, por mucho que ella no estuviese dispuesta a ponérselo fácil.

Contuvo una sonrisa cuando la vio acercarse con la botella de *whisky* en su dirección. Por mucho que no pareciese inclinada a dirigirle la palabra, no podía negar que se mantenía pendiente de él, detalle que lo satisfizo de forma especial.

Su mano se movió de forma casi involuntaria sobre el mostrador y acarició la muñeca de la joven.

Alana, que concentraba su visión en el líquido que pasaba de la botella al vaso, sin perder un segundo, desvió los ojos hasta la cara masculina, y ambos se mantuvieron la mirada un efímero instante. Los de ella lucían expectantes. Los de él, embelesados.

Fue Alana la que rompió el contacto visual y se alejó. Tuvo que inspirar hondo antes de atender a otros huéspedes e intentó no prestar atención al hecho de que su pulso acelerado hacía que sus manos temblasen ligeramente.

Un brazo voluminoso y un aroma masculino a la derecha de Hans captaron su atención, esa que hasta el momento había estado centrada en la joven. Aquella presencia le dejó claro que su compañero de barra ya no era el mismo y que él no se había percatado siquiera, de tan sumido como estaba en sus pensamientos y en no perder de vista a Alana.

Giró la cabeza en su dirección y compuso un gesto de diversión al observar a aquel nuevo y apuesto *partenaire*, un tipo de una edad parecida a la suya y que, de forma nada sutil, intentaba captar la atención de la camarera.

Elevó una ceja mientras lo observaba, ajeno al parentesco que lo unía con la muchacha.

—Suerte con eso, amigo. —Le señaló con la copa el lugar donde Alana cobraba un pedido y sus ojos se detuvieron durante un par de segundos en el trasero redondo de la joven—. Yo llevo intentando hacerme ver toda la noche, pero me temo que es dura de roer.

—¿Disculpa? —Su nuevo compañero se volvió hacia él.

Hans podría haber jurado que se hinchó a la vez que respiraba hondo y lo observaba. ¿Era posible que hubiese duplicado su tamaño, ya de por sí imponente?

—La camarera —aclaró con su habitual tono despreocupado, obviando el gesto hostil de aquel hombre—. Aunque, ¿quién sabe? Quizás tengas más suerte que yo y le caigas en gracia.

—¡Hola!

Hans giró la cabeza hacia la alegre voz de la chica y observó cómo caminaba con prisas hacia la salida del cubículo. No perdió de vista cómo el tipo de bermudas granate y camiseta blanca se acercaba a ella justo después de echarle a él un rápido vistazo con aire asesino.

Si no hubiese sido por el tamaño de sus bíceps, le habría resultado hasta cómico.

Observó con curiosidad cómo él besaba la tersa mejilla femenina a la vez que ella lo abrazaba por la cintura. Frunció el ceño mientras los labios de ambos se movían por turnos en una conversación que no pudo adivinar y, cuando sintió cómo se le retorcían las tripas, decidió que era el momento de retirarse e intentar encontrar la tan esquiva tranquilidad mental de otra manera más efectiva, puesto que su interior en aquel momento era un caos de sensaciones y pensamientos que no terminaba de saber controlar.

Dos horas después, Alana se sentía exhausta.

Le dolían los pies, deseaba desprenderse de la coleta y sentía la garganta resentida de tanto forzar la voz por encima del sonido de la música. La noche latina había resultado un rotundo éxito, los huéspedes fueron muy participativos en la pista de baile y las copas se sucedieron una tras otra, sin embargo, ella ya no podía más.

Para colmo, había olvidado su bolsa térmica con la cena. Por suerte, su padre acudió a su rescate. No había podido comer antes de comenzar su turno en el bar y, a aquellas alturas, su estómago no paraba de emitir sonidos vergonzosos.

Tiró con un suspiro de la puerta de la salita para empleados y se adentró en ella, escrutando el interior de la mochila.

Una vez que lo dispuso todo sobre la pequeña mesita, y justo cuando masticaba con ganas el primer trozo de pollo asado y agarraba un champiñón con el tenedor, un destello de pelo castaño claro con mechas rubias se coló por el hueco de la puerta.

Supo que no podía escaparse y enderezó la espalda.

—Que aproveche —le dijo Hans divertido al ver el azoramiento de la joven.

La había visto entrar en aquel lugar mientras aparcaba su moto y no dudó en aprovechar la oportunidad que el destino parecía estarle brindando.

—Gracias —contestó ella como pudo, tapándose la boca.

Él la observó durante un momento y sonrió.

—¿Puedo pasar?

Alana se encogió de hombros. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Avanzó hacia ella, pero se detuvo a un par de pasos. En aquel impase de tiempo, Alana por fin pudo tragar la bola de comida y recuperar su dignidad, por lo que compuso su tono más

profesional y forzó una sonrisa.

—¿Lo puedo ayudar en algo, señor Müller?

Soltó los cubiertos mientras hablaba, y Hans apreció su intención de levantarse, así que la frenó con un gesto de la mano.

—No, por favor. Continúa comiendo, Alana. No quería interrumpirte, pero me ha parecido un buen momento para disculparme por lo de la otra noche. Fui grosero y estuvo fuera de lugar. En mi defensa diré que me pillaste desprevenido.

Ella asintió, queriendo acabar con aquello cuanto antes. Volvía a estar a solas con él en un espacio reducido y no se sentía del todo cómoda con las reacciones de su cuerpo ante ese hecho.

—Está bien. Está perdonado.

—Por favor, no me hables de usted. Me haces sentir viejo y aburrido —le pidió una vez más con media sonrisa—. Si te soy sincero, creía que después de esforzarte tanto por ignorarme, me iba a resultar un poco más difícil conseguir tu perdón.

La muchacha negó frunciendo el entrecejo.

—Yo no te he ignorado, tan solo tenía trabajo.

—Ya.

—Bien.

Se sostuvieron la mirada en un silencio que terminó rompiendo él.

—Por regla general no soy tan capullo como la otra noche. Por cierto, ya me he comprado los auriculares —le dijo intentando quitarle hierro al asunto, y Alana mantuvo sus ojos fijos en él. A Hans le gustó ver que, aunque la conversación parecía avergonzarla, no se amilanaba e incluso le dedicó una leve sonrisa—. ¿A qué hora terminas tu turno?

—No te preocupes, si necesitas algo puedes llamar al teléfono de recepción en cualquier momento, siempre habrá alguien disponible.

—Me refería a ti en particular.

—¿A mí? —Hans asintió ante su gesto contrariado—. ¿Por qué?

—Porque es a ti a quien le hice pasar un mal rato.

—Ya está olvidado.

—Alana.

—De verdad, no fue nada.

Rogó porque lo dejase estar, pero parecía que ese no iba a ser su día de suerte. Se fijó en aquellos ojos que lucían oscurecidos por la escasa iluminación de la salita y se mordió el labio con consternación cuando él se acercó hasta el mismo sofá en el que ella estaba sentada y se apoyó en el respaldo sin dejar de mirarla.

—¿Me vas a obligar a preguntarle a alguna de tus compañeras por tus horarios? Hay una chica morena de pelo rizado que siempre anda rondando cerca de mi caravana, quizá ella pued...

«Por encima de mi cadáver». El pensamiento la pilló desprevenida, al igual que las palabras que salieron de su boca interrumpiéndolo:

—A las seis.

La imagen que formó la mente de Alana fue tan nítida que aún podía ver cómo la susodicha cantaba como un pajarito a cualquier cosa que él le pidiese.

—Para que veas que voy en son de paz, a esa ahora suelo estar en la playa haciendo yoga. — Los ojos de la chica brillaron con un interés que se apresuró en ocultar con un halo de indiferencia—. Si te apetece, estás invitada a unirme.

—Lo pensaré.

—Bien. —Sonrió y sus ojos se llenaron de arruguitas—. Te dejo para que cenes tranquila.

—Gracias.

—No hay de qué. Hasta luego.

—Buenas noches, Hans.

Alana observó su silueta alejándose hasta que no fue más que un borrón en la penumbra del exterior y fue incapaz de llevarse nada más a la boca, ya que su estómago había decidido cerrarse sin motivo aparente.

Hans se mordió el labio a la vez que echaba a andar, rezando para que tuviese en cuenta su invitación y conteniendo una sonrisa victoriosa al haber escuchado por primera vez su nombre en los labios femeninos.

Había sonado muy muy bien.

6

Aire

Cerrar los ojos y prestar atención con los otros sentidos

La boca masculina contuvo una sonrisa y se obligó a cerrar de nuevo los ojos. Con la espalda y el cuello estirado se concentró en su respiración y en el sonido del mar a su alrededor: las olas descargando su furia sobre la orilla, el mar en movimiento, las gaviotas y sus graznidos, el resto del mundo en silencio...

Sintió la arena bajo sus pies, que mantenía apoyados en esta con firmeza, y extendió los brazos a cada lado de su cuerpo, con las palmas hacia adelante y los dedos estirados.

Sus movimientos eran pausados y tenían un claro objetivo.

Se puso en cuclillas flexionando y separando las rodillas. No quiso volver a abrir los ojos, pues sabía hacia dónde irían estos y volvería a desconcentrarse sin remedio. Si tenía que ser sincero, debía admitir que los últimos días había estado algo abstraído.

Se obligó una vez más a dejar la mente en blanco y apoyó las manos con más brusquedad de la cuenta frente a él, separando los dedos.

Se sucedieron varias respiraciones antes de continuar.

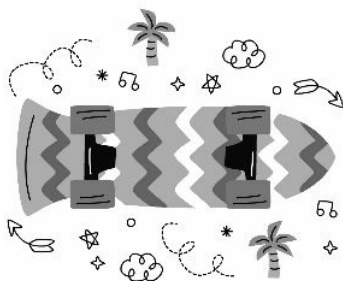
Mantuvo los brazos en tensión y aproximó las rodillas hacia sus axilas, inclinándose hacia adelante. Se fue encorvando hasta que sus pies dejaron de tocar el suelo, conteniendo el aire y manteniendo el equilibrio durante unos segundos, cuando un exabrupto lo desequilibró.

—¡Mierda! —murmuró una voz que no le resultó desconocida.

Hans se enderezó de nuevo y dio por finalizada la sesión reprimiendo una sonrisa. Sin mirar atrás, se fue a la orilla, se despojó del bañador y se metió en el agua como cada mañana; tan solo él y el mar, sin nada que se interpusiera entre ellos.

Excepto unos ojos que no lo perdían de vista.

Aquel era el chute de energía que necesitaba para afrontar el día y ese, en concreto, se avecinaba interesante, porque en breve Iris estaría a punto y eso significaba que volvería a ponerse en movimiento.



Alana escuchó a su madre que le hablaba desde el salón, se acercó a ella y la ayudó a recoger los rotuladores y utensilios que sus hermanos habían utilizado la tarde anterior para hacer manualidades.

—¿Has salido a correr hoy? —le preguntó Estrella. Asintió con un gesto y un sonido de su garganta, sin dejar de afanarse en su tarea—. Papá quería ir contigo. De hecho, lleva toda la semana intentándolo.

—Me apetecía hacer una ruta por la playa —se excusó omitiendo bastante información en aquella verdad a medias—. Con él no puedo ir porque tiene que volver a tiempo para los entrenamientos.

—Intentad salir juntos pronto —le rogó su madre—. Me temo que, sin ti y sin tu tía acompañándolo, va a terminar pidiéndomelo a mí.

Alana sonrió y asintió dócil, conteniendo el suspiro que nació desde lo más hondo de su ser.

No había podido explicarle a su madre el motivo real por el que había ido a la playa antes del amanecer, ya que ni ella misma comprendía porqué se estaba convirtiendo en una mirona sin remedio, sin embargo, desde hacía días no podía resistirse.

Un amanecer, justo antes de marcharse a casa, había cometido el error de mirar hacia la playa y algo tiró de ella sin motivo ni razón hasta hacerla enterrar sus deportivas en la arena. Allí, recortado por la luz del crepúsculo, un cuerpo masculino se movía con una gracia y una sincronía que le hizo no poder despegar sus ojos de él hasta que se metió en el agua, dejando a la vista una panorámica de su trasero desnudo que la perturbó durante horas.

Tras ese encuentro se había dicho a sí misma que no volvería a repetirlo y que se marcharía a casa nada más acabar el turno, no obstante y antes de que se pudiera dar cuenta, se veía escondida detrás de la misma agrupación de palmitos día tras día..

Y así había seguido sucediendo. Dos días atrás había tenido que cubrir a una compañera que se quedó dormida, por lo que cuando acudió a su escondite particular, Hans ya se encontraba dentro del agua, y ella suspiró desilusionada.

La mañana anterior, asumiendo que no ir ya no era una opción, decidió darle sentido a todo aquello y comenzó a copiar sus movimientos. Se sentía torpe e inexperta, aunque, como Hans no era consciente de su presencia, se atrevió a adoptar algunas de las posturas más sencillas.

Hubo momentos en los que creyó que no se le daba tan mal, sin embargo, cuando él se mantuvo en equilibrio sobre sus brazos, con las piernas encogidas y flexionadas, y ella lo intentó imitar, terminó comiendo arena y por muy poco no acabó perdiendo los dientes.

Aquel día, y tras el fracaso de la jornada anterior, Hans había decidido intervenir y tomar cartas en el asunto. No quería que Alana terminase haciéndose un daño real que él mismo podría haber impedido. Permitió que ella, ajena a su escrutinio y en su escondite habitual, se colocase en la misma posición que él había tomado minutos antes para su meditación. Alana lo hizo y,

cuando Hans observó que mantenía los ojos cerrados realizando los ejercicios de respiración, se acercó sigiloso.

—No fuerces la espalda, mantenla recta y sin tensionarla.

Alana los abrió de golpe y centró su mirada algo turbada en él.

—Hans.

—El mismo —bromeó—. Me alegra comprobar que ya no me llamas «señor Müller».

—Podría hacerlo.

—Estoy seguro de ello.

Se observaron, sonrieron, y él se colocó a su lado, sentado en el suelo y adoptando la misma postura que tenía momentos antes.

Alana no perdió detalle de sus movimientos, aunque, cuando las manos masculinas se acercaron a las suyas, se le aceleró el pulso.

—La respiración es en cuatro tiempos. —Lo observó cerrar los ojos y contuvo el aliento cuando posó una palma sobre la que tenía en su esternón y la otra sobre su zona abdominal. Temió que descubriese lo rápido que le iba el corazón, que retumbaba en su pecho como un tambor en plenas fiestas patronales—. Tienes que coger el aire por la nariz y llenarte de él de arriba a abajo.

—Ajá —fue lo único capaz de decir.

—Coge aire, Alana. —Ella lo hizo a duras penas y lo mantuvo dentro. Se estaba mareando y no sabía si era el resultado de aquel ejercicio o de su cercanía—. Cuando lo expulsas es al contrario.

La mano que sentía quemarle sobre el abdomen presionó su piel, y ella contrajo la zona abdominal al soltar el aire.

—¿Así? —preguntó en un titubeo.

—Demasiado brusco, pero sí, algo así. —Abrió los ojos y estos penetraron en los suyos al mirarla. Alana sintió que podía leer todos y cada uno de sus secretos y se le secó la boca—. Entre coger y soltar el aire tienes que parar, hay un tiempo para todo. ¿Una vez más?

—Sí.

—Cierra los ojos —murmuró, y el susurro erizó la piel de la joven, que imitó su tono.

—Vale.

Alana siguió sus instrucciones, intentando encontrar la serenidad que parecía envolverlo a él. Se concentró en su respiración y en la voz de Hans a su lado, muy cerca.

—Así es. Muy bien —la alabó y retiró las manos del cuerpo femenino. Ambos lamentaron la pérdida al instante—. Tiempo de inspiración, tiempo con los pulmones llenos, tiempo de expiración y tiempo con los pulmones vacíos.

Los fue enumerando a la vez que su cuerpo seguía las palabras.

—Creo que lo tengo —musitó ella.

—Lo tienes —corroboró él mirándola con una sonrisa—. Según el objetivo que tengas, el ritmo y el tiempo que utilices variarán.

—¿A qué te refieres?

—Con el yoga se pueden lograr muchas cosas.

La mirada de Hans le resultó estimulante.

—Y ¿qué consigues tú?

—Respira, Alana —la amonestó como un profesor exigente, aunque sin perder la calidez en su tono—. Concéntrate en tu respiración y, cuando estés preparada, imita mis movimientos, ¿vale?

La muchacha asintió y obedeció, y él se mantuvo paciente mientras ella le seguía el ritmo, dándole algún consejo o rectificándola. Evitó tocarla en exceso, pues notar el latir del corazón de ella bajo su mano le había hecho sentir acojonantemente vivo.

Para cuando dio por terminado el ejercicio, Alana se sentía cargada de energía y algo más, una sensación burbujeante por todo el cuerpo que no supo identificar.

—Estás en muy buena forma física. Además, tienes bastante elasticidad y eres tenaz —enumeró él de espaldas a ella—. Tan solo te hace falta algo de práctica para no acabar como ayer. —A Alana no le agradó la idea de que él fuese consciente de cómo había hecho semejante ridículo y se preguntó desde cuándo sabía que se estaba escondiendo allí para observarlo—. No frunzas el ceño —la regañó sin mirarla.

Su voz divertida le hizo contraer el gesto aún más.

—No lo hago.

Hans se giró y señaló su frente hasta tocarla con la punta de los dedos índice y corazón.

—Sí que lo haces. Te espero mañana.

Su despedida no obtuvo respuesta.

Cuando él se metió en el agua, ella aún estaba intentando asimilar qué había ocurrido en la última media hora.

7

Un café

Hasta los ángeles necesitan un demonio que los invite a café

—¿Qué opinas del matrimonio?

Hans fijó la vista en ella y parpadeó aturdido, valorando el hecho de que aún estuviese dormido o que tan solo hubiera escuchado mal.

—¿Qué?

—Nada, déjalo. —Hizo un ademán con la mano—. Es que mi amiga Alba se casa. ¡Se casa! A ver, que me parece bien, que conste, esto era algo que todos sabíamos que ocurriría, si hasta ella misma lo decía. Soto y ella acabarían casados, viviendo en una casa rodeada de un bonito jardín, un par de niños y algún perro correteando a su alrededor. Solo es que creo que es demasiado pronto, todo ha surgido porque los padres de él no los dejaban dormir juntos en su casa. Ya ves el drama... Es que, ¿qué prisa hay? No sé, llámame loca, pero de verdad que no veo la urgencia en dar ese paso a nuestra edad. —Tras aquel discurso, Alana fijó la vista en el rostro masculino que la escuchaba sin pronunciar palabra, apostado a la altura de un par de escalones de distancia. Al ver su gesto, se mordió el labio inferior—. Te he despertado, ¿verdad?

Hans asintió mientras continuaba apoyado en el vano de la puerta abierta. Compuso una media sonrisa somnolienta y se encogió de hombros.

—No importa.

—Lo siento. Joder, lo siento de verdad, Hans. No sé ni por qué he venido aquí —murmuró contrariada—, es que acabo de leer el mensaje con la noticia y estoy un poco descolocada.

—¿Qué hora es?

La joven, que aún sostenía el teléfono en la mano, miró la pantalla cuando esta se iluminó.

—Perdóname —volvió a disculparse bajando la voz—. Qué mal... Son las cinco menos veinte. ¿En qué estaba pensando? No, está claro que no pensaba.

Hans, divertido por su verborrea y aún con los ojos hinchados, frenó aquel discurso más dirigido a ella misma que a él.

—¿Quieres café?

Alana se detuvo y dudó al ver el gesto de su mano, invitándola a entrar. Se debatió entre lo que debía hacer y lo que de verdad necesitaba, y es que aquel café sonaba tan tentador y efectivo para despejar su mente de aquella noche tan surrealista que le costó resistirse.

En realidad, se había sorprendido a sí misma al ser consciente de estar allí, ya que no llegaba a comprender por qué había ido en busca de Hans para desahogarse sobre lo de Alba.

—Aún me queda más de una hora de turno.

—¿Y sueles tener mucho trabajo de madrugada?

Ella lo pensó unos segundos y negó con la cabeza.

—No.

—Pasa, por favor.

Se giró sobre sí mismo y se adentró en la furgoneta sin esperarla.

La coleta rubia de ella se movió cuando miró a ambos lados antes de poner un pie tras otro sobre los escalones, pero, como ya sospechaba, no encontró a nadie despierto en los alrededores.

—¿Cómo lo tomas?

—Me da igual —contestó Alana observando los músculos de su espalda, que se contraían y relajaban hipnotizándola.

Hans se movía con soltura en la cocina teniendo en cuenta el espacio tan reducido y su propio tamaño personal, que, aunque tampoco suponía el de un oso cavernario, sí que contaba con un cuerpo musculoso y viril que mostraba sin pudor y a la mínima de cambio, tal y como hacía en ese momento, en el que tan solo tenía cubierto el tren inferior por un pantalón de tela de algodón fino y corto que dejaba poco a la imaginación.

Alana sintió la tentación de hundir la cabeza en el fregadero y remojársela con el agua del grifo. Se sentía justo como cuando enfermaba y le subía la fiebre.

—¿Quieres que te sorprenda?

Se encogió de hombros sin saber qué contestar con exactitud, pero, como Hans no se volvió a mirarla, hizo un sonido de afirmación con la garganta.

Mientras él se entretenía en preparar la bebida, ella observó a su alrededor sin recato. El caos y el desorden que reinaban empequeñecían aún más los pocos metros de vivienda, sin embargo, eso no escandalizó a Alana, ya que las habitaciones de algunos de sus hermanos tenían un aspecto similar.

—¿Hace cuánto que trabajas aquí? —se interesó Hans a la vez que le tendía la taza.

A ella no le pasó desapercibido el hecho de que él se hubiese servido el brebaje en un cuenco, aunque no dijo nada.

—Este es el tercer verano.

Lo vio retirar algunas prendas de ropa que lanzó hacia la cama sin interés y la invitó a sentarse. Lo hizo en el pequeño asiento que se encontraba entrando a la izquierda, al mismo tiempo que él se apoyaba en la encimera, cruzando las piernas en un gesto distraído.

—Se ve que te gusta.

—¿Trabajar en el *camping*?

—Sí, atender a la gente, apagar fuegos por aquí y por allá... Se te da bien ser la perfecta chica todoterreno.

A pesar de que su tono pretendía ser halagador, a Alana no le hizo sentir bien aquella afirmación.

—No es el trabajo con el que soñé mientras estudiaba la carrera, pero es lo que me permite pagar los gastos y ahorrar para cumplir mis metas.

—Tus metas... —repitió él con un deje que le resultó algo socarrón.

Alana bebió un sorbo del contenido de la taza y arrugó el gesto debido al amargor de la bebida. Solo y sin azúcar.

—Por Dios.

Hans soltó una carcajada.

—Pues sí, parece que te he sorprendido. —Soltó una risa ante el gesto enfurruñado de ella—.

¿Qué estudiaste?

—Ciencias del Deporte.

Hans asintió al acabar de beber.

—Creo que te pega.

Alana levantó una ceja, curiosa.

—¿Me pega?

—Sí, no sé. Al igual que a mí no me pegaría ser banquero, ya sabes.

—Y ¿por qué no?

—Bueno, en realidad, no creo que haga falta que te responda a esa pregunta. —Se irguió y mostró unos cuantos de sus tatuajes.

Alana ya tenía memorizados algunos de ellos sin ser del todo consciente.

—Se pueden esconder con la ropa.

—Ya, pero no tengo ningún interés en ocultarlos ni en supeditar mi vida a un trabajo que me obligue a hacer algo que no quiero.

Alana asintió.

—Creo que yo tampoco aceptaría un trabajo así.

—¿No? —preguntó con una sonrisa, y ella negó algo confundida—. ¿Te puedo hacer una pregunta?

Alana observó cómo él, tras dejar apoyado el cuenco vacío en la encimera, se dejó caer con un suspiro en la cama, donde acabó rodeado del caos de las sábanas, ropa y demás bultos indescifrables.

—Supongo.

—¿Cuáles son tus metas?

—Terminar de formarme y trabajar con mi padre —respondió como quien tiene la lección aprendida.

—¿Y tus sueños?

Ella frunció el ceño y desvió la vista. Hans apreció su cambio de actitud y no insistió.

—Eso son dos preguntas. Me toca. ¿Cómo puedes vivir en un espacio tan pequeño y desordenado?

Hans la miró divertido. Si pretendía incomodarlo, no lo había conseguido.

—Sabía que dirías algo así en algún momento.

—No te vengas arriba, que no me conoces —rebatía a la defensiva.

Hans se giró hacia ella en su postura horizontal antes de hablar.

—Yo no «vivo» en este espacio, sino en el mundo exterior.

—¿Eso es de alguna peli de Disney?

Él soltó una carcajada y la miró estupefacto. Aquella chica era fascinante.

—¿Hablas en serio?

—No —negó frunciendo el ceño sin creer haber dicho eso en voz alta. Sus mejillas se colorearon—. Continúa, por favor.

—No vivo aquí, lo hago ahí afuera: en cualquier playa, pueblo o carretera que tenga alrededor y donde me apetezca parar. Y eso es lo especial de un sitio tan pequeño y que puedes llevar contigo a donde quieras. Iris solo es mi medio para conseguir ese fin.

Al escucharlo, sintió un anhelo que no llegó a entender. Hans la observó con curiosidad mal disimulada.

—¿Iris?

—La furgoneta, se llama Iris—aclaró.

Alana contuvo una sonrisa mordiéndose el labio. Le hacía gracia la idea de que Hans humanizase aquel vehículo hasta tal punto. Ella jamás había pensado en bautizar a su monopatín, y eso que era su bien máspreciado.

—Entiendo.

—En cuanto al desorden, me temo que no tiene arreglo —añadió él encogiéndose de hombros—. Me viene de serie, pero a mí no me molesta, la verdad.

—Ni a mí, eres tú quien vive aquí.

—¿Tú eres de las que tienes etiquetados hasta los botes de la despensa?

Alana soltó una risotada culpable y espontánea que culminó con un rebufo nasal, semejante al sonido que habría emitido un cerdo condenado al matadero.

A Hans aquello le resultó muy divertido y se rio mientras ella se flagelaba en su fuero interno e intentaba controlar la risa.

Tras el extraño momento de antes, ambos pudieron notar el halo de camaradería que se había formado entre ellos y aquella certeza los cautivó por igual.

—Para —se quejó la joven mordiéndose el labio para controlar la sonrisa.

—Entonces, ¿tu amiga se casa? —Alana asintió y apretó los labios—. ¿Y por qué te molesta?

—No lo hace. —Se envaró—. Es solo que no quiero que cometa un error.

—Y ¿por qué iba a ser un error?

Alana abrió la boca, dispuesta a enumerarle los motivos, pero ninguna palabra salió de sus labios. Se quedó en silencio observándolo.

Él, al sentirse objeto de su mirada, conectó con sus ojos y le sonrió con esa mueca despreocupada que ya conocía.

—¿Qué?

—¿Cuántos años tiene tu amiga?

—Los mismos que yo.

—Que son...

En ese momento cayó en la cuenta de que, aunque conocía la edad del hombre por su ficha de cliente: treinta y cuatro, él no tenía por qué saber la de ella.

La certeza de saber que él ignoraba la diferencia de edad entre ambos la acobardó.

—Veintiuno.

Hans asintió sin darle importancia y, cogiendo impulso, se levantó de la cama y le pellizcó la nariz.

—Ya es lo bastante mayorcita como para saber qué es lo que quiere o no hacer con su vida o para dejar que los demás decidan por ella, ¿no crees? —Sin darle opción a réplica, abrió la puerta y, justo antes de salir, añadió—: ¿A las seis en la playa?

Hans necesitó poner distancia.

Alana necesitó procesar sus palabras.

8

Errores

El monstruo de colores

Apartó el teléfono y contuvo una carcajada, evitando así derramar el contenido de agua que acababa de beber.

Terminó fracasando de manera estrepitosa.

Por fortuna, se encontraba sola en su apartamento y nadie fue testigo de cómo esta salía despedida de su boca y terminaba tosiendo de forma patética.

—Joder —farfulló con la respiración agitada.

El movimiento espasmódico de su estómago le envió un recordatorio sobre el estado de su cuerpo tras la última clase de *pole dance* y compuso una mueca dolorida.

Evitando pensar en sus magulladuras, cogió un pañuelo de papel de la cajita que siempre tenía destinada a tal fin en la mesa de centro de salón y secó el estropicio. El móvil había continuado sonando durante ese breve lapso de tiempo, por lo que terminó desbloqueándolo y leyendo de nuevo la conversación:

África: 

Es urgente, chicas. ¿Me puedo liar con un celíaco habiendo comido pan hace poco o tengo que esperar?

Alba: 



¡¿Qué?!

África: 

Urgente, amiga. Ur-gen-te.

Alba: 

Espera, a ver qué dice Soto.

África: 

¿Y por qué lo iba a saber él? No me jodas,

Alba.

Alba: 🗨️

Yo qué sé... De verdad no me creo que nos estés preguntando esto.

Decidió intervenir.

Alana: 🗨️

Podría ser peor, conociéndola, cualquier día nos consulta si puede tener sexo oral con su intolerancia a la lactosa.

África: 🗨️

Eso ya lo he comprobado por mí misma. 😏
Ningún problema.

Alba: 🗨️

Soto dice que para el pan esperes dos horas.

África: 🗨️

No me jodas. ¿En serio?

Alba: 🗨️

Y que, si lo que has comido son picos, es menos: de los duros, una hora y, de los blandos, con veinticinco minutos vale.

Soltó una risita.

Alana: 🗨️



Soto, soy tu fan número uno.

África: 🗨️

Perras, que no es broma. No puedo cargar con un cadáver a mis espaldas. Ya me tiene fichada la poli por lo del coche de mi padre.

Alba: 🗨️

Es que eso fue muy fuerte, Afri...

Alana: 🗨️

Llevas razón, con tus antecedentes te podrían detener por darle el beso de la muerte a ese pobre chico y acabarías tus días entre rejas.

África: 🗨️

No tiene ninguna gracia. Venga, joder, que se le va a bajar el calentón como siga encerrada en su baño.

Alana: 🗨️

Lávate los dientes y listo.

Alba: 🗨️

Pero ¿tienes cepillo de dientes allí?

África: 🗨️

Gracias, rubia. Sabía que podía contar contigo. Te quiero.

Alana: 🗨️

Y yo a ti, Matahari.

Alba: 🗨️

Vale, Soto no para de descojonarse, creo que me estaba tomando el pelo con lo de los tiempos, ¿eh?

Alana: 🗨️

🤔
Qué inocente eres, Alba. Después de tantos años con él, ¿todavía no lo conoces?

La joven se quedó unos segundos observando su teléfono sin recibir respuesta. Cuando entendió que sus dos amigas habían encontrado una distracción mejor que la de continuar con aquella charla, volvió a bloquear la pantalla y se levantó del sofá. Aún le quedaban cuarenta y cinco minutos para tener que marcharse al trabajo, por lo que decidió hacer una visita a sus padres.

Al atravesar la puerta que conectaba su apartamento con la vivienda familiar, la recibió el sonido de platos y cacharros. Vio a Juani en la cocina, aquella mujer ayudaba en casa desde que tenía uso de razón y la querían como a una abuela. La muy testaruda se negaba a jubilarse, pese a haber cumplido los sesenta y cinco años, aunque debía reconocer que seguía teniendo la misma vitalidad de siempre.

La saludó con la mano y escuchó la voz de su padre a su espalda.

—¿Entras ahora a trabajar?

Se giró hacia él, le sonrió con cariño y asintió.

—Sí, ya me voy, pero tenía ganas de pasarme a ver qué tal iba todo por aquí.

—¿Nos echas de menos? Ya sabes que puedes volver cuando quieras, tu habitación está intacta.

—Papá —se quejó con una sonrisa—. Si vivo en el garaje.

—Demasiado lejos —contestó cariñoso y besó su cabeza—. ¿Quieres que te acerque? Hace demasiado calor.

—No te preocupes, con el monopatín llego pronto.

Él hizo un sonido con la lengua en respuesta y terminó claudicando. Intentaba no ser tan protector con su primogénita, aun así, a veces le resultaba imposible no verla como aquel bebé que les cambió la vida a su mujer y a él cuando tenían tan solo dieciocho años.

Fede conocía a su hija, sabía que era responsable y siempre les había puesto las cosas fáciles en su papel como padres, sin embargo, también podía atisbar un pequeño destello de la misma ansia de liberación que a él le había acompañado en su adolescencia.

—Está bien, pero ten cuidado y llévate la gorra.

—Vale.

Alana regresó sobre sus pasos y, cogiendo su medio de transporte y la mencionada protección, salió del apartamento en dirección al *camping*, sintiendo el sol abrasador sobre su piel.

Mientras se deslizaba por la carretera no llegó a imaginar lo que le depararían las siguientes horas y tampoco lo vio venir después, ya que la noche estaba resultando bastante tranquila.

Le dio tiempo de terminar el inventario que su jefe les mandaba hacer cada jueves y que, de forma oportuna, a sus compañeras de la mañana nunca les daba tiempo a realizar. También acudió al aviso de un grifo roto en una de las cabañas, contó con seis huéspedes como alumnos en la clase de gimnasia acuática que impartió en la piscina como parte del calendario de animación e incluso echó una mano a Edu a reponer en la tienda por todas las veces que este la había ayudado a ella.

Esos últimos días lo había notado más raro de lo normal, y eso ya era un decir en él. Eran amigos desde hacía algunos años, sus padres habían forjado una relación estrecha gracias a los entrenamientos y a que tenían hijos en edades similares. Debía reconocer que en un principio el chico le pareció un verdadero suplicio, tan friqui y callado, pero la animadversión le duró poco.

Fue gracias a sus juegos de cartas compartidos, y a escabullirse de sus hermanos pequeños, que terminaron creando un buen equipo, y continuó siendo así con el paso de los años, ya que, aunque cada uno tomó un camino diferente para cursar sus estudios, compartían el trabajo en el *camping* en épocas estivales y temporadas altas.

No obstante, debía admitir que lo conocía menos que él a ella. Edu era un chico bastante reservado con su vida e intimidad y no era muy dado a mostrar sus emociones en público, por eso, cuando la alcanzó saliendo de la sala de empleados y lo observó reparando en su gesto contraído y la expresión de sus ojos, se asustó.

—¿Qué te pasa, Edu? ¿Te encuentras bien? —le preguntó preocupada apoyando su mano en el antebrazo del chico.

—Sí. —Se soltó de su agarre con brusquedad.

Se lo quedó mirando en silencio, esperando una explicación, sin embargo, él se mantuvo con los labios apretados, recriminándole algo con la mirada que Alana no llegó a comprender.

—¿Seguro que estás bien? —Su compañero murmuró algo que no captó, y ella insistió—. Edu, ¿qué te pasa? Si estás así por lo de Lola, ya te he dicho que no me importa cubrirla mañana en su turno, hablaré con mi madre y...

—No es eso —la cortó.

—¿Entonces?

Él no contestó, pero tampoco dejó de mirarla. Esa actitud provocó que Alana se sintiese incómoda.

—Bueno, pues luego nos vemos. Voy a ver si Juanma necesita ayuda en el chiringuito.

—¿Te gusta?

Alana se giró para encararlo.

—¿Juanma? ¡No! ¡Claro que no! —Frunció el ceño, contrariada, sin entender nada—. ¿A qué viene eso? Va a ser padre en un mes y me saca ocho años.

—Pues eso no parece ser impedimento —murmuró.

—¿Qué has dicho? —inquirió ella conteniendo el creciente enfado y sin querer levantar demasiado la voz—. ¿Se puede saber qué demonios te pasa? Y deja de decir que estás bien porque parece que te hayas tragado un calcetín sucio y estés intentando no vomitarlo.

—El tipo del yoga.

Alana sintió como si un puñetazo imaginario impactara contra su estómago.

¿El tipo del yoga? ¿Qué sabía él de aquello? ¿Cómo era posible que la hubiese visto si su turno siempre terminaba dos horas antes que el de ella?

La idea de que la hubiese estado espiando le puso el vello de punta.

—¿Te refieres a Hans?

—¿Hans? —repitió incrédulo y compuso un gesto de repulsa—. ¿Desde cuándo llamas a los clientes por su nombre de pila?

—¿Desde que ellos mismos me lo piden? —rebatió con una pregunta retórica cargada de indignación—. ¿A qué viene esto?

—Es igual.

—No, no lo es, Eduardo. —Le cortó el paso cuando él quiso avanzar para marcharse—. ¿Qué es lo que estás insinuando?

El aludido se volvió hacia ella y, en un arranque de falsa y rabiosa valentía, la acorraló contra la pared, apoyando las manos a cada lado de su cabeza y la besó con rudeza.

La sorpresa y la brusquedad del movimiento hizo que Alana contrajese el gesto, intentando minimizar con su respiración las punzadas de dolor que atravesaron su abdomen y piernas ya magulladas.

Lo empujó con todas sus fuerzas.

—¿Se puede saber qué demonios haces?! —Alana no llegaba a creerse que aquel que tenía delante con expresión lunática fuese el Edu que ella conocía.

—¿Te gusta ese tío? —repitió acercándose a ella un poco más—. No me lo esperaba de ti. ¿Cómo puede llamar alguien como él tu atención? ¿Qué tiene para conseguirlo? ¿Es por el pelo? ¿La barba? ¿Esa pinta de vagabundo lleno de tatuajes y *piercings*? —indago a escasos centímetros de ella—. ¡Dime qué es!

—¿De qué demonios estás hablando? ¿Tú te escuchas?

—No me lo podía creer —murmuró más para sí que para ella—. Hasta que no lo vi con mis propios ojos no me lo creí, pero era verdad todo lo que decían. Os he estado observando, ¿me oyes? Y no eres diferente a todas las demás, que babea y se ofrecen en bandeja como unas vulgares ramera cada vez que él pasa por delante. Solo te faltaría colgarte la mochila al hombro y seguirlo como su perrita faldera para coronarte.

—¿Qué mierda dices? Yo no he hecho nada de eso y te aseguro que tampoco me esperaba esto de ti. Se te ha ido la olla.

Edu la miró enfurecido y, con expresión desquiciada, volvió a intentar besarla con furia. Alana no titubeó y le mordió, soltándose de su agarre y alejándose varios pasos.

El joven trastabilló descolocado, se llevó la mano al labio observándose el rastro de sangre en los dedos y la miró. Cuando se dio cuenta de lo que había hecho, su expresión mutó a una de verdadero pavor.

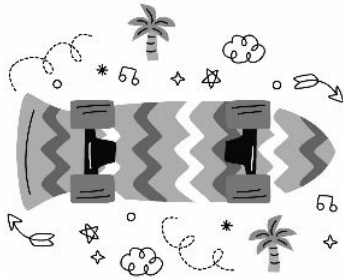
—Vete de aquí —ordenó ella furiosa.

—Alana...

—¡Fuera de mi vista! —chilló.

Edu murmuró algo que no llegó a comprender antes de darse media vuelta, alejándose de allí con celeridad y torpeza.

La joven se giró y comenzó a caminar, a grandes zancadas al principio para terminar echándose a correr segundos después. Se detuvo al girar una de las esquinas de los baños del sector noroeste y apoyó ambas manos en sus rodillas, doblándose en dos al sobrevenirle una arcada.



La voz masculina de Hans descuartizaba una conocida canción mientras tarareaba, debido a que no afinaba con el tono ni reproducía de forma correcta la melodía, sin embargo, eso era algo que no le importaba en absoluto.

Andaba de regreso a su casa rodante de un excelente humor gracias a haber pasado las últimas horas del atardecer en una cala que le cautivó desde que sus ojos repararon en ella. Había finalizado el día disfrutando del trasiego nocturno de aquel jueves en el paseo marítimo y pasaban de las doce cuando aparcó la moto en la zona de entrada al *camping*.

Caminaba hacia su parcela cuando algo captó su atención. Intrigado, detuvo el tarareo sin dejar de avanzar y no tardó en discernir la figura de una persona en cuclillas.

Al acercarse, y darse cuenta de quién se trataba, sonrió preguntándose qué hacía su chica favorita allí en aquella postura.

A Alana no le dio tiempo a terminar de inspirar hondo y asimilar lo que acababa de ocurrir cuando una voz ronca y a la vez dulce, que ya le era del todo conocida, llegó hasta ella.

—Hola, *mädchen*. ¿Te pilló en mal momento?

Alana levantó la cabeza y fue justo en aquel instante cuando no pudo contener más las lágrimas.

Sin pensar en nada más, se echó a sus brazos pillando a Hans desprevenido.

A él se le borró la sonrisa y las ganas de seguir tarareando.

9

Hermanos

Siete formas de decir familia

El apartamento de Alana resultó justo como su mente lo había recreado gracias a las pocas conversaciones que habían tenido tras los ejercicios de yoga de cada mañana.

Si bien no era demasiado grande, pues juraría que no pasaría de los treinta metros cuadrados, estaba muy bien distribuido.

Sonrió al observar un conjunto de fotos colgadas en la pared del femenino salón. En concreto, llamó su atención una de ellas, donde Alana reía con la boca bien abierta y llena de manchas de lo que a simple vista parecía chocolate. Tuvo que ser tomada algunos años atrás, ya que aún se apreciaba el espacio vacío de un diente que estaba por crecer.

Se demoró unos segundos más en su expresión de pura felicidad antes de dirigir los ojos a otra instantánea más reciente, donde una fila de ocho niños posaba de frente, uno al lado del otro, colocados de mayor a menor estatura en una llamativa escala visual.

—Somos mis hermanos y yo. —Escuchó la voz de Alana a su espalda y se giró para observarla—. Ya conoces a algunos.

Tenía mejor aspecto, sin embargo, en sus ojos aún se podía apreciar que había estado llorando, sobre su pecho, para ser exacto.

—¿Más tranquila? —Ella asintió, y Hans se hizo a un lado, invitándola con el gesto y media sonrisa a que se pusiera junto a él y frente a la imagen—. Cuéntame algo sobre ellos.

Alana agradeció su petición y poder así dirigir sus pensamientos a otra cosa. Suspiró antes de hablar.

—La más pequeña es Zahara. Acaba de cumplir tres años. —Sonrió—. Es una niña muy despierta y alegre, está mimada por todos y siempre consigue lo que quiere.

Hans asintió con un gesto calmado, sin apartar la vista de la instantánea

—Es preciosa.

—Lo es. Guille es el siguiente. —Llevó el dedo hasta la figura del niño—. Es un trasto de siete años, sin duda el más travieso e inquieto de todos.

—Se intuye —apuntó Hans divertido, señalando el detalle donde el pequeño se afanaba en ponerle un par de cuernos a una de sus hermanas.

Alana dejó ir una risita.

—Sí, aunque también es muy cariñoso —añadió antes de pasar con el dedo a la siguiente chica—. Ella es Fabiola, pero todos la llamamos Pato.

—¿«Pato»?

—Cosas de críos —le restó importancia—. Se lo puso mi hermano Bruno, por eso de que es la única morena entre todos... Ya sabes, el cuento del patito feo. —Hizo una pausa y bajó algo la voz—. Está pasando por una etapa un poco complicada.

—¿Qué le ocurre?

Hans se movió unos centímetros, apoyándose en la esquina del sofá. La miró con interés durante unos segundos.

Alana desvió de nuevo la vista al marco de fotos, y él continuó observando su perfil, embebiéndose de la forma en la que su cara se movía mientras hablaba, dejándole ver lo que escondían sus palabras.

Con aquella conversación tan solo pretendía tenerla distraída y que no volviese a llorar tan desconsolada como hacía un rato. Había podido sacarle poca información sobre lo ocurrido, ya que se había mostrado algo hermética al respecto.

—Es una niña muy sensible e introvertida y no se siente cómoda con sus compañeros del colegio. Detesto lo crueles que pueden llegar a ser los críos a veces. —Su tono tuvo un tinte amargo—. Siempre ha dicho que de mayor quiere ser policía.

—Y será una de las mejores.

Alana le sonrió agradecida antes de terminar el barrido por los mayores.

—Las gemelas son Diana y Emma. —Las apuntó al mencionarlas, y Hans pensó que él sería incapaz de diferenciarlas—. Son como la noche y el día. Emma es tranquila, responsable y saca las mejores notas de su clase. Diana... digamos que es —dudó al hablar— peculiar.

—Recuerdo el día que nos cruzamos en el pueblo y el comentario que...

—¡Exacto! —lo cortó algo abochornada, sin querer recordar lo que su hermana había soltado por su boca sobre Hans y su aspecto cuando él se estaba alejando—. Esa es Diana: incorregible, deslenguada y siempre metiéndose en líos. Y súmale a todo eso que están entrando en plena adolescencia. —Puso los ojos en blanco—. No, no nos aburrimos.

Hans soltó una carcajada.

—Suenas divertido.

—Lo es. A veces —contestó con cariño—. Y la peor enemiga temporal de Diana es Carolina. Quince años, rebelde y temperamental, y a la que desde hace un par de años solo le preocupan su imagen, la ropa y las redes sociales. No oses tocar su maquillaje o algo de su armario si no quieres morir.

—Lo tendré en cuenta —bromeó y pudo ver cómo ella reprimía una sonrisa.

—Y, por último, Bruno. —Alana se giró y lo observó, hablándole de forma directa por primera vez—. Es la mejor persona que conozco. Tiene dieciséis, es divertido, se desvive por los animales y tiene un corazón enorme, aunque a veces también lo mataría.

—¿Cómo no? —Ella sonrió enternecida, y él se la quedó mirando, a la espera de algo más. Cuando dedujo que no iba a continuar, habló de nuevo—: ¿Y qué me dices de ti?

La sonrisa de su rostro se volvió algo más tensa cuando Hans le hizo esa pregunta. Anduvo unos cuantos pasos y se sentó en los escalones que separaban el salón y la cocina del pequeño dormitorio de concepto abierto.

—¿Qué quieres saber?

Los pies de él entraron en su campo de visión cuando se acercó a su posición. Alana recayó entonces en que se habría descalzado en algún momento mientras ella se recomponía en el baño.

—Tienes todo un repertorio de elogios y palabras para tus hermanos, pero ¿de ti nada? —La aludida se encogió de hombros—. Veamos, ¿qué te gusta hacer?

—Practicar deporte.

—¿Qué más?

—Cuidar de mis hermanos e ir a la playa con mis amigas.

Hans negó con la cabeza.

Alana observó cómo agarraba una silla del pequeño comedor y, dándole la vuelta, se sentaba a horcajadas y agarraba el respaldo con sus manos de largos dedos.

Sus anillos brillaron al moverse y reflejar la luz del techo, hipnotizándola.

—Ve un poco más allá.

—¿A qué te refieres?

Lo observó con interés, y a él le fascinó la sinceridad y frescura de sus gestos.

—Si te digo que me gusta viajar, solo te estoy dando una información que se queda en la superficie, pero, si te explico que lo que de verdad me remueve el alma es empaparme de las diferentes culturas y costumbres de los sitios a los que voy, puedes hacerte una mejor idea de quién soy.

La joven se lo quedó mirando, recapacitando sobre sus palabras. Tras unos segundos rebuscando en su interior, se aclaró la garganta.

—Me encanta cuando salgo a correr con mi padre, tenemos un pique sano constante. —Se sintió sonreír—. Solemos terminar hablando de la vida, de los planes de futuro para su negocio o cosas así. Disfruto mucho de esos ratos.

Hans la observó, y ella sintió la necesidad de apartar la vista ante su escrutinio.

—Estás muy unida a tu familia.

Alana asintió con la cabeza, aunque aquella frase no había sonado a una pregunta.

—A veces, cuando están más intensos de la cuenta, me entran ganas de distanciarme una temporada de todos. Fantaseo con irme lejos y echarlos un poco de menos.

—En ocasiones no es malo dejar de lado las responsabilidades y escuchar lo que nos dice el instinto. Mírame a mí, es justo lo que hago cada día, y no me va del todo mal.

—En mi caso es complicado.

—Entiendo.

Alana dudó de que de verdad lo hiciese.

—¿Tú tienes hermanos, Hans?

—No.

—Lo siento. —Su voz sonó sincera.

—Gracias, aunque no tienes por qué. —Le dedicó un gesto cariñoso—. No puedo echar en falta algo que no he tenido nunca y la verdad es que no sé si sería capaz de vivir rodeado de tantas personas las veinticuatro horas del día.

—Ya, aunque yo vivo sola.

Hans elevó una ceja, y ella miró el reloj colgado en la pared de la cocina. Faltaba menos de media hora para que las agujas marcaran las dos de la madrugada. Sacó su móvil del bolsillo lateral de los pantalones del uniforme y lo desbloqueó, dirigiendo sus pasos hacia la cocina.

Pudo ver el aviso de un mensaje, la respuesta de su jefe a su explicación de por qué se había marchado a casa. Había mentido, sin embargo, como ese tipo de situaciones no eran habituales en ella, su jefe tan solo le respondió con un escueto «OK».

Alana suspiró y lo bloqueó de nuevo, apoyándolo después en la encimera.

—¿Quieres algo de beber?

—¿Qué tienes? —Se interesó él, acercándose hasta su posición.

Ella escrutó el frigorífico y compuso un gesto de disculpa al girarse.

—Agua y algo de leche.

—Uhm. Voy a apostar fuerte: agua.

Compartieron una sonrisa mientras servía los dos vasos.

—¿Puedo confesarte algo? —le preguntó Alana.

Ambos se encontraban enfrentados, con la isla de la cocina como barrera entre sus cuerpos.

—Por favor.

—He visto tu Instagram, y creo que nadie se ha fotografiado más los pies en diferentes lugares del mundo que tú.

En el momento en que se lo dijo, se arrepintió, ya que con ello le daba a entender que se interesaba por él y por su vida más allá de lo racional entre un huésped y una trabajadora de *camping*. Solo que entre ellos se había forjado una conexión que iba más allá de la racional entre un huésped y una trabajadora de *camping*, comenzando por el yoga que compartían cada mañana y terminando por aquel mismo instante, al que habían llegado después de que ella le hubiese llenado de mocos y lágrimas su camiseta, y él se hubiese ofrecido a acompañarla a su casa cuando comprendió que lo mejor que podía hacer era marcharse.

Hans rio sin contenerse.

—Mi Instagram, ¿eh?

—Lo siento. No debí haberlo hecho.

—No pasa nada.

—En serio. Para algo existe la Ley de Protección de Datos. No sé por qué no pensé en las consecuencias que podría...

—Alana —la interrumpió apoyando una mano sobre la suya—. No pasa nada, nadie más que tú y yo vamos a saberlo, así que tranquila, no vas a acabar en la cárcel por ver unas fotos en una red social pública. —A ella se le erizaron los vellos de los brazos ante su contacto y, en un acto reflejo, contuvo la respiración cuando él llevó los dedos a su entrecejo, acariciando la zona—. De verdad, deja de preocuparte.

Sus ojos conectaron con los de él y bajó la mirada hasta las arrugas que se formaron en la comisura de sus labios cuando sonrió. Ese simple gesto borró la culpa que la imagen de los pies de Hans le provocaba cada vez que la recordaba, con el mapamundi tatuado y ocupando ambos empeines.

La emoción fue sustituida por otra mucho más carnal cuando lo vio entreabrir los labios y atisbó su lengua entre ellos.

—¿Tienes hambre? —dijo sin pensar.

—Sí, mucha.

La forma en la que él había pronunciado la escueta respuesta hizo que ella elevase la mirada hasta centrarla en sus ojos.

Hans la escrutaba con intensidad, y ella sintió un repentino calor por todo el cuerpo. Se llevó el vaso a los labios y dio un gran trago, rompiendo el contacto visual.

Carraspeó antes de hablar de nuevo.

—¿Cuál ha sido el lugar que más te ha gustado de todos los que has conocido?

Hans cogió aire y se encogió de hombros.

—No puedo quedarme con uno solo. De los de este año, sin duda, Bergen, aunque puede que eso cambie de aquí a Navidades.

—¿Tienes previsto viajar mucho hasta entonces?

Él sonrió.

—Llevo viajando sin parar desde hace tres años, así que sí, eso espero.

—¿Tanto tiempo? —Asintió—. Pero entre viaje y viaje pasas temporadas en tu casa, ¿no?

—No. Vivo en la furgoneta todo el año.

Los ojos de Alana se abrieron más de lo normal.

—Nunca volveré a quejarme del tamaño de mi apartamento.

Soltaron una carcajada, y ella chistó entre risas, instando a que bajaran el volumen.

—Me caes bien, Alana.

—Usted también a mí, señor Müller.

Hans sonrió complacido.

—Cuando me vaya, y alguien me llame así, no podré evitar acordarme de ti.

Y era cierto, aunque también era consciente de que no sería por lo único por lo que la traería a su memoria. No sabía qué le pasaba con aquella chica, pero le fascinaba de una manera inesperada, y eso en cierto modo le asustaba.

Alana apretó la mandíbula sin querer reconocerse a sí misma que la primera parte de la frase, ese «cuando me vaya», le afectaba más de lo que le hubiese gustado reconocer.

—¿Y ya tienes previsto el próximo viaje? —preguntó fingiendo despreocupación, dándose la vuelta y llevando los vasos vacíos al fregadero.

Hans se enderezó y se acercó a la entrada, donde había dejado sus sandalias olvidadas al llegar.

—En realidad, sí. —Se calzó y se pasó la mano por el pelo, afianzando el moño con un par de tirones—. Es la única cita del año que no puedo eludir, y ya debería estar en camino. El arreglo de Iris me ha retrasado más de la cuenta.

—Ah.

Alana se alegró un poquito de que su furgoneta estuviera averiada, se convenció de que ese sentimiento tan solo estaba motivado porque le gustaban los avances que estaban consiguiendo en las sesiones de yoga, y también porque Hans le parecía divertido y lo pasaba bien con él, pero nada más. Aunque, cuando él volvió a hablar, notó un pellizco en las entrañas difícil de justificar.

—En unos días dejaré libre mi plaza en el *camping* —anunció antes de despedirse—. En nada estaremos listos para viajar de nuevo.

Si él hubiese prestado atención al rostro de Alana antes de salir por la puerta, habría descubierto el malestar y la determinación que brillaba en sus ojos, donde se podía leer a la perfección la decisión de tomar distancia de él, sin embargo, la realidad era que Hans estaba demasiado ocupado intentando gestionar sus propias emociones ante la perspectiva de abandonar Costa Serena y, por consiguiente, a ella.

Ninguno de los dos consiguió dormir demasiado durante aquellas escasas horas que restaban de la noche.

10

La playa

Los bombones al sol se derriten... Y las defensas también

Decidió recuperar las horas que el jueves había echado de menos en el *camping* y lo hizo en la noche de mayor volumen de trabajo, la del sábado, por lo que eran pasadas las doce del mediodía cuando recogía su mochila y se subía a su monopatín.

Al salir por la puerta, y justo antes de echar a rodar por la avenida, el claxon de un vehículo la sobresaltó. Miró en dirección al sonido y descubrió el llamativo coche amarillo de África y a sus amigas dentro, haciéndole aspavientos con las manos.

—¿Qué hacéis aquí? —les preguntó cuando llegó a ellas y se agachó hasta asomar su cara por la ventanilla abierta.

—Raptarte.

—¡Día de playa! —aclaró Alba tras reírse de la respuesta de África.

Alana suspiró cansada.

—Estoy muerta, chicas. Llevo desde ayer sin parar.

—Te dejaremos que sobes un rato en la tumbona. —La joven alzó una ceja ante aquella afirmación—. Y esta vez prometemos estar pendientes para que no te quemes con el sol.

Ante la insistencia de ambas terminó por aceptar, recibiendo unos ridículos vítores mientras se metía en el coche. Sin embargo, no recorrieron mucho camino antes de darse cuenta de que les iba a resultar casi imposible aparcar, ya que ese primer domingo de septiembre parecía que todo el mundo se había animado a ir a Costa Serena a pasar el día en remojo.

—¿Y si lo metemos en el *parking* del *camping*? —propuso su amiga más sensata—. ¿Crees que te pondrán problemas?

Alana lo meditó y al final asintió; sabía que había plazas libres y, tras hablar con su compañera, no tuvieron mayores inconvenientes.

Una vez instaladas en la playa se dejó caer en una de las hamacas y se quedó dormida al instante. Sus amigas cumplieron con la palabra dada y se preocuparon de que su piel no mutase a un color rojo encendido, aplicándole crema en las zonas que no cubría la parte inferior del bikini o la camiseta del uniforme que aún llevaba puesta.

Pasaron un par de horas cuando Alba decidió despertarla.

—¿Qué hora es? —preguntó desubicada.

—Hora de despertarte, bella durmiente —la saludó Soto, pareja de su amiga, que se había incorporado al grupo mientras ella estaba inconsciente—. Vaya concierto de ronquidos nos has

dado, teníamos un ambiente tan romántico aquí a tu lado...

Alba lo empujó divertida.

—No seas malo. Son las tres menos diez, cariño.

—Me muero de hambre —se limitó a decir cuando se incorporó y sus tripas rugieron con ganas.

Lo último que ingirió la noche anterior había sido una ensalada del súper y un zumo a una temperatura rozando la ebullición. Además, mientras comía, la interrumpieron dos veces los avisos de los huéspedes al teléfono del *camping*, así que su estómago se quejaba y con razón.

—Hemos traído bocatas.

Alana se acercó a la bolsa que Alba le señalaba y, tras estirar su espalda y sus brazos reprimiendo a duras penas un bostezo, se agachó y rebuscó, dando con un envoltorio de aluminio en forma de bocadillo y una botella de agua.

—¿Dónde está África? —preguntó con la boca llena.

La pareja, sentada sobre la toalla en una posición muy acaramelada, señaló al unísono con la cabeza hacia la orilla, donde la del pelo rosa reía encaramada a la espalda de un chico que corría sorteando las olas y haciendo aspavientos.

—¿Ese es quien creo que es?

—Muy a mi pesar, sí —contestó Soto.

Su amigo y aquel tipo se conocían desde el instituto y, aunque el que retozaba en la arena en ese momento con África había estudiado un par de cursos por delante de ellos, eso no había sido impedimento para que todo el mundo supiera su identidad, pues él solito se encargó de crearse una fama de rompecorazones y robanovias bastante conocida, y era raro encontrar a alguien que no hubiese tenido problemas con él.

Alana dedujo que el hecho de que su amiga cayese de nuevo en sus garras era del todo inevitable. África solía colgarse de los más engreídos y difíciles, y de él ya lo había hecho antes de que este se fuese a vivir a Londres. De hecho y desde entonces lo tenía colocado en los primeros puestos de su *ranking* de mejores amantes.

Y sí, por supuesto que su descarada amiga tenía un listado de tíos con los que se iba acostando, con sus respectivos teléfonos y puntuados con dibujitos de penes sonrientes marcando los que, según decía, merecía la pena recordar por si se presentaba de nuevo la ocasión.

Alana se entretuvo unos minutos hablando con sus amigos y observó a la tercera interactuar en la orilla. Los tortolitos le explicaron cómo se habían tomado los padres de Alba su compromiso y, para su tranquilidad, también le aclararon que no pensaban casarse de inmediato.

—Si fueses un desconocido, y no supiera que vas en serio con mi amiga, juraría que le pediste matrimonio solo para poder dormir juntos en tu casa.

—Me has pillado.

Él le guiñó un ojo y besó el cuello de Alba, que soltó una risita afectada.

Para cuando el ambiente se hubo caldeado lo suficiente, tanto entre los amantes reencontrados como con los recién comprometidos, ella terminaba su bocadillo de tortilla y se deshacía de los restos del envoltorio.

—Me voy al agua, a ver si me despejo un poco.

—Vale.

—Por la sombrita, bombón —añadió Soto con diversión, sin dejar de atender a su chica mientras hablaba.

Ella le hizo una carantoña y se despojó de la ropa, recolocándose la pieza superior de su traje de baño mientras se encaminaba hacia el mar.

Decidió alejarse unos metros hacia la derecha para no cruzarse con la sirena pelirroja y el que parecía sacado del póster de un gimnasio, y se estremeció cuando sus pies quedaron cubiertos por el agua.

Suspiró ante esa primera toma de contacto con el mar y el contraste de temperatura entre su cuerpo templado y el líquido salado varios grados por debajo. Una vez superada la sensación inicial, avanzó con decisión hasta que quedó cubierta por la cintura y, solo entonces, reunió el valor necesario para hundirse por completo y mantenerse unos segundos sumergida.

Necesitaba desentumecer el cuerpo, por lo que comenzó a mover brazos y piernas nadando con maestría, sin ser consciente de que dos pares de ojos, ambos marrones, aunque muy diferentes entre sí, no habían parado de seguirla desde hacía un buen rato.

El dueño de uno de ellos, el de motas verdes alrededor de los iris, sabedor de que ella estaba evitándolo de nuevo y a propósito, e incluso él mismo no había hecho nada por impedirlo, se encaminó hacia su posición dispuesto a ponerle remedio. Después de todo, tenía decidido marcharse del pueblo al día siguiente, por lo que al menos quería despedirse de ella.

Avanzó dejándose envolver por el mar y se colocó en el final del trayecto que ella repetía a nado. Cuando emergiera la cabeza en busca de aire para dar la vuelta no le quedaría más remedio que darse cuenta de que estaba allí. Y vaya si lo hizo... Del grito inesperado que profirió, varios bañistas a su alrededor se volvieron para mirarlos.

La chica tosió tras haber tragado agua y habló con voz ronca.

—¿Qué haces aquí?

—Hola. Yo también me alegro de verte. —Alana mantuvo las distancias—. Te estuve esperando ayer a las seis.

Su tono no fue de reproche, tan solo parecía estar intentando entablar conversación.

—No pude.

—Y hoy tampoco.

Alana negó con la cabeza, ajena a que el otro par de ojos, parapetado tras unas gafas de sol pasadas de moda, observaba la escena desde su posición oculta en la playa y se mordía el magullado labio inferior, atormentado por el sentimiento de culpa y de arrepentimiento.

—He trabajado hasta tarde.

—Entiendo. —Realizó un gesto con la cabeza y le sonrió—. ¿Una carrera?

—Ya me iba a salir —se excusó.

—¿Y si te lo pido como cliente? ¿Tu ética laboral te obligaría a complacerme?

Él elevó una ceja con gesto canalla, y ella no pudo evitar sonreír.

—Eso ya no te funciona conmigo.

—¿No? —Fingió sentirse ofendido y rozó su cuerpo bajo el agua.

Alana apoyó una mano en su cabeza y lo hundió entre risas.

Justo antes de emerger, él la agarró por la cintura y tiró de ella, tomándola por sorpresa. Ambos se removieron durante unos minutos entre carcajadas y chapoteos.

—¡Para! ¡Ya! ¡Me rindo! —le exigió una de las veces que ambos salieron a la superficie.

La joven tosió, y él soltó una risita, echándole hacia atrás el pelo mojado que tenía sobre la frente. Se quedaron mirándose en silencio durante unos segundos, siendo conscientes de que estaban muy cerca, tanto que podían sentir el calor del otro atravesar el agua que los envolvía.

Alana decidió romper el momento cuando apreció que Hans se aproximaba un poco más. Bajo ningún concepto se podía permitir caer en la especie de embrujo extraño que ejercía sobre ella, por lo que debía alejarse de él sin perder un solo segundo o estaría perdida en esos increíbles ojos que se habían aclarado tras el baño.

—Tengo que irme. Nos vemos en otro momento, ¿vale?

No le dio la oportunidad de contestar; antes de terminar la frase ya estaba braceando hacia la orilla con celeridad.

Hans suspiró y negó con la cabeza a la vez que sonreía.

—Hasta luego —murmuró pasándose las manos por su propio pelo mojado.

Sin embargo, cuando la muchacha salió del agua, una figura femenina la interceptó en la orilla con los brazos en jarras.

—¿Quién es?

—Nadie —respondió sin establecer contacto visual y pasando de largo, con la firme intención de llegar a la tumbona, secarse y largarse.

—¡Eh! —África la agarró del brazo y detuvo su avance. Alba llegó entonces hasta ellas—. ¿Quién es ese tipo?

—Un cliente.

La ceja alzada de África la hizo bufar.

—¿Y desde cuándo jugueteas con los clientes en el agua? ¿Hay alguna nueva tarifa que incluya revolcón en el mar? Porque, amiga, he sentido la tensión sexual desde aquí y me he puesto hasta cachonda.

—¡África! —la riñó Alba.

—Déjate de tonterías. Todas sabemos quién te ha puesto así, no me echas las culpas a mí —espetó Alana alzando una ceja y apuntando con la cabeza en dirección a las tumbonas, donde Soto y el entretenimiento de su amiga charlaban. África la miró sonriendo, sin amilanarse—. Nos hemos cruzado de casualidad mientras nadábamos y nos hemos saludado, eso es todo.

—Ya —rebatía incrédula.

—Chicas —siseó Alba—. Disimulad. Sale del agua y está mirando hacia aquí.

Alana escrutó por el rabillo del ojo y se dio cuenta de que África no seguía los consejos de su amiga, ya que estaba observándolo con descaro.

—¿Cuántos años tiene? —La miró frunciendo el ceño.

—Treinta y cuatro —contestó con la boca pequeña.

—¿Perdona? ¿Tú coqueteando con un tipo tan mayor? —le recriminó—. ¿Ahora quién es la que está enferma? Porque perdona que te diga, pero tú me habrás dicho eso ochocientos millones de veces cuando te explico el amor que siento por tu padre.

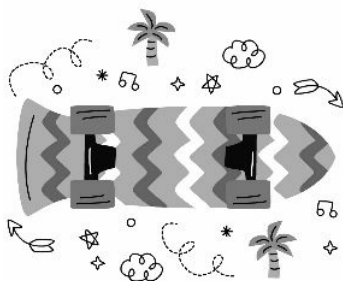
—Afri —la amonestó Alba aguantando una sonrisa.

—No, da igual, no te preocupes —le dijo Alana a Alba, y se giró para encarar a África y constatar que Hans ya no estaba por allí—. Lo que tú dices sentir por mi padre no es amor, son tus ganas de molestarme. No te rías, sabes que es verdad. Además, Hans se irá en unos días a cualquier parte del mundo, y yo me quedaré aquí, así que no hay de qué preocuparse.

Dicho eso, se giró, y ambas amigas la observaron sin moverse. Cuando Alana se despidió de Soto, y se dirigió hacia la salida de la playa, Alba volvió a hablar:

—¿Por qué tengo la sensación de que sí hay de qué preocuparse?

—Por lo mismo por lo que no ha negado que estuviera coqueteando con él —añadió África con una mueca satisfecha—. Creo que alguien va a salir de su cascarón, y no me refiero ni a ti ni a mí.



Alana miró con incredulidad a su hermano.

—Bruno, ¡eso es peligrosísimo!

—¿Y qué querías que hiciese? Fueron los capullos de mis colegas, yo no tenía ni idea —se excusó.

La mayor aún no daba crédito a lo que le acababa de contar. Su hermano, su hermano pequeño y adolescente, para más señas, que había pasado el fin de semana con unos amigos, le acababa de decir que le habían gastado una broma de dudoso gusto y que incluso, bajo su criterio, rozaba la ilegalidad.

—Y ¿estás bien?

—Que sí, que no ha pasado nada —le contestó con las mejillas encendidas y sin mirarla a los ojos—. Solo tuve dolor de estómago y mareos. Ya casi no tengo nada, pero necesito darme una ducha antes de volver a casa. No quiero que papá y mamá me interroguen cuando me vean llegar así.

Alana lo observó bien, fijándose en el deplorable estado que presentaba: ojeras, un color ceniciento en la cara y la ropa tan arrugada como si la hubiese metido a presión en la secadora y esta hubiese dado mil vueltas comprimida.

Bruno aún estaba procesando el hecho de que sus amigos le hubiesen mezclado viagra con la bebida justo la noche en la que tenía previsto perder su virginidad. Lo que le había dicho a su hermana era cierto: aunque había estado a punto de tener que ir al hospital, ya se encontraba mejor.

Tan solo le omitió el resto de la historia, la cual se guardó de forma oportuna para él. Por fortuna, Laura, la chica con la que llevaba todo el verano saliendo, lo cuidó cuando él había empezado a encontrarse mal.

Al armarse de valor y subir a la habitación no tardó en sentir que le recorría un sudor frío por todo el cuerpo. Pronto empezaron las náuseas y, cuando la chica vio que se doblaba en dos sin resuello, no dudó en salir a buscar ayuda.

Para Bruno fue bastante humillante seguir empalmado en aquella situación tan bochornosa, aunque pronto supo el motivo. Al verlo así, sus amigos se asustaron y admitieron su culpa. Fue justo entonces cuando ella los echó de la habitación y decidió cuidar de él.

Había sido su ángel salvador y, si a Bruno ya le gustaba la muchacha, después de aquello estaba dispuesto a entregarle su alma.

Así que sí, necesitaba una ducha y recomponerse un poco antes de regresar a casa del fin de semana más terrorífico y asombroso de la historia de su vida.

Alana preparó algo para picar que comieron sentados a la pequeña mesa del comedor. Ella se encontraba más callada de lo habitual, pero si su hermano lo notó no dijo nada.

Por un lado se sentía mal por haberse marchado de aquella forma de la playa, dejando a Hans

en el agua con la palabra en la boca, cuando se veía a la legua que estaba dispuesto a hablar con ella y limar asperezas; por otro, tenía la sensación de que aquello era lo mejor que podía hacer: distanciarse y esperar a que se marchase del pueblo, cosa que ya le había adelantado que no tardaría en hacer.

Jamás imaginó que estaría así por alguien como Hans, sintiéndose en esa montaña rusa emocional en la que parecía haberse subido desde que lo había conocido hacía un mes, y tenía la certeza de que aquel pensamiento nada tenía que ver con su físico o con la característica manera de vestir que tenía, ni siquiera con su filosofía de vida, tan diferente a la de ella, pero que le llamaba tanto la atención.

En realidad, el verdadero detalle que la tenía desconcertada y sin saber cómo actuar era la diferencia de edad entre ellos, otrora insalvable e imposible para ella. Hasta África, su amiga más liberal y abierta de mente, se había asombrado al verla coquetear con él en la playa.

Porque sí, justo era eso lo que habían estado haciendo, por más que quisiera negarlo.

Para cuando su hermano se metió en la ducha, y ella recogió lo que ensuciaron, ya tenía tomada la decisión de, al menos, ir a despedirse de él.

Era lo mínimo que se merecía después de las molestias que se había tomado la noche en la que Edu la acorraló en el *camping*. Hans había soportado estoico su llanto, la tranquilizó acariciando su espalda y, para terminar, la acompañó a casa y distrajo, tanto en el camino como al llegar.

Sí, era justo que, al menos, le diese las gracias.

—Bruno —lo llamó desde el otro lado de la puerta, recibiendo su respuesta amortiguada—. Vuelvo en un rato. Si te marchas acuérdate de dejar las luces apagadas y la toalla colgada, por favor.

El aludido replicó con una afirmación, y Alana, con un extraño cosquilleo en el estómago, cogió sus llaves y el monopatín, y puso rumbo al *camping*.

Tan solo esperaba no llegar demasiado tarde.

11

La petición

Si lo que deseas no viene a ti, usa el plan ve

Suspiró con pesar al no encontrarlo, sin embargo, le quedó un halo de esperanza al ver que su furgoneta seguía estacionada en el mismo lugar de siempre: «su» lugar.

Entonces, ¿dónde demonios estaba?

No se planteaba preguntar a alguna de sus compañeras por su paradero, si es que lo sabían, puesto que tendría que dar demasiadas explicaciones acerca del motivo por el que andaba merodeando por allí en su día libre, por lo que decidió esperarlo durante un rato.

Miró a Iris pidiéndole permiso para sentarse en el pequeño saliente que hacía de escalón y de entrada a la misma. Una vez que lo hizo, movió su pierna derecha de manera involuntaria, arriba y abajo con velocidad, y no pasaron más de tres minutos cuando sacó su teléfono del bolsillo, dispuesta a mirar el reloj y marcarse un límite razonable de espera.

Justo cuando lo desbloqueó, le entró un mensaje de su hermano.

Bruno: 

Aquí, en tu puerta, hay un tipo preguntando por ti. Es más raro que una mantis de hoja seca^[1].
No veas el susto que me ha dado.

Alana: 
¿Cómo?

Bruno: 

Andaba por la cocina y, cuando me he dado la vuelta y he mirado por la ventana, estaba ahí, observándome fijamente. Por poco me cago encima. Literal.

La chica imaginó la escena, se mordió el labio y no pudo evitar soltar una risotada.

Alana: 
No me refería a eso. ¿Cómo se llama?

Bruno: 
Espera.

Alana aguardó unos segundos, los necesarios para celebrar cuando al fin leyó: «Bruno está escribiendo».

Bruno: 
Dice que es el señor Müller. Vaya tío más raro, ¿lo conoces? ¿Quieres que llame a papá para que le dé limosna o lo eche de aquí? ¿Llamo a la policía?

A ella le dio un vuelco el estómago al confirmar sus sospechas y se puso en pie sin perder ni un segundo.

Alana: 
No hagas nada. Voy para allá.

No esperó la respuesta de su hermano. Bloqueó el teléfono, lo guardó en el bolsillo trasero de sus cortos pantalones vaqueros y echó a rodar con celeridad.

Intentó no pensar en el motivo real por el que el camino le estaba resultando más largo que de costumbre, buscó una excusa poco creíble para la inquietud que sentía en el estómago y, cuando por fin llegó a su puerta y descubrió que él no estaba allí fuera, calmó su desazón diciéndose a sí misma que quizá era lo mejor que le había podido pasar, pues debía centrarse de nuevo en sus metas, esas que de un tiempo a esa parte rondaban poco por su cabeza.

Sin embargo, cuando abrió no pudo evitar estirar los labios en una sonrisa.

—Hola —la saludó Hans apoyado en la isla de la cocina con una mueca idéntica a la suya.

—Hola.

Durante unos segundos se mantuvieron la mirada, y Bruno observó de manera alternativa de uno al otro, sintiéndose ignorado.

—Yo ya me voy. Es hora de hacer acto de presencia y esperar que papá y mamá no me interroguen o me maten... —dijo sin recibir respuesta. Echó un vistazo de reojo a su hermana cuando se colgó la mochila al hombro. Nada, ni un fugaz asentimiento. Frunció el ceño y probó suerte con su último comentario, era casi imposible que no reaccionase a este—: Ah, y la toalla la he dejado hecha una bola y mojada en el suelo del baño.

—Ujum —contestó ella sin mirarle—. Gracias. Hasta luego, Bruno.

El adolescente negó con la cabeza y salió por la puerta que conectaba con la casa de sus padres sin prestarles mayor atención, bastante tenía con librar sus propias batallas como para preocuparse por las historias de otros.

El sonido de la puerta al cerrarse anunciando que se encontraban solos les hizo reaccionar. Hans contempló las manos de Alana.

—¿Te he interrumpido mientras practicabas?

Ella siguió el curso de sus ojos, dándose cuenta de que se refería al monopatín. Lo apoyó sobre el soporte que tenía en la pared de la entrada y lo ajustó para que ambas ruedas sobresaliesen por igual.

Hans reprimió una sonrisa al apreciar el movimiento de la joven.

—No, vengo del *camping*.

—Vaya, casi nos cruzamos.

—Sí. —Inspiró hondo—. Fui a buscarte.

—¿A mí?

—Quería pedirte disculpas por mi actitud en la playa. «Quiero» pedirte disculpas... —aclaró corrigiendo el tiempo verbal utilizado.

—No pasa nada.

—Y también por haberte estado evitando.

—Has estado ocupada.

Los ojos de Hans le dejaron claro que no había creído aquella tonta excusa, el «tipo raro», como lo había llamado su hermano, era del todo consciente de cómo rehuía su cercanía.

—No tanto.

—Bien.

—Bien —repitió Alana—. ¿Me perdonas?

Ante su escrutinio, la chica se sintió expuesta.

—Por supuesto. Sin rencores.

—Gracias.

Notando los hombros más ligeros, soltó las llaves del apartamento y se adentró en su casa, dejando atrás la entrada. Ambos se decidieron a hablar a la vez, pisando al otro.

—¿Te apetece algo de beber?

—¿Por qué me evitabas?

Se echaron a reír, y él le hizo un gesto, invitándola a hablar.

—¿Qué te apetece beber? Hoy tengo algo más que agua.

—¿Leche?

—También. —Rio—. Y refrescos y cerveza.

—Lo mismo que tomes tú estará bien.

Alana asintió y sacó dos botellines de la parte trasera de la nevera, ocultos por otros envases y botes. Hans chocó el cuello del cristal con el de Alana, y ambos bebieron, mirándose a los ojos.

La joven no pudo evitar contraer el gesto ante el amargor de la bebida, que, si bien no era la primera vez que la tomaba, no terminaba de agradarle.

A su acompañante se le escapó un sonido extraño por la nariz al intentar evitar reírse que hizo sonreír a Alana.

—¿Qué me habías preguntado? —Se movió unos cuantos pasos hasta llegar al sofá y lo miró.

Hans la siguió y se sentó a su lado, descalzándose y estirando las piernas bajo la mesa de centro. A ella ese gesto de familiaridad surgido con tanta naturalidad la fascinó y asustó a partes iguales.

—¿Por qué me has estado esquivando?

—La verdad es que prefiero no ahondar en el tema.

—Está bien.

Lo miró durante unos segundos y se dio cuenta de que lo decía de verdad, y esa conformidad contrarió a Alana, pues, aunque no quería explicarle sus sentimientos, esos que ni ella misma entendía, tampoco comprendía que se conformase con tan poco.

—¿Siempre eres así?

El tono utilizado le dio a entender a Hans que el ambiente había cambiado y que se había molestado por algo.

—No, quiero creer que cada día soy mejor persona.

—¿Te da igual que no te explique por qué no quería verte?

Hans alzó una ceja y bebió de nuevo.

—Mi curiosidad no es más fuerte que mi respeto hacia ti, Alana. Si no quieres contármelo, no voy a forzarte a hablar.

Ella se quedó callada unos segundos, procesando lo que acababa de decirle.

—No tienes sangre en las venas —concluyó, y él rio con diversión.

—Créeme, sí que tengo.

—Y eres un poco exasperante.

—Vaya, gracias por el cumplido. —Puso una mano sobre su pecho con fingida modestia.

—¡Arg! —gruñó ella. Depositó con brío el botellín sobre la mesa de centro—. ¡Me gusta estar contigo! ¡¿Vale?!

—Cualquiera lo diría.

La chica suspiró con el medidor de paciencia bajo mínimo. Se llevó dos dedos al puente de la nariz, lo pinzó y cerró los ojos antes de hablar:

—Hans, vamos a ver. Tú te vas a marchar.

—Sí, en unas horas —aclaró mirando el reloj de la pared—. Unas catorce o quince. Salgo mañana por la mañana.

Aquello cogió de improviso a Alana. Saber con certeza que esas serían las últimas horas que estarían juntos le cayó como un jarro de agua fría. Quizá no había sido buena idea decidir verlo para disculparse, ya que de no haberlo hecho él se habría marchado y nunca más se habrían vuelto a encontrar.

Por el contrario, sentía una mezcla peligrosa: un dolor sordo en el pecho, unas increíbles ganas de zarandearlo y la imperiosa necesidad de echarse a llorar.

Para Hans la situación tampoco era de su agrado; que se le iluminase la cara de aquella forma cuando lo vio al llegar le provocó unas irrefrenables ganas de besarla hasta robarle el sentido. Y, pese a que no era la primera vez que le nacía esa necesidad ni tampoco la segunda, volvía a enterrar sus impulsos.

Se había planteado incluso dejar las cosas como estaban y no ir a verla esa noche a su apartamento, pero le pudo la necesidad de enterrar el hacha de guerra y también de darle su número de teléfono para mantenerse en contacto. No obstante, viendo cómo pasaba de la risa al enfado y luego a estar al borde del llanto, la entendía todavía menos que antes.

—¿Por qué lloras? —murmuró mientras se acercaba, preocupado, al cuerpo femenino.

—Por nada, no lloro. —Sorbió por la nariz, y su gesto infantil le arrancó una sonrisa cariñosa.

—Ven aquí.

Hans tiró de su muñeca y la atrajo hacia él, envolviéndola entre sus brazos.

Apreció cómo ella contenía la respiración, reflejo de su mismo gesto, y unos segundos después ambos inspiraron al unísono, intentando calmar el latido de sus corazones.

Se mantuvieron así unos minutos, sin necesidad de palabras, ajenos al torbellino de sentimientos del otro.

Fue Alana la que al final habló, apoyada en su pecho y sin moverse.

—Hans.

—Dime —contestó con el mismo tono bajo que ella había utilizado.

—Me gusta estar contigo.

—A mí también.

—Me gusta mucho. Por eso te evitaba. —Él se quedó callado un instante. Alana no soportó la tensión y se separó un poco. Hans no la soltó de su agarre, por lo que ambos se miraron con la cara a escasos centímetros de la del otro—. ¿Me entiendes?

—Creo que sí —respondió con cautela.

—Tú te marcharás y tengo miedo de querer más.

—No tienes que tenerme miedo.

—No te temo a ti, sino a todas las cosas que me haces anhelar. —Observó cómo él se pasaba la lengua por los labios en un gesto inconsciente y su barba bailaba con el movimiento. Sin embargo, no habló, no osó romper ese halo casi místico que parecía envolverlos—. Si te pido algo, ¿me lo darás?

El susurro de ella los rodeó a la vez que sentían el ritmo acelerado del otro crepitando en sus propios cuerpos.

—No lo sé, Alana.

Ella inspiró hondo y cerró los ojos.

—Bésame, Hans. Por favor.

12

Solo

Todo un mundo nace cuando dos personas se besan

Alana abrió los ojos y su cerebro tardó unos segundos en ubicarse, aunque las imágenes no tardaron en llegar hasta ella en tromba, dándole sentido a su estado actual.

Se mordió el labio inferior, giró su cabeza hacia la derecha sobre la almohada y observó la espalda morena y llena de pecas de Hans, que dormía plácido a su lado.

Apretó los labios con ilusión y dirigió su cabeza al techo, cerrando los ojos de nuevo y rememorando lo ocurrido horas atrás.

—Bésame, Hans. Por favor —le había rogado conteniendo la respiración.

—Alana...

—No va a significar nada, solo necesito un beso.

—¿«Solo»? —repitió incrédulo.

—Sí. No quiero preguntarme cómo habría sido cuando ya te hayas marchado.

Él, ante eso, inspiró hondo, separó sus cuerpos lo justo para mantenerse las miradas y, acariciando la barbilla temblorosa de Alana, se fue acercando con desquiciante lentitud hasta unir sus labios sin dejar de observarla.

El primer contacto con su barba le provocó cosquillas en los labios y rio con los nervios a flor de piel, apartándose unos segundos de él.

Hans sonrió de medio lado ante su reacción, aunque no permitió que se arrepintiera de lo que estaba ocurriendo entre ellos. Sin darle tregua, se abalanzó de nuevo hacia su boca dejando el contacto anterior a la altura de una mera anécdota infantil.

El sonido sorpresivo que emitió la boca femenina pronto se convirtió en un gemido de placer, al sentir cómo la lengua de él le invadía la boca, jugueteando con la suya e inundando con su esencia todos sus sentidos.

El beso se tornó carne y el aire mutó, densificándose y convirtiéndose en cómplice de lo que allí ocurría.

Alana cerró los puños alrededor de la camisa masculina, aferrándose a ella cuando la mano de Hans en su espalda la atrajo hacia él.

Las respiraciones de ambos resonaban aceleradas en la habitación al mismo tiempo que la joven caía rendida a las sensaciones que aquella boca despertaba en su cuerpo. Al cosquilleo de necesidad que notaba crepitar en la unión entre sus muslos. A la forma en la que su alma intentaba escapársele por la boca.

Aquello les resultó delicioso.

Él, por su parte, se encontraba a un solo paso de dejarse llevar por el impulso que le nacía de lo más hondo de las entrañas, donde la necesidad de desnudarla y venerar cada resquicio de su cuerpo era más grande que su propio sentido común.

Con dedos ansiosos deshizo la coleta de ella, provocando que el pelo cayese liso en torno a su rostro y, hundiéndolos entre los mechones, gruñó con deleite.

Alana tan solo le había pedido un beso, sin embargo, él no se sentía capaz de frenar lo que había nacido entre ellos; tan simple como que no podía despegar su boca de la de ella.

Eso era lo que había temido todo aquel tiempo, no poder separarse de su lado. Aun así, el eco de la voz trémula de Alana fue suficiente para detenerlo en el acto.

—Espera, espera...

Aquello provocó que se separaran, y Hans vio cómo se metía un mechón detrás de la oreja con cierta timidez.

—¿Estás bien? —le preguntó al cabo de unos segundos, al ver que no hablaba ni reaccionaba.

La chica asintió y se armó de valor para mirarlo de nuevo a la cara. El brillo en sus ojos le dejó claro lo que anhelaba. A pesar de ello, del cosquilleo que sentía por todo su cuerpo, de la necesidad en forma de agonía lenta y tortuosa que la atenazaba y la sensación de vacío que sentía desde que sus labios perdieron el contacto, no supo si estaba preparada para entregarse de esa manera siendo consciente de que él se marcharía en pocas horas.

Debía protegerse, aunque no pudo resistir la necesidad que nació en ella.

—¿Te puedo pedir algo más?

—Esa pregunta me da miedo —dijo Hans sincero.

La sonrisa de ella le supo a gloria.

—Quédate a dormir esta noche. —Antes de que él pudiese hacerse una idea equivocada, le aclaró su petición—. Quiero recordar esto como algo especial, jamás he dormido con nadie que no sea de mi familia. Tan solo quiero que me abracés y durmamos juntos, nada más. Solo eso.

No era tonta y sabía que habían estado a punto de ir más allá. Ambos estaban excitados, muy excitados, pero no había podido contener su lengua, que se había movido más rápido que su cerebro, embotado de aquellos deliciosos besos.

Por un momento, Alana creyó que iba a decirle que no, ya eran demasiados «solos» los que le había pedido y además, para un tipo de su edad, estaba segura de que era una petición de lo más absurda e infantil.

Hans observó la mezcla de decisión y vulnerabilidad en sus ojos y no pudo negarse. No obstante, tuvo que recurrir a todos los ejercicios de respiración que recordaba para retomar la calma. Si no lo hacía, aquella noche iba a resultarle muy larga.

Alana se maravilló de la naturalidad con la que él se despojó de su camisa y se metió en la cama. Ella acababa de salir del baño, donde se había colocado un escueto y fresco pijama y, mientras se acercaba a él, sintió cómo la examinaba y recorría toda su anatomía.

Ninguno de los dos dijo nada cuando se unió a él en el colchón ni tampoco cuando Hans desplazó su cuerpo, puso una mano en su cintura instándola a ponerse de lado y darle la espalda y, acto seguido, pegarse a ella para abrazarla, tal y como le había pedido.

Su respiración se volvió errática al sentir los dedos de él jugueteando en su abdomen. Su calor traspasó las escuetas prendas de ropa que la cubrían, aunque tras unos minutos de expectación se dio cuenta de que él no iba a ir más allá.

No supo si aquella certeza la tranquilizó o la decepcionó, y no fue hasta que ambos se

hallaron relajados que él habló en voz baja.

—¿Quién te ha hecho eso?

Alana frunció el ceño sin abrir los ojos.

—¿Qué?

—Los moratones de tu abdomen y de tus muslos —aclaró con voz sombría—. ¿Fue tu amigo? ¿Él te hizo daño? ¿Por eso llorabas?

Alana se avergonzó al sentir cierto regocijo en aquella pregunta, en el hecho de que Hans se preocupase por ella hasta ese punto.

Se mantuvo en silencio unos segundos que a él se le antojaron eternos.

—Es de las clases de *pole dance*. Voy cada jueves, y aún no lo domino demasiado.

Hans notó cómo su capacidad pulmonar volvía a ser la de siempre y el aire entraba de nuevo con normalidad en su cuerpo.

Habló al percibir la garganta libre de la extraña opresión que había sentido desde que la vio salir del baño.

—No sé cómo lo haces, pero siempre terminas sorprendiéndome.

Alana se lo tomó como un cumplido y se incorporó, mirándole a la vez que sonreía.

—Gracias.

Con un gesto de satisfacción se acercó a él, besó escuetamente sus labios y se giró de nuevo. Retomó la postura que habían tenido, agarró su brazo haciendo que la rodease con él y no le costó conciliar el sueño.

Para Hans, sin embargo, la tarea no le resultó igual de sencilla.

13

Despierta

Una aventura es más estimulante si huele a peligro

Aún sonreía al rememorar los sucesos de la noche anterior cuando un sonido y la certeza de haber cometido un grave error llegaron hasta ella, acelerándole el pulso. Miró espantada hacia la puerta, donde el picaporte se comenzó a mover, y contuvo la respiración rezando todo lo que sabía.

Cayó en la cuenta de que no había cerrado el maldito pestillo después de que Bruno se hubiese ido de su apartamento.

—Joder, mierda —murmuró agarrando la sábana y cubriéndolos con ella en un gesto ridículo, puesto que la silueta de Hans se podía apreciar en su plenitud, por no hablar de su cabeza de pelo revuelto sobresaliendo por la almohada.

En los escasos segundos que transcurrieron la respiración de Alana se volvió superficial. Sus ojos horrorizados conectaron con los experimentados de su visitante, que se detuvo de forma abrupta al ver la escena.

Juani apretó los labios, compuso una sonrisa cómplice e hizo el gesto de cerrar una cremallera sobre su boca antes de retroceder, salir y cerrar con sigilo la puerta.

Alana no supo cómo reaccionar durante los primeros segundos. Una oleada de calor subió por su cuerpo hasta explotar en su cara y en sus orejas.

—Hans —lo llamó en voz baja, pero, al ver que no se inmutaba, lo zarandeó con más brío y alzó la voz—. Hans, ¡despierta!

Él por fin lo hizo, levantó la cabeza de la almohada y se la quedó mirando con los ojos hinchados por el sueño.

«Qué guapo es el condenado», pensó para su total bochorno mientras él le sonreía ajeno a todo.

—Buenos días.

—Pues no lo son.

Hans se incorporó con parsimonia sobre el colchón, bostezó y se pasó las manos por la cabeza, haciéndose un moño con la gomilla que tenía alrededor de su muñeca derecha, enredada con las muchas pulseras que la adornaban.

—¿Has dormido mal?

—Sí. Quiero decir, no. —Miró el reloj de su teléfono y resopló. En el fondo había tenido suerte de que su padre no hubiese ido a buscarla para salir a correr—. Me dejé la puerta sin cerrar

y nos ha pillado mi abuela. Bueno, no es mi abuela, en realidad, es la señora que nos ayuda en las tareas de casa, pero es como de la familia... Ay, joder, ¡qué mal!

Hans la miró alucinado, creyendo que estaba exagerando, sin embargo, cuando Alana lo fulminó y lo amonestó por su sonrisa, se dio cuenta de que hablaba en serio.

—¿Quieres que hable con ella y le diga que no ha pasado nada?

—¡No! —dijo horrorizada, levantándose de la cama—. No hace falta.

Él imitó su gesto y se incorporó, rescatando la camisa y poniéndosela bajo la atenta mirada de ella.

—Me tengo que ir —le dijo Hans con calma—. Aún tengo que preparar muchas cosas antes de marcharme. ¿Estás bien?

Alana había olvidado por un momento que aquella sería la última vez que iban a verse, que aquella conversación sería, con toda probabilidad, la que siempre recordaría como punto final de aquella extraña relación.

Intentó dejar de lado lo que bullía en su interior e inspiró hondo.

—Sí, solo estoy un poco nerviosa.

—¿Segura? —Se acercó a ella y puso ambas manos en su cintura.

Alana asintió y tragó saliva cuando lo sintió tan cerca, algo absurdo, pues habían dormido tan pegados que parecían siameses.

Hans se maravilló de la vida que parecía bullir en sus ojos, donde todas sus emociones se agolpaban al unísono, chocando entre sí y provocando chispas de energía que él sentía crepitar cuando la miraba.

La observó, con el pelo suelto y algo alborotado, la señal de las sábanas en la mejilla derecha, donde unas pequeñas pecas se dejaban adivinar y que se asombró de no haber visto antes, y los calcetines que se había puesto la noche anterior para dormir aún adornando sus pies. Le pareció adorable y muy apetecible, aunque, muy a su pesar, había llegado el momento de despedirse de ella, por el bien de ambos.

Alana se separó unos centímetros de él y le tendió la mano.

—Ha sido un placer conocerle, señor Müller.

Él soltó una risotada.

—Lo mismo digo —contestó con solemnidad estrechándosela, y ella se mordió el labio inferior con nerviosismo—. Sé que es pedir demasiado, pero estaría encantado de que infringieses alguna ley por mí y te apuntases el número de teléfono de mi ficha de cliente.

—Vale.

Alana aguantó la risa e intentó recuperar su mano. Él no la soltó.

—¿Crees que te pillo en mal momento para un beso?

Ella se fijó en cada uno de sus gestos mientras la acercaba a él y en la forma en la que fijó la vista en sus labios, con un hambre mal disimulada.

—Ya estás pidiendo demasiado.

—¿Sí?

—Está bien, pero solo uno.

—Por supuesto. Solo uno.

El eco de sus risas cómplices resonó en las paredes del apartamento mientras fundían sus bocas en un beso que a ambos les supo a amarga despedida.

Cuando se separaron, Hans no quiso demorarlo más y comenzó a andar hacia la puerta. Echó un vistazo por encima del hombro antes de que la muchacha llegase a la entrada y le guiñó un ojo, gesto que ella recibió sonriendo para, por último, decirle adiós con la otra mano sobre su

abdomen.

Alana se agarró a la puerta sin dejar de observarlo, él también se volvía cada pocos pasos y hacía alguna mueca divertida.

Antes de que la figura masculina abandonase el jardín de la vivienda, y, con ello, su vida, cerró provocando que la madera se interpusiera entre ambos.

Se demoró unos segundos con la frente apoyada en la fría superficie que los separaba. Cerró los ojos e inspiró hondo, intentando calmar los latidos acelerados de su corazón.

Hans se detuvo antes de cruzar la valla de la propiedad, aun sabiendo que ya no la vería. Siempre actuaba por impulsos y frenar el que le nacía le estaba costando más de lo previsto.

—¿Lo puedo ayudar en algo? —Escuchó una voz algo hostil y masculina a su derecha.

Se giró y observó a un hombre que rozaría los cuarenta, con ropa de deporte, el cuerpo sudado y la respiración agitada, avanzando hacia él. Cuando lo tuvo a un par de metros de distancia, frunció el ceño.

Le sonaba demasiado aquel tipo.

—Buenos días. No, gracias.

El otro levantó una ceja y observó la edificación tras ellos, como si aquel conjunto de ladrillos, cemento y pintura tuviera las respuestas a sus dudas existenciales.

—¿Buscabas a Alana?

—Sí, no. —Dudó—. Ya me iba.

Se contemplaron durante unos segundos, y Hans por fin cayó en la cuenta de dónde le sonaba aquel tipo. Si no se equivocaba, era el mismo del *camping*, el que había besado a Alana en la mejilla la noche en la que a ella dejó de llamarlo «señor Müller».

—¿Quieres que le dé algún recado?

Hans pensó en su pregunta. En realidad sentía que ya estaba todo dicho y añadir más leña al fuego solo dificultaría las cosas, así que se limitó a pedirle lo que de verdad le nacía.

No sabía qué relación unía a su inesperado amigo con Alana, pero sí era consciente de que esta era lo suficiente íntima como para que aquella noche ella le hubiese dado un abrazo con tanta familiaridad.

—Solo asegúrate de que está bien, ¿vale? Es una chica muy especial y esta noche me lo ha confirmado.

Las aletas de la nariz del tipo rubio y musculado se expandieron en respuesta, no obstante, para cuando tuvo la mandíbula a punto de explotar por la presión que ejercían sus dientes, Hans ya cerraba la cancela y se encaminaba calle abajo.

Fede observó cómo aquel tipo se marchaba con unos andares despreocupados, del todo ajeno a lo que acababa de prender en él.

—Me cago en mi puta vida —murmuró utilizando un lenguaje que rara vez se permitía desde que se había convertido en padre veintiún años atrás.

Respiró profundo, cerró los ojos y se acercó a la puerta de su hija mayor, llamando sin saber cómo gestionar aquello.

Alana se mordió los labios conteniendo una sonrisa cuando escuchó los golpes en la madera. No hacían ni cinco minutos que se habían despedido y, aunque ella también sintió la tentación de abrir la puerta y pedirle que entrase de nuevo, se obligó a no hacerlo.

—¿Ya echas de menos mis labios? —comenzó a decir, medio en serio medio en broma, sin embargo, la última palabra se le quedó atascada en la garganta junto con una inspiración sorprendida—. ¡Papá!

El susodicho había cerrado los ojos y su pecho se había hinchado reteniendo más aire en sus

pulmones que de costumbre.

—Joder —susurró.

—Papá, ¿estás bien?

—Dame un segundo —contestó sin mover los párpados.

Alana frunció el ceño. Todavía quedaba una remota posibilidad de que no la hubiese escuchado.

—¿Qué ocurre? —preguntó con cautela.

Fede abrió los ojos y los fijó en los de su hija. Esta encorvó un poco la postura, aunque no sé amilanó y le mantuvo la mirada.

—Estoy intentando entender qué es lo que acaba de ocurrir ahí fuera —aclaró con un tono cargado de divertida incredulidad.

—¿Ahí fuera? —indagó seria—. ¿Qué ha pasado?—Su padre por fin entró en el apartamento y observó a su alrededor, como intentando hallar las pruebas incriminatorias de su teoría. Alana lo observó desde la entrada y cerró la puerta—. Papá...

—Pensé que estarías cansada después del día de ayer y no te he querido molestar esta mañana llamándote temprano.

—¿Gracias? —titubeó ella.

Fede se giró hacia ella y torció la cabeza, observándola con gesto curioso.

—¿Quién era ese tipo?

—¿Quién?

—El que me ha pedido que te cuide y ha insinuado que ha pasado la noche contigo.

«¿Qué? ¿Mi padre y Hans se han cruzado? Mierda».

—¿Te ha dicho eso?

—Básicamente.

Ella sonrió y se le borró el gesto cuando vio a su padre mirarla alucinado.

—Es un cliente. Está pasando una temporada en el *camping*, aunque en realidad va dando tumbos de aquí para allá por el mundo —comenzó a explicar sin poder detener las palabras—. ¿Sabes que lleva tres años viviendo en su furgoneta? Se llama Iris, y tiene una forma de ver la vida muy interesante. Él, no Iris, claro.

Alana se echó a reír nerviosa, y Fede sintió un pellizco a la altura de su corazón. Por un momento lo noqueó la sensación de haber comenzado a perder a su hija.

—Pequeña...

—Ha dormido aquí, papá —admitió—. Pero no es lo que piensas, él y yo no...

—¡No, por favor! —la interrumpió levantando las manos y poniendo frente a ella las palmas extendidas—. No quiero saber más.

—Papá, es que no hemos hecho nada de lo que te piensas.

—Pequeña, por favor, no quiero morir de un infarto antes de cumplir los cuarenta, tu madre no podría sola con todos tus hermanos —rogó alucinado—. No me des detalles y dime tan solo que te ha tratado bien.

Ella frunció el ceño.

—Sí, claro.

Fede inspiró hondo y asintió una sola vez. Su gesto se había tornado algo más serio. Necesitaba hablar con Estrella, su mujer, porque, pese a la edad de su primogénita, no se había preparado para un momento como el que estaba viviendo.

—Supongo que eres adulta.

—Supongo —contestó ella divertida—. ¿Por qué me miras así, papá?

—Por nada. Voy a casa.

—Papá —repitió ella—. Habla conmigo, por favor.

En el fondo, Alana necesitaba saber que todo estaba bien con su padre.

En el fondo, Alana a veces no se sentía demasiado adulta debido a su inexperiencia en ciertos aspectos de la vida.

En el fondo, que su padre le dijese que, siendo sincero, no se había esperado encontrarse con esa situación viniendo de ella le había dolido. Y no por sus palabras, sino por lo que estas significaban para ella.

Porque, en el fondo, Alana sintió que lo había defraudado, aunque esa sensación solo era el reflejo de sus más profundos miedos.

Y eso, sumado a la certeza de que no vería más a Hans, de que él no tardaría en abandonar Costa Serena y volvería a dejarse llevar por su libertad, esa que a veces ella tanto anhelaba, fue más de lo que pudo soportar.

14

Tía Alicia

Si la montaña viene hacia ti, échate a correr porque se está derrumbando

Unos involuntarios pucheros se sucedían en su barbilla, y aún no había conseguido dominarlos del todo cuando el tono de llamada sonó en su oreja y su tía Alicia descolgó el teléfono.

—Hola, cariño —recibió su voz cantarina.

—Tata —contestó titubeante—. ¿Estás en tu casa?

—Sí, claro. ¿Qué te pasa? ¿Estás llorando?

—¿Puedo ir?

La línea se quedó en silencio unos segundos.

—Por supuesto, cariño. Ven, te estaré esperando.

Colgó y se puso lo primero que pilló en el armario, ya que hasta ese momento no había sido consciente de que continuaba con el escueto pijama que se había colocado la noche anterior, antes de meterse en la cama con Hans.

«Hans...».

Cuando su tía abrió la puerta de su vivienda, Alana no pudo evitar sonreír a la vez que dos gruesas lágrimas cayeron por sus mejillas.

—Llamémosle intuición femenina, pero me ha parecido que lo necesitabas. —Le tendió un bote del helado favorito de ambas.

—Gracias —contestó agarrándolo y dejándose guiar hasta dentro de la casa.

—No es nada, ven aquí.

Alicia la abrazó por la cintura mientras avanzaban hasta el sofá y se sentaban. Alana pudo ver cómo apartaba una caja llena de ejemplares del libro que acababa de publicar. Se podía decir que su tía había logrado muchos de sus sueños, y lo que había comenzado siendo un canal modesto de internet sobre cocina se había convertido en un fenómeno nacional próspero y con una proyección imparable.

—¿Crees que necesitamos terapia completa?

Los ojos de la mayor se movieron sugerentes, apuntando hacia la televisión, donde se podía apreciar la reconocible proa de un barco, con la imagen superpuesta de los rostros de una pareja de diferente clase social que encontrarían el amor en brazos del otro, ajenos a que sus destinos ya estaban sentenciados sin remedio a la peor de las desdichas: *Titanic*.

Alana dejó ir una risa lastimera. La mezcla de helado y *Titanic* eran palabras mayores para ellas.

—De momento, no. Necesito contarte algo.

Suspirando, comenzó a hablar. Alicia la escuchó paciente mientras le hacía un resumen de todo lo que había ocurrido en el último mes, terminando por lo de hacía tan solo unas horas en su apartamento.

Cuando finalizó, un dolor irracional y que no sabía gestionar había invadido su cuerpo y a duras penas podía contener las lágrimas.

—Bueno, conociendo cómo es tu padre y sabiendo que es la primera vez que se enfrenta a que te ves con alguien, no creo que haya ido tan mal.

—Tata —rogó Alana.

Entendía lo que su tía le estaba queriendo hacer ver, no obstante, le podía la situación.

—Cariño, él aún te visualiza jugando con las muñecas y teniendo miedo a la oscuridad.

Ella resopló y sonrió a la vez.

—Ya. No lo culpo.

—Estoy segura de que no se esperaba que te vieras con alguien tan mayor y que, además, pasase la noche en tu apartamento, así, de buenas a primeras. —La joven se quitó con brío otra lágrima que cayó inoportuna—. Alana, eres su pequeña, su primogénita. Da igual que tengas tropecientos hermanos y decenas de años más, eso no va a cambiarlo. Siempre seguirás siendo su niña, y él siempre querrá protegerte porque es un hombre maravilloso.

Alana se encogió de hombros.

—Imagino que sí.

—Aunque no estás así por lo que ha ocurrido con tu padre, ¿verdad?

Ambas se miraron durante unos segundos.

—¿Qué más da? No voy a verlo más, se estará marchando del pueblo si no lo ha hecho ya.

—No hablo de él, sino de ti —rebatía su tía empatizando con ella—. Al margen de su marcha, tienes que pensar en lo que sientes tú y ser libre de elegir qué pasos quieres dar en tu vida, cariño. A veces no es fácil tomar decisiones, pero puede que merezca la pena arriesgarse, te lo digo por experiencia...

Alana salió de allí un rato después y caminó sumida en sus pensamientos.

Dio vueltas a todo lo hablado y a los consejos que le había dado su tía. Por más que se devanó los sesos para encontrar algo por lo que quisiese arriesgarse sin pensar en las consecuencias o en nada más allá de en ella misma, no dio con nada interesante.

Y no fue hasta que se tiró en la cama y se dejó envolver por un olor ajeno, un aroma especiado y único que había impregnado sus sábanas y que la hizo sonreír como una tonta, que no dio con la respuesta.

Se sentó de un salto en el colchón, se mordió el labio con incertidumbre y no pudo evitar reír con nerviosismo.

¿Y si...?

No, no. Era una locura.

Una completa, total y absoluta locura.

Algo que jamás nadie se esperaría de ella.

Aun así, ¿y si...?

15

Locura

Lo malo no es vivir en las nubes, sino bajar de ellas

Alana miró desmotivada la pantalla y colgó. Era la tercera vez que llamaba sin obtener resultado alguno. Resopló y observó a su alrededor, intentando encontrar el valor para tomar una de las decisiones más impulsivas de su vida, solo que, si se paraba a pensarlo tanto, ¿podía seguir considerándose impulsiva?

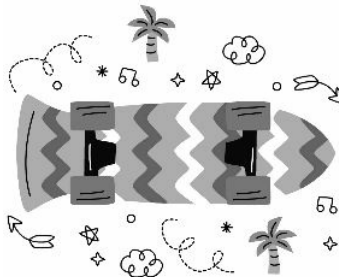
Además, el hecho de que no hubiese conseguido contactar en aquellas llamadas tenía que significar algo, ¿no? Y ese «algo» no tenía más remedio que ser que valorase bien las consecuencias que podía acarrear su decisión. Sí, quizá el universo estaba echándole un cable para que no la terminase cagando a lo grande.

«¿La voy a cagar a lo grande? ¿Es que acaso he perdido la cabeza?», se preguntó.

Se mordió la uña del pulgar izquierdo con nerviosismo, algo que no hacía desde que tenía cuatro años, y tamborileó con los dedos de la mano derecha sobre su rodilla flexionada.

Si lo pensaba con su habitual y fría lógica, debía olvidarse de aquellas tonterías infantiles y centrarse en el futuro y en el máster que debía empezar en breve, sin embargo, ¿por qué esa vez aquello no era suficiente aliciente como para obligarla a centrarse en su objetivo y sentía un revoloteo de algo parecido a la ilusión aflorando en su interior?

La voz de su conciencia la invitaba a dejar de perder el tiempo con locas ideas y la alentaba a que volviese a ser la chica responsable y sensata de siempre, y sí, en cualquier otro momento le habría hecho caso, pero en aquella ocasión hizo un hatillo con sus ilusiones y el subidón de adrenalina que sentía al recordar el sabor de los labios de Hans, agarró la mochila con decisión y salió de casa con un objetivo fijo.



Hans se dedicó a rebuscar entre la ropa esparcida por aquí y por allá, recopilando monedas y billetes arrugados, sin preocuparse por la cifra que sumaban o si serían suficientes para saldar la deuda que había contraído con el *camping*.

Agradecía sinceramente que la muchacha de la recepción de esa tarde, una de las muchas que se cruzaron con él en multitud de ocasiones en ese último mes, le aplicase la tarifa de larga estancia, incluso no habiéndola contratado con la anterioridad que requerían las normas. Además de eso, le hizo un descuento especial para «amigos», rebajando un veinte por ciento el total de su factura.

Con todo ello había obtenido un precio estupendo y, junto al documento corporativo con la cifra a saldar, también consiguió un papelito con un número de teléfono y el nombre de la chica, que se lo había tendido guiñándole un ojo.

En cualquier otro momento habría prestado atención a las señales, que eran tan claras como un luminoso sobre la puerta de un bar, y cerraría su estancia allí por todo lo alto, sin embargo, sentía que ya lo había hecho en cierta forma pasando la noche con Alana, por lo que lo apartó a un lado sin darle verdadera importancia, concentrándose en contar la recaudación que reunió sobre la encimera.

Al finalizar, agarró lo que necesitaba para poder zanzar su estancia en Costa Serena y metió lo que le quedaba en efectivo en un tarro que aún contenía los restos de lo que parecían galletas. Tan solo fueron varios billetes, no obstante, serían suficientes para poder continuar el viaje hasta el siguiente trabajo temporal o encargo venidero. Porque siempre llegaba algo, tarde o temprano su teléfono siempre sonaba y rara vez tenía que tirar del dinero para emergencias extremas.

Después de comprobar que su moto estaba bien asegurada en el soporte trasero de la furgoneta, y de que todo estaba listo para emprender el viaje, se colocó las gafas de sol y, con una sensación agri dulce, se puso en marcha.

Mentiría si dijese que no le hubiera gustado que su rubia favorita se hubiese presentado por allí en algún momento. De hecho, retrasó su salida pensando que la vería en su turno de trabajo, aunque no fue así, por lo que se obligó a no dedicarle más tiempo a aquel pensamiento mientras emprendía la travesía que tenía por delante.

Circuló por las mismas calles que ya tenía grabadas en su memoria y que podría recordar a la perfección con los ojos cerrados, y lo hizo con la certeza de que, con toda probabilidad, esa sería la última vez que las recorrería, pues rara vez repetía en los lugares en los que ya había estado. El mundo era demasiado grande y tenía tantos rincones por descubrir que no se le ocurriría quedarse parado y estancarse en un punto ínfimo de su inmensidad.

Se le contrajeron las entrañas ante aquel pensamiento.

Unos minutos después se fijó en el cartel que anunciaba que salía de Costa Serena e inspiró hondo cuando atravesó el pequeño y característico túnel de roca natural de no más de cinco metros de largo, por el que cruzaba la carretera y daba comienzo o, como en su caso, salida al pueblo.

—Bueno, Iris. Vamos a intentar animarnos, ¿no? —Forzó una sonrisa y encendió el equipo de música, de donde comenzó a sonar el acorde melódico de un instrumento de percusión y una voz rasgada que lo acompañaba—. Eso es... —gimió cerrando por un segundo los ojos y moviendo la cabeza de un lado a otro, siguiendo el ritmo hipnotizante que invadía la cabina.

Hans acompasó su voz a la del cantante en algunas estrofas. El inglés lo dominaba a la perfección, aunque no podía decir lo mismo de la melodía, ya que en cada frase dejaba en

evidencia su nulo oído musical y su falta de afinación, no obstante, su vieja y motorizada compañera de viaje nunca se había quejado, y él puso toda su energía en hacerle los coros al cantante, intentando desprenderse de la sensación de pérdida que lo invadía.

Después de esa canción vinieron más, con la misma pauta que la primera. Para cuando se quiso dar cuenta el sonido del teléfono lo trajo de vuelta al presente, donde varias llamadas sin atender se perdían en un mar de notificaciones olvidadas, a la vez que la alarma sonaba con insistencia.

Y es que había cosas que Hans cumplía a rajatabla, como no aferrarse a las cosas materiales, no comer nada de procedencia animal y tratar a Iris como si esta fuese un miembro de su familia; alguien de la tercera edad, por supuesto, y justo por eso intentaba hacer numerosas pausas para descansar. Él aprovechaba para ir al baño, tomar algo fresco y estirar las piernas, y el vehículo se echaba una siestecita para luego arrancar ambos con ánimos renovados.

Así que cuando su cerebro procesó el sonido que anunciaba que llevaba el tiempo suficiente conduciendo y debía parar, tuvo que hacer un movimiento de última hora en el volante, con la finalidad de salir de la carretera en el desvío de la estación de servicio que quedaba a tan solo cien metros de su posición.

El giro, algo brusco e inesperado, hizo retumbar en el habitáculo el choque de varios objetos no identificados contra el suelo, pero lo que de verdad captó su atención fue un sonido extraño y amortiguado.

¿En realidad había escuchado lo que creía haber escuchado?

Juraría que había sido un chillido. El de una mujer, para ser más exacto.

—¿Qué...? —Escrutó con el ceño fruncido por el retrovisor, sin embargo, no consiguió ver nada fuera de lo normal. Por su mente pasó incluso el absurdo pensamiento de que la vieja furgoneta hubiese adquirido la capacidad de lamentarse—. ¿Has sido tú, Iris?

Sonrió con extrañeza y maniobró hasta detener el vehículo en el primer lugar que encontró libre, dejó las gafas de sol en el salpicadero y se desabrochó el cinturón de seguridad.

—¿Hola?

Anduvo un par de pasos, se agachó para recoger un bote de metal y un embudo de plástico, objetos que habían caído en su maniobra de última hora, los apoyó en la encimera y se acercó a la cama.

Agarrando con sigilo la colcha que había estirado esa misma mañana, y donde se adivinaban los bultos de algunas prendas que quedaron debajo, tiró de ella con brío.

Nada. No había nada.

¿Se habría imaginado aquel sonido?

—¿Hay alguien aquí?

Negó con la cabeza y sonrió, incrédulo con la situación.

Definitivamente, debían de haber sido imaginaciones suyas. No haber descansado demasiado la noche anterior le estaba jugando una mala pasada.

Abrió el portón con la firme intención de olvidarse de aquello y salir a por ese café que se le antojaba tan necesario para despejarse, no obstante, en el último momento se lo pensó mejor y, mirando hacia atrás, se mordió el labio inferior y cerró de nuevo, manteniéndose en silencio dentro del habitáculo.

Tenía un pálpito y tan solo siguió su instinto, y no le hizo falta esperar demasiado, ya que su plan de último momento dio sus frutos dejándole claro que no se estaba volviendo loco.

Alguien se había colado de polizón en su furgoneta y podía jurar que se había escondido en el compartimento de almacenaje que había bajo la cama, a tenor del ruido y de los movimientos

que estaba haciendo en ese instante que se creía sin vigilancia.

Sonrió expectante cuando el colchón comenzó a levantarse, se apoyó en la carrocería y cruzó los brazos con un chisporroteo de esperanza naciendo en él.

16

Respira

Haz una locura para mantener la cordura

Su cabeza había repetido tantas veces durante la última hora que se había vuelto loca de remate que en aquel momento lo creía sin lugar a dudas.

En su angustia, recordó una de las frases que le dijo su tía esa misma mañana: «Tu padre aún te visualiza jugando a las muñecas y teniendo miedo a la oscuridad». La realidad era que sus hermanas menores habían heredado sus muñecas hacía ya varios años, antes de poder ser relegadas al olvido. Sin embargo, en cuanto a lo otro... A decir verdad, no había vuelto a experimentar un miedo igual al de su infancia desde que se independizó, aunque lo que estaba padeciendo desde hacía una hora se le asemejaba bastante, y no era nada agradable.

Alba debería haberle cogido el teléfono cuando la llamó en repetidas ocasiones, dispuesta a contarle su plan y provocar así que su amiga la hiciese recapacitar, olvidarse de aquella locura. Sin embargo, no lo hizo, y ella se encontraba allí, encerrada y a oscuras.

Les había mandado un mensaje de explicación y auxilio a ambas a través del grupo que compartían, y había sido un par de minutos antes de tener que taparse la boca para acallar el grito involuntario que comenzó a salir de su garganta.

El teléfono cayó cuando afianzó las manos a las paredes que la emparedaban.

Un calor sofocante ocasionó que el sudor resbalase por sus sienes, la sensación de asfixia creció por momentos y el aire enrarecido de su alrededor cada vez le resultaba más escaso; por eso, cuando todo sonido y movimiento cesó y supo que no había peligro, se apresuró a liberarse.

Al fin iba a poder respirar profundo, desentumecer sus piernas al estirarlas y rodearse de luz.

—Hola.—Escuchó su voz.

Alana abrió los ojos de golpe y se topó con la mirada curiosa e incrédula de Hans frente a ella. Su semblante lucía petrificado a la vez que él le sonreía alzando una ceja en actitud interrogante.

Por más que quiso, se sintió incapaz de hacer que su garganta diese forma a alguna frase coherente.

Hans notó su congoja y dejó de sonreír.

—¿Estás bien? —La cabeza femenina se movió arriba y abajo, acto seguido negó y un segundo más tarde volvió a asentir—. Me dejas más tranquilo —ironizó divertido, intentando quitarle hierro al asunto.

—Hans... —balbuceó por fin y decidió que debía huir de su prisión, por lo que maniobró para salir del que fuese su escondite, todo ello bajo la concienzuda atención masculina—. Puedo

explicarlo. No tendría que... Tú sabes que yo... Creo que...

Había comenzado a hiperventilar y tan solo conseguía balbucear frases inconexas. Hans, observando cómo su rostro se iba tornando ceniciento a la vez que hablaba y dándose cuenta de lo que le ocurría, se apiadó de ella.

—Ven aquí.

Agarró firme y cariñoso su mano, atrayéndola hacia fuera. Casi tuvo que tirar de ella hasta el bar que se ubicaba junto a la estación de servicio, al tiempo que Alana boqueaba como un pez fuera del agua. Tan solo le faltaba cargarla en brazos para que el bochorno de la chica fuese aún mayor.

Para desconcierto de ella no se detuvieron en la barra ni se sentaron a una mesa, ya que él sorteó sillas y camareros en su recorrido y los condujo hasta un pasillo ubicado en una de las esquinas del local.

Hans le dedicó una gran sonrisa a una señora que salía en ese momento por la puerta que él sostenía con galantería y la saludó de forma educada, luciendo su mejor y más recatada sonrisa.

Aquello dejó de manifiesto una estupenda educación que para nada casaba con la extraña situación. La respuesta de la mujer llegó seguida de un gesto reprobatorio, sin embargo, todo ello se quedó al otro lado de la madera cuando Hans los encerró en el habitáculo.

«Encerrada, otra vez», se lamentó Alana.

Él la condujo hasta el lavabo, se mojó una de las manos en él y la pasó por la nuca femenina. Ella se estremeció por el contacto. Él, atento a los gestos y sonidos que emitía, le dio media vuelta y la agarró de los hombros con dulzura. La giró hacia su cuerpo y agachó la cabeza hasta quedar a su altura, buscando sus ojos.

—Alana, mírame. Eso es... Respira. Respira conmigo, *mädchen*.

Una vez hubo establecido contacto visual con ella, puso una de las manos femeninas sobre su pecho y la apretó con las suyas. Realizó varias respiraciones profundas sin dejar de mirarla a esos ojos que transmitían una expresión desencajada e intentó infundirle calma y sosiego con los suyos.

Y, por absurdo que pudiese parecer, fue efectivo.

Se mantuvieron así varios minutos más antes de que Alana pudiese hablar. Al hacerlo, su respiración se encontraba más sosegada.

—Gracias, ya estoy bien —susurró.

—No del todo —puntualizó con ternura y peinó con sus dedos algunos mechones que se le habían soltado de la coleta y andaban pegados a sus sienes. Con tranquilidad, llevó su boca a la despejada frente femenina y la besó. A Alana, que aún se encontraba vulnerable, aquel gesto le resultó muy íntimo y familiar—. ¿Necesitas entrar? —Hans le señaló con la cabeza el cubículo donde se encontraba el retrete, y ella negó—. Está bien. ¿Vamos fuera?

—Ahora voy. Dame un minuto, por favor.

Tras unos segundos en los que pareció debatirse sobre qué hacer, él asintió y salió, dejándola sola.

Alana se apoyó entonces en el sucio lavabo y cerró por un momento los ojos, utilizando su respiración para calmar la angustia que aún sentía atenazar su pecho.

Hans, por su parte, se apoyó en la pared frente al aseo.

Se le cruzó la descabellada idea de si ella utilizaría aquel momento para escaparse por la ventana del baño, aunque terminó negando al recordar la robusta reja que había visto al entrar.

Cuando Alana recobró la compostura y salió, no lo encontró por el bar. A punto estuvo de perder el control de nuevo, solo que al mirar hacia fuera por una de las ventanas lo vio charlando

con la misma señora de antes, que en aquel momento hacía aspavientos y hablaba acalorada.

—Hola. ¿Todo bien? —le preguntó cuando llegó hasta él.

Hans despedía con la mano a la mujer, que aceleraba airada.

—Todo perfecto. —Le tendió un vaso de cartón con una tapa de plástico y le sonrió—. ¿Vamos?

Echó a andar hacia Iris, recortada frente a ellos bañada por la luz del atardecer, y Alana aprovechó que no la miraba para oler el contenido. El inconfundible aroma de una tila llegó hasta ella y sonrió, sintiendo que se le derretía algo por dentro por aquel gesto protector.

Hans anduvo mientras calculaba la hora, dándose cuenta de que, debido a ese contratiempo, se le iba a echar la noche encima al reemprender el viaje.

—No tardaremos mucho en regresar —le dijo sin perder el gesto amable a la vez que se colocaba el cinturón—. Si te apetece puedes echarte un rato a dormir, y yo te aviso cuando estemos llegando. Seguro que te sienta bien desconectar un rato.

Alana desvió la vista, confundida. Hasta ese momento no había pensado en la posibilidad de que él la llevase de vuelta y, aunque durante todo el trayecto que había pasado metida en aquel reducido cubículo bajo la cama rezó para que la furgoneta diese media vuelta y poder así marcharse corriendo a la seguridad de su apartamento, en aquel momento la evidencia de que su aventura había acabado incluso antes de empezar y la certeza de que volvería a separarse de él hizo que su ceño se frunciera.

No quería volver.

No quería hacer, una vez más, lo correcto. Estaba segura de que sus padres no tardarían en descubrir su marcha, y escaparse con él era todo lo opuesto a lo que se esperaban de ella.

Y ¿no se suponía que en eso consistían las aventuras? ¿En hacer algo inesperado?

En el fondo sabía que no solo lo hacía por eso. No quería irse sin Hans. Había experimentado su marcha desde el primer instante en el que abandonó su apartamento aquella misma mañana y, sencillamente, no podía hacerlo. Él no iba a regresar para quedarse por voluntad propia allí, y mucho menos por ella, así que la decisión estaba clara.

Se giró en su asiento, lo miró directa a los ojos y su voz sonó firme y decidida al hablar.

—No quiero volver a Costa Serena.

—¿Cómo? —preguntó él estupefacto.

—Que no quiero volver.

—Te he oído —aclaró quitándose de nuevo las gafas de sol—. Pero no sé si termino de entenderte. ¿Quieres que te lleve a algún sitio?

—Quiero irme contigo.

—Pero si no sabes a dónde voy.

—Me da igual.

—Y vivo en un sitio pequeño y desordenado —le recordó sus propias palabras.

—No me importa.

Hans la miró en silencio, intentando descifrar sus ojos y lo que se escondía tras ellos. No podía estar hablando en serio, ¿alguien como ella, lejos de su casa y su familia, experimentando una vida nómada como la de él?

Le resultó tan inaudito como la primera vez que una imagen parecida se le cruzó por la cabeza unos días atrás.

Sí, había fantaseado con la idea de que ella lo acompañase en alguno de sus viajes, aunque lo había desechado de pleno al darse cuenta de lo que implicaría.

—Imagino que, en algún momento, querrás volver a casa.

Ella asintió, y ambos se mantuvieron unos segundos en silencio, sin dejar de escrutarse. Hans se debatía en un mar que inundaba su mente y su cuerpo de pensamientos y sentimientos contradictorios. No sabía cómo gestionar aquello, sin embargo, antes de que pudiese tomar una decisión, ella habló de nuevo.

—¿Le dijiste de verdad esta mañana a mi padre que cuidase de mí?

Hans elevó ambas cejas y, un segundo después, dejó ir una carcajada.

«Su padre».

Aquel tipo con pinta de estrujacerebros era su padre. Al fin entendía las miradas que le había dedicado.

—Pues eso parece, sí.

—Te podría haber matado al decirle que pasaste la noche conmigo. Lo sabes, ¿verdad? —exageró ella, y la sonrisa en la voz femenina le dejó claro que ya se encontraba mucho más tranquila.

—Afortunadamente, no lo hizo.

—Afortunadamente.

Ambos sonrieron cómplices, y Hans decidió seguir lo que su instinto le decía a voces, por lo que terminó asintiendo.

—Está bien, te llevaré conmigo.

—¿De verdad?

—Solo si me prometes que, cuando te devuelva a casa, tu padre no rematará la faena.

La risa cantarina de Alana, más aniñada que de costumbre y fruto de los nervios por cometer su primera travesura, pellizcó sus entrañas.

Tragó saliva y no pudo hacer otra cosa que arrancar a Iris y guiñarle un ojo.

—Vamos allá, *mädchen*.

17

Santa Pola

Bésame, hasta que tu boca sepa a mí

Improvisar formaba parte de él, de hecho, se le solían dar mejor los planes organizados sobre la marcha, sin embargo, no le estaba resultando nada fácil hacerlo teniendo al lado a la montaña rusa emocional que estaba suponiendo Alana.

Tan pronto reía de forma eufórica que se mantenía callada o, cuando la miraba, sus ojos se volvían vidriosos por el llanto contenido.

En un momento dado, observó por el rabillo del ojo cómo se afanaba en devorar la uña de su dedo pulgar.

—¿Estás bien? —le preguntó sin desviar los ojos de la carretera.

La muchacha se encogió de hombros.

—¿Crees que ya se habrán dado cuenta? —Hans la miró un segundo y una sonrisa tierna le rasgó los ojos.

—No, de haberlo hecho te hubiesen llamado.

—Ya.

Alana no había tardado en contarle, al poco de emprender la marcha y de recuperar su teléfono del escondite en el que había viajado durante la primera hora de polizón, lo de la escueta carta que escribió a sus padres y que dejó en su apartamento. Lo hizo con complicidad, haciéndole partícipe de la locura que aquello significaba para ella y, en cierto modo, con ilusión por estar llevándola a cabo. Sin embargo, al terminar de materializarlo en voz alta, se vino abajo y comenzaron las dudas.

Era obvio que aquella chica jamás había hecho algo parecido a aquello.

—¿Nunca te has retrasado al volver a casa después de estar con algún novio o te has escapado para poder irte de fiesta con tus amigas? —le preguntó él, creyendo conocer de antemano la respuesta.

La mirada esclarecedora de la joven sirvió como contestación.

Hans no supo si había hecho lo correcto llevándola con él. Aún no era tarde, quizá debía hacer oídos sordos a su petición y dar media vuelta en la carretera para devolverla sana y salva a su apartamento; él no era una persona dada a complicarse la existencia ni a nadar a contra corriente.

Sin embargo, sí era egoísta, quería tenerla un poco más para él en exclusiva.

Estaba sumido en aquellos pensamientos cuando las indicaciones en la carretera actuaron como mecha para prender una idea fugaz que cruzó su mente a toda velocidad.

Era conocedor de que, si se desviaba de su camino, no llegaría a tiempo y tendría que dar alguna que otra explicación que justificara aquel nuevo retraso, aunque en el fondo supo que merecería la pena.

Con ánimos renovados, y un brillo en su mirada de anticipación, tomó la siguiente salida y continuó las indicaciones hasta que detuvo la marcha. Estaba deseando ver de nuevo el característico brillo en los ojos de Alana e intuyó que aquello podría hacerlo regresar.

No paró el motor ni las luces cuando le habló. Ella andaba mirando dubitativa su teléfono y con una expresión como si esperase una aparición mariana en él.

—Hemos llegado.

Alana levantó la cabeza, sintiéndose aliviada al tener una excusa para dejar de responder los mensajes de sus amigas, que la habían acibillado a preguntas desde que había vuelto a dar señales de vida. Su teléfono jamás había tenido tantas llamadas perdidas de África y Alba, y mensajes pendientes de leer en el grupo y por privado, como en aquella ocasión.

Con curiosidad escrutó por la ventanilla lateral, giró el cuello hasta enfocar la vista en la frontal, y luego, en él.

—¿Dónde estamos?

Por un momento el temor que reflejó su tono de voz hizo que Hans se mordiera los labios con afecto. «Tranquila, *mädchen*, no te va a pasar nada malo estando conmigo», quiso transmitirle con la mirada.

—En un pueblo de Alicante que se llama Santa Pola —aclaró él girado en su asiento tras desabrocharse el cinturón—. Pasaremos la noche aquí y ya mañana retomamos la marcha, ¿te parece bien?

Alana se mantuvo en silencio unos segundos, procesando aquella información. Había estado todo el trayecto preguntándose si aquello era una buena idea. Esa manera de vivir de Hans yendo de un lado para el otro, sin un rumbo fijo y dejándose guiar por la espontaneidad, no sabía si iría con ella, sin embargo, cuando sus ojos se enfocaron en lo que les rodeaba, se olvidó de todas las dudas.

—¿Podemos ir? —preguntó en un susurro solemne sin separar la vista del frente.

—Claro.

A él le eterneció el hecho de que ella le pidiese permiso, como si fuese su padre y necesitase su aprobación para salir del vehículo. En teoría podría serlo, solo que en la práctica, a decir verdad, prefería que no lo mirase con esos ojos.

Hans había estacionado en una zona muy cercana al mar y a todas luces desierta a esas horas de la noche, pues pasaban de las once cuando se había desviado.

Al observar que ella se animaba a moverse, detuvo el motor y apagó las luces, sumiendo el vehículo y sus alrededores en una oscuridad momentánea que erizó la piel de Alana, provocando que contuviese la respiración.

Cuando salieron y cerraron las puertas, la vista se les acostumbró rápido y el reflejo de la luna en el mar les resultó suficiente iluminación para poder caminar sin tropezar.

Llegaron juntos hasta un conjunto de piedras que se alzaba en la arena.

Alana se sentó sobre una de ellas y respiró hondo. Tan ensimismada se encontraba que no se percató de que, cuando él llegó hasta ella, se agachó, recogió arena en su mano, se llevó el puño al pecho y movió los labios en una frase muda antes de abrir los dedos y vaciar su contenido.

Se mantuvieron en silencio unos minutos hasta que ella habló:

—Es precioso y justo lo que necesitaba.

—Creí que te gustaría.

—Gracias.

—No tienes que dárme las.

Los ojos de ella se desviaron a los de él, agradecidos e irradiando un brillo que viajó hasta los de Hans colándose muy dentro de su cuerpo.

Él rompió el contacto visual y el sonido de las olas muriendo en la orilla los acompañó durante un rato. Ninguno de los dos se atrevió a romperlo, sin embargo, al final Hans rasgó la quietud y le habló desde su posición, un par de pasos tras ella.

Necesitaba darle forma a la pregunta que rondaba por su mente desde que había aceptado llevarla consigo en aquella estación de servicio muchos kilómetros atrás.

—¿Te arrepientes de haberte escapado?

—No.

—Puedo dar media vuelta y...

—No, Hans. No quiero volver.

Él acortó la distancia que les separaba y se sentó a su lado.

—Está bien, no seré yo el que te convenza de lo contrario, pero quiero que entiendas que vamos a convivir juntos en muy pocos metros cuadrados. —Jugueteó con uno de sus anillos mientras escrutaba su perfil—. Este tipo de vida no tiene muchas de las comodidades que utilizas a diario y en las que estoy seguro de que ni siquiera reparas; además, tú y yo apenas nos conocemos y la intimidad que puedas necesi...

Alana no le permitió terminar la frase.

La forma en la que lo acalló resultó inesperada para ambos, ya que la joven impactó su boca contra la de él.

Por un momento, el asombro inundó a Hans y no reaccionó. De nuevo ella le rompía los esquemas. Jamás hubiese esperado aquella reacción por su parte, aunque cada vez le quedaba más claro que con Alana no podía dar nada por sentado.

—Me da igual —susurró la joven separándose unos centímetros de él, justo antes de volver a unir sus labios para, esta vez sí, ser correspondida.

Él se repuso de la sorpresa inicial y se permitió deleitarse con el sabor femenino, a la misma vez que sentía cómo ella se aferraba con fuerza a su camisa, con los puños cerrados en torno a la tela.

Ambas lenguas invadieron el espacio vital de la otra y jugaron traviesas, tentando y explorando el territorio; bailando sin música.

Hans inspiró hondo, siendo consciente de cómo su organismo respondía a ella, a cada uno de sus suspiros, a sus ojos entornados y a su cuerpo tembloroso. Sus manos guiaron a la joven, atrayéndola hacia él.

Acomodó su postura y aquello mejoró el ángulo en el que se besaban, otorgándoles mayor libertad de movimientos. Alana gimió cuando Hans mordisqueó su labio inferior, y él tomó aire con dificultad, encendido ante el gesto ruborizado de ella al moverse contra su cuerpo.

La joven se lamentó por haber detenido sus besos la noche anterior, ya que aquella explosión de sensaciones estaba resultando devastadora para su cuerpo y para su cordura; una mezcla de ternura y seguridad que nunca antes había experimentado en un beso.

Dada su pericia, no le cupo ninguna duda de que Hans había hecho aquello miles de veces, por lo que prefirió no pensar en cuántas bocas habían rozado sus labios y se centró en aquel momento.

—Me encanta cómo besas —se sinceró ella en un susurro, separándose de él y quedándose a tan solo un suspiro de su rostro.

—Y a mí me encanta que siempre digas lo que piensas.

—No siempre lo hago.

Sonrió frunciendo el ceño, y él dio por terminada la breve charla, puesto que necesitaba más de ella. Agarró su cuello con certera precisión, obligándose a sí mismo a no asustarla, ya que algo le decía que si dejaba salir a la bestia que lo consumía lo haría.

La atrajo hacia él y devoró de nuevo esos carnosos labios que brillaban llamándole a gritos. No recordaba la última vez que había perdido tanto los papeles con una mujer; en realidad, no estaba seguro de haberlo hecho nunca. Sin embargo, aquella chica que casi acababa de salir al mundo lo estaba volviendo literalmente loco con el simple hecho de respirar.

Alana se maravilló por lo que estaba sucediendo. Hacía un momento, cuando decidió asaltar su boca, había actuado por un impulso poco propio en ella, sin pensar en realidad en lo que podía desencadenar en él, y tan solo deseando que Hans dejase de regalarle excusas o motivos para decidir dar marcha atrás en su plan de huida. No obstante, en aquel momento y fundida en su boca, se maravilló de haber sido espontánea por una vez y se preguntó por qué no había saqueado sus labios cuando se le presentó la primera oportunidad, ya que se sentía en el cielo.

Ambos gimieron a la vez cuando él elevó el cuerpo femenino unos centímetros, utilizando el agarre a su trasero como ancla y rozando sus cuerpos encendidos en el proceso.

Alana contuvo la respiración al notar cómo los labios de Hans, calientes y hambrientos, descendían por su cuello y continuaban el recorrido hasta su escote, donde lamió y jugueteó, tanteando el valle de sus pechos.

Hans, en aquella nebulosa, apreció cómo las diminutas manos de ella se enredaban en sus mechones revueltos por el viento. Le pellizcó con suavidad uno de los pequeños pezones que se marcaban contra la tela que los cubría y que reclamaban su atención.

El gesto le regaló un delicioso gemido femenino que fue directo a su erección, tensándola más, si es que eso era posible.

—Hazlo otra vez —rogó ella entregada al placer.

Hans se mordió el labio inferior con saña, retirándose lo justo para poder apreciar la expresión de satisfacción de la muchacha al repetir la acción.

Aquella visión y entrega lo llevó al límite.

Cegado por los ojos de ella, que se anclaron a los de él y lo embrujaban con su destello cargado de deseo insatisfecho, se rindió a lo que su cuerpo le estaba reclamando desde hacía un buen rato y llevó la boca hasta su pecho.

Cuando ella gimió entregada supo que aquello no era suficiente. La necesitaba a ella acogiéndolo en su interior, y lo necesitaba con urgencia.

Acababan de volver a unir sus bocas en un beso voraz, dispuestos a dar un paso más, cuando ambos se sobresaltaron, separándose y haciendo que la brisa del mar penetrara entre sus cuerpos, enfriándolos.

El sonido repetitivo de un claxon, junto con las voces cargadas de mofa de unos chicos que pasaron por la carretera con su vehículo, acabaron con la magia del momento.

—Joder —se quejó Alana llevándose la mano al pecho, al mismo lugar sobre su camiseta que lucía la marca de humedad que la boca masculina había dejado tras su paso.

—¿Qué...?

Hans, confundido, se mesó el pelo sin saber si reír y agradecer la interrupción, puesto que había estado al borde de perder la cordura y desnudarla allí mismo para hundirse en ella o echarse a llorar como un niño pequeño, debido a la frustración que toda aquella situación le estaba provocando.

¿Qué demonios había estado a punto de hacer?

En aquel momento, y más que nunca, llegó a la conclusión de que continuar con aquel viaje no iba a ser una buena idea.

Iba a convivir con Alana durante un tiempo indeterminado y, aunque tarde o temprano ella le rogaría regresar, los días que pasasen juntos... No, él no podía involucrarse de aquella forma. Necesitaba su libertad, su soledad y su paz mental, y aquello que precisaba era todo lo que ella parecía haberle robado desde que la vio por primera vez, agachada y maldiciendo en voz baja como un camionero, a la vez que se peleaba con aquella impresora.

Parecía que hubiese pasado una eternidad de aquello, pese a que tan solo hacía un mes. El porqué de que se recreara en cada momento que habían vivido juntos era toda una incógnita para él.

—Casi me da un infarto. —La voz de ella lo sacó de sus cavilaciones. Alana lo miró, y él rehuyó sus ojos. Ella, extrañada por su actitud callada y seria, ya que Hans era de todo menos eso, se preocupó—. ¿Estás bien?

—Claro —contestó sacudiendo la cabeza. Se pasó las manos por la cara, intentando despejarse—. Será mejor que vayamos dentro, Alana. Se está levantando viento.

Dicho esto, no la esperó y comenzó el regreso al vehículo.

La chica asintió y lo siguió diligente. Al ir por delante de ella, Hans no pudo apreciar la sonrisa que lucía su rostro algo aniñado ni la ilusión que teñía sus mejillas, puesto que, en aquel momento, la cabeza de él no paraba de erigir muros de contención para lo que sentía dentro, algo tan fuerte como aterrador por lo que podía suponer y provocar en su vida.

Ajena a los pensamientos algo funestos de él, Alana saltaba mentalmente y aseguraba que, solo por recibir aquel beso, merecía la pena toda aquella locura, durase lo que durase. Antes de cerrar la puerta, rezó para que Hans volviese a besarla una vez más.

18

El sueño

Sueños de buenas noches

Hasta aquel momento, la noche estaba resultando mejor de lo que Hans había imaginado.

Como si Alana hubiese leído su aura, una vez entraron en la furgoneta ella no insistió ni se acercó a él más de lo preciso, y eso, teniendo en cuenta que habían tenido que dormir juntos en una cama que no era demasiado amplia, resultó todo un logro, puesto que aquel pequeño detalle les hizo estar irremediabilmente cerca.

Ninguno de los dos sacó el tema del beso mientras se coordinaban en la diminuta cocina y picaban algo de cena, antes de prepararse para dormir. Cada uno tuvo sus razones para hacerlo, solo que en aquel momento no le pusieron voz.

Ella tan solo se atrevió a besar su mejilla justo antes de apagar la luz que pendía sobre sus cabezas y le musitó su deseo de que pasase buena noche, palabras que él correspondió con un murmullo ininteligible antes de girarse y darle la espalda.

Hans no quería despreciarla, no era para nada su intención, sin embargo, no estaba seguro de poder contenerse si volvía a abrazarla como había hecho la noche anterior en su apartamento. Sabía controlar su cuerpo, aunque no tenía necesidad de pasarse de nuevo toda una noche con una erección de campeonato.

Por su parte, Alana no forzó la situación y evitó dedicarle demasiados pensamientos a la actitud distante de Hans. Supo leer en sus ojos que el momento había pasado y que no se sentía del todo cómodo, por lo que le concedió su espacio.

La luna se había desplazado varios metros en el cielo cuando ambos, por fin, se quedaron dormidos, y así hubiesen seguido hasta el amanecer de no ser porque ella le propinó un empujón que casi lo tiró de la cama, despertándolo en el proceso.

Hans pronto llegó a la conclusión de que Alana seguía dormida y estaba teniendo un sueño muy agitado, a tenor de los cambios de postura que no dejaba de hacer cada pocos segundos y a las muecas de lo más fascinantes que realizaba con la cara.

«Qué bonita es», se recreó observándola.

—Ey —le dijo en un susurro en otro de sus giros.

El cuerpo femenino descansó toda la espalda sobre el colchón, sin embargo, volvió su cara hacia él.

La boca de Alana se abrió a la vez que inspiraba hondo, hinchando su pecho tan solo cubierto por una escueta camiseta amarilla de tirantes finos. Hans no se perdió ni uno de sus movimientos

ni la oscilación agitada de su torso debido a su respiración, y creyó morir cuando algo parecido a un gimoteo escapó de sus labios.

Se llamó a sí mismo a la calma, diciéndose que lo más seguro era que estuviera teniendo alguna pesadilla. Quizá lo mejor que podía hacer era despertarla, y aquella idea se fue al traste cuando un sonido de goce se precipitó por la garganta femenina, atormentando su cordura.

—No, por favor —suplicó él en un susurro, contemplándola y sintiendo cómo su entrepierna despertaba del todo a la vida, a la vez que la respiración de Alana se volvía más rápida y superficial.

No podía estar pasándole aquello.

Sentía que iba a estallar, aquella media erección, que no conseguía bajar desde que había besado a Alana hacía unas horas, se erguía en todo su esplendor reclamando una atención que él no pensaba prestarle. Bajo ningún concepto iba a aprovecharse de ella estando dormida, por mucho que pareciese estar a punto de romperse a escasos centímetros de él y de que se muriera por acallar aquellos eróticos ruiditos con su boca.

Se removió incómodo, mordiéndose el labio con saña. Su cadera realizó un movimiento involuntario debido a que su cuerpo parecía buscarla por inercia.

Inspiró hondo y cerró los ojos, intentando calmar su propia respiración, que parecía haberse acompasado a la errática de ella.

Tenía que despertarla. Ya. En ese mismo momento.

—Uhm... —captó que pronunciaban los labios femeninos adormecidos.

—Alana —la llamó en una súplica, rogando tanto que se despertase como que permaneciese dormida, ambas igual de opuestas que deseadas.

Su nombre no hizo efecto, ya que ella ni se inmutó, ignorante por completo al tormento que él estaba padeciendo al verla y escucharla en aquella situación. Al contrario, el cuerpo de la chica comenzó a agitarse con más inquietud, oscilando las caderas, retorciéndose y contoneándose. Hans creyó morir cuando el muslo de ella se apoyó sobre su más que dispuesta erección en uno de aquellos movimientos.

Contuvo la respiración y abrió los ojos, decidido a ser testigo de aquel orgasmo que a todas luces, estaba a punto de alcanzar.

Sus ojos volaron por inercia a los pezones marcados con descaro contra la fina tela que los retenía. Él había tenido uno de ellos pegado a su boca esa misma noche, con la camiseta de ella como única barrera entre ambos.

Se relamió.

—Hans —murmuró, y él subió la mirada desde su cuerpo hasta su rostro, creyendo que, por fin, había despertado—. Ha-Hans —repitió de manera entrecortada, abandonada a los lujuriosos brazos de Morfeo.

La muchacha cogió una bocanada de aire y dejó de respirar durante unos segundos, mientras su cuerpo se mantuvo rígido. El de él se tensó expectante, conocedor de lo que venía a continuación. Se embebió de su gesto y tuvo que hacer verdaderos esfuerzos por no asaltarle la boca y devorarla allí mismo cuando una serie de gemidos sacudieron el cuerpo de la joven para, al momento siguiente, quedarse laxa sobre la cama.

Hans estuvo a punto de correrse encima.

—Joder...

Se levantó de allí algo aturdido, con la sensación de que le faltaba el aire y, observándola una vez más, no dudó en salir de la furgoneta cuando una furia animal le rugió en el oído que fuese y se hundiese en ella.

Salió sin perder un segundo y la dejó tendida en la cama con cara no de haber roto un plato.

Si hubiera sido fumador, aquel habría sido un buen momento para encenderse un cigarrillo, sin embargo, tuvo que conformarse con andar de un lado para el otro durante unos minutos, como un león enjaulado, hasta acabar sentado, ironías de la vida, en la misma roca de la noche anterior.

No miró el reloj, pero supuso que ya pasarían de las siete, puesto que estaba comenzando a amanecer.

Observó el horizonte, el mar siempre lo calmaba, y él necesitaba aquel sosiego de manera urgente. Respiró hondo varias veces, intentando dejar la mente en blanco.

Iba a levantarse de su improvisado asiento para dirigirse a la playa y hacer, a la desesperada, algún ejercicio de relajación, cuando una mano en su hombro lo sobresaltó. No obstante, la sensación de electricidad que le recorrió tras el contacto le dejó claro de quién se trataba.

—Hola —lo saludó ella con cierta timidez ante su mirada penetrante.

—Buenos días —correspondió sin mirarla.

—¿Por qué no me has despertado?

Hans se mordió la lengua e inspiró hondo antes de girarse y embeberse de su imagen.

Sus labios hinchados y sonrosados, el rubor de sus mejillas y sus ojos somnolientos lo aturdieron por un momento.

—Necesitabas descansar.

—¿Has dormido bien?

—Sí, ¿y tú? —Él ya conocía la respuesta a aquella pregunta.

«Sí, y me he despertado justo después de que tu cabeza se hundiese entre mis piernas y me llevases al mejor y más intenso orgasmo que he tenido en mi vida, conseguido en tiempo récord. Ha sido fantástico, ardiente y tus ojos mirándome mientras me lo hacías no se me terminan de ir del cerebro, lo único que lamento es que solo haya sido un sueño», le contestó en su mente.

No, mejor no le decía eso.

—Sí —se limitó a pronunciar Alana con las mejillas arboladas, ya que, por mucho que él pensase que siempre era sincera, en aquella ocasión no iba a soltar prenda.

Lo que desconocía era que Hans estaba más cerca de aquella información de lo que ella podía imaginar.

—Voy a ir a la playa, ¿te apetece unirse?

No hizo falta aclarar a qué iba, ambos conocían aquella rutina. Por supuesto le acompañó e hicieron los ejercicios juntos. Hans se limitó a movimientos sencillos y evitó mirarla más de lo necesario.

Un buen rato después, justo cuando se sumergió en el agua y sintió la presión en sus pulmones al contener la respiración un poco más de lo habitual, supo que había conseguido enjaular de nuevo a aquella bestia inmunda que lo había poseído, dejándose invadir por una calma más que necesaria, aunque no supo por cuánto tiempo podría retenerla.

La camaradería que tuvieron los días en el *camping* regresó y el resto de la mañana la pasaron entre la arena y el mar, alargando ponerse en marcha de nuevo.

Hans aprovechó un momento en el que ella fue al baño público para hacer algo que no podía posponer más: llamar a la mujer que lo estaba esperando.

Se suponía que debía haber llegado la noche anterior a casa de esta para acudir al compromiso anual que había jurado no incumplir antes de marcharse.

La había conocido cuando su madre y él dejaron su Alemania natal y regresaron a España, a aquella ciudad que era capital de la comarca del Alto Vinalopó y de la que su progenitora tantas

veces le había hablado, pues nació y creció allí.

En ese momento, y después de esos tres años vagando, Virginia era lo único que unía a Hans a aquel pedazo de tierra, del que tan solo le quedaban recuerdos de tiempos bastantes lejanos y, ya que no quería preocuparla de manera innecesaria, la llamó para explicarle que le había surgido un contratiempo y se retrasaría un poco más.

Lo que no le dijo es que lo haría acompañado. Ya cruzaría aquel puente cuando llegase el momento.

Alana se había encerrado en aquel sucio baño para hablar por teléfono con su tía Alicia, tras ignorar varias llamadas de sus padres durante la mañana.

No sabía por qué, pero no se atrevía a afrontar la conversación, por lo que tomó la vía fácil y le pidió a su tía que intercediera por ella, asegurándole que estaba bien y que no corría ningún peligro.

También aprovechó y le envió un nuevo mensaje a su jefe, explicándole que le había ocurrido algo personal y que había tenido que abandonar Costa Serena, por lo que no iba a poder incorporarse hasta nuevo aviso. Él contestó de nuevo escueto, y Alana suspiró con pesar.

—¿Estás viva? —le preguntó Hans esa tarde asomando la cabeza dentro de la furgoneta, lugar en el que llevaba un buen rato metida aprovechando el tiempo que él había dedicado en ir con la moto a por algunas provisiones—. ¿Qué haces?

Él observó cómo ella se movía por el interior del vehículo, el cual, de manera asombrosa, parecía más grande que antes de marcharse.

—Recogiendo un poco —contestó sintiéndose algo culpable.

—Ya veo.

—Espero que no te importe, he utilizado algún hueco libre para guardar mi ropa.

Hans negó con la cabeza, sonriendo y depositando la compra en la despensa sin demasiada ceremonia.

—No me importa, no te preocupes. Lo que me sorprende es que hayas encontrado sitio para hacerlo.

—Después de ordenar la tuya, sí que había.

Por la forma en la que Alana lo miró, como esperando una reprimenda, él no pudo más que soltar una carcajada.

—Vamos, déjalo y ven conmigo. Quiero enseñarte algo.

—No me voy a montar en la moto —le dijo de nuevo, por si las anteriores cuatro veces que lo había repetido ese día no le habían resultado del todo claras.

—Iremos caminando.

—Vale —aceptó al tiempo que estiraba la sábana sobre la cama—. Y ¿a dónde vamos? ¿Me tengo que llevar algo?

—Nada. —Tiró de su brazo cuando estuvo a su alcance—. Date prisa o nos lo perderemos.

Anduvieron un buen rato por un camino bastante pedregoso. Hans mantenía la vista al frente y lucía una sonrisa que a ella le hacía cosquillas en la boca del estómago. No supo las veces que había observado su perfil, con su característica barba no demasiado larga y aquella maldita mandíbula tan marcada que tanto le fascinaba.

Pronto, el pavimento bajo sus pies cambió, suavizándose. Al frente se encontraron con el inicio de una pasarela metálica por la que se internaron a la izquierda. El camino serpenteaba en paralelo al borde de un acantilado sobre la costa.

Alana dejó de prestarle atención a él y se centró en lo que tenía alrededor. Se maravilló por volver a ver la inmensidad del azul del mar Mediterráneo, el mismo que bañaba su querido

pueblo al que, aunque odiara admitirlo, ya echaba de menos.

Hans, al ver su entusiasmo y la curiosidad que emanaba de ella, le explicó la historia de la pequeña isla que emergía del mar a unos cinco kilómetros al frente, y fue tal la ilusión que inundó los ojos de la joven cuando le habló de la posibilidad de llegar hasta ella en barco, que no se pudo resistir y le prometió que la llevaría al día siguiente, pues a aquella hora ya era imposible.

La sonrisa tan deslumbrante que Alana le dedicó al escucharle mitigó la pequeña culpa que suponía aquel nuevo retraso en la llegada a su destino final.

Antes de dormir, Alana volvió a besar su mejilla, concediéndole su espacio.

No se movieron del lugar en el que habían estacionado la noche anterior, no volvieron a dejarse llevar por lo que les poseyó el día de antes, pero lo que sí cambió fue que, en aquella ocasión, Hans no le dio la espalda, y Alana tiró de su brazo para que la cubriera con él, rodeando su espalda y recreando la noche que pasaron juntos en su apartamento.

Aún no lo sabían, aunque el recuerdo de aquellas noches lo evocarían por separado mucho tiempo después, saboreando la magia que las hacía tan especiales y añorando revivirlas.

—Buenas noches, *mädchen* —susurró él antes de rendirse al sueño.

Alana sonrió con regocijo. No sabía qué significaba aquella palabra, sin embargo, le gustaba cómo la pronunciaba y se la dedicaba a ella en exclusiva.

A Hans no le pasó desapercibido el detalle del pequeño marco de fotos que ella había guardado bajo la almohada, donde toda su familia posaba frente a la cámara con sonrisas amplias y sinceras, formando una piña y dejando ver a todo el que observase la instantánea lo unidos que estaban.

Él no le dijo nada.

Ella se lo agradeció en silencio.

La boca masculina dejó ir un bostezó, y ella lo imitó.

El vuelco que Hans sintió en las entrañas al apreciar el tranquilo suspiró femenino al acomodarse, acoplándose el uno al otro a la perfección, lo acalló depositando un beso en la rubia coronilla de ella.

19

Tabarca

Nadie es como tú y ese es tu gran poder

Cuando la tarde anterior Hans le había prometido, en aquel precioso mirador y mientras era testigo de uno de los atardeceres más bonitos que había visto en su vida, que a la mañana siguiente irían juntos a aquella isla, no se le cruzó por la mente nada de lo que experimentó después.

A él ni se le pasó por la cabeza, cuando le hizo aquella promesa a Alana, que la experiencia le iba a resultar tan esclarecedora y enriquecedora.

Tras una noche en la que no hubo ninguna distracción por sueño húmedo —para lamento de Alana— ni ninguna interrupción torturadora —para tranquilidad de Hans, el dueño de la casa rodante se había despertado rayando el amanecer con las pilas cargadas y el positivismo que era habitual en él por las nubes. Aquel sentimiento parecía haberle resultado esquivo en los últimos días, pero ya estaba de vuelta y no podía experimentar más que satisfacción al sentirse de nuevo él mismo, y no aquella versión tan incongruente y desquiciada en la que se había convertido.

Dejó durmiendo a la chica mientras hacía sus ejercicios diarios. En aquella ocasión realizó algunas de las posturas más difíciles, aprovechando que no tenía que adaptarse a su nivel. Al acabar, la sensación de cosquilleo de sus músculos estirados, despiertos y listos para afrontar el día, le provocó una sonrisa que lo acompañó mientras despertaba a la bella durmiente, que andaba soltando algún gracioso ronquido cuando entró en la furgoneta.

Alana había descansado de maravilla. No recordaba ningún sueño y creía haberse despertado en la misma posición en la que cayó muerta la noche anterior, por lo que, cuando Hans la despertó con aquella preciosa sonrisa, ella se contagió y fue incapaz de recriminarle el hecho de que no la hubiese llamado antes y olvidó por unas horas todo lo que arrastraba consigo en su cabeza.

Decidieron coger un ferri para llegar hasta la isla, que, si bien era algo más lento en su trayecto, les permitió ver el fondo del mar gracias a los miradores de visión submarina que tenía. La actitud de ambos durante el viaje llamó la atención de los adultos de su alrededor, puesto que rivalizaron en ilusión y entusiasmo con los niños que viajaban con ellos y a los que sus padres sonreían.

Al llegar, sin embargo, el ánimo de Alana decayó un poco debido a que, aunque la cantidad de gente que ocupaba el barco debía servir de indicativo suficiente sobre lo que iban a encontrar una vez en tierra, la chica no había esperado tal cantidad de personas a su alrededor.

Hans, observando el cambio en el semblante de la chica, se colgó la mochila y le dio la mano, echando a caminar y alejándose del bullicio. Recorrieron buena parte de la isla y se mezclaron con las personas que se trasladaban por ella a pie o en patinete eléctrico. No había ni un coche y eso llamó la atención de Alana. También captó su interés la cantidad de gatos que poblaban la isla y que se les cruzaban en cada calle. A Hans, que no recordaba aquel detalle, le gustó redescubrir junto a ella aquel trozo de tierra que antaño había conocido tan bien.

De la mano se dirigieron a la zona sin poblar de la isla, llegando hasta el final y rodeando el cementerio. Hablaron durante todo el camino sobre las amigas de Alana, que habían estado bombardeando el teléfono de la joven durante buena parte del trayecto. Regresaron al faro que habían dejado atrás un rato antes y se detuvieron en una cala escondida y desierta en la que ambos se refrescaron, ya que el calor comenzaba a redoblar su fuerza a aquella hora cercana al mediodía.

—¿Has estado aquí muchas veces? —le preguntó ella cuando se sentaron en las piedras de la orilla y compartían un bocadillo algo aplastado por el trayecto en la mochila.

—Sí, unas cuantas.

Alana lo observó darle otro mordisco al trozo de pan y masticar, ajeno a su escrutinio.

—¿Por qué me da la sensación de que este lugar te trae tanto buenos como malos recuerdos?

Hans la miró y, unos segundos después, asintió.

—Eres muy perspicaz.

—Gracias. —Asintió orgullosa, y él se carcajeó mientras estiraba la mano y golpeaba la visera de la gorra que la protegía del sol.

Se mantuvieron unos minutos en silencio, tan solo comiendo y contemplando lo que les rodeaba, disfrutando de la compañía y el sonido del mar a su alrededor. Alana, dando por hecho que Hans no iba a explayarse en su explicación, se recreó en lo que les rodeaba y suspiró con placer.

Fue justo en ese momento cuando Hans comenzó a hablar.

—Nací en Berlín. Mi padre era alemán y vivimos allí hasta que falleció cuando yo tenía nueve años. —Alana, con toda la atención fija en él, se percató de que mantenía la vista perdida al frente. Lo que le transmitía se le asemejó a la sensación que la invadía cada vez que presenciaba una tormenta: un espectáculo subyugante y atrayente en su tempestad, pero peligroso por lo que podría provocar a su alrededor. No pudo dejar de observarlo, obnubilada, mientras continuaba hablando.

»Cuando murió, mi madre ya no tuvo motivos para seguir allí y, aprovechando que yo era pequeño y que aún no tenía demasiada vida social que dejar atrás, nos vinimos a España, a la casa en la que siempre había vivido con su familia y que le pertenecía por herencia. Hacía ya muchos años que estaba deshabitada. Era un completo desastre, a decir verdad. —Un amago de sonrisa se asomó a sus labios—. Trabajó día y noche para adecentarla y que fuese un hogar para los dos, un refugio donde sentirnos seguros y reconstruirnos como familia.

—Debe de ser una gran mujer.

Alana se lamentó por la interrupción, sin embargo, las palabras habían salido solas de sus labios sin poder hacer nada por contenerlas.

—La mejor —contestó él con una sonrisa trémula—. Ahorraba durante todo el año para traerme aquí en las vacaciones de verano. Hubo veces en las que solo pudimos estar unos pocos días; otras, un mes completo, y siempre lo disfrutábamos como si fuese la primera vez. Al menos yo lo hacía. —Algo que a Alana se le antojó como nostalgia invadió su gesto y, ante eso, le dedicó una sonrisa.

Hans hacía mucho tiempo que no revivía esos recuerdos, en cierto modo, prefería dejarlos enterrados en su memoria, ya que aún le atenazaban el pecho y le dejaban una sensación rara en el alma.

—¿Cuánto hacía que no venías? —indagó Alana en un murmullo.

—Dieciocho años.

No dudó al contestar y, tras aquella confesión, ambos se mantuvieron callados.

Ella supo que en aquella pausa se escondía toda una historia por contar y, a pesar de que no le gustaba quedarse con tantas incógnitas por resolver, no quiso presionarlo. Por lo poco que lo conocía, había podido apreciar cómo le afectaba aquel tema. Ella no quiso ser la causante de la molestia que parecía ensombrecerle la mirada, por lo que hizo oídos sordos a las preguntas que se le atoraron en la mente.

Hans observó cómo Alana desviaba la atención al horizonte y se quedaba pensativa. No quería ser grosero con ella, aunque dedujo que había fracasado en el intento cuando escuchó su suspiro quedo.

Los ojos masculinos se movieron entonces por su cuerpo grácil y repasaron su anatomía, esa que ya había apreciado en numerosas ocasiones desde que se conocieron. Le fascinaba la mancha de nacimiento con forma de corazón que tenía en la parte lateral de una rodilla, más oscura que el resto. Le calentaba la sangre el modo en que su piel se erizaba sin motivo aparente...

En tan solo un segundo le pareció captar un destello negro, rojo y fugaz escondido bajo la tela de su biquini deportivo. Se sintió incapaz de dejar pasar aquella novedad que le había pillado del todo desprevenido.

Una vez más, Alana lo sorprendía.

Mordiéndolo los labios, buscó la mejor manera de hacerla hablar.

—¿Te gustan los tatuajes?

La chica lo miró algo confundida.

—Depende.

—¿De qué?

—De a cuál te refieras de todos los que tienes.

—No me refiero a los míos, sino en general.

Ella se quedó pensativa.

—Bueno, no lo sé. —Dudó—. No me disgustan.

—¿Tienes alguno? —La mirada penetrante de Hans estremeció a Alana, que se sintió entre la espada y la pared sin saber si decirle la verdad—. Imagino que, en tu caso, se trataría de algo fino, discreto y que, por supuesto, estaría escondido.

—Y ¿por qué piensas eso? —le preguntó un poco a la defensiva.

Él alzó una ceja cuando sus ojos se encontraron.

—¿Acaso me equivoco?

Alana lo odió durante unos segundos y fue incapaz de mentirle. Al final negó con la cabeza rehuendo su escrutinio y se recolocó la parte superior del biquini, como si él pudiese ver a través de la tela.

Los ojos de Hans no se perdieron el movimiento y sonrió de nuevo.

—¿Me lo enseñas?

Ella clavó sus iris en él con los ojos agrandados por la sorpresa.

—¡No!

—¿Por qué?

—Porque no.

—«Porque no» no es una respuesta.

—Vaya si lo es.

—Pareces una cría.—Sonrió sin ser consciente de lo que había provocado con su comentario.

Las aletas de la nariz de la chica se abrieron y las siguientes palabras salieron de su boca teñidas de una molestia poco disimulada:

—A decir verdad, a tu lado soy una cría, así que asúmelo y no esperes otro comportamiento por mi parte.

Hans supo que había metido la pata. Tuvo que contener una sonrisa satisfecha cuando ella le rehuyó la mirada. Le gustaba ese carácter que sacaba a relucir cuando algo no le parecía bien. Podía dar la sensación de ser tranquila, conformista y responsable y, aunque lo más seguro es que fuese todo eso y más, también escondía un fuerte carácter que la hacía aún más irresistible.

—Perdóname —le dijo acercándose. La empujó con el hombro y le sonrió cuando ella lo miró al repetir el gesto—. No tengas en cuenta a este viejo carcamal que ya empieza a desvariar —bromeó.

Alana se resistió y terminó mirándolo sin poder contener más sus labios, donde un sutil arqueó la delató.

—Eres idiota.

—Lo sé. —Compartieron una mirada cómplice—. Pero ¿me lo enseñas?

Lo empujó fingiendo ofenderse, y él soltó una carcajada.

—¿Qué es lo que más te gusta de la isla? —le preguntó cuando él le pasó un brazo con familiaridad por los hombros.

Aquel gesto la puso nerviosa, y cuando se sentía así su boca iba por libre.

Hans tan solo la observó, y a Alana le dio un vuelco en el estómago ante el destello travieso de su mirada.

—¿Quieres verlo por ti misma? —indagó con una mueca pícaro dibujada en sus labios.

—¿Vale? —Dudó recelosa.

Hans no se amilanó y durante las siguientes horas le explicó de la mejor manera que sabía todas las cosas que le habían hecho amar aquellos escasos ocho kilómetros de tierra: haciendo que ella misma lo viviese.

Sacó de su mochila el equipo necesario, agradeciendo haber sido previsor por una vez en su vida. Bajo la atenta mirada de Alana, que a duras penas contenía el entusiasmo, nadaron desde la cala donde estaban hasta el islote de la Galera, y él celebró que ella estuviera en tan buena forma y no le asustase ningún tipo de ejercicio físico.

En el camino que recorrieron sumergidos, uno al lado del otro, una multitud de peces de todos los tamaños y colores, y unas increíbles praderas de posidonias^[2] que casi les llegaban al abdomen mientras nadaban, maravillaron a Alana, que mantuvo los ojos desorbitadamente abiertos.

Hans, aguantando una sonrisa satisfecha, agarró su mano bajo el agua, y ella lo miró interrogante. Él le hizo un gesto para que lo siguiera, y nadaron rodeando el islote.

La visión de aquellas aguas profundas y turquesas, donde los colores de los peces resultaban aún más llamativos que los que se habían cruzado un momento antes y la perspectiva de los rayos de sol penetrando la superficie e invadiendo con sus haces de luz aquel remanso de vida marina, la sumió en una calma subyugadora.

Nadaron sin prisas, recreándose en todo lo que los rodeaba y cargándose de una energía que enamoró a la muchacha. Tanto fue así que, cuando volvieron a la cala de la que habían partido y salieron a la superficie, se abrazó a Hans, que la recibió con una carcajada. La chica no paró de

darle las gracias una y otra vez, y de repetirle lo maravilloso que le había parecido. Justo al separarse de él, Hans inspiró hondo y cerró los ojos durante unos segundos.

Antes de dar la jornada por finalizada le explicó otro de sus lugares favoritos, quizá el que más: ver el atardecer desde la antigua muralla que aún se mantenía en pie.

—Es un momento único —admitió—. A esa hora ya se han marchado todos los turistas y la isla se queda desierta. Es todo un espectáculo.

«Como tú mirándome así», añadió sin darle voz a sus pensamientos.

Y fue en ese mismo instante, en el que la emoción sincera que él había experimentado cuando era tan solo un niño invadió por completo a Alana, a la que le brillaron los ojos ante la perspectiva de poder vivir algo semejante, cuando Hans supo que aquella chiquilla se había colado dentro de su alma sin contemplaciones.

La sensación de estar del todo perdido chocó con la certeza de encontrarse en el lugar y la compañía adecuada, y tuvo la revelación más fuerte y a la vez más acojonante de su vida cuando entendió que haría lo que fuese por ella.

Asustado como pocas veces en su vida, aunque sin poder hacer nada por remediar sus sentimientos, decidió dejarse llevar y gastar el poco efectivo que le quedaba para pasar la noche en aquella isla y regalarle un atardecer más.

Sería la mejor decisión que tomase en mucho tiempo, incluso sabiendo que la idea de permitirle que ahondara aún más en su interior le causaba pavor y oprimía sus entrañas.

Y confirmó todas sus sospechas al embeberse de su sonrisa cuando le dio a conocer sus planes.

Tragó saliva preguntándose cuándo demonios había pasado eso y por qué no había huido a tiempo para evitarlo.

20

Yo invito

La vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida

Aquel trozo de tierra perdido en el medio del mar podría haber sido una minúscula e insignificante mota de polvo en comparación a la inmensidad del planeta tierra, sin embargo, para Alana significó un antes y un después.

Lo significó todo.

La caída de las barreras erigidas, el conocimiento de que no podía luchar por algo que crecía a pasos agigantados dentro de ella y la certeza de saber que el destino los había unido por alguna razón.

El hecho de que ambos estuviesen dispuestos a descubrirlo juntos tendría que decir algo, ¿no?

Su mente, de forma silenciosa, había ido sembrando semillas conforme fueron sucediendo esos pequeños gestos de él hacia ella; miguitas de pan desfilando en un reguero del que ella no había sido consciente y que en aquel momento, justo en aquella isla, habían germinado al mirarlo y darse cuenta de cómo los ojos masculinos brillaban al contemplarla emocionada.

Observándolo, por su cabeza desfilaron algunos de los recuerdos en los que aseguró que jamás tendría una relación con alguien más mayor.

«Quién me ha visto y quién me ve», rio para sí misma.

Años atrás había odiado el modo en el que su padre llamaba la atención de sus amigas y esa situación dio pie a numerosos enfados con ellas. Había dictado sentencia en contra de la diferencia de edad entre parejas, tan solo basándose en su experiencia, que era ninguna. Sin embargo, a sus veintiún años podía asegurar haberse dado cuenta de que todo aquel discurso rayaba en lo absurdo, pues la edad parecía resultar tan solo una cifra anclada a la razón a la que el corazón no prestaba la más mínima atención, ya que no le interesaba.

—Podemos quedarnos esta noche —anunció Hans.

—¿Aquí? —preguntó emocionada.

Él asintió jugueteando con sus anillos, y Alana se detuvo a mirar a su alrededor, dándose cuenta en aquel instante de la calma que comenzaba a reinar en el lugar.

Hans tenía razón, cuando todos los turistas se marchaban de la isla se respiraba una tranquilidad muy reconfortante.

Se sintió muy agradecida de que la hubiese llevado hasta allí y lo miró sonriente ante la

perspectiva de pasar la noche en aquel lugar y nada menos que con él.

No obstante, la sonrisa se le congeló en el rostro al caer en un detalle en el que no había reparado. Un detalle pequeño, pero muy importante.

—Solo he traído mi identificación y algo de dinero suelto, no creo que me llegue para pagar el alojamiento.

—Invito yo.

Alana lo escrutó frunciendo el ceño.

Sabía que Hans vivía al día, él mismo se lo había dicho cuando le explicó sus diversos métodos para ganarse el sustento. En aquello eran tan diferentes como la noche y el día, así que era consciente de que un gasto como aquel supondría una merma considerable en su economía.

Y se sintió culpable.

—Te daré mi parte en cuanto volvamos con Iris.

Hans se giró para observar el rostro de la joven. Se sintió absurdo, pero, el hecho de que mencionase el nombre del vehículo como un ente propio, tal y como él hacía, le gustó.

Pellizcó su pequeña nariz y le sonrió con calma.

—Vamos.

Sin darle la importancia que ella sí le estaba otorgando, la agarró de la mano para ayudarla a bajar de la muralla y no la soltó durante todo el recorrido entre las callejuelas empedradas de casas bajas.

El aroma de las flores esparcidas por las fachadas y la luz cálida de las farolas los acompañó, embriagándolos.

No sin dificultad encontraron una habitación libre en un pequeño hostel, bastante sencillo, pero encantador. Decidieron alquilar un solo dormitorio, pues, como ya habían dormido juntos esas noches atrás y a ninguno de los dos le suponía un problema, no quisieron hacer un gasto mayor. Sin embargo, cuando Alana entró y descubrió que la ducha se encontraba integrada en la habitación y que tan solo los separaría de la vista del otro una mampara de cristal, translúcida y sin una mota de cal, sintió cómo la sangre se le agolpaba en las mejillas y estas ardían ante la perspectiva de lo que su imaginación recreaba descontrolada.

Intentó serenar su respiración antes de volverse hacia él. Le resultó imposible.

—¿Qué pasa? —indagó Hans, que, al seguir el curso de su mirada, fue incapaz de contener una sonrisa—. Anda, pues parece que al final sí que voy a descubrir el misterio.

—¿Qué misterio?

Ella giró la cabeza, dándose cuenta de su semblante divertido. El gesto que realizó, con aquella mueca canalla y señalando la ducha, terminó por aclarar a qué se refería.

—El de tu tatuaje.

—No pienso entrar ahí.

—¿No? Si vivieras durante más tiempo en un lugar sin ducha, te aseguro que no la despreciarías tan a la ligera.

—¿Tú vas a utilizarla?

—Por supuesto. La higiene es primordial.

—¿Estás hablando en serio?

—Totalmente.

—Pero... se ve.

—Ya me he dado cuenta.

—Te voy a ver —recalcó, por si no le había quedado claro.

—Solo si miras.

Le guiñó un ojo mientras se desprendía de los botones de la amplia blusa, desnudándose ante ella.

Alana lo observó atónita, sin llegar a creerse que de verdad fuese a llevarlo a cabo. Era consciente de que él no tenía ningún pudor, ya que se bañaba desnudo en la playa cada mañana, no obstante, aquello lo sentía del todo diferente.

A decir verdad, pese a que Hans hablaba en serio cuando aseguró que la utilizaría, no se refería a en aquel mismo instante. Sin embargo, la actitud horrorizada de Alana provocó que imprimiese premura a sus movimientos. Tuvo que contener una carcajada ante sus ojos desorbitados al terminar de despojarse de la prenda.

Ella tragó saliva, consciente de que no iba de farol.

Supo que no iba a poder con aquello.

—Hans.

—¿Uhm?

—Hans —volvió a llamarlo, esperando que la mirase y le prestara atención.

—Dime —contestó girando la cabeza y estableciendo contacto visual con ella.

—¿Te puedo pedir un favor?

—Sí.

Alana se mordió el labio inferior buscando la manera correcta de abordar aquello que le bullía por dentro, necesitaba encontrar las palabras adecuadas.

—¿Recuerdas lo que ocurrió en la roca? —Él la escrutó en silencio, detuvo el movimiento de los dedos sobre sus pulseras y asintió en un gesto casi imperceptible—. Sé que te arrepientes de aquello, pero, si vas a meterte en esa ducha y vamos a rebasar esa línea, creo que es justo que sepas que yo no lo hago. Me gustó. Mucho. Y, para serte sincera, preferiría no tener que verte desnudo.

Giró su cuerpo hacia el de ella y sus ojos mostraron la admiración que sentía por aquella chica, que, incluso muerta de la vergüenza como parecía estar, admitía sus sentimientos y lo que pensaba de aquella situación.

Le encantaba su sinceridad, le cautivaba que no se arrepintiera de haberlo besado, le hechizaba su sonrojo, y es que era tan simple como que la adoraba y punto. Aunque también le gustaba hacer que sacara esa garra que sabía que escondía bajo capas y capas de educación y corrección, por lo que, conteniendo una sonrisa, la picó.

—No tienes que verme desnudo si no quieres, puedo hacerlo mientras estás en la terraza o si te das la vuelta no me...

—No.

—¿No? —La miró apreciando cómo la joven fruncía el ceño.

—No —repitió.

Hans, apoyándose en la mesita, cruzó brazos y piernas, a todas luces entretenido.

—¿Tengo prohibido ducharme?

El tono que utilizó fue más de lo que Alana pudo soportar.

Se estaba haciendo el tonto, ya que sabía a lo que se refería, pero decidió seguirle el juego.

Contuvo una sonrisa ante sus pensamientos. Le iba a dejar claro que no pensaba acobardarse ante él ni ante nada.

Hans terminaría por huir espantado como la otra noche, así que, decidida, se le acercó todo lo que pudo, apoyó las manos en sus hombros armándose de todo el valor que consiguió reunir y, recurriendo a un tono de voz que jamás había utilizado con nadie, habló en su oído rehuyendo así su mirada.

—No, no lo tienes prohibido. Y sí, quiero verte desnudo, pero preferiría no hacerlo, porque entonces también querré más cosas, y eso sí que será un problema, ya que no me conformaré con volver a la caravana a refugiarme del viento, como la otra vez, y hacer como si nada.

Las manos masculinas se aferraron a la cintura de Alana, y ella no pudo contener el temblor ante su cercanía.

«¿Por qué no huye?». Había dado por hecho que aquello lo achantaría y dejaría de jugar con sus límites, pero parecía que se había equivocado en su teoría.

Tragó saliva y cerró los ojos.

—Hans, suéltame.

—¿Por qué?

—No quieres esto.

—Y ¿quién lo dice?

—Tú.

Hans la atrajo hacia sí, derribando la débil barrera que suponía la rigidez de ella y haciendo evidente lo que el cuerpo de él sentía.

—Sí que quiere, ¿no lo notas?

—No me hagas esto. —Abrió los ojos y, de lo cerca que se encontraban, pudo apreciar el dibujo hipnotizante de sus iris atravesándola—. Por favor.

—¿Qué quieres tú, *mädchen*?

—¿Qué significa? ¿Es alemán? —susurró, necesitaba una vía de escape para toda aquella locura.

Él asintió.

—Te lo explicaré cuando tú me contestes. Dime, ¿qué es lo que quieres? Solo una cosa y te la daré ahora mismo.

No. No podía contestarle con sinceridad si no quería que aquello se desmadrara, porque deseaba muchas cosas, pero en el fondo sabía que no estaba preparada para ellas.

Se decidió por lo más seguro: su boca.

Quiso volver a sentir sus labios, que su lengua la invadiera y percibir su húmeda tersura deslizarse por su cavidad.

Necesitaba más. Quería más, aun así, se conformaría con eso hasta estar segura de dar el siguiente paso.

—Un beso —dijo.

Hans sonrió y el gesto embotó un poco más los sentidos de Alana.

—¿Solo uno? —La cabeza femenina asintió—. Recuerdo que una vez alguien me dijo que «solo» necesitaba un beso mío y que no iba a significar nada, y mira dónde nos encontramos.

—No sé de qué me estás hablando —bromeó.

—No, ¿eh?

Alana aguantó una risa nerviosa mordiéndose el labio y contuvo la respiración cuando las manos de Hans llegaron hasta su cuello, agarrando con delicadeza su cara y guiándola hacia él.

Se preguntó si de verdad iba a pasar de nuevo o estaría sumergida en otro de sus sueños húmedos. Se dejó ir y la sonrisa de satisfacción que vislumbró en ese rostro tan viril fue lo último que contempló antes de cerrar los ojos.

Se abandonó a lo que necesitaba y permitió que todos sus sentidos se centrasen en la sensación de los labios de Hans sobre los suyos, en el movimiento acompasado de sus bocas y en la cadencia lenta de su lengua.

Sin embargo, aquel no era el beso que ella recordaba.

Sí, eran los mismos labios y también se trataba de la misma persona, aunque algo fallaba; no se sentía morir ni tenía la sensación de que su cuerpo podía ponerse a levitar en cualquier momento.

¿Estaría soñando de verdad?

—No. —Se separó de él, que se detuvo en el acto al escucharla—. Así no.

Hans la miró confundido.

—¿Qué?

—Hazlo como la otra vez —contestó ella, y ambos se mantuvieron la mirada.

—Alana... —Su nombre en los labios de Hans fue una advertencia.

—Me has dicho que me darías lo que quisiera —le recordó.

Él suspiró frustrado, miró al techo unos segundos buscando algo de cordura y habló con sinceridad.

—Aquella vez estuve a punto de perder el control y cometer una locura allí mismo, y lo sabes —le explicó con las manos en su cintura—. De eso a utilizar la ducha juntos no hay ni un paso.

Ella sonrió ante las expectativas.

Él negó reteniendo el aire en sus pulmones.

Y la erección que se apretaba en sus pantalones sufrió un espasmo ante la idea de salir a jugar.

—Bésame, Hans.

21

¿Jugamos?

Tu cuerpo desnudo y otras maneras de ser feliz

Alana se movió sobre el colchón buscando de manera instintiva el cuerpo de Hans, pero, al no dar con él, algo en su cerebro la alertó, sacándola del sueño en el que estaba sumida.

Sonrió de anticipación al escuchar el sonido del agua precipitarse sobre el suelo y supo lo que sus ojos verían antes incluso de abrirlos.

La noche anterior ninguno de los dos había hecho uso de la ducha, ya que estuvieron demasiado entretenidos el uno con el otro como para separarse los escasos metros que distaban entre la cama y el húmedo habitáculo, sin embargo, Hans parecía estar llevando a cabo su promesa, sin importarle la poco discreta situación.

Alana se puso de lado sobre el colchón, del todo despierta tras dejar a su cerebro vagar por los recuerdos de las caricias y los besos de Hans, y se deleitó con la visión de parte del cuerpo masculino en todo su esplendor.

Desvió los ojos, pues su conciencia la reprendió diciéndole que aquello no estaba bien, y se odió tanto cuando el pensamiento de hacer lo correcto asaltó su mente que volvió a centrar su mirada en el hombre.

La piel morena de su trasero era tan solo un tono más pálida que la del resto de su cuerpo, conservando ese brillo tostado tan característico en él. Aquella curva de su anatomía, que se alzaba orgullosa recibiendo la cascada de agua, dejaba en evidencia que se encontraba en plena forma.

Hans tenía un aspecto atlético y bien parecido y, aunque su musculatura se marcaba con cierta definición, no lo catalogaría como corpulento.

Su cuerpo parecía tener un equilibrio perfecto entre la resistencia y la elasticidad.

Y tenía un culo espectacular.

Se fijó en cómo sus manos arrastraron el agua desde el inicio de su cabello hasta la nuca. Tras esto, agachó la cabeza y se apoyó con las palmas en la pared del reducido habitáculo.

Hans mantuvo los ojos cerrados, disfrutando de la sensación del agua caliente sobre su piel, destensando sus músculos, liberando su frustración y activando su cuerpo. No siempre podía disfrutar de aquel lujo tan cotidiano, así que se recreó en el momento, ajeno a la mirada de Alana, que, sentada en la cama, no perdía detalle de cada uno de sus movimientos.

Cuando se giró, y la descubrió observándolo con descaro, una sonrisa escapó de sus labios.

—Buenos días —la saludó sin pudor haciéndose oír sobre el ruido del agua.

—Muy buenos.

La voz de ella sonó rasposa.

Con algo de dificultad, Alana desvió la vista desde la entrepierna masculina hasta los divertidos ojos de su dueño, y tuvo que hacer grandes esfuerzos para no volver a dirigir la mirada a aquel punto tan interesante de su anatomía.

—¿Te quieres unir?

La voz de Hans tenía un deje divertido. Alana negó con la cabeza sin dejar de observarlo, y él, ante la negativa, le guiñó un ojo y continuó con su aseo personal.

El repaso al que estaba siendo sometido se concentró esa vez en sus labios; estos se abrieron para recibir el agua de la ducha y, un momento después, la dejó caer.

Se trataba de los mismos labios con los que Alana había fantaseado, los que habría podido sentir deslizarse sobre su cuerpo si ella hubiese querido, haciéndola gemir y retorcerse de placer.

No pudo evitar rememorar un momento exacto de la noche y transportarse a él, reviviéndolo de nuevo.

—Juguemos a un juego.

La mano de Hans se movía sobre su muñeca trazando círculos mientras cenaban en la pequeña mesita de la terraza. Aquel gesto la estaba volviendo loca, ya que habían estado besándose durante un buen rato justo antes de que llegase la cena y, al separarse, ambos respiraban con dificultad.

—¿Cuál? —preguntó Alana.

—Puedes elegir entre sueño, miedo o deseo, y yo tendré que contestar a lo que hayas elegido.

—¿Te lo acabas de inventar?

—Digamos que es una versión remasterizada de un juego de mi adolescencia, allá por el pleistoceno.

Alana soltó una carcajada.

—Vale. —Se acomodó en la silla, enfrentándolo, y apoyó la cabeza sobre el respaldo—. Elija lo que elija, no puedes negarte.

—Tú tampoco podrás. —Se la devolvió y el gesto de ella lo hizo sonreír—. No te preocupes, no tienes que contar nada que no quieras. Algo habrá por ahí que no sea inconfesable, ¿no?

—Está bien.

—De acuerdo. —Acarició con la yema de su pulgar el labio femenino, hinchado por sus besos. Estos se abrieron ante el contacto—. Empieza tú.

Alana tuvo que tragar saliva cuando la mano de Hans se retiró de su boca. Le costó poner su cerebro a funcionar de nuevo.

—¿Cuál es tu mayor miedo?

Hans la observó pensativo durante un instante.

—Empiezas fuerte... Veamos. —Se irguió sobre la silla y lo meditó durante unos segundos—. Creo que sentir, cuando esté al borde de la muerte, que no he vivido la vida que quería. No hay nada que me dé más miedo que pensar en marcharme sin haber disfrutado de cada minuto y haber compartido mi felicidad con el mundo.

Alana asintió tras un instante.

—Muy tú.

—Supongo. —Se encogió de hombros.

—Te toca.

—Deseo —anunció sin titubear—. ¿Qué desea Alana sobre todas las cosas?

Formuló la pregunta con una voz que intentó que sonara sensual, sin embargo, ella frunció el

ceño y movió los ojos por la estancia, mirando sin ver y buscando la respuesta a su pregunta en las paredes encaladas de la terraza.

A Hans le divirtió ver lo en serio que se estaba tomando aquel juego que había iniciado a la desesperada, intentando centrarse en otra cosa que no fuese colgársela al hombro, entrar de nuevo en la habitación y pasar de los besos a la verdadera acción.

—En el sentido trascendental de mi vida, deseo tener estabilidad financiera y la formación suficiente para poder convertirme en socia de mi padre. —Él la miró con ambas cejas alzadas y echó la cabeza hacia atrás, dirigiendo su vista al techo—. ¿Por qué sonríes?

Los ojos de él se fijaron en los femeninos, que lo observaban con una mezcla de curiosidad y vulnerabilidad que le provocó un pellizco en el abdomen.

—¿Puedo serte del todo sincero?

—Sí.

Hans asintió y se incorporó, fijando la vista en ella.

—Sé que tienes muy claro tu futuro, y eso está bien, es del todo lícito, pero me choca que con veinte años...

—Veintiuno —lo interrumpió y corrigió.

—Veintiuno —rectifico dándole la razón con un gesto de la cabeza—. Me choca que con veintiún años alguien te pregunte por tu mayor deseo, y tan solo pienses en esa posibilidad, sin contemplar nada más.

—¿Y eso está mal?

—No, pero ¿alguna vez te has planteado otras alternativas?

Alana se lo quedó mirando algo seria.

—¿Como cuáles?

—No soy quién para contestar a esa pregunta, se supone que son tus deseos, tan solo me da la sensación de que esos sueños un tanto idílicos están condicionados por alguna necesidad consecuente de tu mente, pensando sobre todo en tu familia y sus expectativas, no en ti.

La respuesta de Hans terminó de enfriarla.

Alana desvió la vista y se llevó un trozo de lasaña a la boca. Se entretuvo en darle vueltas al contenido de su plato, y Hans no rompió el silencio, intuyendo que necesitaba ese tiempo para pensar en lo que le había dicho.

—Sí que quiero trabajar con mi padre. No es el deseo de nadie más que el mío. Desde que empecé la carrera tuve esa meta —reconoció girándose hacia él.

—Está bien.

—Y ¿por qué piensas que no?

—No es eso, pero por lo poco que te voy conociendo me da la sensación de que eres una persona que se desvive por agradar a los demás y hacerlos felices.

Alana frunció el ceño.

—¿Es que acaso eso es malo?

—En absoluto, siempre que tengas claras tus propias necesidades y no antepongas las de los demás a las tuyas.

—No me arrepentiré de ello cuando esté al borde de la muerte, tranquilo —contestó mordaz.

Hans sonrió y asintió con la cabeza a la vez que se levantaba de la silla y se despojaba de la camisa, dejando su torso al descubierto.

Aquello la distrajo un momento. No era la primera vez que lo veía así, de hecho, casi siempre que habían coincidido él se mostraba medio desnudo, no obstante, sintió la boca seca cuando se volvió a sentar junto a ella.

—Tu turno —la animó con los labios curvados.

Ella asintió tras unos segundos mirándolo embobada.

—Está bien. ¿Cuál fue tu mayor deseo cuando eras un niño?

Hans, que en un primer momento pensó que le preguntaría algo que lo hiciese sentir la misma incomodidad que ella había padecido un momento antes, se quedó pensativo.

Alana tuvo que apretar los labios con diversión al verlo devanarse los sesos.

—¿De qué te ríes? —La escrutó con mirada acusadora al ver el brillo divertido en sus ojos.

—¿Tienes pérdidas de memoria ya?

—Muy graciosa, jovenzuela —bromeó. Cuando retomó su discurso, Alana lo observó asombrada—. Desde los nueve años quería un maletín de maquillaje. Por supuesto, nunca lo tuve, eran otros tiempos y nadie iba a regalarle a un niño algo así. Desde que nos mudamos de Alemania, mi madre no volvió a maquillarse jamás y en mi inocencia pensé que así podría ayudarla a que estuviera más feliz, tal y como lo había estado cuando él vivía.

—Hans...

—No te preocupes. —Cambió el tono, obligándose a separarse de aquellos recuerdos—. No te robaré tu neceser, por si acaso al espíritu de tu hermana Carolina le da por invadirte.

Alana no prestó atención a la broma ni al hecho de que hubiese recordado un detalle tan exacto de aquella conversación que habían tenido frente al cuadro de su apartamento, ya que no pudo evitar que algo se encogiese en su interior al imaginarlo siendo tan solo un niño y con aquellas carencias; con la necesidad de hacer sentir mejor a su madre, anteponiendo sus necesidades y teniendo que asumir que su padre nunca volvería y que ya solo serían ellos dos frente al mundo.

Le costó ubicarse en una situación parecida, puesto que su familia era numerosa y no podía concebir una estampa similar, no obstante, eso no evitó que el corazón se le apretase lleno de aflicción.

—Ahora me toca a mí. —Hans se le acercó y la dirección de sus pensamientos cambió cuando observó un destello de deseo en sus ojos. Alana tragó saliva, notando que el ambiente, con una facilidad pasmosa, volvía a caldearse en una milésima de segundo—. Elijo deseo. Cuéntame tu último sueño erótico.

Los ojos de Alana se abrieron, y él aguantó una carcajada.

—Ni de coña.

—Te prometo que todo lo que está pasando aquí se quedará aquí. Cuando nos marchemos de la isla haremos como si nada de lo hecho o dicho hubiese ocurrido.

Negó con la cabeza. Por nada del mundo iba a admitir que su último sueño erótico había sido con él, así que volvió a besarlo, y él dio por válida aquella respuesta.

Podría haber asegurado que aquella noche darían un paso más, pues sabía que Hans estaba más que dispuesto, sin embargo, no fue así, y no podía afirmar que hubiese sido gracias a ella, ya que le había puesto las cosas difíciles rogándole un beso tras otro. Sin embargo, ahí estaba el susodicho en aquel momento, paseando su figura tan solo cubierta por una toalla sobre las caderas, moviéndose de aquí para allá por la habitación.

Aquella visión le secó un poco más la garganta.

—Pareces sofocada... ¿Tienes calor?

—No es nada.

A Hans no le pasó desapercibido cómo las mejillas de Alana lucían un intenso color rosado y quiso torturarla un poco.

—Una ducha puede obrar maravillas. Prometo no mirar.

Él le guiñó un ojo, convencido de que le soltaría alguna respuesta evasiva y declinaría su oferta. Cogiéndolo desprevenido, ella le estampó la almohada sobre el pecho y saltó de la cama, despojándose de la camiseta y quedándose en ropa interior ante él.

Tras eso, le sacó la lengua y se metió en la ducha.

Alana sintió los ojos de él sobre su cuerpo durante todo el tiempo que el agua caía sobre ella. No quiso pensar qué hubiese ocurrido de haberse desnudado por completo, ya que la actitud de Hans se asemejó de forma peligrosa a la de un león a punto de atacar a su presa.

Y, cuando unas horas después bajaron del barco, Alana supo que lo que había ocurrido en aquella isla, aquel acercamiento tanto físico como emocional, marcaría de alguna manera el destino de ambos.

La actitud que mantuvieron lo certificó, ya que, durante todo el tiempo que estuvieron preparando la furgoneta para emprender el viaje, cruzaron miradas cargadas de significado.

Alana suspiró al abrocharse el cinturón y observó cómo Hans se ponía las gafas de sol.

—¿Lista?

—Eso creo.

—¿Ya has borrado tu memoria?

—No sé a qué te refieres.

Ambos compartieron una sonrisa cómplice. Él le guiñó un ojo a la vez que arrancaba el vehículo.

—Pues vámonos, y espero que estés preparada, porque en un rato vas a conocer a la mujer más importante de mi vida, que aguanta mis ausencias y me quiere sin condiciones.

Esas palabras hicieron que el corazón de Alana se replegase sobre sí mismo, atrincherándose tras los restos derruidos de las murallas que antaño habían estado erigidas para evitar salir dañado.

Hasta aquel momento no se había preguntado hasta dónde se había colado Hans en su interior.

Justo en aquel instante lo supo.

22

Villena

Prender la mecha

El trayecto duró menos de una hora, tiempo en absoluto suficiente para que Alana se crease la máscara de indiferencia con la que pretendía afrontar aquel momento.

Durante todo el camino se estuvo reprendiendo por crearse falsas esperanzas. ¿A quién quería engañar? ¿A ella misma? ¿Hasta qué punto llegaba su enajenación mental? Ella no solía dejarse llevar de ese modo; por lo que, entonces, ¿qué le pasaba?

Sabía que su historia con Hans era casi imposible. Ambos tenían sueños muy diferentes, sus metas en la vida no tenían nada que ver y, para colmo, no debía olvidar los trece años de diferencia que se interponían entre ellos.

¿En qué momento le pareció buena idea permitir que se metiera en su mente?

Alana sabía la respuesta a aquella pregunta, en el mismo instante en el que lo conoció de verdad y descubrió esa esencia que desprendía.

Hans era despreocupado, aunque cuidaba de ella, se trataba de un hombre pacífico, reflexivo, que conocía mundo y tenía pensamientos bastante profundos; también era enigmático de un modo inquietante. Un alma libre, un trotamundos que vivía tanto los lugares que visitaba que parecía que todos guardasen un trocito de su esencia y le pertenecieran un poco.

Lo más perturbador de todo era que no solo se hacía dueño de sus pensamientos, sino que también había embaucado a su corazón e invadido su cuerpo, porque, pese a que lo que habían hecho hasta entonces no se podía considerar una invasión como tal, haber tenido la boca de Hans enredada en la suya y sentir esa necesidad de él era más que suficiente para que lo sintiera así.

Alana no era dada a regalar aquella confianza a la mínima de cambio, de hecho, su amiga África a veces bromeaba por su nula vida sexual.

Bien, pues con Hans esa necesidad carnal había despertado a lo grande, trayendo consigo una marea revuelta, pero a la vez cálida, que la tenía desbordada. Su cabeza tenía tal caos que, a la misma vez que se reprendía y lamentaba, se preguntaba por qué demonios no podía dejar de pensar y disfrutar de aquella experiencia. ¿No era eso exactamente lo que se propuso con aquel viaje?

No podía permitir que el primer acto de rebeldía que cometía en su vida, sin contar aquellas veces en las que se había maquillado a escondidas de su padre siendo una adolescente o lo del tatuaje a sus dieciocho años con sus amigas, se fuese por la borda así como así.

En efecto, debía dejar de darle tantas vueltas a todo e intentar disfrutar mientras durase. Ya

tendría tiempo de pensar cuando volviese a su apartamento y a aquella realidad que la esperaba.

Con determinación, se dijo que se centraría en el momento que estaba viviendo.

—Bienvenida a Villena. —La voz masculina la sacó de sus pensamientos.

Alana miró alrededor, siendo consciente de dónde se encontraban por primera vez desde que comenzaron el viaje.

Hans observó con una sonrisa cómo oteaba el entorno. Había respetado su silencio durante el breve trayecto, sabía que Alana era una persona que se perdía con facilidad en sus pensamientos, por lo que se centró en el camino y en la melodía que sonaba a un volumen bajo por los altavoces.

Hans solía evitar las carreteras principales, le gustaba descubrir lugares y paisajes que no se podían disfrutar en una autopista, no obstante, en aquella ocasión no había dudado a la hora de tomar la ruta más corta, ya que debían llegar lo antes posible. El lugar estaba en plenas fiestas patronales y sabía lo complicado que le iba a resultar estacionar a Iris en un sitio cercano a la casa de Vir, aunque para alguien que conocía aquellas calles no era imposible del todo.

Virginia... La echaba de menos. Había retrasado demasiado su vuelta y, en el fondo, deseaba rodearse de alguien más que no fuese su *mädchen*. Estar con ella a solas aquellas más de setenta y dos horas había provocado que la muchacha acaparase cada uno de sus pensamientos, por lo que estaba seguro de que aquellos días allí le servirían para «desintoxicarse» de ella.

¿Desde cuándo permitía que alguien cobrase tanta importancia en su interior? Hans sabía la respuesta: desde nunca.

Cuando su madre se marchó tan solo permitió que Virginia continuase allí dentro; el resto de personas que habían llegado a su vida tan solo merodearon por los alrededores de su alma, puesto que el acceso a esta se encontraba más que clausurado.

Sin embargo, Alana, con aquella mirada vulnerable, pero decidida, esa responsabilidad que a veces rayaba en lo absurdo, una sensatez poco propia de alguien de su edad y aquella aura cargada de bondad y de ansias de aventuras, de algún modo encontró una pequeña grieta en su coraza impenetrable y se estaba haciendo dueña de todo lo que rozaba a su paso.

—¿Villena? —preguntó la chica sin dejar de observarlo todo cuando se bajaron del vehículo.

Las banderolas e iluminación que colgaban por encima de sus cabezas, así como el ambiente que se respiraba en la calle, dejaba más que claro que estaban de celebración. Le encantó.

Alana amplió la sonrisa y lo siguió, colgándose su mochila al hombro.

—Es el lugar donde nació mi madre y donde nos instalamos cuando regresamos de Berlín. —Ella fijó la vista en él, y Hans pudo ver cómo sus ojos brillaban con un sentimiento que no supo terminar de interpretar. Se mostró dubitativo a la vez que giraba en una esquina—. Te conté aquella historia. Después de morir mi padre...

—La recuerdo —lo interrumpió—. Este fue vuestro refugio.

La piel de Hans se erizó ante aquellas palabras y el hecho de que ella recordase con exactitud cómo lo había llamado. En efecto, allí estaba su casa, el refugio de su madre y de aquel niño que no entendía demasiadas cosas que le había tocado vivir.

Se mantuvieron en silencio a la vez que continuaron caminando.

Acababan de adentrarse en una plaza adoquinada cuando, de un edificio con la fachada amarilla y regias molduras blancas, les salió al encuentro una mujer de cabello oscuro y corto, delgada como un junco y que desprendía energía con cada movimiento.

—¡Hans! —chilló abalanzándose sobre él y salvando los escalones que los separaban.

Él la recibió gustoso, uniéndose a sus carcajadas y fundiéndose en un abrazo compartido. La alzó del suelo y giró con ella en brazos.

La mujer reía y lloraba a la vez.

Alana, que escuchó el chillido femenino y era espectadora del momento, sintió algo áspero reptar por su columna vertebral. Decidió obviarlo y componer la mueca alegre que tenía más que ensayada. Se mantuvo así hasta que la pareja se separó, y no le pasó desapercibido cómo Hans limpiaba las mejillas de la mujer con cariño.

—Estás más delgada —recriminó sin dejar de sonreír—. Voy a tener que hablar seriamente con Juan Carlos.

—Déjate de gilipolleces y olvida a mi marido, que bastante tiene ya con aguantarme —soltó la mujer con una risotada. Alana dejó escapar el aire que había estado reteniendo al escucharla—. Estoy igual que siempre, solo que más vieja y arrugada, aunque como hace tanto tiempo que no vienes a verme se te olvida.

La recién llegada reparó entonces en Alana, que los observaba con una mueca un tanto constreñida.

La mano de la mujer voló rauda al bíceps de Hans y le dio una palmada.

—¿Por qué no me dijiste que venías acompañado? ¿No piensas explicarme quién es esta preciosidad?

—Claro. —Sonrió él—. Iba a hacerlo en cuanto me dejases de reñir, «mamá» —le contestó con retintín y miró a Alana sin borrar el gesto de felicidad, señalándola con la mano—. Te presento a Alana, una buena amiga. Alana, ella es Virginia, la única persona que me aguanta y, para sorpresa de todos, me quiere.

—Calla —lo amonestó la aludida.

—Encantad...

Alana se vio sorprendida por el abrazo de la mujer, el cual no esperaba en absoluto, por lo que no pudo ni terminar la frase. No supo qué hacer con sus brazos y, tras unos segundos sintiéndose rodeada por aquel cálido gesto, la mujer se separó y la escrutó sonriente.

Alana pudo observarla más de cerca y se fijó en las marcas en las comisuras de sus labios y sus ojos. Intentó encontrar similitudes entre ambos, pero no las halló en ese rápido vistazo. Las manos nervudas de la mujer se posaron en sus mejillas y la miró a los ojos, provocándole un extraño y fugaz bienestar con su escrutinio.

—Solo hay que mirar profundo para lograr entender lo simple —le dijo.

La sonrisa en la boca de la joven titubeó ante aquella extraña frase susurrada y, por un momento, se sintió expuesta, sin embargo, un carraspeo masculino la hizo volver a la realidad, sonriendo en respuesta.

—Encantada de conocerla, Hans me ha hablado mucho de usted.

La mirada del susodicho se posó en ella con extrañeza, sin entender por qué mentía, ya que él jamás le había hablado de Vir.

No supo qué pretendía, pero no tardó demasiado en descubrirlo.

—No me trates de usted. —La exigencia en sus palabras chocó con lo afectada que parecía la mujer—. Vaya, ¿te ha hablado de mí? Eso sí que no me lo esperaba.

—¿Cómo no iba a hacerlo? Eres su madre.

La carcajada que soltó Virginia hizo eco en la plaza en la que se encontraban, y Alana se quedó algo pasmada por su reacción. El sonido, a caballo entre un gruñido y un bufido que escapó de la garganta de Hans, le hizo girar la cabeza en su dirección.

La joven no estaba entendiendo nada de todo aquello y su gesto así lo demostró.

—Ella no es mi madre —dijo él serio.

El ceño fruncido de la chica conmovió a la mujer, que se apiadó de ella. La agarró del brazo

con cariño y se arrimó en un gesto cómplice.

—Por supuesto que no lo soy. Te aseguro que, de haber tenido hijos, estos habrían aprendido de su madre a cómo dominar sus emociones y las situaciones que escapan de su control, en vez de parecer un perro mojado y cabreado con su dueño por no darle una chuche —dijo en tono jocoso sin dejar de mirar a Hans—. Vamos, venid conmigo a casa, esto está empezando a llenarse de gente por la representación de las seis.

Alana, que no prestó demasiada atención a aquella información, se quedó algo cortada tras la mirada que le dedicó Hans al retomar la marcha. ¿Es que acaso estaba enfadado con ella?

Como una marioneta en manos de la otra, continuó su avance mientras su mente no dejaba de trabajar.

A solo unos pasos por detrás, él intentaba digerir sus emociones. Cierto era que consideraba a la mujer como a una madre desde hacía muchos años, aunque ante las palabras de Alana había notado un regusto amargo al final de la garganta que le hizo tragar con dificultad.

Sin saber con exactitud qué le ocurría, y por qué actuaba así cuando ella no tenía la culpa de nada, se sintió mal por haberse comportado como un neandertal tras su comentario.

—¡Juan Carlos! —voceó la anfitriona nada más traspasar la puerta—. ¡Tenemos visita!

El susodicho, con la cabeza rapada, alto, de cuerpo fornido y grandes ojos marrones, salió de una puerta y los interceptó en la entrada.

—¡Hombre! ¡Qué alegría! Ya pensábamos que no venías.

La exclamación precedió a nuevos abrazos y presentaciones y, para cuando se quiso dar cuenta, Vir los instalaba en las que serían sus habitaciones y se marchaba escaleras abajo con su marido.

Se excusó con Hans, que la miraba expectante, y alegó querer despejarse un poco del viaje y entrar en el aseo, sin embargo, la realidad era que necesitaba algo de soledad para digerir todo lo que había ocurrido.

No obstante, cuando se sentó sobre la cama y suspiró, tras el sonido de unos nudillos en la puerta, alzó la cabeza e intentó recomponerse.

—¿Se puede?

—Claro, pasa.

Hans lo hizo y cerró tras él.

Alana se lo quedó mirando, esperando saber por qué se encontraba allí cuando estaba más que claro que estaba molesto.

—¿Estás bien?

—No demasiado —contestó ella con sinceridad—. ¿Y tú?

—No demasiado.

Él se acercó hasta su posición y se sentó a su lado en el colchón, apoyando los antebrazos en las rodillas y colando las manos unidas entre sus piernas.

—Te sientes incómoda estando aquí —vaticinó.

Alana miró al frente y meditó sus próximas palabras. El hecho de que él no la estuviese mirando le confirió algo de aplomo al responder.

—No te voy a negar que me he planteado volver a la furgoneta y quedarme allí hasta que decidas reemprender la marcha, sin embargo, no me siento incómoda estando aquí, sino con esta situación. —Giró la cabeza, y ambos conectaron las miradas—. No sabía a dónde venía ni para qué, tampoco a quién conocería, y la verdad es que en el fondo me daba igual porque estaba contigo; sin embargo, cuando he visto cómo te ha molestado que confundiese a Virginia con tu madre, me he arrepentido de no haberte preguntado antes muchas de mis dudas y así evitar meter

la pata.

—No estoy molesto contigo.

—Hans, si te soy sincera, no entiendo nada.

Él suspiró y agachó la cabeza. Sabía que se encontraban en aquella situación por no haber sido claro con ella, sin embargo, no podía abrirse de esa forma; en realidad, no sabía hacerlo.

—Lo siento —se limitó a contestar y se levantó de la cama, imponiendo una distancia no solo física entre ellos. Alana lo miró y se mantuvo en silencio—. Sé que me he comportado como un idiota y es normal que estés molesta conmigo. Lo siento.

Hans no permitió que ella respondiera y salió de la habitación cerrando con cuidado tras de sí.

Alana se preguntó cómo demonios habían pasado de la complicidad e intimidad que habían compartido en la habitación de aquel pequeño hotel en la isla a aquella distancia y frialdad, y la respuesta que se formó en su cabeza no le gustó en absoluto.

23

Consejos

Y que todo arda...

Alana ya había apreciado algo sorprendente el día anterior cuando conoció a Virginia, y la mujer la miró con las manos apoyadas en sus mejillas, porque por un momento pudo sentir algo, la sensación de que con sus ojos era capaz de penetrar en el centro de su alma. Sin embargo, fue en ese momento, sentadas la una frente a la otra a la mesa de la cocina, cuando tuvo la certeza de que su pensamiento no era en absoluto descabellado.

Cuando Vir la miraba, su cuerpo burbujeaba y se llenaba de luz. Se creaba una especie de conexión en su interior que provocaba que la pudiese sentir sonreír, aunque sus labios no se movieran, y eso era algo curioso, pues estos lo hacían mucho.

Llegó a la conclusión de que había miradas que traspasaban fronteras y tocaban el corazón, y aquella mujer poseía un don especial.

Ya llevaban varias horas en aquella casa. La tarde anterior habían dado una vuelta los cuatro por la ciudad después de instalarse. Recorrieron las animadas calles, cenaron algo y disfrutaron del ambiente donde las personas representaban diferentes escenas ataviadas con ropas de época y caracterizadas como hacía mucho tiempo atrás.

No regresaron demasiado tarde, pues Juan Carlos debía madrugar. Enterarse de que compartía profesión con su abuelo materno fue una bonita coincidencia, pues el marido de Virginia también formaba parte del cuerpo de Policía.

No obstante, a ellos les vino bien descansar de un día repleto de emociones.

Con Hans la cosa estaba algo fría; ambos mantenían las distancias. Rezó para que la mujer que tenía delante y que la miraba sin perderla de vista no se hubiese dado cuenta de lo que ocurría entre ellos.

—Echas de menos a tu familia, ¿verdad?

Alana asintió y miró la taza que tenía ante ella.

—He cometido algunas locuras y creo que he defraudado a mis padres. Yo no suelo ser así, una rebelde que se escapa de casa o cosas por el estilo —admitió y, para su propia sorpresa, le narró una versión bastante resumida de cómo había llegado hasta allí. Virginia la escuchó y se mantuvo en silencio cuando sintió que tan solo necesitaba recapacitar y retomar la narración; le resultó fácil abrirse de ese modo con ella. Tras concluir el relato, no pudo evitar reflexionar sobre sus sentimientos.

»Es absurdo, pero me da la sensación de que estoy desperdiciando mi vida y tirando por la borda todo por lo que tanto me he esforzado y que ellos han apoyado. No puedo evitar sentirme

así, aunque no me guste e intente no prestarle demasiada atención a lo largo del día, porque en el fondo quiero estar aquí. Bueno, aquí o donde sea, creo que me entiendes.

Su oyente afirmó con la cabeza con los labios curvados, sonriéndole con afecto.

—No es tiempo perdido, Alana, es tiempo aprendido. —La muchacha frunció el ceño con sincero desasosiego—. Los padres saben que los hijos tienen que volar por sí mismos llegado el momento, aunque a veces desearían evitarles la caída. —Alargó la mano hasta agarrar la de ella, que reposaba en la mesa—. Si la vida te ha puesto a Hans por delante, déjala fluir. Si tu viaje acaba mañana mismo, ya sea porque lo decidas o por cualquier otro motivo, seguro que te llevarás una experiencia que recordarás durante mucho tiempo y un aprendizaje de vida, pero no dejes de disfrutar de lo que estás viviendo pensando en lo que dejas atrás, porque nunca se repetirá. El resto ya vendrá, no empañes tu presente con lo que pueda ocurrir en un futuro.

—¿Crees que estarán enfadados conmigo?

Los ojos de la joven se ensombrecieron, y Virginia se encogió de hombros.

—No puedo saberlo, pero seguro que ellos sí conocen la respuesta. Quizá deberías llamarlos y hablar con ellos.

Alana titubeó.

—Me da miedo haberlos defraudado.

Una risa de Vir llegó hasta ella y, desconcertada, movió sus ojos de la taza a la cara de su acompañante.

—Ya entiendo por qué lo tienes en ese estado.

—¿Cómo? —Dudó sin querer darle alas a lo que estaba imaginando.

—Si hay algo que Hans valora por encima de todas las cosas es que la gente se muestre tal y como es ante él, sin dobleces ni engaños, sin embargo, me temo que no está acostumbrado a vivirlo demasiado a menudo y también creo que se le ha olvidado cómo debe mostrarse ante las personas que pueden ser importantes en su vida.

Alana se la quedó mirando, recapacitando en sus palabras.

Virginia se levantó y recogió ambas tazas vacías.

—Voy a ver si ha podido encontrar lo que le pedí.

Por la mirada que le dedicó, Alana supo que el rato que Hans llevaba en aquella buhardilla sí que había sido tiempo perdido.

—No hay ninguna carpeta azul que buscar, ¿verdad?

—Uf, estoy muy mayor y me parece que estoy empezando a perder la memoria. Quizá era verde...

La carcajada que soltó Alana cuando la mujer salió de la cocina la tomó por sorpresa.

Haciendo uso de la seguridad que le transmitió Virginia en aquel lapso de tiempo, cogió el teléfono del bolsillo trasero de su pantalón y buscó el número de su padre. Dudó al marcar y, finalmente, se armó de valor y agarró con fuerza el aparato mientras este daba el tono de llamada. No obtuvo respuesta y se avergonzó al escuchar su propio suspiro de alivio. Lo intentó con su madre con idéntico resultado.

Fue entonces cuando probó suerte con su tía. Sabía que ella siempre solía estar disponible y, además, estaba al tanto de su situación, pues era con la única persona con la que había hablado sin contar a sus amigas.

Tamborileó con los dedos sobre la superficie de madera de la mesa y se enderezó cuando Alicia descolgó el teléfono.

—Hola, cariño.

—Tata...

Tragó saliva con un inesperado nudo en la garganta.

—¿Cómo estás?

—He llamado a mis padres, pero no he podido hablar con ellos, ¿sabes algo? —Hizo una pausa—. Tata, ¿están tan enfadados que por eso no me contestan?

Alicia se mantuvo en silencio unos segundos, y Alana temió su respuesta.

—Espera un momento, creo que tengo por aquí a alguien que puede responder a esa pregunta mejor que yo. Dame un par de minutos, por favor.

Contuvo la respiración mientras al otro lado del teléfono se escuchaba movimiento y, al final, cuchicheos.

—¿Alana?

—¿Mamá?

—Hola, mi vida. ¿Estás bien? ¿Me has llamado? —Aquel tono preocupado y dulce, unido a los nervios que tenía acumulados en el estómago desde que había emprendido aquella aventura, la sobrepasaron. Las lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas y, aunque intentó controlarlas, le resultó imposible no sollozar como una niña pequeña. Qué absurda se sentía al creerse a salvo con tan solo escuchar a su madre.

»Eh, cielo —la animó esta con preocupación—. Mi vida, ¿dónde estás? Dime qué te ocurre.

—Estoy bien. —Intentó tranquilizarla entre hipidos—. Es solo que...

El llanto la silenció de nuevo.

—Alana. —Escuchó la voz de su tía—. Dinos dónde estás. Podemos ir a buscarte y...

—¡No! —exclamó sin pensar e inspiró hondo para repetirlo algo más calmada—. No. De verdad, estoy bien. Estoy con Hans y su familia en Villena, no hace falta que vengáis.

—Espera que busco en el GPS a cuánto está de...

La voz de su tía fue interrumpida por la de su madre.

—Alicia, mi hija es adulta y si dice que está bien y no quiere que vayamos, yo la creo.

La barbilla de la muchacha tembló.

—Gracias, mamá.

—Aunque debes prometerme algo. —La joven asintió con la cabeza incluso sabiendo que su madre no podía verla—. Estarás aquí para la celebración de los abuelos. No puedo imaginar no tenerte con nosotros en un día tan especial.

Alana hizo las cuentas, aún había tiempo.

—De acuerdo.

—Hans también puede venir, por supuesto —añadió algo forzada.

Alana soltó una risotada fruto de los nervios.

—No, mamá. No te preocupes. Él y yo no tenemos ese tipo de relación.

Una sensación poco agradable se instaló en sus entrañas al decirlo y no pudo evitar recordar cómo había extrañado dormir con él, incluso con la presencia de aquel muro congelado e invisible entre los dos.

Qué irónico que, tras solo unas noches, lo echase tanto en falta.

—De acuerdo. —Las siguientes palabras comenzaron con un leve titubeo que puso en guardia a Alana—. Cariño, sé que eres prudente como para no necesitar que te diga esto, y que eres toda una adulta, pero ten cuidado, ¿vale? Y, dado el caso, toma las precauciones necesarias. Soy demasiado joven para ser abuela.

Escuchó la risa de su tía y la respuesta similar de su madre ante su lamento.

—Oh, Dios mío, mamá —se quejó muerta de vergüenza.

—Te está diciendo algo muy lógico —la defendió la otra—. Si el «tipo de relación» que

tenéis llega a ese punto...

—Por favor, tata. No hace falta que me expliquéis nada. Soy consciente de lo que estáis queriendo decirme. No debéis preocuparos por eso, de verdad —aseguró y volvió a ponerse seria al abordar lo que quería tratar desde el inicio de la llamada—. Mamá, ¿qué dice papá de mi escapada?

—Todo está bien, cariño.

—Tú tranquila —añadió su tía—, para cuando vengas, con un poco de suerte y un par de milagros de por medio, ya habrá entrado en razón. Tú, por si acaso, reza una plegaria cada noche. Tenemos que quemar todos los cartuchos antes de llamar al sacerdote para que le practique el exorcismo.

Alana sonrió ante la broma y, tras unos minutos más de conversación, finalizó la llamada con el compromiso de mantenerlas informadas sobre su paradero y la tranquilidad de que todo estaba bien.

Miraba el móvil a la vez que caminaba saliendo de la cocina cuando chocó contra algo cálido y vivo que olía más que bien.

Hans.

—Perdón —se apresuró a disculparse, retirándose un par de pasos hacia atrás.

—Perdonada —contestó con una leve sonrisa—. ¿Y Vir?

—Fue a buscarte hace un rato.

Hans escrutó a Alana. La joven se mantenía distante con él desde la tarde anterior y, a decir verdad, él no había hecho demasiado porque aquella situación cambiase.

Si debía ser sincero, no entendía del todo el sentimiento de protección que le nacía cuando la veía triste o apagada, como en aquel momento. Que sus emociones dependiesen del estado anímico de otras personas no era algo a lo que estuviese acostumbrado y no terminaba de saber gestionarlo.

Y Alana había llorado, sus ojos no podían mentirle.

Sin poder hacer nada por remediar el sentimiento que lo asaltaba, cargó con la responsabilidad de aliviar parte de su congoja, por lo que, sin pensarlo demasiado, le propuso lo primero que se le vino a la mente.

—¿Te apetece dar una vuelta con la moto?

Alana lo observó elevando ambas cejas.

Ya se había negado a montar en ella, y Hans no había insistido de nuevo hasta aquel momento. No recordaba la cantidad de veces que su padre les había repetido a sus hermanos y a ella la cifra de muertes que ocurrían cada año por montar en «esos aparatos del demonio», como los llamaba, pese a las burlas de sus hijos, y, aunque siempre le había picado la curiosidad, en el fondo le daba respeto porque no estaba dispuesta a morir tan pronto.

Sin embargo, en aquella ocasión vaciló.

Dudó porque echaba de menos al Hans que compartía con ella momentos cómplices como los que vivieron en la isla.

Extrañaba sus risas despreocupadas, las lecciones de yoga al amanecer, su socarronería y que pasasen tiempo juntos. Y era absurdo, ya que no habían transcurrido ni veinticuatro horas desde que habían estado así, pero de alguna manera el tiempo parecía magnificarse desde que decidió saltarse todas y cada una de sus propias reglas y embarcarse en aquella aventura.

Así que, cuando un buen rato después se apeó del vehículo, sintió como si sus piernas hubiesen sido sometidas al más estricto y eterno entrenamiento militar. Notaba las extremidades muy pesadas y resentidas de la tensión. Eso por no hablar de su mandíbula, que había apretado

sin ser consciente durante todo el trayecto y que en ese momento le enviaba punzadas de resentimiento en forma de dolor.

—¿Te sientes bien? Estás muy pálida. —Se preocupó Hans al verla deambular con movimientos extraños a su alrededor a la vez que se quitaba el casco.

—Estoy bien.

Contuvo una mueca ante su tono crispado.

—¿Segura?

—Totalmente.

—¿Te pasa algo en las piernas?

—No.

—Pues cualquiera lo diría.

Alana se volvió hacia él y lo miró furibunda.

—¿Y a ti qué te pasa? —espetó furiosa—. ¿Tienes algún trastorno de la conducta o algo así?

—Que yo sepa, no.

—Pues cualquiera lo diría —rebatía imitando su tono.

—¿Qué se supone que he hecho ahora? —indagó sintiéndose aliviado al ver que la congoja en los ojos de Alana se sustituía por un creciente enfado.

Le servía, podía lidiar con su cabreo, pero no con su tristeza.

—¿Para qué preguntas si ya lo sabes?

—No, qué va.

La joven se le encaró y lo apuntó con un dedo.

—Me sacas de quicio, Hans.

—No es mi intención —la contradijo tranquilo—. Si me explicas de qué se me acusa podría...

—¡De volverme loca! —lo interrumpió elevando los brazos, exasperada—. Se te acusa de volverme loca, Hans.

—¿Loca en el buen sentido?

—Cállate.

Le costó un mundo sofocar la risa al ver el gesto que ella le dedicó.

Fue obediente e hizo lo que le había ordenado, sin embargo, no pasaron ni dos segundos cuando la voz de Alana volvió a invadir aquel trozo yermo de tierra donde estaban parados.

—Creo que me voy a volver andando. O, mejor, voy a aquella casa y pido ayuda, seguro que alguien se apiada de mí. Toma, ya no lo voy a necesitar.

La joven le tendió el casco, pero él no lo agarró. Alana esperó unos segundos y, al ver que no obtenía respuesta, se giró y lo descubrió mirándola con un gesto que no supo interpretar.

A Hans aquel duelo de respuestas le alivió en parte la carga que llevaba sobre los hombros, aunque las últimas palabras de Alana le afectaron más de lo que le hubiese gustado reconocer. Él no era un tipo dado a compartir con la gente que apenas conocía aspectos importantes de su vida, pero en aquel momento sintió que debía hacerlo con ella, tenía que sincerarse para que lo entendiese de una maldita vez.

Era posible que Vir llevase razón con respecto a su nula capacidad para abrirse a los demás, sin embargo, perdiéndose en los ojos encendidos de ella, supo que quería hacer un esfuerzo e intentarlo.

Meditó su siguiente frase y no supo cómo ordenar las palabras, por lo que tan solo cerró los ojos y las dejó salir.

—Aquella casa era nuestro refugio. —Abrió los párpados y pudo ver un destello de

comprensión en la mirada que Alana le dedicó—. Nadie vive en ella desde hace muchos años.

—¿Por qué? —preguntó con la voz ahogada, intuyendo la respuesta.

—Porque mi madre está muerta, y yo no pude soportar estar ahí sin ella.

24

El refugio

Un pasito más, sí se puede

Aún no se podía creer que hubiese tenido tan poco tacto y no paraba de preguntarse cómo no se le había ocurrido que, si cuando Hans hablaba de su madre siempre lo hacía en pasado, debía significar algo tan importante como aquello.

—Lo siento mucho.

—Ocurrió hace bastante tiempo.

Hans echó a andar alejándose de la moto, y ella lo siguió.

—¿Tanto?

—Tenía dieciséis años.

Alana dejó pasar unos segundos.

—Aun así, lo siento.

—Gracias. —Dejó ir un sonido parecido a una risa, aunque no lo fue—. Pero, de verdad, no pasa nada. No tienes que actuar siempre de un modo tan correcto, Alana. Sabes que conmigo no hace falta.

Aquella frase le tocó la fibra sensible, pues ella era la primera que sentía que en los últimos tiempos era la antítesis de la perfección, todo lo opuesto a lo que había sido siempre y de lo que su familia se vanagloriaba cuando la alababan frente a terceros.

Alana, la perfecta y responsable hija mayor.

Al ver la mueca que Hans le dirigía, puso los ojos en blanco y bufó.

—Eres idiota. ¿Te parece eso lo suficiente poco correcto o debo ser más explícita? —Hans soltó una risa sincera y continuaron caminando a un ritmo tranquilo—. ¿A dónde vamos?

—A donde nuestros pies nos lleven.

—Oh, venga, Hans —se quejó observando su perfil—. Deja las frases profundas para otro momento y volvamos a la casa, estoy cansada.

La mentira salió de los labios de la joven con una facilidad pasmosa, aunque él no la creyó ni por un segundo. Hans, que sabía que estaba comportándose como un capullo, intentó frenar esa actitud y abrirse a ella, lo cual le costó un mundo, ya que su mente le gritaba que escapase de esa situación una vez más.

—No pretendía acabar aquí, pero me imagino que mi subconsciente ha decidido jugármela. —Cogió aire con fuerza y hundió un poco los hombros cuando señaló con la cabeza—. Llevaba sin venir mucho tiempo. No es fácil para mí... Cuando murió llevaba sin hablarle varios días por una estupidez que en aquel momento me pareció un mundo.

La visión del ladrillo que cubría la fachada despertó recuerdos en Hans.

Trató de tragar saliva y le resultó imposible, ya que se le había formado un nudo en la garganta.

Malinterpretando el silencio de Alana, que aún no se había pronunciado y parecía ajena al esfuerzo que hacía despertando aquellos recuerdos, cerró por un segundo los ojos, inspiró profundo y se giró sobre sus talones con las manos metidas en los bolsillos.

—¿A dónde quieres que vayamos ahora?

La pregunta de él, que no detuvo el paso en ningún momento y ya rebasaba el vallado de la vivienda, desconcertó a Alana.

—Hans... Hans, ¡espera! —Él la ignoró, y ella corrió hasta alcanzarlo—. ¿Es que no piensas parar?

La cabeza masculina giró en su dirección y negó con un gesto.

—No, prefiero irme de aquí.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

Agarró su brazo para evitar que continuase andando, y ambos se detuvieron. Alana cogió aire y lo observó con mirada apesadumbrada.

—No sé cómo actuar ni qué decir sin que parezca que quiero consolarte, cuando en el fondo es lo que me gustaría hacer —admitió dejándole ver lo que sus palabras habían causado en ella—. Aunque sí quiero darte las gracias por traerme aquí. Imagino lo duro que debe de resultarte, lo que debes de sentir al recordarla y entiendo que no quieras hablar sobre ello. Solo quiero que sepas que, si lo necesitas, estoy aquí.

Hans se giró y la observó.

En el fondo sabía que Alana no se merecía que proyectase su dolor en ella, sin embargo, era incapaz de no sentirse enjaulado en cierto modo.

Desde que había enfilado aquella carretera, una sensación de asfixia le comprimía los pulmones sin intención de abandonarle, y el contacto de la pequeña palma de ella sobre su brazo le quemó.

Necesitó moverse, salir de allí, de aquella calle, de aquel lugar, de ella...

Alana no se perdió ninguno de sus gestos, fue testigo de cómo Hans cerraba los ojos durante un par de segundos y cogía aire por la nariz, inspirando hondo. Cuando volvieron a conectar las miradas, los labios masculinos compusieron una sonrisa de disculpa y, con delicadeza, rozó su mano y la separó de su extremidad, haciendo que Alana lamentase la pérdida del contacto con su cuerpo.

—Gracias, pero, de verdad, no quiero hablar de ella —admitió—. Y gracias también por acompañarme, sé que te da miedo montar en moto y, aun así, has venido.

—No me da miedo.

—Ah, ¿no?

Alana negó.

—No, es que mi padre dice que... —Interrumpió su explicación al ver la expresión de Hans—. ¿Qué?

—¿Siempre haces lo que te dice tu padre?

—Obvio que no.

—Al margen de esta vez.

—Es mi padre —se defendió.

—Eso no significa que sea tu dueño o que tenga la verdad absoluta. Lo sabes, ¿verdad?

Alana se detuvo y lo encaró.

—Me dice las cosas por mi bien. Claro que no es mi dueño, pero tiene mucha más experiencia que yo y quiere lo mejor para mí.

—¿Meterte miedo es «lo mejor para ti»?

—¡No me mete miedo!

—Alana, por favor...

—No quiero seguir manteniendo esta conversación.

—Está bien —dijo y retomó el paso.

El tono que utilizó la enervó, por lo que clavó los ojos en su espalda queriendo fulminarlo con ellos. Tan solo les separaban de la moto unos metros más cuando no pudo contenerse por más tiempo.

—«Está bien» —lo imitó y avanzó varias zancadas hasta alcanzarlo. Era asombroso cómo conseguía sacarla de quicio con unas simples palabras—. Es verdad que no tienes sangre en las venas. ¿Tan fácil te resulta siempre zanzar una conversación o lo haces solo conmigo?

—No te puedo obligar a hablar si no quieres, yo no soy tu padre, por mucho que tenga edad para serlo —rebatió él hiriente, y ella lo miró furibunda.

En el fondo, Hans creía que necesitaba despertar y permitirse desarrollar esa personalidad que reprimía entre capas y capas de corrección, perfección y buenas formas.

Caminó tranquilo sin perderla de vista, apretó los labios cuando ella pisó con brío el suelo, adelantándolo, y no pudo evitar curvarlos cuando la observó cruzar los brazos al llegar al lado del vehículo y esperarlo.

Se recreó en los últimos pasos, dotándolos de una parsimonia que crispó aún más los nervios de la joven. Descolgó el casco del manillar y se lo tendió, y ella lo aceptó en silencio.

—¿Te ha comido la lengua el gato, Alana?

—No, de hecho el último que me la comió fuiste tú —soltó sin pensar.

La carcajada de Hans, junto con la mirada que le dedicó, convirtió su enfado en otro tipo de emoción. Había sido grave, gutural y hambrienta o al menos así le pareció a ella y a todo su cuerpo, ya que este se había estremecido con la vibración del sonido sin poder hacer nada por impedirlo.

Se preguntó cómo era capaz de pasar de una emoción a otra con tanta facilidad.

A él no le pasó desapercibido el brillo en la mirada de la joven y cómo se ruborizaron sus mejillas.

—Cierto —susurró acercándose a su cuerpo. Le colocó el casco sobre la cabeza y abrochó el cierre bajo su barbilla. Aprovechando la quietud de la joven, deslizó un dedo por su cuello, recreándose en el tacto de su piel—. Y no te haces una idea de cómo me gustó hacerlo.

A ninguno de los dos le importó que su deseo quedase expuesto ante el otro, preferían lidiar con él a hacerlo con otros sentimientos menos agradables.

—Sí.

—¿Sí?

Alana tragó saliva y agradeció estar cubierta por el casco.

—Sí, me hago una idea de cómo te gustó hacerlo porque yo sentí lo mismo.

Hans se mordió el labio inferior y negó sin dejar de fijar los ojos en ella.

—Lo dudo.

Ella lo miró desconcertada ante la respuesta de su cuerpo. Era ver cómo aquellos labios algo castigados por el aire se curvaban, encendiendo el brillo travieso de su mirada, y todo su sistema se ponía en alerta, despertando del letargo en el que estaba sumido.

Parecía que daba igual si unos segundos antes hubiese deseado matarlo con sus propias manos. Aquella vehemencia en sus sentimientos la tenía desconcertada y maravillada a partes iguales.

Hans, por su parte, no imaginó una mejor forma de descargar toda la tensión que había acumulado en ese último rato que fundiéndose con su cuerpo. La necesitaba, era algo imperioso, y sabía que no podría aguantar mucho más tiempo sin dar un paso más.

La observó allí, a su lado, con esa mirada perdida, el ceño algo fruncido y los brazos cruzados contra su abdomen, y deseó besarla.

Montó en la moto y la puso en marcha.

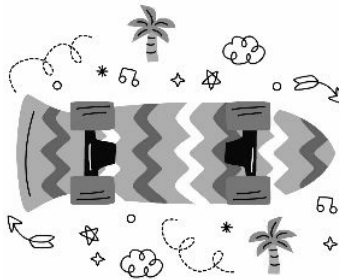
—¿Vamos? —Le hizo un gesto, y Alana se subió tras él—. Agárrate bien.

Las grandes manos de Hans buscaron las más menudas de ella a su espalda y, una vez que las encontró, las guio haciendo que rodearan su cintura. Con premeditación, las posó encima de la liviana tela de su camisa y las apretó unos segundos, justo por encima de la zona donde acababa su pantalón.

Su erección presionó contra la tejido, aunque él la ignoró y tan solo se recolocó sobre el asiento.

—¿Lista? —le dijo girando unos cuantos grados el cuello hacia ella.

La caricia del pulgar femenino sobre su abdomen le sirvió como respuesta y giró el puño con fuerza sobre el acelerador.



La escuchaba murmurar desde el otro lado de la puerta, aunque sabía que se encontraba sola en la habitación. Dudó en llamar, puesto que no sabía si quizá se encontraría hablando por teléfono, pero algo en el tono de la chica le hizo tocar con los nudillos sobre la madera, provocando que el sonido en el interior cesara.

—¿Sí? —Apreció el cambio en su voz y sonrió.

—¿Se puede?

Alana dejó pasar un par de segundos antes de contestar.

—¡Un momento! —Hans decidió obviar la petición y presionó el picaporte—. ¡Espera! Hans, ¡mierda...!

Alana se cubrió con la almohada y observó cómo él, tras recrearse en la imagen que le ofrecía, se tapaba los ojos.

Aquella maldita y deliciosa boca curvada le dejó claro lo divertida que le parecía la situación.

—Perdón.

—No lo sientes ni un poquito —refunfuñó—. Date la vuelta.

—Alana, te he visto en traje de baño y en ropa interior mojada en una ducha. Esto es

absurdo.

Hizo el amago de quitar la mano que cubría su visión, y ella lo detuvo con una aguda advertencia.

—¡Ni se te ocurra!

—Vale, vale. —Elevó las manos en señal de rendición y eso hizo que sus ojos se encontrasen libres de restricciones—. Bonita ropa interior.

Y lo decía de verdad. El conjunto que llevaba en aquella ocasión era sugerente a la vez que inocente, y esa mezcla tan inverosímil lo desconcertó.

Alana gruñó en respuesta.

—Eres incorregible.

—Así soy yo. —Intentó avanzar hacia ella, que se apresuró en agarrar una de las camisetas esparcidas sobre la cama y ponérsela con rapidez—. ¿Por qué tardas tanto? Ya estamos todos listos.

Hans no mentía, había bajado al salón tras darse una ducha encontrándose con el matrimonio charlando en el sofá, listo para ir a dar una vuelta, tal y como habían quedado al regresar de su paseo agrícolce.

Se tocó el pelo, algo húmedo y desordenado, observando la forma en la que ella se afanaba en rebuscar entre las prendas sobre la cama sin decidirse, y elevó ambas cejas.

Alana suspiró con brío y lo miró, consciente de su medio desnudez.

—No sé cómo lo haces.

—¿El qué? —indagó desconcertado.

—Vivir con tan poco —admitió—. ¿No echas de menos poder vestir con algo diferente a las cuatro prendas que llevas contigo?

A Alana no le gustó sentirse tan superficial, no obstante, lo decía de verdad. Llevaba con él tan solo unos días y ya empezaba a desesperarse por detalles tan nimios como aquel. ¿Cómo podía ser que Hans llevase viviendo así años sin importarle lo más mínimo?

—No, no lo echo de menos.

—Pues es frustrante. No sé qué ponerme sin sentir que voy igual y que no me he cambiado o aseado.

—Te acabas de duchar.

—Lo sé —contestó frustrada—. Me refiero a que...

—Sé a lo que te refieres, Alana, pero en mi lista de preferencias vitales no está el tener un armario enorme lleno de ropa. La verdad es que nunca lo ha estado. Imagino que es cuestión de prioridades. Le tendió un pantalón cualquiera—. Con esto estarás bien. Póntelo y vamos.

—Aún tengo que maquillarme —se quejó—. No tardaré, aunque si tenéis prisa puedes ir bajando y... ¿Qué haces?

Él se fue acercando a ella, que hablaba mientras recogía las prendas desperdigadas sobre el colchón, y se puso a su lado. Muy a su lado. Cuando se giró, y lo descubrió ahí plantado, se sobresaltó.

Hans salvó la distancia que los separaba y se recreó en su rostro desprovisto de cualquier máscara. Hasta aquel momento no había prestado atención al detalle del mar de diminutas pecas que cubría sus mejillas y toda la zona cercana a estas, dotándola de un aire más tierno y cándido.

—No te hace falta.

—¿El qué? —susurró a la vez que sentía los dedos de él acariciar su nariz de forma sutil.

—Esconder una cara tan bonita.

Alana frunció el ceño, desconcertada. No le dio tiempo a preguntar nada más cuando notó los

labios de Hans sobre la punta de su nariz. Cerró los ojos conteniendo la respiración y el gesto no pasó desapercibido para él, que decidió continuar con el acercamiento y volver a besarla en un punto demasiado cercano a sus labios.

—Hans...

—Dime. —Utilizó su mismo tono a la vez que le seguía prodigando besos.

—Para.

—¿Por qué?

—Porque sí.

El aire llegó a la cara de Alana cuando él soltó una breve risa. Abrió los ojos, enfocándolos en los que la escrutaban sin perderlo de vista.

—¿No quedamos en que «porque sí» no era una respuesta válida?

—Virginia y Juan Carlos están esperando.

—Pueden hacerlo un poco más —rebatió—. Pero te aseguro que esto ya no puede esperar ni un minuto.

Con su mano acarició el lateral del cuello femenino. La piel de Alana se erizó ante el contacto. Él le dio el tiempo suficiente para retirarse o negarse, dejando en evidencia sus intenciones. Sin embargo, ella no lo hizo. No se apartó.

Alana no pensaba cometer la atrocidad de impedirse.

—Voy a besarte.

—Vale —murmuró.

—¿Quieres que lo haga?

—Sí.

—¿Y por qué no me lo has pedido? —indagó alargando el momento y aumentando la tensión entre ellos.

Con una mueca de satisfacción recibió gustoso el tirón de la mano de Alana sobre su camisa, atrayéndolo hacia ella. La chica había perdido la paciencia.

Antes de que pudiese sonreír victorioso, Alana impactó sus labios contra los de él, y ambos cerraron los ojos, dejándose llevar. La boca de Hans tenía un regusto mentolado, y la lengua femenina quiso indagar en todos los recovecos de su cavidad, como si buscara parte de la cordura que parecía haber perdido en los últimos tiempos.

La chica, que llevó las manos a su nuca, agarró su pelo con intensidad desde el nacimiento y se acercó aún más a él. Aquel gesto, inesperado y cargado de determinación y desesperación, provocó que Hans dejara escapar un gemido ronco.

El sonido reverberó en la mente de la joven y actuó como un interruptor que enciende la corriente de todo un edificio.

Se dejó llevar y gimió en respuesta.

—Alana...

La aludida no le permitió continuar hablando. No pensaba detenerse, por lo que decidió llevar la voz cantante. Como bien había dicho él, esa tensión debía resolverse cuanto antes. Ya no podían más.

Ella no estaba acostumbrada a tener que lidiar con sentimientos de ese tipo, por lo que dejó que sus instintos tomaran la iniciativa, reclamándolo como suyo.

Él supo que, si no se detenía de inmediato, no podría hacerlo más adelante. Si Alana continuaba devorando su boca de aquella manera, y emitiendo esos sonidos tan eróticos, iba a olvidarse de todo y hacerle cada una de las cosas que había imaginado con ella.

Aquellas imágenes lo acompañaban en sus momentos más húmedos, aunque escasos, y

pensar en cómo se había corrido como un desesperado en un baño público o en la ducha de Virginia y Juan Carlos un momento antes, recreándola en su imaginación, no contribuyó a la calma.

Con una de las manos sobre su cadera, afianzó la otra en aquel delicioso trasero y atrajo la figura femenina hacia él, lo que hizo que ambos sintiesen la presión de su erección.

Alana gimió presa de la frustración y no sabía decir si el siguiente movimiento lo provocó ella, pero un instante más tarde sus piernas rodeaban el cuerpo de Hans y ambas entrepiernas entraban en contacto, lanzando descargas a su cerebro que reclamaba más y más.

Las manos masculinas se clavaron en la piel de su trasero, dispuestas a fundirse con ella.

Hans se desplazó unos centímetros y la apoyó contra la pared. El movimiento, un tanto brusco y apresurado, fruto de la urgencia, hizo que un pequeño cuadro se descolgase de la misma y cayese con un sonido sordo, detalle al que ninguno de los dos prestó atención.

Con la superficie contra su espalda, Alana giró la cabeza, permitiendo que él devorase su cuello con más facilidad.

—Joder... —maldijo muerta de placer.

—¿Te gusta esto?

El tirón que recibió en su cuero cabelludo le dejó claro a Hans cuál era la respuesta.

Sin dejar de besar el contorno de su mandíbula, decidió dar un paso más y llevó una de las manos a la unión de ambos cuerpos.

Alana no lo detuvo, y él se esmeró en acariciarla sobre la fina tela que la cubría. Estaba húmeda y no le hizo falta demasiada búsqueda antes de hallar el preciado haz de nervios, lugar que presionó con maestría, recibiendo un gemido de placer en compensación a sus caricias.

Con la mirada velada por el placer, la observó, y Alana le devolvió el gesto. Durante unos minutos atormentó aquel punto de su anatomía y, cuando su mano derecha subió con la clara intención de torturar el dolorido pezón femenino, y la otra se aferró a ella, dispuesto a trasladarlos a una superficie más mullida, unos golpes en la puerta pausaron todo movimiento.

—¿Alana?

La joven no respondió, y él pellizcó su costado, haciéndola reaccionar.

—Contesta o entrará —farfulló Hans.

—¿Sí? —Obedeció la chica y alzó la voz algo temblorosa.

—¿Te queda mucho?

Alana miró a Hans con los ojos muy abiertos. Este negó con la cabeza conteniendo la risa. Aquella situación le resultó tan surrealista como divertida, aunque ella no compartía el sentimiento; estaba aterrada.

—No.

—De acuerdo —chilló Virginia al otro lado de la madera que tenían a tan solo unos centímetros—. Si necesitáis un rato más...

—¡No!

El gesto horrorizado de Alana hizo que Hans soltara una carcajada sin poderse contener.

—Está bien, Vir —respondió él consciente de que la mujer sabía lo que estaba ocurriendo allí dentro o al menos lo intuía—. Ya bajamos.

—Vale —canturreó con voz entretenida, y escucharon cómo sus pasos, esos que no habían percibido al llegar, se alejaban escaleras abajo.

Hans miró a Alana, que respiraba con dificultad y lo observaba con las mejillas encendidas.

—¿Estás bien?

Alana intentó zafarse de su agarre. Él no lo permitió.

—Hans, suelta.

—Contéstame.

—Sí. No. —Gruñó muerta de vergüenza—. No, no estoy bien. Sabía que estabas aquí.

—No hemos sido demasiado discretos.

—Esto no puede volver a ocurrir, es una falta de respeto.

—Alana...

—No se nos puede ir la cabeza de este modo. Mientras estemos aquí, tú y yo no podemos...

—Alana —llamó su atención de nuevo.

—Hacer esto más. No podemos olvidarnos de todo ni de dónde estamos. No puedes besarme así y, por supuesto, no puedes cogerme en brazos y provocar que...

La boca de Hans silenció su diatriba, y los ojos de ella se abrieron un poco más, si es que eso era posible.

—¿Ya? —indagó él tras retirarse—. Alana, para. Deja de darle importancia. Somos adultos, que ella sepa que estaba aquí contigo o lo que estábamos haciendo no tiene ninguna importancia. Mírame. ¿Ves que me preocupe?

—No.

—Pues no debería preocuparte a ti. —La soltó con lentitud y los pies de Alana volvieron a tocar el suelo—. Esperaré fuera mientras terminas de vestirte. —Y, contradiciendo a su cuerpo y a la necesidad que sentía, le dio un beso en la frente y cerró los ojos, llamándose a la calma antes de abandonar la habitación. Justo antes de salir, se giró—. Esto no ha terminado, *mädchen*.

Y aquella promesa fue directa a cada terminación nerviosa del cuerpo de Alana.

25

Leo

Cuidar y otras formas de amar

El ambiente nocturno que invadía las calles de Villena era embriagador, la gente paseaba eufórica, contagiando a todo el que se cruzase con ellos. Decidieron parar en uno de los puestos callejeros a tomar algo, y Alana esperaba junto a Virginia de pie, sonriendo mientras veía a la gente interactuar, reír y disfrutar.

El teléfono de la joven comenzó a vibrar en sus pantalones. Lo sacó extrañada y miró la pantalla, donde un nombre que ella conocía bien y que por norma general no la llamaba, invadía parte de esta.

—¿Leo?

—Hola, guapísima —saludó la voz cantarina del hombre—. ¿Dónde andas?

Alana frunció el ceño, aún más extrañada. El ruido a su alrededor le impedía escuchar bien, por lo que le hizo un gesto a su acompañante, y esta asintió sonriente. Se alejó unos metros, deteniéndose en un lateral del imponente castillo que coronaba la ciudad y que había servido de fortaleza siglos atrás.

—¿Te pasa algo, Leo?

—No, ¿y a ti? ¿Está todo bien?

La joven no entendía nada. Aunque formaba parte de su familia desde hacía varios años, pues desde que fue pareja de su tía Alicia se había convertido en alguien indispensable para todos, no era normal que la llamase por teléfono. Lo consideraba como a un tío, pero no a uno de esos que te llaman un viernes por la noche preguntándote cómo estás o dónde te encuentras.

—Sí, estoy bien.

—Eso es fantástico. Y ¿dónde «estás bien» para ser exacta?

—¿Qué?

Escuchó un exabrupto al otro lado de la línea y bastante ruido ambiental.

—Mira, Alana. Llevo una larga hora con todos sus minutos subiendo y bajando cuestas buscándote. ¿Te importaría decirme dónde estás y no moverte de ahí hasta que llegue, por favor?

—¿Cómo? —Miró a su alrededor—. ¿Estás en Villena?

—Sí, hija mía —contestó cansado.

—¿Por qué?

—Te lo cuento ahora cuando nos veamos. ¿Dónde estás?

Alana observó a su alrededor.

—En el castillo de la Atalaya. Estamos en uno de los tenderetes que hay cerca del mirador.

—Su puta madre —soltó llenándose la boca con el insulto—. Otra vez para arriba. Esto me lo cobro, vaya si me lo cobro —murmuró cabreado.

—¿Nos vemos ahora?

—Por supuesto —aseguró—. No te muevas de ahí, por lo que más quieras.

Ella le prometió que no lo haría y finalizaron la llamada. Observó durante unos segundos la pantalla del teléfono y negó con la cabeza.

Regresó al lugar del que se había apartado y fue consciente de la manera en la que Hans miraba en su dirección mientras hablaba con Virginia. Los ojos de ambos se encontraron, y él inclinó un poco la cabeza a modo de pregunta.

Alana sonrió en respuesta y terminó de acercarse a ellos.

—¿Todo bien?

La joven asintió.

—Era mi tío. —No quiso entrar en detalles—. Vive en Alicante y parece que se ha enterado de que estoy aquí, así que ha venido a verme.

—¡Qué bien! —exclamó Vir.

Alana sonrió con los labios apretados, y Hans aprovechó que Juan Carlos comentaba algo con su mujer para acercarse con tranquilidad a ella y tenderle el vaso desechable.

—No me preguntes por qué, pero me da la sensación de que no terminas de sentirte cómoda con que tu tío vaya a unirse a nosotros. —Dio un trago a su bebida y la escrutó al relamerse los labios. Los ojos de ella se desviaron a su boca y por un instante perdió la capacidad del habla—. ¿Es así?

—No es eso. A ver, entiendo que mi familia esté preocupada por mí, pero no puedo evitar sentir que me siguen tratando como a una niña cuando hacen cosas como estas. Creo que lo han mandado mis padres.

—¿Quieres mi opinión?

—Sí.

—¿A pesar de que sea posible que no te guste?

Alana giró su cuerpo para enfrentarse al de él y asintió.

—Sí.

Hans recolocó el pelo suelto de la joven, echándolo hacia atrás y despejando sus hombros. Dejó apoyadas las manos en estos, acarició su cuello y la miró con intensidad.

—Tienes que volar, Alana. Esto que has hecho viniendo conmigo es como plantar la mano sobre la mesa y dejarles claro que eres adulta y tomas tus propias decisiones, aunque te equivoques.

—Pues no lo siento así —se sinceró.

—¿Y cómo lo sientes?

Alana inspiró hondo, desvió la vista a su alrededor durante unos segundos y habló sin conectar con su mirada de nuevo:

—Como un: «Me he vuelto loca, me escapo de casa como una adolescente rebelde sin dar explicaciones y he estado a punto de acostarme con un tío que me saca trece años, cuando siempre dije “de esta agua no beberé”, mandando a la mierda todas mis propias normas y creencias».

Las comisuras de los labios de Hans se curvaron con el inicio de una sonrisa, pero no le dio tiempo a replicar, ya que una voz masculina reclamó a Alana. Esta se giró al escucharlo y le dedicó una sonrisa que, ni por asomo, resultó tan genuina como las que le había dedicado a él en

otros momentos.

Aquel pensamiento tan posesivo, y la satisfacción que le produjo, turbó a Hans.

—Dios mío de mi vida —se quejó el recién llegado, apoyando ambas manos en sus rodillas y resollando—. No pienso hacer ejercicio en un mes. Qué puta locura de calles.

La joven contuvo una carcajada.

Sabía que a Leo no le gustaba practicar deporte y entendía su descontento. Tenía el pelo pelirrojo algo pegado a las sienes por el sudor y se aireaba el estómago, algo más prominente que la última vez que lo había visto, moviendo la camiseta en gestos oscilantes para dejar pasar el aire.

Durante unos minutos se sucedieron las presentaciones, tras esto, Hans fue a la barra como buen anfitrión, y el matrimonio se apartó un par de metros de forma disimulada, regalándoles algo de intimidad.

Alana fue ajena a la conversación silenciosa que había ocurrido entre Leo y Hans, ya que este último, tras leer la mirada del recién llegado, les concedió el tiempo y el espacio que parecían necesitar con un asentimiento. Sin embargo, no dejó de observar sus espaldas desde la lejanía.

—¿Qué tal, cariño? —le preguntó él, poniendo una mano en su hombro con aire despreocupado, sin embargo, las arrugas alrededor de sus ojos no estaban allí tan solo como fruto de su edad.

—Bien.

—Eso está genial. —El silencio se instaló entre ellos, y Alana se mordió el labio inferior—. Parecen buena gente.

—Sí, lo son.

Las respuestas educadas, aunque cerradas, de Alana no ayudaban a que el recién llegado encauzase la conversación hacia donde necesitaba, por lo que sabiendo que el tiempo que tenían a solas era bastante limitado, pues tenía que volver a casa esa misma noche si no quería bronca con Leire, su mujer, se giró hacia ella y abordó el tema sin más dilación.

—Has revolucionado Costa Serena.

—Ya me imagino. Intuyo que los ánimos no estarán demasiado tranquilos por casa.

Leo observó a la joven y pasó un brazo por sus hombros, girándola un poco para observar las vistas nocturnas del lugar.

—No están enfadados, si es eso lo que te inquieta.

Alana giró la cabeza y le prestó atención.

—¿Lo dices para que no me preocupe?

—Lo digo porque es la verdad. —Apretó con su mano el hombro de la joven transmitiéndole calma—. Por lo que me ha contado tu tía Alicia, has estado a punto de provocar el divorcio de tus padres, pero por lo que se ve ya se han calmado las aguas.

Ella se separó horrorizada, sin embargo, al ver el rostro de Leo, soltó el aire.

—Eres tonto.

—Qué cosas más bonitas me dices.

—¿Y para qué te han mandado aquí?

Leo negó y le dedicó un gesto cariñoso.

—No me ha mandado nadie —aclaró—. He venido porque he querido, pero puede que chantajee a tu tía en algún momento próximo con la información que saque esta noche. Así que, dime, ¿cómo estás? Y esta vez de verdad.

—Estoy bien, solo algo agobiaba.

—Alana, tus padres son jóvenes y entienden que tienes edad para hacer lo que te venga en

gana —aclaró en su tono despreocupado habitual—. Después de que tu padre haya salido del hospital tras el infarto que le has provocado, todo está tranquilo —bromeó.

Alana contuvo una sonrisa nerviosa. Le costaba creer todo aquello, aunque debía reconocer que sus padres, los dos, eran personas comprensivas y buenas, pese a que su progenitor a veces la hubiese sobreprotegido un poco más de lo normal.

Hans llevaba razón, ella había permitido todo aquello y la reacción de su familia tan solo era el reflejo de lo que fue sembrando con sus acciones pasadas.

Le gustaba hacer lo correcto, ¿por qué tenía que negar lo obvio?

Sabía cuáles eran sus debilidades y sus fortalezas, era consciente de esa perfección a la que hacían referencia y que la hacía dejarse la piel por ser la mejor, practicar el mayor número de deportes, sacar buenas notas en la carrera, continuar formándose para ser una profesional de la que sus padres pudiesen sentirse orgullosos y que este quisiera que formase parte de su negocio. Sin olvidar de cuidar de sus hermanos cuando el matrimonio no podía hacerlo y empeñarse en ganar un sueldo y ahorrar para pagar sus propios estudios, algo que ellos podían hacer sin demasiado esfuerzo, pero de lo que ella prefería ocuparse desde que era adulta.

Sin embargo, también sabía que todo aquello podía convertirse en una gran debilidad. Porque no, no era perfecta, y ella era la primera que tenía que interiorizar esa afirmación.

—Gracias por venir a verme. Parece que me quieres un poquito.

Alana echó los brazos alrededor de su torso y se apretó contra él. El pelirrojo elevó un poco los hombros, quedándose descolocado, aunque corrigió la reacción rápido y terminó por devolverle el gesto con una sonrisa.

—Claro que te quiero —aseguró—. Menuda marcha se gastan aquí, ¿eh?

—Sí —contestó divertida separándose de él—. Hay muy buen ambiente.

Alana sintió la presencia de Hans antes de que este se pronunciase. Se giró y contuvo la respiración al ver la sonrisa que les dedicaba, franca y sin dobleces.

¿Qué era lo que tenía que hacía que le gustase tanto? Por más vueltas que le daba, no terminaba de entenderlo.

Hans era todo lo opuesto a lo que ella imaginó como «ideal». Era caótico, disperso, desorganizado, impulsivo, algo excéntrico... Parecía que vivía feliz sin planear nada y no le preocupaba el futuro más allá de su felicidad momentánea.

Ella era todo lo contrario. Sus principios y su modo de ver la vida la hacían meticulosa, en cierto modo, maniática, complaciente y perfeccionista. Le gustaba tener su futuro planeado, saber dónde, cuándo y cómo, y la falta de respuestas a esas preguntas desde que se había embarcado en aquella aventura era lo que más descentrada la tenía.

Pero esa atracción que sentía hacia él, ese tirón físico que percibía en todo su cuerpo cuando él estaba cerca y le sonreía de aquel modo, era innegable.

—Hola —le dio la bienvenida y le devolvió la sonrisa.

—Hola —contestó él mirándola con fijeza.

Ambos se observaron durante unos segundos, y Leo elevó ambas cejas, notando que ninguno de los dos era consciente de lo que desprendían con esa conexión tan intensa.

—Hola —añadió Leo y tendió la mano para que alguno de los dos reaccionase—. Gracias por la cerveza, tío. Estaba sediento de tantos escalones. Qué barbaridad de sitio.

—Hay que esforzarse, sin embargo, las vistas son maravillosas, ¿verdad?

Alana sintió algo moverse en su estómago con esas palabras, pues, aunque parecían despreocupadas, el hecho de que no hubiese dejado de mirarla y sus ojos desprendiesen ese brillo, la había hecho sentirse foco de las mismas.

—Verdad —contestó Leo viendo cómo ella le devolvía la sonrisa.

Supo que sobraba. Era evidente que no iba a marcharse tan pronto, acababa de llegar y aún no había podido mojarse la garganta con el líquido ambarino que oscilaba en el vaso, aun así, de algún modo sintió que lo que había ido a hacer allí ya estaba finalizado.

Hans cuidaba de Alana.

Ese era el mensaje que debía transmitir. Se guardaría para él mismo el hecho de que esa protección parecía incluir un deseo sexual por ambas partes, que traspasaba incluso los muros de aquella fortaleza, una creencia que se fue afianzando con cada minuto que pasó con ellos.

Cuando se despidió de Alana, un buen rato después, lo hizo con el deseo de que aquel tipo de aspecto desaliñado, que se preocupaba y velaba por ella, la ayudase a echar a volar.

Si Leo le hubiese preguntado a Hans, y este se hubiese despojado de todas sus reticencias, le habría asegurado que se dejaría la piel en ello.

Si alguien hubiese tenido en cuenta la opinión de Alana, esta habría abierto los brazos, fijado la mirada en Hans y se habría dejado caer sin dudarlo.

26

Abrázame

Si quieres a alguien déjalo dormir

Al regresar a la casa, bien entrada la madrugada, ambos se marcharon a su habitación despidiéndose con una sonrisa cómplice, aunque unos minutos después, cuando Hans se despojaba de la camiseta y la tiraba en la primera superficie a mano, la puerta se abrió con sigilo.

—¿Se puede?

Aquel susurro le provocó un cosquilleo en el estómago. Alana se le había adelantado, puesto que él tenía la misma intención de asaltar su dormitorio.

—Pasa —la invitó sin querer elevar la voz.

Ella se adentró y cerró tras de sí, quedándose unos segundos apoyada en la superficie. Un momento después, cuando pareció reunir el valor necesario para lo que había ido a hacer allí, se acercó.

—¿Puedo dormir contigo?

Hans sonrió y terminó de quitarse la ropa, quedándose en calzoncillos ante ella. La joven no se amilanó por el hecho de tenerlo delante y casi desnudo, una vez más.

—Por favor —rogó él.

Alana, aún con alguna duda sobre todo aquello, lo miró a los ojos mientras lo imitaba y se despojó de los pantalones, quedándose tan solo con la escueta camiseta y aquellas diminutas braguitas que le hicieron la boca agua a Hans.

Con el corazón retumbando en su pecho se metió en la cama y esperó a que él se le uniese.

—Ven, abrázame —le exigió cuando lo hizo.

Se puso de lado y lo agarró del brazo para, de espaldas a él, hacer que lo pasara por su cintura.

Hans debía reconocer que Alana tenía claras sus ideas, no le quedaba duda de que aquella postura se había convertido en su favorita, por lo que apenas pudo contener una sonrisa ante el gesto. Sin embargo, cuando se acercó a su cuerpo y recordó la escasez de prendas sobre la chica, fue incapaz de contenerse.

—¿No quieres quitarte nada más de ropa? ¿Enseñarme el tatuaje, tal vez?

Ella contuvo una carcajada nerviosa y cerró los ojos, sintiendo la respiración de Hans en su nuca.

—Estoy bien así.

—Y tanto que lo estás, más que bien, además.

—¿Eso es un cumplido?

—Sí, por si no te ha quedado claro durante todo este tiempo, me pareces sorprendente.

—Ser sorprendente no siempre es bueno. Puedo parecértelo para mal.

—Te aseguro que no es el caso. —Sintió el trasero de Alana realizar un leve balanceo, movimiento más que suficiente para que su entrepierna terminase de cobrar vida y se alzase orgullosa entre ellos. Inspiró hondo—. Pero estoy seguro de que yo sí lo haría si te dijese todo lo que se cruza por mi mente ahora mismo.

—¿Qué es...?

—Mejor no quieras saberlo o pensarás que soy un viejo verde.

—Pues resulta que el verde es mi color favorito, señor Müller —rebatía entre susurros mordiéndose el labio inferior.

Hans protestó con un sonido gutural y afianzó el agarre de su brazo.

—Ay, Alana. Si no me tuvieses tan acojonado...

Alana frunció el ceño, extrañada ante sus palabras.

Hans abrió la palma de la mano sobre la estrecha cintura de la joven y la deslizó hasta la parte inferior de su vientre. Un gruñido acompañó el siguiente movimiento, en el que la oprimió contra él, haciendo que ella sintiese una interesante parte de la anatomía masculina acoplada a su trasero.

—Hazlo.

—¿El qué? —Ella no respondió de manera inmediata—. ¿Qué quieres que haga, *mädchen*?

—Lo que me harías si no tuvieses miedo de mí.

Hans dejó ir una carcajada ronca y los dientes que se clavaron en el lóbulo de la oreja femenina precedieron su siguiente jugada. Con confianza, movió su lengua sobre el cuello de ella y sincronizó el avance con el jugueteo de la punta de sus dedos, que se adentraban un poco más cada vez en los confines de la diminuta ropa interior.

Alana giró la cabeza en su dirección con la respiración superficial, y Hans delineó el camino hasta su barbilla.

Justo antes de besarla, se detuvo y la miró a los ojos.

—Hazlo —rogó la chica en un lamento.

Sin perder un segundo más, unió su boca a la de ella, recreándose en el contacto y deleitándose con cada una de sus respiraciones superficiales. Se tomó todo el tiempo del mundo para saborearla y, cuando la sintió del todo entregada, se separó unos milímetros y habló sobre su boca.

—Necesito terminar lo que se quedó a medias esta tarde cuando nos interrumpieron. ¿Te parece bien? —Su voz sonó enronquecida al notar la ropa interior de la muchacha impregnada de su deseo.

Alana se estremeció y asintió con la cabeza. Ni loca pensaba frenarlo esa vez.

Los dedos largos y nervudos de él se colaron por fin entre su piel y su ropa interior, haciendo que se estremeciera ante el primer roce.

Hans bañó un par de ellos en su humedad y, dirigiéndolos hasta el clítoris, le dedicó unas cuantas y efímeras caricias. Sonrió al percibir cómo las caderas de la joven se movían buscando un mayor contacto.

—¿Ansiosa?

—Sí. —Acompañó su rotunda respuesta llevando la mano hasta su entrepierna y apretando la palma contra la extremidad masculina que la atormentaba.

Él gruñó en respuesta justo antes de imprimir una nueva cadencia y presión sobre aquel

hinchado botón que lloraba por él.

Los sonidos de la joven se sucedieron cada vez con más fuerza y, cuando sintió que la tenía a punto de estallar, se apoderó de su boca, acallándola y bebiendo cada uno de sus gemidos.

Alana se rompió en mil pedazos, experimentando el orgasmo más intenso y largo de su vida. Tardó unos minutos en recuperarse, tiempo durante el cual no abrió los ojos por miedo a que todo aquello hubiese sido producto de su imaginación. No obstante, la respiración agitada de Hans en su hombro le dejó claro que había sido real.

Con lentitud, levantó los párpados dispuesta a devolverle cada suspiro de placer que él le había regalado, sin embargo, Hans se inclinó sobre ella, agarró su nuca y la besó con dulzura.

—Cierra de nuevo los ojos y descansa, preciosa. —Ella lo miró contrariada, y él supo en qué estaba pensando—. Duerme.

—No tengo sueño.

Su cuerpo contradijo aquellas palabras cuando soltó un bostezo. Hans sonrió con cariño y acarició su cuello.

—Duerme, por favor.

—Quiero continuar.

—Y yo, joder —dijo frustrado—. Pero no hoy. No aquí.

Ella no entendió cómo su voz podía sonar tan serena, a excepción del taco que había soltado, cuando por su cuerpo desfilaba un batallón entero de minúsculas partículas que hacían cosquillas en su piel y que solo parecían calmarse con sus caricias.

—Al menos déjame tocarte.

Hans soltó el aire en un lamento y detuvo el avance de la mano femenina hasta su entrepierna, que se agitó contrariada ante la negación del contacto.

Ya se le rebelaba hasta el cuerpo.

—Por favor, Alana —rogó a punto de perder la batalla—. Tal y como estoy, no me voy a conformar con que me toques.

—Pues no te conformes.

—No voy a follarte en un lugar en el que tenemos que contenernos para no despertar a toda la casa. —Aquella palabra soltada sin tapujos, y lo que su cerebro recreó al escucharla, la encendió aún más. Intentó zafarse del agarre que él mantenía sobre su mano con la firme intención de reducir sus defensas, pero él volvió a interceptarla—. Cuando ocurra quiero empaparme de todos y cada uno de tus gemidos sin preocuparme por nada más. Además, ¿qué pensaría Iris si después de aguantarnos durante todo este tiempo no le regalásemos algo así?

—¿Iris? —Alana lo miró incrédula.

—Es una *voyeur*.

La risa escapó de los labios de la joven sin poder contenerla y al final retiró la mano, entendiendo que aquello no iba a ocurrir en aquella cama, por mucho que le pesase.

De algún extraño modo lo entendió.

—No me gustaría enfadar a Iris —continuó la broma.

—Ni a mí —corroboró—. No sabes cómo se las gasta.

Ambos sonrieron, y Alana, con el índice sobre su propia mejilla, reclamó un beso de buenas noches. Una sonrisa escapó de los labios masculinos antes de terminar haciendo lo que ella le exigía, recreándose unos segundos de más en el contacto.

Se aferró de nuevo al agarre en su cintura, ella terminó de girarse, y él se puso cómodo para intentar relajar su cuerpo y su mente, tarea ardua y complicada donde las hubiese.

Un momento después escuchó la dulce voz de su tentación hecha mujer.

—Gracias por esta noche. Por lo de antes y por lo de ahora. Ha sido genial.

—No tienes que darme las gracias por algo así.

—¿Para ti también lo ha sido?

Hans mordió su hombro.

—No me puedo creer que lo dudes, *mädchen*. Por supuesto que para mí también. Y ahora deberíamos dormir, en un rato tocarán diana y nos vendrá bien descansar.

Se volvieron a dar las buenas noches y ambos se dejaron ir en los brazos de Morfeo.

Cuando Alana escuchó un sonido repetitivo y estridente, tuvo la certeza de que tan solo había cerrado los ojos hacía un par de minutos, sin embargo, ya despuntaba el sol en el cielo y ese detalle la dejó desconcertada.

La joven maldijo a lo que fuese que armaba tal jaleo, gruñó y se movió en la cama, tapándose la cabeza con la almohada. Aunque fue algo brusca en sus movimientos, Hans ni se inmutó. Se encontraba dormido como un tronco y parte de su pierna, enredada en la de ella, aprisionaba su extremidad.

Alana sintió como si pesase una tonelada y empujó con su talón, intentando zafarse de él.

—Maldita sea —rebufó por el esfuerzo.

El cerebro de Hans le envió una alerta al resto de su cuerpo cuando registró el exabrupto y pudo apreciar cómo esta se movía bajo él.

Elevó la cabeza, desconcertado, e intentó ubicarse.

—¿Qué ocurre?

—Diles que paren.

Frunció el ceño ante la petición malhumorada de la joven, pero en cuanto captó la algarabía de la calle soltó el aire en un amago de risa y se pegó a ella, cerrando de nuevo los ojos.

—Duérmete un rato más.

—Como si me resultase fácil —se quejó.

Y, por si aquel jaleo no fuese suficiente, el timbre del teléfono de Hans comenzó a taladrarles los oídos con su tono insistente y monocorde que él ignoró.

—¿Es que no piensas cogerlo?

—Luego —respondió soñoliento.

Alana soltó el aire, exasperada, y se movió en la cama pasando por encima de él. Hans gruñó complacido cuando el cuerpo de la joven se rozó con el suyo y apoyó parte del peso en su anatomía. Con los ojos cerrados, palpó con las manos y la agarró en aquella postura.

Soltó un sonido de pura satisfacción cuando ella se contoneó sobre él, intentando llegar hasta la mesilla.

—Así no me importa madrugar, ¿ves tú?

—¡Hans! —se quejó al no poder moverse. El teléfono en su mano dejó de repiquetear, y él abrió un ojo en una mueca algo cómica—. Suelta, anda.

El tono que empleó no resultó nada convincente, por lo que hizo oídos sordos.

—Buenos días. ¿Alguna vez te he dicho lo bonita que estás cuando te despiertas?

Ella sintió un leve espasmo a la altura de la entrepierna masculina y tuvo que contener todo su cuerpo y su corazón, que discutían sobre cuál de los dos se iba a ofrecer antes en bandeja a aquel hombre.

Hans se mordió el labio inferior y la escrutó con hambre en su mirada.

—Buenos días —le respondió turbada, y la conexión se rompió cuando el teléfono volvió a sonar entre sus dedos.

La joven revisó en un gesto involuntario la pantalla y leyó en voz alta un nombre masculino

que cambió el semblante de Hans.

—Tengo que cogerlo —soltó como única respuesta.

Alana se echó a un lado cuando él comenzó a moverse y le concedió el espacio que parecía necesitar. Cuando Hans colgó, unos minutos después, se mantuvo en silencio intentando organizar sus pensamientos.

No había podido rechazar la llamada, puesto que su interlocutor siempre lo buscaba cuando tenía algún trabajo para él y, dada su escasez de recursos tras los recientes gastos, no se podía permitir decir que no a una oferta laboral.

Contra todo pronóstico, y por primera vez desde hacía muchísimo tiempo, no quiso moverse de donde estaba y odió aceptarlo.

No solo pensó en que con ello rompería un poco más su promesa a Virginia, ya que después de haberle robado parte de la semana que siempre reservaba para ella tampoco se podría quedar para el fin de fiesta, sino que, en realidad, lo que más le atenazaba las entrañas y lo perturbaba era tener que decirle adiós a Alana.

—¿Ocurre algo? —preguntó ella sentándose en la cama para terminar de calzarse.

Hans se giró y la observó, y ella supo que lo que fuese que le habían dicho no era una buena noticia.

—Me ha salido un trabajo.

Ella frunció el ceño.

—Ah, genial. ¿No?

Él cabeceó y se movió para colocarse la misma camisa arrugada del día anterior en un acto mecánico, rehusando el contacto visual con la joven.

—Esta tarde te llevaré a la estación —soltó a bocajarro, y el corazón de Alana se aceleró de puro miedo.

—¿A la estación?

—El trabajo es en Francia —se justificó intentando aparentar indiferencia, aunque en el fondo se sentía morir—. No puedo decir que no, Alana, así que tienes que volver a casa.

La joven se mantuvo en silencio, procesando la frialdad con la que él estaba manejando aquella situación y la forma en la que no parecía afectarle que ambos fuesen a separarse.

—¿No piensas mirarme? —Los ojos de Hans conectaron por fin con los de ella, y ambos se mantuvieron en silencio. Alana fue la que terminó rompiendo esa quietud, exponiéndose una vez más ante él—. No quiero ir a casa. Aún no.

La mirada masculina reflejó súplica, una petición muda para que no continuase por aquel camino, ya le estaba costando un mundo entero imaginarse sin ella, y no le hacía falta que se lo pusiera más difícil.

—Alana, yo no...

—Quiero ir contigo —lo interrumpió.

—¿A Francia?

—A donde sea.

—¿Y tus padres?

Ella frunció el ceño y lo encaró.

—¿Mis padres? —preguntó incrédula y algo molesta—. ¿De verdad los mencionas cuando ayer me decías que tenía que volar y no sé qué de plantar el puño sobre la mesa?

—Pero no me refería a cambiar de país.

—Y ¿por qué no? —sonó exasperada, y Hans tuvo que morderse la lengua para no explicar la obviedad de la distancia y de lo que ocurriría si cambiaba de opinión o algo se torcía entre

ellos—. Solo son unos kilómetros más.

—«Solo».

Hans, que se odiaba por tener que marcar una fecha en el calendario que fijase la despedida entre ambos y que a la vez necesitaba montarla en el primer tren de vuelta porque sabía que todo aquello que sentía estaba echando raíces en su interior, sopesó la petición y valoró las posibilidades.

Le maravilló, una vez más, la determinación en el rostro y en los gestos de Alana, algo que, a pesar de su edad, la caracterizaba.

—Está bien —claudicó sintiéndose incapaz de negarle nada más.

—¿En serio? ¿Me llevas a Francia?

Hans cogió aire ante la incredulidad de la joven, que sonreía con sincera ilusión, y rezó para no estar cometiendo una locura de la que luego pudieran arrepentirse.

Resultaría la mayor de su vida, sin duda, pero ajeno a aquella información terminó afirmando con la cabeza.

—Sí, nos vamos a Francia.

Cállate

La vida no trae manual de instrucciones, pero sí incluye un padre

Hans detuvo el vehículo y la observó. Se había mantenido callada desde que abandonaron Villena y durante todo el transcurso de los escasos kilómetros hasta la estación de servicio. Tenía los ojos algo espantados y brillantes, sin embargo, no se atrevió a preguntarle el motivo de su mutismo por miedo a lo que le pudiese contestar, a que quisiera dar media vuelta y regresar a su hogar.

Aunque, en el fondo, sabía que lo mejor sería quedarse solo.

Sí, no tenía ningún problema en admitir que Alana lo turbaba, pues la forma en la que había conseguido meterse en su interior decía mucho de lo que podía llegar a provocarle, sentimientos con los que él no estaba familiarizado y de los que siempre huía.

Estaba acojonado como nunca en su vida.

—Pararemos en unas... —dijo y miró el reloj antes de continuar— tres horas para picar algo y hacer una pausa. ¿Quieres que te traiga alguna cosa?

La chica sacudió la cabeza y miró a su derecha por la ventanilla.

—No, gracias.

—De acuerdo.

Hans se encogió de hombros y se apeó de la furgoneta para repostar.

Una vez a solas, Alana suspiró y se llevó ambas manos a la cara, dejando escapar un pequeño grito que sonó a caballo entre la frustración y la emoción.

—Mierda —soltó al recordar que lo mejor sería llamar a casa y explicar sus siguientes movimientos.

Agarró el teléfono y dudó sobre cómo comunicarles que se marchaba, y al final optó por enviarle un escueto mensaje a su madre, que leyó unos segundos después cuando apareció en línea.

Un par de minutos más tarde, mientras esperaba la respuesta jugueteando con una uña en su boca, el aparato comenzó a vibrar en su mano.

—Hola, mamá —contestó fingiendo una despreocupación que, obviamente, no sentía.

—¿Francia? —preguntó su padre conteniendo a duras penas el tono de su voz.

Alana se asombró al escucharlo. Cogió aire, infundiéndose valor para aquella primera conversación con él.

—Pauillac.

—Francia —repitió con voz neutra.

—Sí, papá, vamos a Francia.

Lo sintió inspirar hondo al otro lado. Cuando volvió a dirigirse a ella, el tono había cambiado, dulcificándose.

—¿Qué se te ha perdido tan lejos, pequeña?

—A Hans le ha salido un trabajo. Tenemos que estar allí mañana por la mañana.

—¿Conducirás tú?

—No —dijo rotunda—. Lo hará él.

—¿Durante toda la noche?

—Pararemos un poco cada dos o tres horas, no te preocupes.

—Sí que lo hacemos, nena. Una cosa es que te vayas a buscar respuestas a unas ciudades de distancia y otra es que te arrastre a cambiar de país.

Alana escuchó un cuchicheo femenino al otro lado de la línea y supo que su madre estaría mediando. Sintió que tenía que salir en defensa de Hans ante aquella acusación.

—Él no me arrastra a nada, papá. Es más, me quería llevar a la estación para que regresara a casa. —El silencio en la línea hizo que Alana continuase hablando—. Fui yo la que le pedí que me llevase con él. Voy por voluntad propia.

—Hija...

—En unos días volveré a casa —aseguró y no pudo evitar transmitir cierta congoja en la frase—. Le prometí a mamá que estaría allí para la fiesta de los abuelos.

—Está bien —terminó aceptando y murmuró unas palabras que a Alana le costó descifrar, pero que sonaron como una plegaria—. Prométeme que estás bien y que te mantendrás despierta toda la noche para darle conversación.

—¿Qué?

—Promételo.

—Papá...

La queja sonó infantil. Estaba tan cansada por lo poco que habían dormido la noche anterior, y por las emociones vividas, que no veía el momento de echar una cabezadita.

—Ese hombre va a conducir toda la noche, lo mínimo que puedes hacer por él es mantenerlo despierto.

Alana sopesó sus palabras y terminó aceptando. Cuando Hans entró en la cabina, ella ya se despedía.

La observó en silencio, con los brazos llenos de lo que había pillado en la gasolinera. Le dedicó una sonrisa cuando la joven cortó la llamada y encogió los brazos en un gesto, evidenciando su motín.

—¿Qué? ¿Te apetece algo?

Alana no lo dudó, tiró del envoltorio brillante de una chocolatina y lo miró a los ojos.

—Gracias.

—Sabía que te gustarían.

La joven le devolvió la sonrisa, y él le tendió todos los artículos excepto una de las latas de refresco con cafeína, que se fue bebiendo en los siguientes kilómetros.

Y ella, cumpliendo con la promesa realizada a su padre, le dio conversación durante todo el trayecto, así fue como supo en qué consistía el trabajo que iba a realizar. Le pareció algo excéntrico y extraño en un principio, no obstante, cuando lo pensó bien llegó a la conclusión de que ese tipo de experiencias eran las que siempre podría asociar con Hans.

Se detuvieron de nuevo unas tres horas después, enfrascados en una conversación a la que

ninguno de los dos supo cómo había llegado.

—¿Mis compañeras? —preguntó estupefacta a la vez que él asentía divertido.

Alana sabía que estas habían estado bastante revolucionadas por la aparición de Hans, pero no era consciente de que habían llegado a esos extremos.

—¿Te sorprende? —preguntó al ponerse de pie y entrar en la parte habitable de la furgoneta.

—Pues sí.

—¿Por qué? ¿Tanto asco doy?

La joven se le unió y se apoyó sobre el respaldo de su sillón, observándolo.

—¡No! Es que eras un cliente. Es inapropiado. —Elevó los brazos en un gesto que demostraba la obviedad de sus palabras.

Hans alzó una ceja y anduvo un par de pasos hasta llegar a ella. Alana lo miró con el ceño fruncido, sintiendo cómo invadía su espacio vital y acariciaba con el pulgar su cuello. Aquel simple gesto encendió su piel no solo donde la tocaba, sino más abajo.

Mucho más abajo.

—También era tu cliente.

—¿Y?

—Y venías cada mañana a practicar yoga, lloraste en mi pecho, me pediste que te besara y que durmiese contigo...

La lista que elaboró le resultó imposible de negar, sin embargo, Alana odiaba perder.

—Yo no te propuse sexo.

Él soltó el aire conteniendo una risa y elevó ambas cejas.

—No. —Negó con la cabeza acompañando sus palabras—. No lo hiciste en aquel momento, de hecho, más bien me exigiste todo lo contrario. Te recuerdo que hasta me prohibiste tocarme una de las noches porque estaba molestando a mis vecinos. —Alana rememoró la escena y se mantuvo callada, mordiéndose un carrillo—. Además, que no me lo hayas propuesto no significa que no te haya imaginado desnuda, entre mis brazos y gimiendo cada noche desde que te conocí.

Alana no salía de su mutismo por la sinceridad de sus palabras y lo que provocaba en ella. Los ojos de la joven estaban conectados a los de él.

—No puedes decir algo así.

—¿No? —murmuró juguetón—. ¿Por qué no?

Ella se mordió la lengua para no soltar un «porque no», ya que fue lo primero que se le vino a la cabeza, pero el gesto de Hans le dejó claro que sabía lo que había pensado; de algún modo sentía que entraba en su mente.

Él se sentó en un pequeño taburete y apoyó la espalda en el lateral de la cama. Alana jugueteó nerviosa con la lengua en sus labios sonrosados y carnosos, sin ser del todo consciente de que con aquello estaba dando pie a todo lo que vendría después.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—Ya.

Cuando levantó la vista y miró a Hans, este se estaba entreteniendo en desabrocharse la camisa. Él fue consciente de la manera en la que ella tomó aire, y sintió los ojos femeninos posados sobre su cuerpo, abrasándole la piel.

—¿Qué haces?

—Tengo calor.

Se incorporó un poco y agarró una de sus manos, arrastrándola con él y haciendo que se sentase allí mismo, sobre sus piernas.

—¿Qué...?

—Dime qué pasa.

—Nada —repitió.

—Alana... —la amonestó elevando una ceja.

—¿Qué es lo que quieres que te diga, Hans?

—Lo que te ocurre.

Ella le mantuvo la mirada e intentó obviar el calor que el cuerpo masculino desprendía bajo ella. Se decidió por ser sincera.

—No me ha gustado lo de las propuestas de mis compañeras.

—¿Por qué?

Las aletas de la nariz de la joven se ensancharon, y él tuvo ganas de besarla.

—Porque imaginarte acostándote con ellas no es agradable.

—No lo hice. —Alana no contestó, tan solo le mantuvo la mirada retadora, lo que provocó que quisiera jugar un poco con sus límites—. Aunque he tenido sexo con muchas otras mujeres.

—No necesito saberlo.

—De muchas formas, en cada rincón del mundo.

—Cállate.

—He escuchado gemir tantas veces mi nombre que he perdido la cuenta.

—Que te calles.

Alana hizo el amago de levantarse y poner distancia, pero él se lo impidió agarrando su cintura y ciñéndola a él. Le mantuvo la mirada.

—¿Estás celosa de ellas, Alana?

El gesto femenino le arrancó una sonrisa que no pudo contener.

—No.

—No te enfades.

—Eres un grosero.

—Soy sincero.

—Vete a la mierda, Hans.

—Guauu. —Fingió asombro—. Hasta palabrotas. Debes de estar muy enfadada.

—Ni te lo imaginas.

Él acarició despreocupado su propio pecho cubierto de vello rubio. La mirada de Alana siguió el movimiento de sus dedos, pero, al darse cuenta de lo que hacía, elevó bruscamente la vista y volvió a fijarla en sus ojos.

—No hay nada de malo en reconocer que estás celosa.

—Para estarlo hay que pensar que la otra persona te debe algún tipo de lealtad, y está claro que no es el caso.

—Estás muy equivocada.

—Ah, ¿sí?

—Mucho.

—Ilumíname, ya que eres tan sabio —ironizó ella cruzándose de brazos.

—Como bien dices, tú no me debes nada y, sin embargo, me enciende pensar en lo que has sentido con otros e incluso contigo misma cuando te das placer. —Alana no pudo hablar, la garganta se le había cerrado. Hans se movió y agarró una de sus manos, llevando la extremidad femenina hasta su abdomen—. Me quema aquí.

—¿Qué? —musitó aturdida por el contacto.

—Arde cuando recreo la forma en la que tu cuerpo se contonea y tu garganta emite pequeños

y discretos gemidos. Se me incendia el cuerpo al imaginarlo. —Los ojos de Alana no dejaban de escrutarlo, atenta—. Fíjate cómo de absurdos somos que podemos sentir celos hasta de algo no real, como un sueño. Yo los sentí del tuyo. Deseé estar en él, quise ser yo el que te estuviese provocando un placer tan grande que, incluso dormida, te corriste. Así que sí, se pueden tener celos sin deberle lealtad a alguien porque yo los padezco contigo.

Alana procesó sus palabras y, tragándose la vergüenza que le provocó saber que él había sido testigo de aquel momento que hasta entonces había intentado mantener en secreto, se sinceró.

—Sí, estuviste en mi sueño.

—Cuéntamelo.

—Ya te lo imaginarás.

—Dilo, por favor. —Se retaron con la mirada, y Hans se acercó a ella, que se mantuvo imperturbable en su posición. Ambos sintieron la respiración agitada del otro de tan cerca como estaban. Le susurró—: Dilo, *mädchen*.

Ella obedeció.

—Metiste la cabeza entre mis piernas y no te detuviste hasta que grité tu nombre.

Y esas simples, pero poderosas, palabras desencadenaron el resto de los acontecimientos.

28

Scheiße

La vida es pasión, no significado

La mano de Hans voló hacia el cuello femenino, aferrándose con ímpetu y sintiendo el contraste entre su piel suave y la tensión de sus músculos.

La atrajo hacia él y, sin pensar en nada más, en cómo podía enredar su ya de por sí extraña y perturbable relación o en la manera en la que las cosas iban a cambiar entre ellos, unió sus labios a los de Alana y los rozó de un modo tan revelador y a la vez sutil que la joven se estremeció.

Hans curvó los labios contra los suyos, y ella supo, sin necesidad de abrir los ojos, que estaba sonriendo.

Aquello fue más de lo que pudo soportar. Un gemido escapó de la boca masculina cuando ella llevó ambos brazos hasta sus hombros y los enlazó en su nuca, utilizando una de las manos para enredar los dedos en su pelo y tirar con fuerza.

No habían hablado de sus puntos débiles, él sabía que Alana no era consciente de la reacción de su cuerpo ante aquel gesto, aunque a aquellas alturas ya debía de haberse dado cuenta, pues la erección taladraba la tela liviana del pantalón de la joven, queriendo abrirse paso entre ellos y hacerse notar.

La lengua de Alana salió a su encuentro, dispuesta a explorar su cavidad. Él no tardó en enredarla con la suya, jugueteando con ella y arrancándole unos sonidos extremadamente eróticos.

Cuando el beso se les quedó corto, y necesitaron de más contacto, él llevó las manos al trasero femenino y se aferró a él, elevándose de su precario asiento, que a duras penas aguantaba el movimiento y peso de sus cuerpos.

Alana enredó las piernas alrededor de sus caderas, y Hans la ubicó justo por encima de su erección, que se contrajo con gusto ante el contacto.

—*Scheiße*^[3] —maldijo Hans cuando ella volvió a tirar de su pelo para inclinar su cabeza y cambiar así el ángulo del beso.

Alana pensó que le había hecho daño.

—Perdón.

—No te disculpes —resolló—. No te disculpes...

Llevó la boca hasta el lugar bajo la pequeña oreja femenina y apresó el trozo de piel con sus dientes, sin llegar a hacer demasiada presión. Alana inspiró una brusca bocanada de aire y echó

el cuello hacia atrás, rendida a las sensaciones.

Hans, sin perder el contacto de su boca y prodigando besos y mordiscos por toda la zona, rotó sobre sus pies y utilizó la cama como apoyo para depositar parte del trasero de la chica. La altura del mueble parecía haberse realizado a la justa medida de sus caderas y, gracias a ello, Alana fue consciente de toda su envergadura.

El trasero de Hans se contrajo en un gesto oscilante de arriba abajo. Las bocas a escasos centímetros compartían el aliento y las respiraciones se mezclaron agitadas.

Lo hizo una vez más, y ella replicó aquel tímido gemido.

—¿Te gusta?

Ella abrió los ojos y los fijó en los de él, que brillaban excitados. Asintió varias veces, y él repitió el gesto, imitando el movimiento que haría al estar dentro de ella.

—Más —exigió la joven.

El hombre dejó ir una sonrisa torcida y cumplió su deseo gruñendo de placer. Se sentía al límite notando cómo el cuerpo de Alana se entregaba a él y su entrepierna le prometía un cobijo caliente donde enterrarse.

Llevó la mano derecha, que hasta entonces se aferraba a sus caderas y le servía de apoyo, hasta la unión entre sus muslos y palpó sobre la tela.

—Uhm —murmuró con gusto al sentir la humedad traspasar el tejido. Alana gimió e intentó retirarse de la caricia—. No. No te muevas.

—Yo...

No sabía cómo decirle que, aunque ya habían estado en una situación similar, tenerlo allí delante, observándola sin perderse detalle de cada uno de sus gestos, le resultaba algo perturbador.

—No te muevas —repitió y, al ver el gesto azorado de la joven, separó un poco su cuerpo sin perder el contacto de sus dedos sobre la entrepierna femenina—. No sabes lo que me gusta ver cómo te derrites.

—Hans, por favor...

—¿Qué?

La chica se mordió el labio y cerró los ojos al sentir la presión que el dedo corazón ejercía sobre su clítoris hinchado. Él se acercó y besó escueto sus labios.

—Hans.

—Mírame, Alana —susurró.

Inspiró hondo antes de cumplir su petición y, cuando retiró los párpados concediéndose a sí misma la visión, se maravilló al ver el gesto y la necesidad que desprendía el rostro de él.

—Me vuelves loco, joder —masculló asaltando su boca de nuevo.

En lo que duró el beso, Alana comprendió que todo lo que le decía era cierto. Notaba su reacción cuando gemía o se estremecía, el modo en el que la respiración masculina se aceleraba al son de la de ella, y supo que no había nada de malo en aquello, tan solo era una reacción natural de la que no debía avergonzarse, aunque la escasa experiencia que la precedía y la mucha que atesoraba él a sus espaldas jugaban un poco en su contra.

Cuando las manos de Hans se posaron algo más arriba, y desabrocharon el botón de su corto pantalón, cogió aire con fuerza.

—Voy a necesitar ayuda —le dijo él con voz grave.

—Vale.

El cuerpo masculino se separó un momento, y ella sintió la pérdida al segundo, sin embargo, no pudo pararse a pensar en su propia necesidad, ya que él la bajó de la cama y se afanó en

deslizar la prenda por sus piernas.

Hans colocó una rodilla en el suelo al mismo tiempo que se agachaba y la despojaba de los pantalones. Las manos femeninas colgaban a cada lado de su cuerpo, algo torpes.

Cuando lanzó sin miramientos la prenda hacia atrás, y la observó, no pudo evitar el siguiente gesto. Se acercó a su cuerpo y fue recorriendo con la boca el camino ascendente desde su rodilla hasta la ingle.

Pudo sentir la piel erizada de Alana bajo sus labios y su lengua, y le resultó la sensación más deliciosa del mundo.

—Hans —murmuró ella una vez más, y él miró hacia arriba, elevando ambas cejas.

—Dime.

—Ven, sube.

—En un momentito —prometió, sonrió y besó su monte de venus sobre la tela de sus braguitas.

Alana no pudo dejar las manos quietas por más tiempo y las llevó hasta la cabeza masculina, sin saber qué hacer, en realidad. Sentía que necesitaba más, sabía lo que su cuerpo le estaba pidiendo a gritos, y Hans parecía no tener prisa, recreándose en cada gesto.

Cuando por fin lo tuvo frente a ella, erguido, movió su brazo y, sin dejar de mirarlo, apoyó la mano sobre su erección.

Hans contuvo el aire, sorprendido al sentir la presión de los dedos de Alana recorriéndolo, palpando y familiarizándose con su cuerpo. Si debía ser sincero, no esperaba que tomase la iniciativa, por lo que aquello le resultó novedoso y no quiso perderse la reacción de ella en todo el proceso.

—¿Te gusta? —imitó ella sus palabras.

—Sí.

—Eso me parecía.

El gesto divertido en el tono femenino lo hizo sonreír, pero la mueca se transformó cuando sintió cómo jugueteaba con la parte superior de sus bermudas y colaba la mano entre la tela y su piel.

—*Scheiße*... —masculló al contacto de sus dedos sobre su erección.

—¿Así te gusta más? ¿Es eso lo que significa?

—Me gusta todo lo que tenga que ver contigo, pero me muero por hundirme dentro de ti.

La respiración de Alana se volvió superficial por la promesa implícita de sus palabras, y no dejó de mover la mano alrededor de aquella piel suave y a la vez tersa que tenía entre los dedos.

—¿Vas a hacerlo? —preguntó en voz baja. Hans la miró frunciendo el ceño, y ella sintió la necesidad de aclarar su pregunta—. Hundirte dentro de mí.

—Me encantaría, sí.

—Creo que a mí también —admitió.

Las palabras llegaron a él a la misma vez que la reacción de su cuerpo ante un giro en la muñeca femenina.

Gruñó en respuesta, muerto de placer.

—¿Solo lo crees? —preguntó a duras penas.

—Nunca he llegado tan lejos.

La franqueza y sencillez de sus palabras dejó noqueado a Hans, que la miró incrédulo. Vale, era joven, aun así, daba por hecho que no tanto como para eso.

—¿Eres virgen?

—No —respondió ella con rotundidad.

—¿Entonces?

Alana detuvo el movimiento de su mano sin soltar su erección.

—Una vez montando a caballo...

Las cejas de Hans se juntaron, y ella necesitó romper el contacto visual al sentirse de pronto cohibida.

—Continúa —rogó elevando con un dedo la barbilla femenina, instándola a mirarle y acariciando con ellos su mandíbula.

—No soy virgen porque sangré montando a caballo. Mi madre me explicó que..., bueno, ya sabes, me explicó que mi himen se había roto.

Hans acarició su cuello con delicadeza midiendo sus palabras, ya que no quería hacerla sentir mal.

—Al margen de eso —dijo con tacto—. ¿Nunca has tenido sexo con un chico?

Alana lo miró durante unos segundos, arrugó la nariz en un gesto adorable y tragó saliva antes de negar.

—Nunca con penetración.

—Pero sí que te han hecho otras cosas. —Dio por hecho.

Ella asintió mordiendo el labio inferior.

—Sí.

—¿Hasta dónde has llegado? —indagó curioso y, cuando vio que ella iba a abrir la boca, se adelantó—. ¿Puedes contestarme mientras sigues haciendo eso de antes con la mano? Se te daba muy bien.

Rio nerviosa y retomó el movimiento, tal y como le había pedido. La erección saltó entre sus dedos, contenta de recibir sus atenciones de nuevo.

—¿Por qué quieres saberlo?

—¿Por qué no?

Alana se pegó a él y agarró su cuello atrayéndolo. Hans agachó la cabeza y dejó que la boca femenina se enredase con la suya.

—Esto ya lo había hecho antes. —Hizo presión con la mano en su erección a la vez que lo admitía entre beso y beso, susurrándole. Las comisuras de los labios de Hans se alzaron en respuesta.

—Sigue.

—También me han tocado.

—¿Cómo? —preguntó y se movió.

Aquello provocó que ella se soltase de su agarre por el movimiento. Hans la arrastró con él hasta la cama e hizo que se subiese a ella de nuevo.

Sin perder un segundo, le abrió las piernas, coló un dedo por el lateral de la ropa interior y sintió cómo sus dedos resbalaban a causa de la excitación de la joven. Acarició aquella sedosa piel, lo que hizo que ella se estremeciera y prohiriera una pequeña cadena de gemidos con sus movimientos repetitivos.

—¿Así te habían tocado?

La joven asintió, incapaz de hablar.

En teoría sí que lo habían hecho, aunque los pocos que le habían precedido habían resultado un amasijo de dedos torpes y bocas igual de inexpertas que ella. Hans no era así. Él irradiaba confianza en cada uno de sus movimientos, sabía el punto exacto donde tocar y cómo debía hacerlo para volverla loca. El dedo corazón de Hans, con la mano vuelta y la palma apuntando hacia arriba, se apoyó en la entrada a su cuerpo y penetró un escaso centímetro.

—Pero no han entrado aquí.

Alana se envaró ante la sensación.

—No —se obligó a contestar.

—¿Ni con los dedos? —repitió el movimiento de entrada y salida.

—Solo yo.

La erección de Hans saltó ante la imagen que se escenificó en su cabeza.

—Y ¿te gusta cuando tu dedo se cuela dentro?

Ella contrajo el gesto. No entendía por qué hablaba tanto. Los chicos con los que había estado, pocos y de su edad, nunca mantuvieron con ella una conversación mientras la masturbaban.

—Obvio que sí.

Sin embargo, la mueca se le congeló en el rostro cuando él avanzó un poco más en su exploración.

—Y, «obvio que sí», que te lo haga yo parece que también te gusta.

—Hans...

—Me vas a gastar el nombre, *mädchen*. —El tono divertido de su voz no reflejó la determinación de los movimientos de los dedos de su mano, que entraban y salían del cuerpo femenino, conquistando cada vez más territorio.

El ritmo mantenido hasta entonces se fue acelerando y la respiración de la chica se volvió más superficial y rápida.

Tras unos segundos en silencio, Alana creyó que ya podía relajarse y disfrutar de la experiencia que él le estaba regalando, sin embargo, Hans rompió la quietud que tan solo sus respiraciones entrecortadas llenaban.

—¿Has metido alguna vez algo en tu cuerpo cuando te has masturbado? —indagó, muerto de curiosidad.

Alana cogió aire.

—Sí —susurró.

Hans cerró los ojos, intentando deleitarse con la escena. Lo que vio le envió una descarga directa a su olvidado miembro.

—¿Y te gusta tanto como esto? —Afianzó su dedo en el interior de ella, sintiendo cómo los músculos se contraían a su alrededor. Lo dejó dentro y curvó la palma, estableciendo contacto con su clítoris. Movié toda la mano y aquello hizo que ella abriese los ojos y le mirase aguantando la respiración—. Contesta —insistió con la voz contenida por el esfuerzo y su propia necesidad.

Ella negó varias veces con la cabeza, se aferró al cuello masculino, lo atrajo hasta su boca y lo besó. Hans expulsó el aire contra sus labios, tragándose el aliento acelerado de Alana, que no lo soltó.

No permitió que la boca de él se separara de la suya hasta el final, y así, respirando ambos el placer del otro, se dejó ir.

29

Dentro

Ser tu peor enemigo

Hans se propuso no darle tregua. Alana aún andaba recuperando la respiración tras aquel maravilloso orgasmo que le había regalado cuando le metió las manos bajo el trasero, la empujó hacia atrás en la cama, haciendo que se introdujese en ella, y sin perder un segundo se despojó de toda la ropa que lo cubría.

Alana se sofocó y maravilló a partes iguales. Ya sabía que su cuerpo estaba bien definido y en forma, pero, cuando se subió al colchón y la miró con esos ojos que conseguían traspasarla, se sintió morir. Los movimientos de sus músculos al desplazarse la hipnotizaron y, para cuando quiso darse cuenta, lo tenía cernido encima de ella, sin rozarla.

—Parece que te gusta lo que ves.

—Hans, por lo que más quieras, deja de hablar de una vez. —Agarró su nuca e intentó atraerlo hacia ella, pero sus labios nunca llegaron a tocarse. El hombre hizo el esfuerzo titánico de resistirse al movimiento y a la petición que llevaba implícita—. Ven —imploró ella.

—Paciencia —pidió a la vez que reculaba y se apoyaba en el colchón, sentándose sobre sus talones.

Alana bufó.

—Te parecerá poca la que ya he tenido contigo.

La miró con media sonrisa y observó cómo los ojos femeninos recorrían su cuerpo y se demoraban unos segundos en su erección, que se alzaba orgullosa y expectante. Él también quiso poder recrearse en su figura, por lo que estiró los brazos hasta agarrar una de sus pequeñas muñecas y tiró de ella, haciendo que se sentase en la cama frente a él.

Alana lo miró y se dejó hacer. Él agarró la parte inferior de su camiseta y la sacó por su cabeza. Llevó la boca hasta su hombro y comenzó a besarla por la línea de su clavícula, al mismo tiempo que conducía las manos hasta el cierre de su sujetador.

La piel de la chica se erizó y los nervios atenazaron su garganta, provocando una sensación parecida al ahogo que se fue diluyendo con los besos que él prodigaba sobre su piel.

Hans, por su parte, retiró la prenda que la cubría y llevó la mano izquierda al terso pecho derecho, acunándolo. Sintió que encajaba a la perfección en la cavidad de su mano ahuecada y no pudo resistirse por más tiempo.

Llevando la boca hasta el pezón sonrosado y erguido que tenía frente a sí, lo lamió y succionó. Cuando serpenteó con sus labios hasta la parte lateral y se retiró unos segundos, supo

lo que había visto: su tatuaje.

—Aquí está —murmuró con regodeo, y ella se mordió el labio inferior—. Por fin...

Se mantuvieron la mirada durante unos segundos y ambos percibieron cómo la temperatura crecía en el espacio que compartían.

Hans se empeñó en recorrer con sus besos cada centímetro de tinta marcada bajo aquel trozo de piel, emborrachándose de su sabor y percibiendo cómo esta se erizaba ante su contacto.

Alana se concentró en la forma en la que la lengua masculina dibujaba el contorno del diseño, en cómo la miraba mientras lo hacía y en la forma en la que delineaba cada trazo de aquel discreto as de corazones, fundiendo milímetro a milímetro su piel y su cordura.

La garganta femenina dejó escapar un lamento y guió su brazo hacia delante, palpando con los ojos cerrados hasta encontrar lo que iba buscando. La erección de Hans saltó dándole la bienvenida cuando la acarició, y un gemido masculino llegó hasta sus oídos al apretarla entre sus dedos.

Durante unos minutos ambos se entregaron a las caricias del otro hasta que Hans, al borde de perder la cordura, se cernió sobre ella y la instó a tumbarse de nuevo. Alana lo hizo, pero se negó a soltarle y a dejar de masturbarlo, por lo que provocó que él tuviese que seguirla en su descenso.

Se echó a un lado y apoyó el costado sobre el colchón, disfrutando de las caricias que ella le prodigaba. Cuando sintió que sus testículos se contraían, dispuestos a derramarse en el siguiente gesto, le apartó con suavidad la mano y la besó.

—Tienes demasiada ropa aún —musitó contra su boca, y ella soltó una risita.

—Eres un poco exagerado.

Las manos de él se deslizaron por su cuerpo y solucionó su malestar despojándola de las braguitas y dejándola desnuda por completo.

La observó sin cortarse ni un ápice, y Alana se aventuró a abrir con parsimonia una de las piernas. Vio cómo Hans desviaba la vista hasta posarla en la unión entre sus muslos y se relamía, ávido de más.

—Y ahora voy a convertir tu sueño en realidad. —Ella sonrió con nerviosismo, sin embargo, la sonrisa se le congeló en el rostro, transformándose en una mueca de placer, cuando una de las manos de él la instó a abrir la otra pierna y coló la cabeza entre sus muslos.

Sí, hablaba en serio.

Durante lo que le pareció una dulce eternidad la estuvo atormentando con su lengua y sus dedos, volviéndola loca con los cambios de ritmo de sus movimientos. Hans sabía a la perfección lo que estaba provocando en ella, pero necesitaba tenerla así, ansiosa y preparada, para poder hacer lo que llevaba toda la noche imaginando.

Rectificó. No solo toda la noche, sino desde que se había colado en cada uno de sus pensamientos volviéndolo todo patas arriba.

Al introducir un segundo dedo, recibió un nuevo tirón en su pelo. Elevó la cabeza y la miró cegado por el sabor dulzón de ella en su boca. Los ojos de Alana conectaron con los suyos, suplicándole que se apiadase de ella, y decidió que no iba a prolongarlo más.

Se incorporó, ayudándose de sus manos, y se colocó sobre ella.

—Voy a hundirme en ti hasta que no quede ni un centímetro de mí que no esté dentro de tu cuerpo. Dime que quieres que lo haga, por favor.

Alana lo miró con los ojos brillantes y muy abiertos, sin poder pronunciar palabra; tan solo se limitó a tragar con dificultad, asentir y bajar la vista para ver cómo Hans se incorporaba, cogía un preservativo y lo colocaba por toda la longitud de su erección con movimientos algo desesperados.

Iba a pasar. Iban a hacerlo y, si era del todo sincera, sentía el regusto del más puro pánico pululando por su cuerpo, escondido en cada rincón de su pensamiento y dispuesto a salir a flote a la mínima oportunidad.

La boca de Hans la sacó de esos pensamientos y agradeció poder entregarse a ese beso sin preocuparse de nada más.

—¿Estás seguro? —le preguntó Alana cuando las miradas de ambos conectaron, y sintió cómo Hans posicionaba su erección en la entrada a su cuerpo y jugueteaba con ella arriba y abajo, haciéndola estremecer.

A él le resultó curioso que le preguntase algo así.

—Absolutamente. —Le sonrió—. Y tú, ¿lo estás?

Alana asintió al mismo tiempo que contenía la respiración.

—Sí.

—Pararé tantas veces como necesites —la tranquilizó—. Y, si no te gusta, me detendré y lo dejaremos si es lo que quieres.

—Vale.

Hans era consciente de que una vez que entrase en el cuerpo de la joven le iba a resultar casi imposible contenerse, mucho menos detenerse y olvidar lo ocurrido, aun así, necesitaba calmar la ansiedad que veía reptar por el rostro de ella e inundar sus ojos.

Sonrió y la besó de nuevo, con la sensación de que algo comprimía su corazón ante su mirada.

—Eres la cosa más bonita que he visto en mi vida, Alana.

La aludida sonrió con sinceridad y tuvo la osadía de sonrojarse. Aquello le encantó y, con todo el cuidado del mundo, comenzó a introducirse en ella, milímetro a milímetro, retirándose en cada pequeño avance. Le resultaba una dulce tortura, y se concentró en contener sus enormes ganas de acelerar el ritmo.

Ella intentaba dejar su cabeza en blanco y no pensar en cómo la erección de Hans exigía el paso a su cuerpo, haciéndose dueña de todo a su alrededor. Sentía cada centímetro de su interior estirarse ante la penetración y la tensión por la invasión. Se alegró de no notar dolor, tan solo una quemazón que no resultaba tan desagradable a como lo había imaginado.

En uno de los movimientos de las caderas masculinas su respiración se detuvo. Hans frenó el vaivén de su pelvis y elevó la cabeza de su cuello, donde había estado prodigando besos.

La miró con duda, y los ojos velados por el placer y la agonía de sentirla tan estrecha a su alrededor.

—¿Estás bien? —resolló rezando a cualquier ente superior para que no le pidiese que detuvieran aquello.

Alana tragó saliva.

—¿Ya está dentro del todo?

La duda fue real, puesto que la muchacha sentía que no podía albergar ni un centímetro más de él. La comisura derecha de Hans se elevó y se mordió el labio inferior, apartando de ella su torso, aunque sin desconectar la unión de ambos cuerpos.

—Compruébalo tú misma —la animó.

Bajó la mirada y observó cómo algo menos de la mitad de su erección se encontraba enterrada en ella.

Alana obedeció no sin cierta aprensión y lo que vio la dejó maravillada. Sintió una especie de espasmo en su vientre, y Hans aprovechó su distracción para entrar unos milímetros más y salir de nuevo, dejando en evidencia el brillo de sus fluidos sobre el preservativo. Sin dejar de fijarse

en aquel punto hipnotizante, fueron testigos de cómo la piel de él poco a poco volvía a introducirse en ella, sin prisa, pero sin pausa.

La estampa les resultó embriagadora.

Durante un par de minutos, con cada acometida de él y lo que el cuerpo de ella le enviaba al cerebro en forma de olas de placer, Alana aprendió y eso la hizo anticiparse a lo que iba ocurriendo.

Hans no se perdió ni una de sus reacciones ni ninguna de sus muecas; sentía que poco a poco había ido avanzando gracias a la lubricación natural de Alana y a la cadencia de sus caderas, que estaban dispuestas a conquistar todo a su paso.

Los gemidos quedos de la chica cada vez que se introducía y salía de su cuerpo le daban la pauta para avanzar.

Estaba siendo más cuidadoso que en toda su vida, aunque en uno de los lamentos de ella sintió que no podía ni debía prolongarlo más. Aprovechó uno de los retrocesos para salirse por entero. Con una de sus manos agarró su erección, jugueteó con ella sobre aquel delicioso clítoris, la volvió a colocar en la entrada y, al mismo tiempo que inspiraba hondo, se introdujo hasta el fondo de un empujón.

Y se quedó allí, muy quieto.

Alana, con los ojos abiertos por la sorpresa, buscó la mirada de Hans, sin embargo, los ojos masculinos se encontraban cerrados y apretados. Se fijó entonces en su boca, entreabierta en un mudo gesto de placer.

—¿Estás bien? —le preguntó Alana con dulzura.

Aquello hizo que él abriese los párpados y buscase su rostro.

¿Que si estaba bien? Se encontraba en la puñetera línea divisoria entre el cielo y el infierno e intentaba controlarse para no derramarse allí mismo.

—Sí —respondió él—. Perfecto. ¿Tú?

Alana asintió.

—No me lo esperaba —admitió en un susurro algo sofocado.

—Lo siento.

—Me gusta.

Él sonrió afectado.

—Y a mí. —Se agachó rozando el cuerpo de la joven y besó sus labios—. ¿Quieres que siga?

—Por favor.

Hans no pudo evitar besarla.

—No tienes que pedirlo por favor.

Sus caderas comenzaron un vaivén que robaba el aliento de ambos en cada acometida y provocaba que los gemidos llenaran la estancia.

Alana elevó una pierna por inercia para apoyarla en la cadera masculina. A él le gustó su iniciativa, y no pasó demasiado tiempo antes de que sintiese cómo sus testículos se contrarían. Llevó la mano hasta la unión entre ambos y la vio cerrar los ojos al tocarla, rindiéndose al placer.

Ella, que hasta entonces se aferraba a su cuello, colocó una mano de forma instintiva sobre su trasero, se asió a él con fuerza y lo instó a apretarse contra ella con más ímpetu en cada arremetida. Necesitaba liberarse de nuevo, sentía la cima del orgasmo a punto de ser alcanzada; la quemazón del inicio había dado paso a un fuego que ardía en todo su esplendor, pero no conseguía quemarse del todo y la frustración comenzó a hacer mella en ella.

Hans se dio cuenta de lo que ocurría, se contenía, puesto que no quería que aquella primera vez ella sintiese nada negativo. Decidió cambiar de ángulo y de cadencia, imprimiéndole un

nuevo ritmo a sus penetraciones, que se volvieron mucho más rudas y certeras, salvajes.

Las uñas que se clavaron con fuerza en su trasero y el descontrol en la respiración de Alana le hicieron gemir con esfuerzo.

—Te gusta duro, ¿eh? —murmuró agonizando de placer—. Qué jodida delicia...

No recibió respuesta, tampoco la necesitaba. Alana desfallecía bajo su cuerpo, y él la acompañaba.

La joven sintió los primeros espasmos de su orgasmo y escuchó los gemidos roncoss de Hans, que no detuvo su movimiento en todo su ascenso. Solo cuando supo que Alana estaba corriéndose, permitió a su cuerpo dejarse ir y, unos segundos después, las convulsiones de su propia eyaculación bombearon con furia.

Gruñó con fuerza en cada sacudida, con los gimoteos de Alana penetrando en sus oídos, y juró que jamás permitiría que nadie más la disfrutase así, quería cada uno de sus suspiros de placer y los quería para toda la vida.

Aquel pensamiento de tenencia lo invadió sin esperarlo, agriando la experiencia y haciéndolo fruncir el ceño, contrariado.

¿Qué demonios le pasaba?

Cuando el placer comenzó a descender en oleadas, Alana soltó el agarre de su mano, siendo consciente de que debía de haber magullado el trasero de Hans con sus uñas, pero no había podido hacer nada por evitarlo.

Respiraba con dificultad, intentando recuperar un ritmo normal, cuando sintió cómo él salía de su cuerpo, dejándola vacía, y se separaba de ella. Se estiró laxa en la cama y cerró los ojos con una mueca de satisfacción difícil de disimular.

Había sido perfecto, la molestia que había notado al principio desapareció con la pericia de cada movimiento masculino. Bien era cierto que en aquel momento sentía palpar toda su entrepierna, sin embargo, no le resultaba doloroso, sino más bien todo lo contrario.

El sudor que cubría su cuerpo se fue secando y su respiración recobró un ritmo normal. Fue entonces cuando elevó la cabeza y buscó a Hans con la mirada, cayendo en la cuenta de que no había reparado en él ni se había interesado por su estado de tan satisfecha como se encontraba, aunque, a juzgar por los bramidos masculinos que llenaron sus oídos mientras el orgasmo la recorría, podría jurar que le había gustado tanto como a ella.

Esperó encontrarlo a su lado, pero la cama estaba vacía.

Dirigió sus ojos por la estancia y se fijó en que la puerta estaba un poco abierta. ¿Tan ida había estado que no se había enterado de nada? Se levantó, agarró la camisa arrugada de él y se la metió por la cabeza, impregnándose del perfume natural de Hans.

Descalza, se dirigió al lugar por el que entraba la lejana luz artificial de la estación de servicio y abrió con curiosidad. Se asombró al encontrarlo con los pantalones puestos y sentado en el escalón. Sí, había estado tan perjudicada y borracha de placer como para no percatarse de nada de todo aquello.

—¿Hans? —Él volvió la cabeza y observó la indumentaria de la joven. No tardó en romper el contacto visual, llevando de nuevo la vista al frente—. ¿Qué haces aquí?

—Tenía calor —contestó escueto.

Alana se sentó junto a él, aunque Hans no hizo nada por darle la bienvenida. Frunció el ceño, contrariada.

—Me ha gustado —le dijo, pues creía que quizá lo que le ocurría podía estar relacionado con la duda de si ella lo había disfrutado—. Mucho.

—Me alegro —soltó sin mirarla.

El tono juguetón que solía emplear con ella había desaparecido y permanecieron en silencio durante unos minutos. Alana no supo qué había podido ocurrir para que él presentase esa actitud cuando a ella todo le había parecido perfecto.

—¿A ti te ha gustado? —indagó en voz baja.

Hans suspiró y se pasó la mano por la nuca. Se encontró incapaz de mentirle.

—Sí.

La joven se pensó si formular o no la siguiente pregunta, aunque la curiosidad pudo con ella.

—¿Tanto como con las demás?

Aquello provocó que, por fin, Hans la mirase de verdad. El vacío que encontró en los ojos masculinos heló la sangre que corría por las venas de Alana.

—No tienes que preocuparte por eso.

—Contéstame, por favor.

—¿Para qué, Alana? ¿Sientes envidia de ellas? ¿Te avergüenza haber sido tan pasiva o algo así? —le respondió hiriente y a la defensiva.

El deje en su voz hizo que Alana se mordiera la lengua. No quiso entrar en aquel juego, así como tampoco estuvo dispuesta a empañar lo que acaban de hacer y lo que sintió durante todo el tiempo que estuvo debajo de su cuerpo.

El silencio se instauró entre ellos y, tras unos minutos, Alana se levantó decidida a ir adentro, quitarse aquella prenda y poner distancia. Quedaba claro que lo que habían compartido no había significado lo mismo para él que para ella, por lo que, cuanto antes lo asumiera, mejor.

Justo antes de entrar, con el pie apoyado en el escalón y la mano sobre la puerta, decidió hablar y ser sincera con sus sentimientos, pues era lo mínimo que todo aquello merecía.

—Hans. —Él volvió la cabeza en su dirección, pero no llegó a mirarla—. No me avergüenzo de nada y no tengo envidia de tu pasado, lo que siento por ti no tiene nada que ver con todas las demás con las que te has acostado. Y, si te soy sincera, creo que no te mereces ni uno de estos sentimientos.

Se marchó y, cuando se quedó a solas allí sentado, cogió aire con fuerza, enterró la cabeza entre sus manos y reprimió un gruñido de pura frustración.

Ella tenía razón, no la merecía en absoluto.

30

Francia

Atreverse es descubrir lo lejos que uno puede llegar

Alana, cumpliendo con la promesa que le había hecho a su padre, se quedó despierta toda la noche. El ambiente estaba bastante enrarecido y se había propuesto no dirigirle la palabra, pero llegó un momento en el que sintió sus propios párpados ceder al cansancio que la invadía, por lo que no le quedó más remedio que buscar un tema intrascendental con el que entretenerse.

Hans se había mostrado callado, la mayoría de las veces respondía con monosílabos y, si no hubiese sido por la necesidad de continuar conduciendo para llegar a su destino a tiempo de realizar aquel trabajo, habría puesto cualquier excusa para largarse de allí en busca de soledad. Sin embargo, iba demasiado justo y no se podía permitir algo así.

Era consciente de que se había comportado como un gilipollas con Alana y no sabía cómo enmendar la situación. Su respuesta se asemejó a la que habría presentado un animal que se encuentra herido y acorralado, pero es que así era como se sentía.

Había intentado no establecer contacto visual con ella durante la breve conversación que mantuvieron tras el sexo. Verla salir con las mejillas aún arboladas y sonrojadas, con ese brillo en los ojos cargado de satisfacción y su mirada a caballo entre la preocupación y la veneración, no contribuyó a que los pensamientos de Hans tomaran otra dirección.

Se había mordido la lengua, rezando para que ella volviese dentro y lo dejase allí con sus pensamientos, sin embargo, no tuvo esa suerte. Ella se mostró amable, preocupada y mucho más madura que él. Ni siquiera entró en cólera cuando él no pudo contener más su lengua y le soltó aquella pregunta cargada de veneno con la única intención de hierirla.

«Aquella pregunta cargada de veneno».

Eso fue lo que lo atormentó durante todo el trayecto, lo que había fustigado su lengua obligándole a estar más callado de lo habitual y el motivo por el cual se sentía tan asqueado consigo mismo.

Pero jamás ninguna otra mujer le había despertado aquella necesidad de pertenencia, aquel instinto protector y, mucho menos, la falta de aire que le provocaba imaginarla en brazos de otro, y no lo comprendía.

Él, que había participado en algún encuentro sexual con más de una persona y disfrutó como el que más, que se había reído del regusto a celos que habían sentido algunos de sus amigos en determinados momentos..., por más vueltas que le daba al tema no entendía qué había cambiado en él, en su mente caótica y despreocupada, para haber sentido algo así con Alana.

—¿Es aquí? —preguntó ella cuando él detuvo la furgoneta.

—Sí.

El gemido dolorido que emitió la garganta femenina al estirarse en el asiento, y el bostezo que le sucedió, le dieron la excusa perfecta.

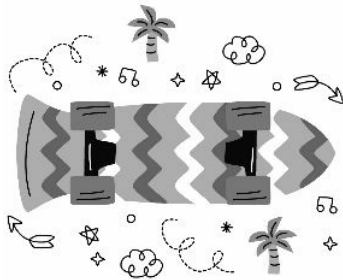
—La carrera no empieza hasta las nueve y media —anunció en la frase más larga que Alana le había escuchado en las últimas horas—. Durmamos hasta las nueve.

La joven no rebatió su invitación. Necesitaba desconectar para reparar su interior y su cuerpo, por lo que encaminó sus pasos hasta la cama y, despojándose de los pantalones, se metió entre las sábanas deshechas, sin preocuparse de nada más, ni del olor a sexo que aún desprendían sus cuerpos ni en otra cosa más que en dejarse ir.

Sintió movimiento en el colchón un momento después y supo que Hans la acompañaba cuando este acomodó las sábanas y se colocó a su lado, aunque se abstuvo de tocarla ni rozarla.

Alana se durmió pocos minutos después.

Hans rogó porque su exhausto cuerpo lo acompañase en aquel viaje y se dejase ir de una vez en brazos de Morfeo, sin embargo, la culpabilidad le impidió conciliar el sueño hasta un buen rato después.



Cuando Alana regresó a la consciencia, el sol descargaba su furia sobre la furgoneta. Sintió la piel pegajosa por el sudor y la boca pastosa y seca. Elevó la cabeza, algo desorientada, y escrutó a su alrededor.

—¿Hans?

La voz salió de su cuerpo con un deje parecido a un graznido, aunque sus oídos fueron los únicos que pudieron notarlo, ya que por allí no había nadie más; supo que se encontraba sola incluso antes de llamarlo.

Halló una nota sobre la encimera que agarró con curiosidad:

No he querido despertarte, necesitas descansar. Volveré en cuanto termine la carrera en algún momento de la tarde. Bienvenida a Pauillac.

Sonrió al acabar de leer y se pinzó el labio inferior con los dientes. Era tonta por sentir aquel revoloteo en el estómago, no obstante, no podía contenerlo.

Se asombró al darse cuenta de que había pasado casi toda la mañana durmiendo y era la hora del almuerzo. Se aseó como pudo mojando una toalla en el fregadero, se vistió, agarró su teléfono y una bolsita de galletas que aún sobrevivía de las provisiones del viaje y se dirigió al exterior.

La noche anterior no se había molestado en observar el entorno o curiosear sobre el lugar, estaba tan cansada que tan solo se limitó a dejarse caer en la cama y dormir a pierna suelta, así que la imagen que la recibió la dejó asombrada.

Se encontraban muy cerca del agua. A su espalda el puerto de Pauillac. Frente a ella, una avenida con diferentes comercios y edificaciones en línea de no más de tres plantas y con bastante encanto, aunque lo que más llamó su atención fue el despliegue de medios que habían montado para la ocasión: carpas desperdigadas por toda la avenida, carteles anunciando el evento y una enorme meta hinchable de color azul.

Recorrió la zona, observando el ambiente que reinaba entre los habitantes y visitantes del lugar. Sabía por Hans que lo que se estaba celebrando era una carrera que se había vuelto bastante popular y que era bastante insólita: La Maratón de Médoc.

En un principio no entendió el motivo de que se la catalogara como «la más lenta del mundo». Para ella, una maratón significaba competición, aunque cuando observó, no sin cierta sorpresa, cómo algunas de las personas que portaban dorsales se encontraban disfrazados y pasaban su tiempo en las pequeñas carpas temporales, bebiendo vino y comiendo a dos carrillos, entendió que aquello no se basaba en ganar, sino en disfrutar, por raro que aquello le pudiera parecer.

Recorrió varios kilómetros a pie sin ser del todo consciente. Se sentía descansada y recuperada del viaje, por lo que recibió con una sonrisa y mirada asombrada los ofrecimientos de degustaciones de algunos de los puestos. Se entretuvo observando a las orquestas que amenizaban el ambiente con sonidos festivos y se encogió de hombros, divertida, cuando una chica algo más joven y otra de mayor edad le hablaron en francés, preguntándole algo que ella no entendió y que, por supuesto, no pudo responder.

Echó de menos a Hans y no tuvo reparos a la hora de admitirlo. Le hubiese gustado compartir con él aquella experiencia, por mucho que se hubiese comportado como un cretino. No obstante, entendía que no había podido ser, justo estaban allí para que él cumpliera con el encargo que le habían asignado, que no era otro que grabar y fotografiar a un grupo de ocho empresarios que estaban participando en la carrera y que iban a pagar una absurda suma de dinero a quien desempeñara la tarea.

¿Estaría bien? Sabía que no había dormido más que un par de horas y se preocupó mientras se disculpaba ante el ofrecimiento de una ostra que le tendieron, mirándola con cierta aprensión. Negó con una sonrisa.

La preocupación de Alana hubiese enternecido a Hans, que la habría besado con adoración olvidándose de todo, pero en aquel momento se encontraba tan ocupado regodeándose en su miseria que tan solo se concentraba en terminar el trabajo que había ido a hacer allí.

Si no hubiese sido por la absurda necesidad de dinero que tenía, ya haría rato que hubiese dejado colgados a aquella pandilla de gilipollas.

Estaba cansado, de mal humor, enfadado y decepcionado consigo mismo, y tenía tantas ganas de perder a aquel grupo de vista que su único consuelo fue pensar en el momento en el que sus huesos diesen con el colchón y pudiese rodear a Alana con su brazo para dejarse ir.

Casi pudo sentir el calor y el olor del cuerpo femenino.

Dudó sobre si ella le permitiría hacer algo así de nuevo. Se había comportado tan mal que era consciente de que podría haberlo arruinado todo, pero no sabía cómo hacer bien las cosas, porque Alana y lo que parecía sentir por ella representaban algo a lo que temía: pertenencia, familia y hogar.

—¡Eh, tío! ¿Estás en lo que estás? —le espetó uno de los capullos a los que debía

inmortalizar, ataviado con un ridículo disfraz policial de poliéster.

Le consoló el hecho de pensar que debía de estar cociéndose con su propio sudor ahí dentro, pues, aunque la temperatura aquel día era agradable, resultaba algo elevada para aquel atuendo.

Hans respiró hondo, volvió al presente, forzó una sonrisa acompañada de una disculpa, y retomó su trabajo.

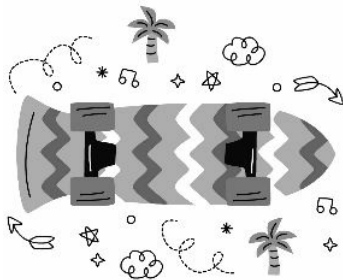
Unas eternas horas después, dio por finalizada la jornada laboral. Tenía recorridos solo unos cuantos metros cuando encontró a un par de chicos guardando un equipo de grabación en un vehículo bastante ajado. No perdió la oportunidad y, haciendo gala de su mejor sonrisa y su trato amigable, los convenció para que lo acercasen hasta los muelles, a unos pocos kilómetros de allí.

Cuando se apeó del coche y se despidió, colgándose la cámara al hombro, supo que, si ellos no hubiesen aceptado llevarlo, se encontraría tirado en el arcén de la misma carretera, varios kilómetros atrás, durmiendo como un bendito sobre el asfalto.

Se encaminó hacia la furgoneta, confiando en que Alana se encontrase en su interior; no obstante, cuando intentó abrir el portón, este estaba cerrado. Rebuscó sobre la rueda trasera derecha, tanteó con los dedos el pequeño saliente del chasis que quedaba oculto de la vista y que siempre le había servido de escondite para las llaves cuando no las llevaba consigo, y sonrió al hallarlas ahí.

—Si es que es perfecta —murmuró entrando en la casa rodante.

Antes de que pudiese parpadear dos veces, ya se había dejado caer en la cama, sin preocuparse en desvestirse siquiera y, pocos segundos después, el sueño lo venció.



Alana sentía las mejillas arder. Quiso achacarlo al espléndido sol que la había acompañado durante las horas que había pasado fuera y a las sonrisas que había ido regalando, como las que no pudo contener al ver algunos de los disfraces de los participantes, las de gratitud hacia las personas que ofrecían degustaciones o las de sincero agradecimiento por la amabilidad de algunas de las que se cruzaron con ella en aquellas horas. El ambiente era estupendo y eso se notaba.

Y sí, podría achacar su estado a todo eso, aunque en realidad sabía que el principal causante de todo era el contenido de los vasitos desechables que fue ingiriendo sin apenas darse cuenta: el vino.

Cuando trastabilló, y un señor tuvo la amabilidad de ayudarla a no caer, soltó una risita de disculpa y decidió que era el momento de regresar a la furgoneta.

Se preguntó si Hans habría terminado el trabajo, aunque lo dudó, pues el ambiente aún continuaba y la gente no parecía dispuesta a dar por finalizada la fiesta, sin embargo, un momento después, se le heló la sangre en las venas al buscar la llave en el lugar en el que ella la

había dejado horas atrás y no encontrarla.

Intentó tranquilizarse sin demasiado éxito. Instó a su cerebro embotando a pensar con serenidad, dejando de lado el aturdimiento causado por el alcohol y se agachó para escrutar con la mirada la zona contigua a la rueda.

Nada.

No halló nada y unas inmensas ganas de llorar la invadieron. ¿Qué iba a hacer? ¿Qué demonios iban a hacer si no aparecían?

Inspiró profundo y soltó el aire de forma controlada por la boca, intentando serenarse. Se sentó en el saliente que hacía las veces de escalón de entrada a la furgoneta y se fustigó por lo que había ocurrido. ¿Qué se suponía que podía hacer? Preguntarle por ellas a todo el que se cruzase en su camino no parecía una opción, en primer lugar, porque la mayoría no hablaba su idioma.

«Mierda, ¿cómo le voy a decir a Hans que he perdido las llaves?», se lamentó echándose las manos a la cara y frotándose la piel con ellas.

Elevó la cabeza cuando un sonido en el interior del vehículo captó su atención y se puso en alerta, enderezando la espalda.

Pegó la oreja al metal e intentó agudizar sus sentidos.

¿Había alguien allí dentro? ¿Podría ser que no hubiese perdido las llaves después de todo? El rayo de esperanza que sintió quedó eclipsado por la posibilidad de que un intruso se hubiese colado dentro de Iris, algo que tampoco la tranquilizó demasiado.

Decidida, buscó con la mirada a su alrededor. No dio con nada que le sirviese como arma, por lo que, ataviada con sus puños y sus ligeros conocimientos de defensa personal, rezó a todo ente superior que se le ocurrió para que el intruso también hubiese bebido aquel delicioso vino y sintiese el aturdimiento que ella experimentaba en las extremidades y la lengua, algo que, sin duda, le brindaría una oportunidad.

Inspiró hondo y abrió con ímpetu el portón, sabiéndose en inferioridad de condiciones al estar algunos centímetros más baja, y confiando en que el factor sorpresa jugase a su favor, pero toda la tensión que sentía se esfumó al escrutar la estancia y ver que el cuerpo de Hans era el que ocupaba la cama y allí no había nadie más de quien preocuparse.

Sonrió aliviada, exhaló el aire contenido en sus pulmones y bajó los puños, agradeciendo que no se hubiese despertado. Cerró con sigilo tras su espalda y se acercó a la cama sin dejar de mirarlo y sonreír bobalicona.

El pelo le caía por la frente, ocultando parte de su rostro; uno que se mostraba plácido y sereno, y que dejaba en evidencia la perfección de esa cara tan masculina. Repasó con los ojos el contorno de su mandíbula, donde el vello no demasiado largo le cubría la piel, aunque no tan tupido como para no dejar entrever el destello moreno de su dermis.

Se enterneció al advertir las pequeñas pecas desperdigadas por su nariz y pómulos, algo que ella misma poseía y que siempre se afanaba en ocultar, sin embargo, en él le parecían de lo más apropiadas y servían para restarle algo de fuerza a su apariencia.

El gesto apacible en su cara y su respiración profunda y sonora la instaron a acariciar la piel que contemplaba, sin reparar demasiado en lo que hacía. Se recreó unos segundos de más en su rostro, utilizando el tacto de la yema de sus dedos como las caricias sutiles de una pluma; descubrió la piel tostada de su cuello y arrastró la camisa en su paseo, acariciando el contorno de su clavícula en un etéreo roce.

Hans se removió cambiando de postura. La mano de Alana se mantuvo quieta en el aire, deteniendo su actividad, y sofocó una risita. Solo retomó sus movimientos cuando la garganta

masculina emitió un pequeño ronquido que la hizo sonreír.

Se había colocado boca arriba y una de sus nervudas manos, de dedos largos, llenos de anillos y uñas castigadas, descansó sobre la zona media de su abdomen.

No supo si fue el alcohol o si en el fondo ya lo había perdonado, aunque no lo mereciera. Quizá fuese una combinación de ambas cosas, pero una idea fugaz e inesperada cruzó por su cabeza.

Lo más seguro era que se tratara de una mala idea, aunque no la supo catalogar como era debido a causa de la neblina que cubría sus pensamientos. No obstante, en el fondo de su subconsciente, supo que podía llegar a arrepentirse cuando esta se disipara.

No le importó.

Tragó saliva y retomó las caricias de sus dedos, sin hacerle el menor caso a la voz que la advertía y que mandó a paseo al apreciar que la reacción que buscaba en el cuerpo masculino empezaba a darse.

31

Valiente

No son los años de vida, sino la vida de los años

Se mordió el labio inferior y se armó de valor para lo que estaba a punto de hacer. ¿De verdad iba a ser capaz? Aquella vocecita molesta y aguda, que ella visualizó asociada a la imagen de una vieja repeinada y sabionda, le dio el empujón que necesitaba cuando esta soltó tan solo seis palabras: «Esto no es propio de ti», frase que bastó para mandar cualquier pensamiento al cuerno y seguir adelante con su plan.

Sonrió con decisión y picardía ante la anticipación de imaginar lo que pensaría Hans al despertarse y encontrarla en tales menesteres, y le gustó imaginar la reacción, mezcla de sorpresa y placer, que colmaría su rostro.

Durante unos minutos jugueteó con sus dedos sobre el cuerpo masculino. Puso el foco en la piel descubierta de su garganta, la zona expuesta bajo su oreja derecha, sus labios... Y, cuando se sintió preparada, descendió más y más hacia el sur, recreándose en el bulto que ensanchaba la zona delantera de sus pantalones.

Cuando los roces sobre la tela le resultaron insuficientes, coló los dedos con cuidado a través de la cinturilla y no le hizo falta demasiada búsqueda antes de toparse con la erección de Hans, que se despertaba ansiosa por ser el centro de sus atenciones.

La sintió suave y a la vez tersa. Cogió aire con dificultad, pasando la vista desde el movimiento lento de su mano dentro del pantalón hasta la cara masculina. Le pareció inverosímil que él no se hubiese despertado, aunque así era.

Se mordió el labio y se recolocó sobre la cama. Con ayuda de la otra mano, bajó con mucho cuidado la liviana tela del pantalón y observó con deleite el vaivén oscilante que ejercía su agarre mientras friccionaba arriba y abajo, haciendo que la punta, algo más gruesa que el resto, se escondiese y saliese de nuevo a la superficie con cada movimiento en un baile hipnótico.

Sintió una punzada en su labio inferior y se dio cuenta de que había estado mordién dose con saña.

Hans movió las caderas, buscando consuelo a aquella necesidad que sentía en su húmedo sueño, y ella aprovechó el momento para bajar un poco más los pantalones, provocando que la tela revelase todo lo que antes no podía ver.

Observó los testículos contraerse a la vez que su mano aumentaba a media velocidad el baile sobre su miembro. Oprimió la palma, cerrando un poco más su agarre, y, cuando sintió un nuevo espasmo en su propio sexo, soltó un débil gemido apretando ambos muslos contra sí.

Se sintió valiente y osada, por lo que acercó la boca a la entrepierna de Hans y, con timidez, sacó la lengua y lamió con curiosidad la punta de su erección. Sus papilas gustativas registraron su sabor, algo salado y especiado. Sin sentirse satisfecha, repitió el ademán yendo un poco más allá, delineando en aquella ocasión el contorno del hinchado miembro.

La humedad que aquello aportó al vaivén de su mano la hizo estremecerse. ¿Cómo era posible que, sin ser ella la que estaba recibiendo las caricias, sintiese tal humedad entre sus piernas? Contrajo la vagina en un espasmo casi involuntario y el vello de su cuerpo se erizó.

Todo le estaba pareciendo cautivador y novedoso, aunque sentía que le faltaba algo, y ese «algo» era él. Quería provocarle tanto placer que fuese incapaz de continuar dormido, aunque no supo si sería capaz.

Deseaba que sus caricias y sus besos le resultasen tan irresistibles que, por más agotado que se sintiera, encontrara el camino de vuelta y abriese los ojos, dándose cuenta de lo que ella le estaba haciendo.

Y puso todas sus energías en conseguirlo.

Cuando el cerebro de Hans registró lo que su cuerpo estaba experimentando, y un gemido femenino inundó sus oídos, abrió los ojos y miró aturdido a su alrededor. La visión que encontró lo dejó sin palabras.

¿Seguía soñando? No terminaba de creerse que aquello no fuese producto de su subconsciente, aunque cuando sintió el leve roce de los dientes de Alana surcar la piel de su más que erguida polla, perdiéndose esta de vista dentro de su boca, supo que era real, por asombroso que pudiera parecerle.

Era un cabrón con suerte.

Contuvo la respiración y llevó las manos con lentitud hacia la cabeza femenina. Enredó los dedos en su pelo y movió las caderas hundiéndose con más ímpetu en su boca, dejándole claro que estaba allí con ella, que era consciente de lo que hacía y que lo estaba volviendo loco con aquellos soniditos.

Alana mantuvo los ojos cerrados y su corazón redobló el ritmo de sus latidos cuando supo que Hans se había despertado al fin. Se armó de valor, elevó los ojos hasta él y separó la boca lo suficiente para que ambos echasen en falta el contacto al instante.

—Hola —susurró ella, sonriéndole.

—Hola.

La voz de Hans sonó grave y ávida de más. Verla así y allí había sido una sorpresa para él, sentir cómo lo devoraba le resultó jodidamente increíble, pero lo que hizo que todo se le volviese del revés fue observar sus ojos, regalándole un perdón que, por supuesto, no merecía.

—Por favor —le rogó—, no te detengas.

Alana curvó las comisuras de sus labios antes de descender la cabeza y retomar el movimiento. Durante unos gloriosos minutos, ambos se entregaron con deseo y pasión a lo que estaba ocurriendo, experimentando y aprendiendo el uno del cuerpo y las reacciones del otro y, cuando Hans sintió que no podía más, habló con voz entrecortada.

—Me voy a correr. —Su tono instó a Alana a retirarse si así lo deseaba.

Él imaginó que lo haría, esperó sentir el impacto del aire a su alrededor y la frustración de verse privado de sus atenciones cuando la boca de ella lo abandonase, sin embargo, no se detuvo. Al contrario, presionó con más fuerza los labios alrededor de su tallo y afianzó el agarre en sus testículos, comprimiéndolos entre sus dedos.

Hans puso los ojos en blanco y dejó caer la cabeza sobre el colchón con un sonido de derrota. Se sintió morir y gimió con fuerza cuando comenzó a correrse. Sus manos se cerraron en torno al

pelo de ella y todo se volvió nublado en su cabeza.

La chica nunca había hecho algo así, jamás había regalado placer de esa forma ni mucho menos se habían corrido en su boca. Ante aquella nueva experiencia, sintió cómo su garganta se comprimía en un acto reflejo cuando el líquido caliente impactó contra su campanilla, aunque el amago de arcada que amenazó con estropear el momento nunca llegó a producirse debido a la sorpresa que experimentó ante el tirón de la mano de Hans en su pelo.

Aquel gesto envió un ramalazo de placer que, en contra de todo lo que hubiese esperado, esquivó el dolor y tomó el camino directo a su entrepierna, que se contrajo de anticipación.

Tragó de manera instintiva y el líquido descendió por su garganta.

Y aquello fue superior a Hans, que no dejó de mirarla asombrado.

—Jod... joder —masculló—. Qué maravilla. Qué puta maravilla, Alana...

Su abdomen se contrajo un par de veces más antes de que su cuerpo quedase rendido y las manos soltasen el agarre de la cabeza femenina.

La chica sintió una leve caricia en su sien derecha y miró hacia arriba, conectando con la mirada de él. Hans no perdió detalle de cómo la boca de ella recorrió, en una última y lenta caricia, la piel de su satisfecho miembro.

Cuando se retiró por completo, Alana se aclaró la garganta y relamió sus labios, notando que el sabor de Hans inundaba todos sus sentidos, algo que no le resultó desagradable y que podía llegar a convertirla en adicta.

—Eso ha sido...

Detuvo la frase a medias ante la sorpresa de sentir el cuerpo menudo de ella reptar por el suyo. La joven no estaba dispuesta a terminar aquello tan pronto, no cuando toda ella ardía de necesidad. No, cuando sabía lo que Hans podía procurar con su boca, sus manos o su cuerpo.

La mirada hambrienta que Alana le dedicó, más de mujer decidida que de niña asustada, de la que no quedaba ni rastro en aquel momento, le dejó claro que aquello no había terminado.

En absoluto.

Lo nuestro

Envejecer es inevitable pero madurar es opcional

—¿De qué te ríes? —Hans la escrutó divertido, contagiándose del buen humor de ella.

—África, que ha soltado una de sus burradas habituales.

Con el brazo alrededor de su hombro fijó la mirada en el teléfono al que Alana prestaba atención y leyó por encima.

Ella había enviado al grupo de amigas una fotografía de ambos frente a un castillo. En la instantánea, un selfi hecho sin demasiada preocupación por el encuadre y más interesado en inmortalizarlos a ambos juntos en aquel paraje, él aparecía por detrás de ella y la proximidad entre ambos dejaba clara la familiaridad y la confianza que sentían en aquel momento.

Hans leyó en voz alta.

África: 

Tenéis cara de recién follados. De MUY bien follados, para ser exacta. Amiga, ¿estás bien?
¿Tienes algo que contar?

Soltó una carcajada a la vez que Alana sonreía poniendo los ojos en blanco.

—¿Puedo?

Ella asintió, le tendió el teléfono, y él llevó su pulgar hasta el botón de grabación de voz, a la misma vez que, con la otra mano, la que se posaba en la clavícula femenina, recorría en círculos la piel a su alcance.

Ese contacto le seguía resultando nuevo y a la vez familiar; la conexión entre ambos cuerpos y el recuerdo de lo que podían llegar a hacer juntos le hizo recordar diferentes momentos que habían vivido durante los dos días anteriores, horas y horas en las que tan solo habían salido de la furgoneta para las necesidades más básicas, regresando a ella y utilizando cada rincón del reducido habitáculo para darle rienda suelta a esa necesidad acuciante de conocer cada gesto, reacción y gusto del otro.

Alana ya había perdido la cuenta de los orgasmos que había tenido entre sus brazos y de las cosas que había hecho con y por él.

No se arrepentía de haberlo asaltado aquella tarde mientras dormía, pese a que un regusto

amargo aún copase el final de su garganta, pues todavía no habían abordado el tema del fantasma que parecía pulular sobre la cabeza de Hans y que empañaba un poco todo.

—Hola, África. Hola, Alba —comenzó y su deje grave llamó la atención de Alana y de su cuerpo, que se puso en alerta, solo que en aquella ocasión esas palabras no iban dirigidas a ella, por lo que tuvo que llamarse a la calma—. Me alegra que Alana tenga amigas que se preocupan tanto por ella. Está bien o al menos eso creo, pero ¿me hacéis un favor? Si en algún momento no la trato como merece, tenéis permiso para torturarme como queráis.

Cuando tendió el aparato en dirección a Alana, aún grabando, esta sonrió.

—No sabes lo que acabas de hacer. No conoces a África —le advirtió—. Estoy bien, chicas. No os preocupéis, nos vemos pronto. Os quiero —se limitó a añadir.

Enviarón el mensaje, y Alana supo que la acribillarían sin descanso hasta sonsacarle la última palabra, aunque eso sería cuando estuviese a solas. De momento, se entretuvieron durante unos minutos con las reacciones de ambas al audio.

Alana soltó una nueva carcajada con una respuesta de África, y su reacción hizo sonreír a Hans. No obstante, este la miró poniéndose algo más serio de lo habitual.

Ella, al darse cuenta de su escrutinio, frunció el ceño.

—¿Qué pasa?

—¿Estás bien de verdad?

—Claro. ¿Y esa pregunta? —respondió sin querer empañar el bonito momento que estaban viviendo.

Después de darle muchas vueltas había tomado la decisión de no pensar en nada más. Era consciente de que todo aquello tenía fecha de caducidad, ella volvería a Costa Serena, Hans regresaría a su vida ambulante, y jamás volverían a encontrarse, por lo que se había propuesto no atormentarse o preocuparse de arreglar los descosidos que parecía tener en su alma nómada. O al menos era lo que intentaba.

—Simple curiosidad —respondió Hans modificando el tono a uno más despreocupado y pícaro—. No es que hayamos hablado mucho durante las últimas cuarenta y ocho horas, ¿verdad?

Alana sintió un repentino calor ascender por su cuello y negó con la cabeza.

Por supuesto que no habían hablado demasiado, pero no solo por lo que él insinuaba, ya que si bien era cierto que se habían entretenido en actividades más lúdicas y físicas, Hans había repetido en cierta manera el patrón tras cada encuentro sexual, interponiendo una distancia entre ellos que a Alana le pesaba como si se tratara de un abismo que no pudiera atravesar. La única diferencia había sido que, tras aquella primera vez, no había vuelto a ser tan cruel con sus palabras.

En realidad, ella tampoco le había dado pie a serlo, ya que no le había seguido en ninguna de las ocasiones que él se había alejado; había aprendido que hacerlo no servía de nada, sino más bien todo lo contrario. Cuando Hans se encontraba acorralado se volvía una persona hiriente, ofensiva y cínica, por lo que se centraba en preocuparse por ella misma y en recuperar la respiración tras cada encuentro, aleccionando a su corazón para que siguiese los pasos de su cabeza y no se involucrase en todo aquello, mientras él murmuraba cualquier pobre excusa y tomaba distancia.

—Estoy bien —se limitó a repetir y se obligó a sonreír.

Hans besó su sien y, satisfecho, dirigió la vista hacia la edificación que tenían delante. La robusta construcción de piedra, con numerosas ventanas y aspecto eterno, se alzaba ante ellos en toda su gloria, como mudo testigo de la tormenta que se fraguaba en la mente de ambos.

Alana silenció el teléfono y lo dejó olvidado en su bolsillo trasero e, imitando a Hans, prestó atención al paisaje.

—Es precioso.

—Sí que lo es. ¿Quieres entrar?

La joven lo miró extrañada.

—¿Es que piensas colarte?

—No. —Rio ante el tono horrorizado de ella—. Tenía la idea de llamar a la puerta y preguntar si podíamos hacer una visita, por eso de no cometer un delito... ¿Por qué? ¿Prefieres que infrinjamos algunas leyes?

—Por supuesto que no.

—Mejor. Créeme, no te resultaría agradable pasar la noche en un calabozo.

Alana lo miró con los ojos muy abiertos.

—Hablas como si supieras lo que es.

—Mejor no preguntes. —Le sonrió despreocupado—. Entonces, ¿qué? ¿Nos colamos?

—¡No!

—¿Segura? —insistió bajando el tono y dotando a la conversación de un ambiente más íntimo—. La adrenalina de ser descubiertos puede ser muy inspiradora.

Alana lo observó con una expresión horrorizada a la par que divertida.

—No me hace falta más inspiración, estoy servida, gracias.

—Me lo tomaré como un halago.

—Tú mismo —rebatió, y Hans soltó una carcajada—. ¿Crees que nos dejarán pasar?

—No perdemos nada por intentarlo.

Se encaminaron hasta la entrada manteniendo el contacto del brazo masculino alrededor del cuerpo femenino. Alana oteó a su alrededor intentando disimular su nerviosismo, pues no estaba del todo segura de que Hans no fuese a cambiar de planes en el último momento e instarla a meterse por una de las ventanas abiertas. No le extrañaría lo más mínimo, era un tipo impulsivo, sin embargo, ella no quería acabar arrestada.

Hans sentía el nerviosismo irradiando por todo el cuerpo de la joven. Se planteó esconderla tras uno de aquellos arbustos podados con formas ridículas y hacer que se desprendiese de toda la tensión que parecía tener acumulada con su técnica infalible.

La pudo visualizar gritando su nombre en medio de un orgasmo y haciéndola callar con su boca para no ser descubiertos, aunque algo en los ojos de la joven le dijo que la idea no iba a ser bien recibida en aquella ocasión.

Lástima, pues la imagen que había recreado en su imaginación fue tan succulenta que su cuerpo ya se encontraba más que preparado para llevarla a cabo.

Con aquello solo corroboró lo que más se temía: se había vuelto adicto a ella.

Cuando la mano de Hans pulsó el moderno timbre, poco propio de un castillo tan antiguo, pero del todo práctico, lo sintió volverse contra ella e invadir todo su espacio vital.

Alana echó la cabeza hacia atrás, observando su atrayente rostro.

—Dame tu boca —exigió él.

—¿Ahora?

—Sí —respondió sin darle tiempo a pensar en nada más e impactando sus labios contra los de ella.

Alana intentó resistirse a aquel asalto tan poco apropiado. No esperaba una reacción así estando en medio de aquella situación, pero, cuando la lengua de Hans insistió por segunda vez en penetrar su boca, se sintió incapaz de negarse por más tiempo.

Gimió con los ojos cerrados, las manos masculinas se enredaron en su pelo y tironeó de él con posesividad, no obstante, antes de poder abandonarse por completo y pedirle que se la llevase de allí, él se separó, y ella, anhelando el efímero contacto, se sintió necesitada y hambrienta de mucho más.

—*Bonjour*. —Escuchó la voz de Hans cargada de amabilidad tras el sonido de la enorme puerta abriéndose.

Entornó los ojos e inspiró hondo, intentando serenarse.

¿Cómo era posible que sintiese ese deseo si habían hecho el amor una vez tras otra hasta saciarse tan solo unas horas atrás? No lo entendía, pero era tan cierto como el dolor sordo que sentía entre sus piernas.

Un señor con cara amable respondió al saludo, y ambos hombres se enfrascaron en un breve cruce de palabras en francés del que Alana no pudo distinguir ningún mensaje claro. Podría estar preguntándole si les permitía pasar a visitar el castillo, rogándole por una cama donde llevársela a continuar lo que habían empezado con aquel beso o utilizándola como moneda de cambio para conseguir dinero en efectivo. Tanto daba, pues ella no se iba a enterar, aunque si podía elegir prefería la cama.

Tras unas cuantas palabras más, Hans sonrió y habló con una pronunciación que a Alana le pareció perfecta.

—*Merci Monsieur. Je vous souhaite une belle journée. Au revoir*.

Él giró sobre sus talones, instándola a hacer lo mismo, y ella se apresuró en despedirse con un gesto de cabeza hacia el hombre, que los observaba ocultando una sonrisa.

—¿Qué te ha dicho? —susurró mirando de reojo cómo este cerraba la puerta—. Y ¿cómo es que sabes hablar tan bien francés?

—Mi chica de las preguntas.—Alana intentó no prestar demasiada atención a la pertenencia que desprendían aquellas palabras e insistió en saber la respuesta—. El castillo está alquilado para una boda y no puede dejarnos pasar.

—¿Y el idioma?

Hans sonrió y la atrajo de nuevo hacia él con su brazo sin dejar de caminar.

—Hay cosas que aún no sabes sobre mí, *mädchen*.

—¿Me vas a decir al menos qué significa eso de *mädchen*? —le recriminó.

Él le dio un beso en la mejilla.

—Algún día.

El gruñido de Alana en respuesta lo hizo sonreír. Ella le dio un manotazo en el pecho, aunque terminó pasando el brazo por su cintura, incapaz de no curvar los labios ante el sonido de su risa.

A Hans le gustó aquella respuesta femenina, pues hasta entonces había sentido que Alana guardaba las distancias en público, a pesar de que él se afanase por tocarla y besarla en cualquier lugar.

Pasearon por la zona un buen rato más y, cuando el hambre los visitó, buscaron un lugar donde comer.

—Vamos allí —dijo ella—. Es precioso.

—De acuerdo.

Hans supo con solo mirarlo que el lugar no iba a ser barato, pero se fijó en el brillo en la mirada de Alana y quiso complacerla; era lo mínimo que se merecía después de tener que aguantar sus continuos cambios de humor, por lo que decidió que podía hacer una excepción y sentarse en aquella coqueta terraza en la que lo más seguro es que les cobraran hasta por respirar.

Comieron disfrutando de la compañía del otro y del lugar, Hans se maravilló por la sonrisa

de Alana, y ella sintió que su corazón se contraía cada vez que él tenía un gesto tierno hacia ella.

—Gracias —murmuró la chica mirándole después de que él le hubiese puesto un mechón de pelo tras su oreja y hubiera pellizcado su nariz.

A Hans le gustaba tocarla, a todas horas y de todas las formas posibles.

—¿Por?

—Por todo. Por traerme a este sitio tan especial, por estos días, por dejar que viajase contigo...

—No me quedó más remedio —bromeó—. Para cuando me quise dar cuenta, salías de debajo de mi cama.

Ella sonrió.

—Podrías haberme llevado de vuelta y no lo hiciste.

—¿Cómo iba a ser capaz? —rebatió sin perder el buen humor, masticando un trozo de pimienta braseado de su plato—. Tus ojos parecían los de un cordero que sabe que va derecho al matadero, y ya sabes que no como carne. No pude resistirme a salvarte, me lo estabas pidiendo a gritos.

Alana frunció el ceño sin perder la sonrisa.

—No es verdad.

—Deberías haberte visto. —La señaló despreocupado con el tenedor—. Casi te estaba dando un ataque de ansiedad. Parecía que en cualquier momento ibas a vomitarme en los pies de los nervios y salir corriendo de vuelta a Costa Serena.

—¡No iba a hacer nada de eso!

—Te aseguro que sí.

—Que no —repitió—. Acepto que estaba nerviosa...

—No solo nerviosa.

—Vale, estaba un poco histérica —admitió—. Aunque tenía una buena razón. No te conocía de casi nada y me había colado en tu furgoneta; había dejado una triste nota a mi familia, me había liado la manta a la cabeza y no sabía ni a dónde ibas ni qué podías hacerme cuando me descubrieras allí abajo.

Hans la observó durante un instante. A Alana la sonrisa se le fue congelando al advertir su mirada.

—¿Te arrepientes?

—No.

—¿De verdad?

—No me arrepiento de haber venido —reafirmó sus palabras con un gesto de la cabeza, pues sintió que no estaba resultando convincente.

—Sin embargo, hay algo que te reconcome.

Hans hurgaba en su interior sin ser consciente de que con ello se estaba arriesgando a que ella hiciese lo mismo con él, a que aquello pusiese cosas sobre la mesa; algo para lo que, a todas luces, no parecía estar preparado.

Alana dejó el cubierto sobre el plato, bebió de su copa y apoyó los antebrazos en la superficie de la mesa.

—Todo lo que hice me ha llevado hasta este momento —comenzó, sin dejar de mirarlo—. Desde aceptar tu invitación para acompañarte en la playa cada mañana, sabiendo que no debía tomarme tantas confianzas con un huésped, hasta colarme de polizón en tu furgoneta y casi obligarte a llevarme contigo. No te voy a negar que tuve mis dudas y sigo pensando que, cuando vuelva, esto va a tener alguna consecuencia que no voy a poder controlar; con mis padres, con el

trabajo. —«Con mi corazón», añadió sin palabras—. Quizá entonces me lamente por no haberlo gestionado todo de otro modo, porque me he embarcado en algo que sé que no tiene el futuro que yo deseo; pero no, Hans. No me arrepiento de nada de lo que hice ni me pesan mis decisiones, porque gracias a ellas hoy estoy aquí, en Francia, frente a un hombre que despierta en mí sensaciones y sentimientos que nunca había experimentado y con el que he hecho cosas que jamás hice con nadie.

El silencio que siguió a la declaración de Alana fue tenso, sin embargo, la joven no se desdijo. Se alegraba de haber sido franca, tanto con él como consigo misma, y lo hizo porque sintió que había llegado la hora de ser honesta con lo que sentía.

—Entiendo.

Él desvió la vista y no añadió nada más. Alana frunció el ceño.

—¿Sí? —le preguntó con escepticismo—. ¿De verdad lo haces, Hans? ¿Comprendes lo que siento por ti?

Alana sintió pasar cada segundo mientras no dejaba de observarlo.

—Estás sugestionada. Puedo recordar cómo se siente uno al descubrir ciertas cosas por primera vez, y esa fascinación puede ser muy intensa y confusa a veces.

La aludida desvió la vista y reprimió el repentino escozor que sintió en los ojos al percibir cómo sus sentimientos eran menospreciados. Soltó lo primero que se le vino sin pensar. Necesitaba escapar de aquella conversación.

—He leído que existe una regla para calcular la edad mínima o máxima aceptable que debería tener la persona con la que estás.

—¿Qué?

—Hay un artículo de una psicóloga que lo explica. Tienes que restar siete a tu edad y multiplicarlo por dos.

La incredulidad de Hans quedó patente en su cara.

—¿Me estás hablando en serio? Sí, claro que hablas en serio. Me juego la furgoneta a que incluso has calculado las nuestras.

Con el tono que había empleado y la forma en la que había llamado a su vehículo: furgoneta, no Iris, Alana se sintió cohibida al responderle.

—La mínima tuya es veinticuatro y la máxima mía, veintiocho. Lo nuestro es una excepción, me temo —respondió sin mirarlo a los ojos.

Por supuesto que lo era, pensó Hans. Él jamás había permitido que nadie alterase su vida y su interior de aquella forma.

«Lo nuestro».

Un pavor conocido atenazó su cuerpo ante las palabras de la joven y lo que llevaban implícitas, ante sus propios sentimientos. Notar cómo algo revoloteaba en sus entrañas le provocó tanto miedo que no supo cómo gestionarlo, por lo que una vez más hizo lo único que sabía hacer: huir y arrasarlo con todo lo que dejaba atrás.

—Y ese estudio, ¿habla de relaciones sexuales o sentimentales?

—Sentimentales —murmuró.

—Por lo que no dice nada de que alguien de mi edad pueda follar a alguien de la tuya, ¿verdad? —No esperó ninguna respuesta ni Alana hizo el amago de contestar—. En ese caso, no debemos preocuparnos. Podemos seguir haciendo todo lo que queramos siempre que no haya sentimientos de por medio, solo intenta no enamorarte de mí, ¿eh?

Soltó una risotada cínica, y Alana apretó la mandíbula al escuchar la humillación en su tono de voz.

Intentó callarse, hacer como siempre y tragarse la reacción que le nacía ante aquello, pero se sintió sobrepasada. La furia que sintió al escucharlo hablar tan a la ligera de los sentimientos que albergaba hacia él la superaron, sumado a todo lo que ya llevaba días arrastrando, por lo que soltó la servilleta de tela sobre la mesa con brío.

—Está claro que la madurez no está relacionada con la edad.

—¿Eso qué es? ¿Una especie de golpe bajo? —le preguntó elevando una ceja con gesto de fingido pasotismo.

Alana se encogió de hombros.

—No soy yo la que tiene complejo de Peter Pan ni la que tiene miedo a hablar de su pasado. ¿Te cuento un secreto, Hans? Algún día dejarás de huir de todo y, cuando ese día llegue, vas a estar tan solo que te darás mucha pena a ti mismo por lo gilipollas que estás siendo.

Hans dejó ir el aire en un sonido que se asemejó a una risa escéptica, y Alana agradeció que las personas a su alrededor no hablasen su idioma.

—¡Vaya! Si sabes ser cruel y todo. —Rompió el contacto visual con ella, llamando la atención de la camarera y haciéndole un gesto con la mano—. Y dime, chica perfecta y madura, ¿hay algo más que quieras decirme ahora que parece que estamos hablando con sinceridad? Estoy seguro de que una niña tan fantástica y ejemplar como tú, que ha vivido mucho, tiene tanto mundo y no está para nada sobreprotegida por su familia, tiene un montón de cosas que enseñar y lecciones que impartir a alguien tan superficial, gilipollas y vacío como yo.

—No. Tú te lo has dicho todo. —Se levantó—. Hazte un favor a ti mismo y crece de una puta vez.

Con esa última frase se marchó, dejándolo atrás y reprimiendo las ganas que le nacían de echarle las manos al cuello y zarandearlo para que espabilase de una vez.

Borró de un manotazo el par de lágrimas que descendían por su mejilla justo antes de acceder a la furgoneta. Cuando Hans entró unos minutos después, ella cerraba su mochila.

Se volvió hacia él con ímpetu sin importarle la humedad que surcaba su rostro. El hombre se detuvo en el umbral sintiéndose incapaz de dar un paso más.

—Todo esto ha sido ridículo, pero, por suerte, ya se acabó. Por fin me vas a perder de vista, es eso lo que querías, ¿no? —le dijo con rabia—. Soy idiota, debí haberte dicho que sí cuando quisiste llevarme de vuelta a casa. Que te vaya bien en la vida, Hans.

Pasó junto a él sin dirigirle ni una mirada más, y él no hizo nada por impedir que saliese de la furgoneta y de su vida. No hizo nada, una vez más, por sanar su interior y reconciliarse con sus sentimientos, aunque con ello hiciese daño a la persona que había conseguido colarse en su corazón mientras él luchaba por apartarla de su lado de manera inconsciente.

Cuando registró el silencio de la furgoneta, dándose cuenta de lo que había hecho, soltó un bramido de pura frustración y lanzó la pequeña figura de cristal que aferraba en su mano y que había comprado en un puestecillo en la calle para entregársela en son de paz.

Esta estalló sobre uno de los armarios y se hizo pedazos, cayendo al suelo con un ruido sordo. La observó durante unos minutos y se dio cuenta de que aquella metáfora era del todo apropiada para cómo sentía su corazón.

Se dejó caer contra la superficie a su espalda y se echó a llorar como no había hecho desde que, siendo niño, su madre lo abandonase.

33

Volver

El silencio también es una respuesta

La preocupación que sintieron Fede y Estrella al descubrir que su hija se había marchado no fue nada en comparación con la que les invadía desde que regresara. La muchacha intentaba disimular su estado, procuraba hacer lo mismo de siempre, se volcó en el cuidado de sus hermanos e incluso hacía unos días que había empezado el máster.

No obstante, a sus padres no podía engañarlos.

La conocían tan bien que sabían que algo muy malo había ocurrido.

—¿Cómo está? —preguntó Alicia, la tía de Alana, al matrimonio.

—En apariencia, bien, pero si te paras a observarla un rato te das cuenta de que no es así —contestó Estrella.

—¿Y sigue sin querer hablar?

La madre de la joven negó con pesar al tiempo que su marido apretaba la mandíbula y desviaba la vista de su hija a los platos que estaba secando para la cena.

El hombre había respetado el silencio de Alana y, desde entonces, contenía las ganas de estrangular con sus propias manos al imbécil que se la había llevado. Porque sabía que el causante de que su primogénita anduviese como un alma en pena por la casa y de que el brillo de sus ojos se hubiese apagado no era otro que él.

Tarde o temprano lo haría, si la vida le concedía una nueva oportunidad frente a él le devolvería una a una cada lágrima que sabía que ella estaba derramando en soledad y, cuando ese día llegase, se tomaría la venganza por su propia mano.

—¿Y tú qué? Le vas a abrir un agujero al pobre plato de tanto frotar.

Fede levantó la cabeza y miró a las dos mujeres, que lo observaban con fijeza.

—Voy a avisar a los niños para que bajen a cenar.

Se escabulló de ambas y se perdió escaleras arriba.

Estrella suspiró con pesar.

Sabía que su marido adoraba a cada uno de sus hijos, sin embargo, con Alana sentía una conexión especial y aquella situación lo tenía desquiciado. Hacía varias semanas que no lo reconocía, y eso que llevaban juntos toda una vida. La mujer intentó concentrarse en lo que su hermana le decía sin mucho éxito.

Alana, ajena a la tormenta que se cernía en torno a sus progenitores, ayudó a Zahara a encajar una nueva pieza en el rompecabezas de formas geométricas de madera y aplaudió con

entusiasmo al ver la alegría de la pequeña.

—Y lo sigue celebrando como si fuese la primera vez... Qué absurdo —dijo su hermana Carolina, que las miraba tumbada en el sofá con la *tablet* en las manos.

—Pues como hacías tú cuando tenías su edad.

—Permíteme que lo dude —rebató—. Me niego a creer que era tan simple.

Alana giró la cabeza y negó observando a su hermana de quince años.

—Simple no lo sé, pero parece que la estupidez te viene de serie.

La aludida abrió los ojos con asombro y fascinación, girando la cabeza en su dirección y mirándola con una sonrisa sorprendida.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi perfecta hermana mayor?

Y aquella pregunta desató la tormenta.

—¡Dejad de decir eso de una maldita vez! —chilló Alana sin poder contenerse, sobresaltando a la pequeña, que comenzó a llorar al momento.

Se levantó, algo aturdida por su propio estallido de furia, y se marchó corriendo a su apartamento con la cara desencajada. Al entrar, cerró el pestillo y se dejó caer con la espalda contra la puerta.

Rompió en un llanto desgarrador, dejando salir todo lo que llevaba días sintiendo. Aquello quebrantaba la promesa que se había hecho a sí misma en el tren de vuelta a casa, en la que se había prohibido derramar una sola lágrima más por Hans después de haberlas dejado salir sin restricciones durante todo el trayecto.

No se las merecía. Hans, en ningún momento, tuvo intención de ir más allá con ella y debía asumirlo de una vez por todas, porque si él lo hubiese querido, si tan solo un atisbo de intención hubiese asomado por algún resquicio de su amurallada personalidad, cubierta por aquella fachada de hombre alegre y despreocupado, ella lo habría notado.

Pero no, tan solo fue un pasatiempo para él, alguien con quien charlar y entretenerse; una más con quien follar.

Aquella palabra la repugnaba, porque rebajaba lo que habían compartido y también porque él la había utilizado para referirse a lo que hicieron, menospreciando sus encuentros y convirtiéndolos en algo vulgar. Sin embargo, debía grabárselo a fuego, porque eso representaba para él; un cuerpo caliente más donde enterrarse y disfrutar.

Y debía superarlo.

Debía borrar de su cerebro todas las cosas que sentía, el revoloteo en su vientre cada vez que le dedicaba una sonrisa o le guiñaba un ojo con complicidad; las risas compartidas, el apelativo cariñoso que le dirigía y que, tras haberlo buscado ella misma al ser consciente de que él jamás se lo explicaría, había descubierto que significaba «muchacha».

Eso había sido para él, una simple y absurda muchacha.

Sabía que debía pasar página, pero no sabía cómo hacerlo, la situación la superaba y se sentía incapaz de pensar con coherencia.

Sumida en su llanto, no fue consciente del sonido de la puerta exterior al abrirse ni el de unos pasos acercándose a su posición, por lo que se sobresaltó al sentir unos brazos rodeándola.

Al momento, el olor de aquel cuerpo calmó su alarma y se dejó ir.

—Pequeña... —La voz compungida de su padre redobló la intensidad de sus sollozos.

Fede sintió el corazón palpar con fuerza y tragó saliva con dificultad. Los brazos de la muchacha rodearon el cuello masculino y lloró sin reprimirse, dejando salir la pena y la frustración que sentía, expulsándolo todo y hundiendo la cabeza en su pecho.

Permanecieron así durante un buen rato, padre e hija abrazados. La mano de él acariciando su

cabeza en un movimiento hipnótico destinado a sanar, la cabeza de ella descansando en su reconfortante cuerpo. Poco a poco la respiración femenina se fue relajando, acompasando el ritmo a la de su padre.

Sintiéndose arropada por el único hombre que la quería, y que la había adorado desde que llegó al mundo veintiún años atrás, reunió las fuerzas para iniciar la conversación.

Con el corazón hecho añicos le hizo una breve narración de lo que había ocurrido desde que conoció a Hans, saltándose las partes obvias y que jamás compartiría con su padre, aunque a Fede no le hizo falta rellenar los huecos vacíos.

Por más que le pesara el paso del tiempo comprendía que su hija ya no era una niña, aunque la idea de lo que ello conllevaba le resultara igual de incómoda que si alguien hubiese metido la mano dentro de su cuerpo y se afanase en apretar su hígado hasta hacerlo puré.

—¿Te arrepientes? —Aquella pregunta encogió el corazón de Alana, haciéndola rememorar el último día, la última conversación que Hans y ella habían mantenido, esas mismas palabras en unos labios que ella veneraba. Negó con la cabeza—. Pero te duele...

—Mucho, papá.

Él agarró ambos lados de su cabeza y se la alzó, observándola con cariño y preocupación.

—Te has enamorado de él —afirmó y las palabras rasgaron un poquito su garganta al salir.

Alana, con el rostro surcado de lágrimas, los ojos enrojecidos y la cara congestionada, asintió haciendo un puchero.

—Pero ya no importa, papá. Él no siente lo mismo por mí y ya no está ni estará en mi vida. Cuanto antes lo asuma, mejor.

Aquellas palabras se clavaron en su herido corazón.

—Tu familia sí que está —contestó él con rotundidad—. Te queremos. No importa lo que hagas. No importan los errores que cometas. No importa nada, cariño. Te queremos siempre y nada va a cambiarlo.

—Lo sé.

—Te he echado mucho de menos, pero ahora que te tengo me mata verte así.

—Lo siento. —Sorbió por la nariz.

—Mamá me ha dicho lo que ha pasado con Carolina —añadió, y ella lo miró con cautela—. No pasa nada, tu hermana entiende que estás mal y te perdona. Todos sabemos que tú no eres así.

Alana se removió en su postura sentada en el suelo y se limpió las lágrimas, que aún mojaban sus mejillas.

—¿Y cómo soy, papá? ¿Responsable? ¿Obediente? ¿Predecible? —Fede la observó en silencio, y ella redobló los esfuerzos por contenerse, aunque no lo consiguió—. ¿Perfecta?

—Para nosotros sí lo eres.

—Pero ¿es que no es verdad! —estalló—. No soy perfecta, ¿es que no lo veis? —decirlo en voz alta hizo que se sintiese en parte liberada—. Me he escapado con un hombre trece años mayor que yo...

—No importa —murmuró Fede.

—He cambiado de país, he bebido con desconocidos en plena calle, podrían haberme encerrado en un calabozo francés por colarme en un castillo... —exageró.

Su padre la miró estupefacto un segundo.

—No pasa nada, estás aquí ahora. Eso ya no importa.

—¡Sí que importa, papá! ¡Me he acostado con él! ¿Es que no lo entiendes? ¡Se lo he dado todo, le he dado hasta mi primera vez, y él ha tirado mi corazón a la basura como si no valiese nada!

Aquella confesión hizo que se quedaran en silencio, observándose lo que pareció una eternidad.

Alana, turbada por su estallido, se fijó en que su padre cogió aire con pesar antes de hablar y lo soltó en un suspiro.

—Nada de eso importa, cariño. Te queremos con todo ello; pese a todo ello. Para mamá y para mí eres inmejorable. Tú y todos tus hermanos lo sois. —Acarició su mejilla—. Completáis nuestra vida, la volvéis caótica y desquiciante, pero la convertís en maravillosa. Y sabemos que no lo sois, por supuesto. Sabemos que no eres perfecta, Alana, que has hecho cosas que no se merecen un título así, pero eso no hace que te queramos menos o que nos hayas defraudado, porque somos conscientes de primera mano de que, cuando amas a alguien, lo haces con todas las consecuencias. Con todos los errores, dudas y miedos.

—Papá...

Alana supo que hablaba de su historia, de lo que habían vivido su madre y él hasta llegar a donde habían llegado.

Él negó con una sonrisa.

—No quiero que sientas esa presión sobre tus hombros, pequeña. Tienes que entender que no es a nosotros a quien debes impresionar o contentar con cada cosa que haces, sino a ti misma. Siempre te has desvivido por hacer felices a los demás, pero te tienes que anteponer. Tu felicidad tiene que ser lo primero para ti.

Sabía que su padre era un hombre comprensivo, pero jamás imaginó que se mostraría tan tolerante con sus errores, que no eran pocos.

—No sé si soy capaz de hacer eso —admitió con humildad.

—Tienes que intentarlo, cariño. —El hombre apretó con afecto su mano—. Tienes que tomar decisiones que te lleven hacia lo que de verdad quieres tener en tu vida y no solo me refiero a la parte amorosa.

—¿Hablas del máster? ¿No quieres que trabaje para ti? —La vulnerabilidad en su tono de voz fue más de lo que Fede pudo soportar y la abrazó.

—No. No quiero que trabajes para mí. Quiero que trabajes conmigo, que es diferente. Pero lo que de verdad quiero es que solo tomes ese camino si es lo que de verdad va a hacerte feliz —aclaró besando su coronilla—. Decidas lo que decidas, nosotros siempre estaremos a tu lado, apoyando cada una de tus decisiones.

Alana inspiró y asintió, comprendiendo el mensaje que su padre quería transmitirle y sintiéndose bastante más ligera, aunque su corazón estuviese igual de roto.

—Gracias, papá.

—Y si alguna vez ese tipo...

—Hans —lo interrumpió, y él la examinó alzando una ceja, gesto que hizo sonreír a Alana—. Se llama Hans —murmuró.

—Si alguna vez Hans vuelve por aquí, le partiré las piernas.

—¡Papá!

—Solo si eso te hace feliz, cariño —aclaró con diversión, y ambos rieron con complicidad.

34

Tonto

Fingir que no duele, duele el doble

Las piernas de Hans se hallaban enredadas en un mar de extremidades. Sintió la cabeza embotada y un pitido sordo inundó sus oídos cuando la conciencia regresó a él. Frunció el ceño, dolorido y desubicado, justo antes de abrir los ojos.

Un gemido femenino y somnoliento llegó desde algún lugar a su izquierda.

Giró el cuello hacia el sonido y parpadeó repetidas veces intentando despejarse y sintiendo la boca demasiado pastosa. Trató de tragar saliva, observando la piel morena y llena de marcas de la mujer que yacía dormida a su lado.

Aferrada a ella se cernían unos brazos tatuados. Conocía esos tatuajes.

Su cerebro estableció la conexión y una serie de imágenes desfilaron por sus ojos, haciéndole recordar cómo había acabado en aquella situación.

Recordó haber llegado sintiéndose más perdido que nunca a las cuevas donde se encontraba, las mismas que descubrió tiempo atrás gracias a un colega con el que se había topado sin pretenderlo. Él vivía allí en comunidad con otras personas, mujeres, hombres y niños, que practicaban aquel estilo de vida bohemio y antiautoritario que llamó tanto su atención.

En el pasado recordaba haber disfrutado del tiempo que estuvo allí, y era consciente de que experimentar ese modo de vida había enriquecido de alguna manera su realidad.

De eso ya hacía algunos años y, aunque en su día se despidió de ellos y continuó su camino, por alguna extraña razón había vuelto.

En realidad no le era tan extraño ese motivo, pues, desde que Alana lo había abandonado, se había ido sintiendo más y más perdido a cada kilómetro que recorría y tan solo fue a la deriva hasta llegar allí.

Era la primera vez que no conseguía disfrutar de la improvisación como modo de vida. Esa sensación que le había llenado en el pasado en aquel momento se le antojaba vacía y poco apetecible, y eso lo asustaba.

«Te falta ella», le dijo una voz en su cabeza.

Ella.

Esa chica inexperta, con unos principios férreos, metas claras en la vida y responsable hasta decir basta, que había vuelto del revés su alocada vida con sus expresivos ojos azules, esa nobleza de espíritu y la forma que tenía de mirarlo, como si él tuviese todas las respuestas a las dudas de su existencia.

Maldijo el momento en el que se coló en su furgoneta sin darse cuenta de que, en realidad, hacía días que había entrado en su interior sin intención inmediata de marcharse.

Inquieto con el curso que volvían a tomar sus pensamientos, se levantó con cuidado para no molestar a ninguna de las cinco personas que dormían en aquella cueva y se dirigió al exterior, percatándose de que aún no había amanecido.

Observó el cielo plagado de estrellas. Las pudo apreciar en toda su extensión al encontrarse en aquel lugar entre las montañas, retirado de la civilización, y cogió aire con fuerza llenando sus pulmones hasta que casi los sintió explotar.

Lo dejó salir con lentitud por sus labios entreabiertos a la vez que cerraba los ojos.

Las preguntas que lo atormentaban desde que habían discutido se sucedieron una vez más, y de nuevo fue incapaz de encontrarles respuestas.

Sentía que no era el mismo de antes, se encontraba perdido, aunque sus pies descalzos tocasen la tierra.

Suspiró frustrado cuando, tras varios minutos intentando conectar con su interior, no lo consiguió. Desesperado, se decidió por lo único que podía aportarle un poco de solaz, aunque con ello tuviese que dar más explicaciones que nunca.

Con un propósito más claro, y aferrándose a un pequeño rayito de esperanza, recogió sus escasas pertenencias del lugar donde las había dejado la noche anterior. Con decisión agarró la camisa, sucia y arrugada, que había corrido peor suerte que los pantalones que llevaba puestos, y junto con las llaves de la furgoneta, aún sin haber despuntado el sol en el horizonte, se marchó del lugar sin despedirse.

Un revoloteo en su estómago lo acompañó durante todo el trayecto. Evitó detenerse, ya que el depósito estaba lleno, e Iris tendría que aguantar hasta llegar a su destino o al menos eso esperaba.

—Bien hecho, campeona —felicitó al vehículo cuando aparcó frente a la fachada y detuvo el motor.

Acarició el capó con cariño y dirigió sus pasos hasta la vivienda, con los nervios atenazando su pecho.

El hombre que abrió la puerta lo miró asombrado.

—¿Qué haces tú aquí?

—Vaya. Yo también me alegro de verte —contestó sin demasiadas ganas de bromear—. ¿Puedo pasar? Necesito verla.

Recibió una mirada desconfiada como respuesta inicial, aunque terminó por asentir.

—Cariño, tienes visita —anunció el anfitrión cerrando la puerta tras de sí.

La figura menuda y conocida que salió de la cocina con una tostada en la mano a medio comer se detuvo en el vano de la puerta, con expresión de miedo y estupefacción.

—¿Hans? ¿Qué haces aquí?

Él soltó una risotada, pero la alegría no llegó a inundar su rostro.

—Os repetís. ¿Me invitas a un café? Tenemos que hablar.

Virginia asintió frunciendo el ceño, extrañada, y se dio media vuelta, dándoles la espalda. Hans la siguió, sintiendo la presencia de Juan Carlos a su espalda, pero, justo antes de acceder a la estancia, este se excusó y los dejó solos.

Al entrar, ella terminaba de servir el líquido marrón y humeante.

—¿Azúcar?

—No. —Se lo tendió expectante—. Gracias.

La mujer tomó asiento en uno de los taburetes altos frente a la isla de la cocina. Hans se

entretuvo en remover su bebida caliente con la cucharilla y, cuando levantó la vista, no le sorprendió descubrir que lo observaba como si pretendiera leer su mente.

«No quieras entrar ahí, Vir», pensó.

—Parece que hayas visto un fantasma.

—Estaría menos sorprendida si alguno se cruzase en mi camino, te lo aseguro —rebatió la mujer—. ¿Qué has hecho? Tienes un aspecto horrible. ¿Necesitas dinero?

Hans frunció el ceño.

—¿Es que acaso os lo he pedido antes?

—Para todo hay una primera vez.

—No. —Corroboró sus palabras con una negación de su cabeza—. No necesito dinero.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

—Si mi visita os molesta me lo puedes decir y me marcharé por donde he venido —contestó a la defensiva.

—¿Tú eres tonto?

—Tu cariño me abruma.

—Lo que te va a abrumar va a ser el guantazo que te voy a dar si sigues comportándote como un gilipollas.

—Deja de insultarme. —La escrutó apretando los dientes.

—Deja de merecer que lo haga.

Ambos se retaron con la mirada.

Virginia bebió un sorbo de su bebida ya fría y, tras componer una mueca de repulsa observando el contenido del tazón, lo observó y elevó una ceja.

—¿Y bien? ¿Me vas a explicar por qué tienes toda la pinta de un vagabundo al que ha arrollado un tren? ¿Dónde está Alana?

La mención del nombre de la chica le comprimió el corazón y la expresión que cruzó por su rostro dejó claro a la mujer que algo malo había ocurrido.

Hans suspiró y depositó la taza sobre la encimera con cuidado.

—Soy gilipollas.

—¿No me digas? Si ya lo decía yo... —Él bufó, y la mujer contuvo una sonrisa—. Vale, perdón. Ya me callo. Continúa.

Y Hans lo hizo.

Durante casi una hora habló y habló, explicándole todo lo que ella no sabía de su relación con Alana, de las cosas que habían iniciado el acercamiento en aquellos primeros días, lo que compartieron después y cómo terminó todo.

Virginia se mantuvo callada en un ejercicio de contención digno de admirar, ya que más de una vez le hubiese gustado vociferarle e insultarlo, sin embargo, le permitió desahogarse y sacar todo lo que llevaba dentro antes de hablar.

Cuando Hans sintió que no podía añadir nada más, que no encontraba nada digno de mención, ella cogió aire y lo soltó sonoramente.

—Deja que reorganice un poco mi cabeza —le pidió llevándose la delgada mano a la frente.

—Si das con la clave para hacerlo, compártela conmigo.

La mujer puso los ojos en blanco.

—A ver. —Se recolocó en el asiento e intentó comenzar a hablar hasta en dos ocasiones, pero cerró la boca sin emitir sonido alguno.

Hans rio.

—¿Te has quedado sin palabras? No me lo creo.

—Es que estoy tan sorprendida que no sé ni qué decirte —se excusó.

—No hace falta que digas nada, en realidad.

—¡Y un cuerno que no!

—No recordaba que fueras tan agresiva —contestó con tono divertido.

—No lo era, hasta hace un momento. De hecho me había despertado de muy buen humor gracias a mi marido y a sus atenciones, estaba disfrutando de un agradable desayuno hasta que un cenutrio ha venido y ha demostrado cómo de imbécil se puede llegar a ser con una chica adorable, dulce y educada, que no merecía que la trataran así.

—Me encanta cómo te pones de mi lado —ironizó.

—No puedo hacer eso, Hans —se justificó la mujer y cambió el tono por uno más pacificador—. No puedo, aunque sea lo que más desee en el mundo. Te quiero, bien sabes que lo hago como habría querido a un hijo, pero eso no significa que apruebe lo que has hecho.

—Créeme, lo sé.

—No te voy a mentir, va a ser difícil que lo arregles.

Hans se pasó la mano por la cara.

—No sé si quiero arreglarlo, la verdad.

Ella dejó ir una risa incrédula y lo miró suspicaz.

—Si no quisieras, no habrías venido a verme. Estás aquí porque necesitabas desahogarte, dejar salir todo lo que llevas dentro y recibir el consuelo de alguien que te conoce.

—Cosa que no estás haciendo.

—No, por supuesto que no. No niego que me dé pena la situación en la que te has metido tú solito. Tu vida ahora mismo es el reflejo de lo que hay en tu cabeza y en tu corazón, y me entristece ver lo roto que estás. Para mí no es agradable darme cuenta de que el dolor que llevas dentro desde la muerte de tu madre te ha convertido en alguien así, incapaz de reconocer un sentimiento tan magnífico como el amor.

Él la miró entre asombrado y escéptico. No habían mencionado a su madre en ningún momento, pero Virginia conocía toda la historia y solo le había hecho falta sumar dos más dos.

—¿Y cómo sabes que es amor?

—¿Cómo sabes tú que no lo es? —rebatía ella—. Has tenido relaciones con más mujeres antes, ¿experimentaste lo mismo que sientes ahora por Alana?

—Con ellas solo tuve sexo.

—Con Alana también, ¿no? Según lo que le dijiste, solo te la estabas follando.

Le causó rechazo escuchar aquella palabra en los labios de Virginia, pero sobre todo le provocó repulsa saber que justo así era como se lo había dicho a ella, la forma exacta en la que había rebajado lo compartido y se lo había escupido a la cara.

—Sí, es cierto que lo dije.

—Aunque no es verdad —se opuso—. Si no sintieras nada por ella no estarías aquí, lamentándote y sintiéndote así de mal, por algo que ha pasado hace ya dos semanas. Si no sintieras nada por ella te habrías ido a cualquier esquina del mundo a divertirte, disfrutar, comer y practicar solo sexo.

«Solo».

La imagen de Alana mirándolo con esos ojos que lo tenían obnubilado provocó que observase con interés a la mujer, a la vez que procesaba sus palabras.

—¿Estoy enamorado de ella? —le preguntó sin terminar de creérselo.

Virginia le sonrió con cariño.

—Yo no te puedo contestar a eso. Tan solo te digo lo que sé y lo que veo, lo que has hecho

siempre hasta ahora —argumentó—. Las relaciones no son fáciles, Hans. Muy pocos están dispuestos a sufrir y sí a gozar. Debes valorar si la necesidad que sientes de estar con ella es mayor a tu miedo a exponerte. Piensa si el cariño que le tienes es desinteresado, si sientes una alegría genuina por verla conseguir sus logros, si crees que es tan especial que el mero hecho de imaginarla lejos de ti te rompe por dentro.

—¿Y si ya estoy roto?

—No lo estás —le aseguró—. Pregúntate si serías capaz de anteponer tus propias necesidades egoístas a lo que sabes que la hará feliz. Si tu contestación es que sí, entonces, ahí tienes la respuesta.

Interiorizó todo lo que le dijo Virginia y recordó las últimas palabras que le había dedicado Alana, con la sensación de tener un nudo en la garganta.

«Está claro que la madurez no está relacionada con la edad». «No soy yo la que tiene complejo de Peter Pan ni la que tiene miedo a hablar de su pasado. ¿Te cuento un secreto, Hans? Algún día dejarás de huir de todo y, cuando ese día llegue, vas a estar tan solo que te darás mucha pena a ti mismo por lo gilipollas que estás siendo».

—Ella lo supo —murmuró para sí mismo, y Virginia curvó los labios encogiéndolos levemente los hombros—. Es curioso que, sacándole más de una década, me haya calado tan bien.

—Es una chica lista.

—No tanto si se fijó en mí.

Virginia acarició su mejilla, dándole un par de golpecitos en ella.

—Necesitas descansar. Tienes que estar despejado para decidir qué vas a hacer a partir de ahora. Deberás tener claros tus siguientes pasos antes de volver a cruzarte en los de ella.

—Lo sé.

—Puede que su familia te odie.

—Estoy seguro de que ya lo hace.

Jugueteó con uno de sus anillos, metiéndolo y sacándolo del dedo. Virginia apreció la vulnerabilidad en sus gestos y sintió cómo su corazón se ablandaba.

—Hans, aunque te haya dicho todo esto, recuerda que ninguna opinión en el mundo vale más que tu propia conciencia, solo tienes que escucharla de verdad y sabrás el camino.

—Lo intentaré, aunque en los últimos tiempos no me caigo demasiado bien y creo que me podría sabotear a mí mismo.

—Ve a darte una ducha y descansa un rato, anda. Tu habitación está preparada.

«Siempre lo está», le faltó añadir.

—Sutil manera de decirme que apesto —contestó él levantándose. Le dio un beso en la mejilla y llevó ambas tazas al fregadero.

—Hans —lo nombró cuando se dirigía hacia la puerta, dispuesto a cumplir su orden—. Utiliza tus cicatrices del pasado para que sean tu impulso ahora. La vida a veces parece difícil de sobrellevar, pero todos tenemos dentro una reserva de fuerza que no imaginamos y que emerge cuando se nos pone contra la espada y la pared. —Le guiñó un ojo—. Esta es una de esas pruebas, así que no vuelvas a cagarla o te mato.

La mujer se giró, entretenida en vaciar los restos de la cafetera por el desagüe. Antes de marcharse, Hans llamó su atención.

—Vir, nunca te he dado las gracias por ser una madre tan increíble.

Ella soltó una risa forzada.

—No he parado de insultarte —rebatí emocionada—. Soy pésima en ese papel.

—No. Eres la mejor.

Se giró y se marchó escaleras arriba, por lo que no pudo ver cómo una lágrima corría por la mejilla de la mujer y una sonrisa trémula se dibujaba en sus labios.

35

La fiesta

Cuando tienes un lado dulce y sientes la obligación de comértelo

—¡Chicas! ¿Podéis abrir la puerta? —chilló Alana a sus amigas desde el baño, tratando de difuminar las sombras de sus párpados.

No debería haber permitido que África la maquillara. Su amiga solía decantarse siempre por *looks* más exagerados que para nada eran su estilo, pero no había podido decirle que no. Sus amigas, tanto Alba como África, llevaban en su casa atrincheradas desde la tarde anterior y se habían negado a marcharse. Le insistieron tanto en peinarla y prepararla para ese día que terminó claudicando.

—¡Chicas! —repitió y salió del baño con el pincel en la mano.

Se detuvo y miró con sorpresa al recién llegado.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó con hostilidad.

—¿Puedo pasar? —Ante su tono de cautela, Alana asintió una sola vez con la cabeza, sin embargo, no se movió de donde estaba. Alba cerró con sigilo la puerta una vez que el cuerpo masculino atravesó el umbral y se acercó al sofá desde donde África no perdía detalle—. Estás muy guapa —halagó el muchacho con cierta timidez.

—¿A qué has venido, Edu?

Él titubeó y giró la cabeza en dirección a sus amigas. Alba intentó hacerles ver que no estaba pendiente de la conversación, aunque disimuló bastante mal fijando la vista en un cuadro de la pared. África, por el contrario, continuó observándolos expectante sin un atisbo de incomodidad.

—Adelante —lo animó esta—. Somos sus amigas y sabemos toda la historia. Nosotras también queremos enterarnos de por qué estás aquí.

El chico cogió aire y miró hacia abajo.

—No tuve la ocasión de disculparme contigo —comenzó—. Cuando vine ya te habías marchado con él.

Él...

Alana sintió un nuevo pellizco en las entrañas.

—Regresé hace más de dos semanas.

—Me enteré ayer —se excusó y la miró a los ojos—. Alana, quiero pedirte perdón por lo que te dije y por lo que hice aquella noche en el *camping*. No sé qué fue lo que me pasó, te prometo que yo no soy así. Tú me conoces.

—Creía hacerlo.

—Estuve días escuchando hablar de ese tipo a todas las demás, y cuando insinuaron que tú y él... No sé, sentí que me hervía la sangre y el cerebro. Fue una sensación horrible.

—Lo que hiciste sí que fue horrible, Edu.

—Lo sé —admitió—. Sé que no tengo perdón, me comporté como un cretino y me arrepentí desde el mismo momento en el que te miré a los ojos y me vi como un monstruo.

—Te merecías que te mirase así —añadió África, y Alana la instó a mantenerse en silencio con una mirada.

—Sí, me lo merecía —corroboró él—. Lleva razón y, aunque no quiero que suene a excusa fácil, me cegaron los celos. Yo... —titubeó bajando el tono de voz—. Yo siempre he sentido algo por ti. No es fácil llevar tantos años enamorado de tu mejor amiga y escuchar esas cosas.

—Oh, por favor —susurró Alba enternecida, agarrándose el pecho.

Alana las volvió a amonestar con un gesto y regresó su atención al chico que tenía frente a ella, aquel muchacho que conocía desde hacía tanto tiempo.

La conmovió, en cierto modo, con lo que le decía.

A pesar de que siempre supo que Edu la trataba de un modo especial, jamás pensó que albergase unos sentimientos tan profundos, no obstante, si era tal y como él decía, comprendía que no le hubiese resultado sencillo estar oyendo a saber qué cosas sobre ella y Hans, pues había experimentado una sensación parecida cuando, en la furgoneta, Hans le mencionó las proposiciones de varias de sus compañeras e insinuó algunas experiencias pasadas con otras mujeres, y eso que en aquel momento no sabía siquiera que estaba enamorada de él.

Al pensar en Hans un nudo se formó en su garganta.

—Edu, yo no...

—¡Lo sé! —la cortó—. Sé que no sientes lo mismo por mí, ahora lo sé, aunque no te niego que siempre mantuve la esperanza de conseguir tu amor.

—Voy a vomitar —murmuró África fingiendo un acceso de tos, y Alana no se molestó siquiera en mirarla.

—Siento no corresponderte, Edu. Sé lo que se experimenta estando en tu lugar. Sé lo que es querer a alguien y que ese sentimiento no sea correspondido. —Llevó la mano a la de él y la aferró con afecto—. Te prometo que lo siento. Lo siento de verdad, pero no puedo forzarme a sentir algo que no me nace de dentro, no contigo —se sinceró, anteponiéndose a ella misma frente a los demás, tal y como sabía que debía empezar a hacer—. Siempre te he visto como un buen amigo y siento si alguna vez te he dado falsas esperanzas.

—No lo has hecho, tranquila.

—Aun así, eso no excusa lo que hiciste. Estuvo muy mal y no puede volver a ocurrir. —Endureció el tono de voz como hacía con sus hermanos pequeños cuando realizaban alguna trastada—. No puedes dejar que algo así te afecte de tal forma que te conviertas en alguien horrible. Tú mismo lo has dicho antes: no eres así.

—Lo sé.

—Prométeme que no volverás a hacer algo parecido con nadie, Edu.

—Te lo juro, Alana.

La respuesta del chico fue inmediata y sonó sincera, por lo que ella asintió, dedicándole una escueta sonrisa. Una vez terminada la conversación, la joven se excusó, ya que debía arreglarse para llegar a tiempo al evento que tenía a toda su familia revolucionada, y las tres amigas volvieron a quedarse a solas cuando él se marchó.

Alba y África comentaron lo ocurrido, por supuesto, no iban a dejarlo pasar, no obstante, Alana se mostró callada y pensativa.

Sí, le alegraba haber arreglado las cosas con Edu, aunque rememorar aquel día había sido el detonante para que todos los demás pensamientos que desfilaban por su cabeza en aquel momento se sucediesen sin descanso.

Porque fue Hans el que la encontró al borde de un ataque de ansiedad cuando ocurrió.

Porque fue el pecho de Hans en el que lloró cuando no pudo contenerse.

Porque era a Hans al que ella le profesaba esos sentimientos no correspondidos y que entendía tan bien.

Y siempre era Hans...

La opresión ya conocida en el pecho la acompañó durante varias horas. Intentó disfrutar de aquel bonito día en el que sus abuelos celebraban sus bodas de rubí, festejando esos cuarenta años de vida en común junto a toda su familia y amigos. Se obligó a sonreír y a olvidar todo lo que ennegrecía sus pensamientos, sin embargo, cuando su abuela se sentó junto a ella en la mesa, agarró su mano y le dedicó una mirada sabia y comprensiva, supo que no lo había conseguido.

—Tienes buenas amigas —comenzó la mujer.

—Sí. —Sonrió—. Son las mejores.

Observó con una sonrisa cómo Alba bailaba con Soto, y ambos reían con complicidad, eran una pareja perfecta y se alegró por ellos, aunque también sintió algo de envidia por el vínculo que habían forjado.

Frunció el ceño al ver la forma en la que África hablaba con su padre y bebía de un vaso que, a buen seguro, contendría bastante proporción de alcohol. Resopló al ver cómo, una vez más, flirteaba con él ante la cara de pasmo y diversión del hombre.

—Nadie ha querido decirme qué te pasaba. —Alana giró la cabeza al escucharla y la observó en silencio—. Aunque con tantas décadas a las espaldas una tiene sus trucos para averiguar lo que quiere.

—Abuela...

—Llevo cuarenta años casada con un policía, algo habré aprendido, ¿no crees?

La joven soltó una risita.

—Estoy segura de que sí.

Su abuela se puso seria de repente, y Alana tragó saliva.

—¿Sabes? Cuando te miro llena de vitalidad y juventud pienso en cómo sería mi vida si me hubiese tocado nacer en esta época. Las cosas ahora son muy diferentes a cuando yo tenía tu edad y la verdad es que no estoy segura de cómo me las hubiese arreglado. —Alana asintió y sonrió, interesada en su discurso. Adoraba a su abuela y le encantaba cuando le contaba cosas de su pasado—. Con todas las cosas que tienen los jóvenes de hoy en día: oportunidades, tecnología, libertad, placer... debería ser una vida fácil, pero me temo que la realidad es que se trata de una vida llena de imposiciones. —La boca de su abuela realizó un sonido parecido a un chasquido, y Alana no se atrevió a interrumpirla—. Tienes dos buenos referentes.

La cabeza de la mujer apuntó en una dirección, justo donde estaban su madre y su tía, que charlaban animadas.

—Son un buen ejemplo de a quiénes quiero parecerme en unos años.

—Lo son, pero debes entender que hoy en día las mujeres sienten presión por muchas cosas, ellas también la padecen y la luchan a diario.

—¿Presión?

Toñi asintió.

—Así es. Se les impone ser la madre perfecta, la esposa perfecta, la amiga perfecta, la trabajadora perfecta... La sociedad os obliga a ser mujeres fuertes y exitosas, y a veces olvidáis

que hay que disfrutar de la vida.

—Ellas parece que lo consiguen, ¿no?

—La mayoría del tiempo sí —admitió y sonrió, apoyándose en el respaldo de la silla con expresión cansada—. Si pudiera darle atrás al tiempo, concentraría todos mis esfuerzos en disfrutar de las cosas a las que, en su día, no les presté la suficiente atención, pero que hoy sé que fueron importantes. Daría lo que fuera por alargar los besos de buenas noches que les daba a mis niñas, en vez de ir a la carrera, porque debíamos cumplir con unos horarios y madrugar cada mañana. —Los ojos de Alana se humedecieron por el tono que su abuela estaba utilizando.

»Daría lo que fuera por tener otra vez a mis bebés entre mis brazos y olerlas, besarlas y abrazarlas antes de que se hicieran mujeres adultas que no necesitan que su madre las sostenga.

—Pero las disfrutaste, abuela.

—Lo hice, mi niña. Pero a veces me perdí en el día a día, como ser humano e imperfecto que soy. Y la clave está justo ahí, en esas palabras. ¿Sabes cuál es?

La joven se quedó pensativa un momento.

Terminó negando con la cabeza.

—No, no lo sé.

—El secreto de todo está en ser, Alana. Nos equivocamos como humanos. Lloramos y reímos como humanos, experimentamos como humanos, pero no debemos olvidar «ser».

—Creo que lo entiendo —admitió.

—No quiero que llegues a vieja como yo y pienses que has perdido tu tiempo haciendo y no siendo.

—¿Tú no estás satisfecha con cómo ha sido tu vida, abuela?

—Sí con mi vida, pero me entristezco cuando pienso en que no me perdí en esos momentos especiales por intentar ser perfecta y correcta; en que a veces no estuve en paz con el mundo. Me pone triste pensar que, a veces, no fui amable conmigo misma o con los demás y me arrepiento de no haber sido capaz de salirme de la carrera que es la vida y sentirme orgullosa por hacerlo, por contemplarla desde el arcén.

Ambas se mantuvieron en silencio unos minutos.

—¿Cómo se sabe cuáles son esos momentos especiales, abuela? ¿Cómo te das cuenta de que los estás viviendo?

La mujer sonrió enigmática, con la vista centrada en algún punto a su alrededor.

—Gírate, mi vida, y observa —la animó.

Alana frunció el ceño, extrañada, y obedeció a lo que le decía.

Oteo a su alrededor, fijándose en conocidos y familiares, que disfrutaban y charlaban animados. Su tía Alicia reía mientras su marido Adriel le manchaba la nariz con algo parecido a la nata. Observó a sus amigas bailando; lo estaban pasando bien y divirtiéndose. La mayoría de sus hermanos y primos correteaban entre carcajadas, alguno también lloraba. Sonrió enternecida al ver que sus padres bailaban abrazados y...

Su respiración y su corazón se detuvieron. La sonrisa se le heló en los labios.

Aturdida, giró la cabeza con brusquedad, dándole de nuevo la espalda a lo que sus ojos habían captado.

—¿Qué hace él aquí? —murmuró sin aliento para sí misma, no obstante, la mujer la escuchó.

—Ha venido a por ti, mi vida.

Su nieta la miró con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo...?

—Cuarenta años casada con un policía, ¿recuerdas? —se justificó con diversión—. Mírame,

Alana, y escúchame bien. No busques lo correcto. La presión que sientes es inconsciente y natural en ti, pero debes resistirte a ella. Tienes que permitirte vivir y ser imperfecta, tienes que entender que él también lo es y que...

—Abuela, él es... —No pudo continuar.

—Sé quién es. Me lo ha contado todo. —La muchacha la miró asombrada.

«¿Cómo que se lo ha contado todo? ¿Cuándo?», pensó aturdida.

—¿Tú...? ¿Él...?

—Sí. ¿Dónde crees que he estado hace un rato?

La mujer le sonrió, y Alana se sintió tan enajenada que tartamudeó al responder.

—El abuelo... Él dijo que te mareaste con tanta música y estabas dentro descansando un poco —contestó con vacilación.

—Adoro la música —rebató su abuela con una sonrisa, dándose cuenta de que el joven que había llegado con un claro propósito vinculado a su nieta avanzaba hacia ellas. Miró de nuevo a Alana—. Antes me preguntaste cómo puedes saber qué momentos son especiales —le susurró con complicidad—. Este, mi vida, es uno de esos momentos. No te olvides de ser.

Y, después de eso, se levantó ante la cara alarmada de la joven y le guiñó un ojo a él, que le sonrió e hizo un gesto con la cabeza en señal de deferencia.

Alana sentía que le costaba respirar, no podía creer que él se encontrase en la fiesta y se preguntó qué demonios hacía allí.

Temió por la integridad de Hans, ya que su padre podía descubrirlo en cualquier momento y no estaba segura de que fuese una broma o en sus planes más estudiados se encontrara partirle las piernas de verdad a su atractivo trotamundos.

Intentó llevar oxígeno a sus pulmones, lo cual le resultó imposible. Lo encontraba demasiado denso al entrar en su cuerpo, a la vez que sentía el corazón martilleando con fuerza en el pecho.

No obstante, instó a su espalda a enderezarse y se armó de valor para girarse, ir hasta él y pedirle explicaciones, pero se detuvo con brusquedad en mitad de una inspiración cuando él habló a escasos centímetros de su cuerpo.

—Buenas noches, *mädchen*.

Sorpresa

Si el amor no es una locura, no es amor

—No me llames así —contestó con los dientes apretados y los ojos cerrados.

Su corazón se saltó dos latidos al escuchar ese conocido apelativo cariñoso.

Odió haber echado de menos su voz. Detestó haberlo extrañado tanto.

Se giró y el impacto que provocó su visión la dejó sin respiración.

—¿Podemos hablar? —preguntó Hans, que compuso una mueca intentando aparentar tranquilidad cuando en el fondo se sentía presa de unos nervios que nunca antes había experimentado—. Por favor.

Alana titubeó y se fijó en él durante unos segundos.

Aún no podía asimilar el hecho de tenerlo delante. Había soñado con volver a verlo durante todos esos días, había fantaseado con la imagen de él frente a ella y se había amonestado al imaginar que se disculparía por sus acciones y le declararía su amor eterno, algo del todo absurdo y basado en una alucinación que para nada se correspondía con la realidad.

No obstante, en aquel momento compartían el mismo espacio, por increíble que aquello pudiera parecerle y, si su loco corazón no se equivocaba, se encontraba allí por ella. ¿Por qué o por quién sino?

Se tuvo que recordar que no debía ponérselo fácil.

Hans, por su parte, sentía el peso de sus actos junto a la animadversión de varias miradas posadas en su espalda. Debía importarle el resentimiento que emanaban algunas de ellas, aunque a decir verdad no era así, puesto que tan solo le afectaba de verdad la mujer que tenía delante.

Y sí, se había referido a ella como a una mujer, porque eso era lo que le había demostrado ser. No una joven inexperta o una chica inocente, sino una mujer que sabía admitir sus limitaciones, humilde ante lo que no sabía y curiosa por descubrirlo. Una mujer que había conquistado poco a poco su corazón, ese órgano que él creía incapaz de sentir. Incapaz de dar o recibir algo de valor. Incapaz de amar.

Era consciente de que no se la merecía, pero no podía imaginarse un día más sin ella, por eso, cuando Alana habló de nuevo, su corazón se saltó un par de latidos y redobló su carrera, enviándole la sensación de que quería salirse del pecho.

—Ven conmigo —le respondió ella con gesto serio, animándolo a seguirla fuera del alcance de todos aquellos que los miraban con curiosidad y recelo.

Comenzaron a caminar, y él permitió que ella tomase la delantera, bordeando la casa. No pudo evitar que sus ojos se centraran en la figura femenina que se contoneaba ante él. Sabía que ella no tenía ninguna pretensión de reclamar atenciones, sin embargo, captaba la suya en su totalidad. Esas curvas que él había besado y recorrido con su lengua le provocaron una sensación de hogar inédita y la mirada que se concentró en su persona cuando se encontraron a solas le dio la bienvenida.

Hostil, pero bienvenida, al fin y al cabo.

—Estás preciosa.

Alana suspiró.

—¿Qué haces aquí, Hans? —Se cruzó de brazos, intentando no sucumbir a sus palabras e imponer con ello algún tipo de barrera entre ambos.

—Necesitaba verte. —La mejilla de la joven realizó un movimiento, y él supo que se estaba mordiendo el carrillo—. No sé qué me has hecho, Alana, pero necesitaba verte, de verdad.

—¿Por qué? Creo que todo quedó bastante claro en Francia.

Hans sacudió la cabeza, inspiró llevando la vista al cielo y, tras unos segundos, la miró de nuevo.

—No sé cómo hacer esto.

—¿Hacer qué? ¿Hablar?

Él dejó ir una risa nerviosa, afirmando con la cabeza. Alana intentó mantenerse impassible, aunque le estaba costando horrores.

—Absurdo, ¿verdad? Pues así es justo como me siento: absurdo —repitió—. Alana, ¿cómo has podido provocar esto? ¿Acaso eres consciente de lo que me has hecho?

La joven lo observó con el ceño fruncido. Sintió un fuego crepitar en su interior y dejó que vagara libre por su cuerpo, expulsándolo por los ojos. Volcó en él toda la rabia que había ido acumulando desde la primera vez que él había golpeado su corazón, se concentró en su mirada y dejó que esas llamas volaran sin ninguna contención hasta él.

Deseaba reducirlo a cenizas y a la vez consolar esa desazón que veía en él, y tal contradicción de sentimientos la estaba volviendo loca.

—¿Estás de broma? —le espetó—. ¿De verdad me estás acusando de haberte hecho algo yo a ti?

—Sí, así es.

—Tienes... Eres... —La furia que sentía le impedía hablar con claridad. Tras inspirar hondo, y no encontrar sosiego en ello, estalló—. ¿En serio tienes la poca vergüenza de venir hasta aquí, interrumpir un momento tan especial con mi familia, contarle a mi abuela no sé qué historia sobre nosotros y plantarte delante de mí, para echarme en cara que yo te he hecho algo? Eres más gilipollas de lo que pensaba, de verdad —le espetó incrédula—. Y, como sonrías de nuevo, te mato con mis propias manos y te echo de comida a los perros de la vecina, que son cinco y siempre tienen hambre, aunque sea de carne putrefacta.

Él contuvo sus labios apretando uno contra el otro.

Rio en su interior, fruto de los nervios, algo del todo ilógico, puesto que con la actitud de la muchacha sus esperanzas se reducían a un número tan bajo que resultaba ridículo, aunque no pensaba dejar de luchar, todavía no.

Soltó el aire con lentitud, pero no pudo evitar sonreír, pues le tenía bien calado.

—¿Serías capaz de matarme?

—No me pongas a prueba, ahora mismo estoy muy cabreada y podría hacer cualquier cosa, créeme.

—Me gusta tu agresividad.

—Estás mal de la cabeza. —Negó pasmada.

—No, Alana. No lo estoy. O sí, pero ¿qué más da? —Encogió los hombros restándole importancia—. Lo que sí sé es que estoy loco por ti.

Aquella confesión dejó a la joven sin habla. ¿Había dicho lo que ella creía haber escuchado? No, no podía ser real. Que Hans admitiera algo así era tan increíble como que su padre no hubiese irrumpido aún allí para molerlo a puñetazos.

—¿Qué...?

—Estoy loco por ti —repitió—. No sé qué clase de vudú me has hecho o qué artes has empleado, pero me has vuelto adicto a ti. No me mires así, te juro que soy el primer asombrado con todo esto.

—No estás hablando en serio. Después de cómo te has comportado y las lindezas que me dedicaste, no me creo que digas esto, Hans.

—Sé que soy un capullo. —Rio con pesar—. Y ahora ni siquiera me reconozco. Si te soy sincero creí que iba a olvidarme de ti en cuanto salieses de mi furgoneta, supuse que lo que me obligaba a comportarme como un idiota era el resultado lógico de que hubieses invadido mi vida y mi intimidad, e imaginé que todo eso desaparecería en cuanto te fueses. Sin embargo, no fue así.

Hans sacudió la cabeza sin dejar de observarla, y Alana contuvo el revoloteo que sintió en su interior, sin querer darle rienda suelta a la sensación burbujeante que comenzaba a nacer en sus entrañas.

Estaba enfadada con él, debía tenerlo presente. No podía olvidar cada una de las lágrimas que había derramado y el dolor sordo de su pecho desde entonces, sin embargo, le estaba resultando mucho más difícil de lo que había imaginado, porque tenerlo allí delante, mirándola como si fuese un ángel caído del cielo y diciéndole aquellas cosas tan poco propias de él, le estaba calando hondo.

—Puedes follarte a cualquiera de esas mujeres que mencionaste, no te hacía falta venir a buscarme para eso —soltó como último recurso, queriendo protegerse de lo que su pecho comenzaba a sentir.

—No solo quiero follarte, Alana —rebatió y se encogió de hombros con un gesto vulnerable.

Alana cogió aire y lo soltó despacio.

—Entonces, ¿qué demonios quieres, Hans? Me estás volviendo loca. Estuve a esto de dártelo todo. —Gesticuló con los dedos marcando una medida ínfima—. Me he entregado a ti, he intentado comprenderte, escucharte, tratar de entender tus silencios y tu forma de desvincularte de mí cada vez que...

Se detuvo, y él la animó a proseguir.

—Continúa, por favor.

—Me hiciste daño cada vez que te alejaste de esa forma. Cada. Jodida. Vez. Y vale que no me prometiste nada, admito que quizá me monté una película en mi cabeza y quise dárme las de algo que no era. Discúlpame si me excedí en las funciones que se me permitían como orificio de entrada y salida y confundí las cosas —le dijo sin sentirlo en realidad, siendo cruel con sus palabras—. Pero estuve a un solo beso de regalarte hasta mi alma. —Suspiró y, tras desviar la vista unos segundos intentando encontrar algo de calma, volvió a mirarlo—. ¿Qué es lo que quieres, Hans? Y por una vez sé sincero conmigo y contigo, por favor. Deja de hacerme daño.

La pregunta tuvo un deje derrotado que caló en él e hizo justo lo que le pedía. Por primera vez en muchísimo tiempo se abrió en canal, dejando salir todo lo que tenía dentro. Se expuso

ante ella con todo lo que era y había sido, con todas sus cicatrices y miedos, esperando que Alana lo comprendiese y lo ayudase a sanar.

—A ti, Alana. Te quiero a ti. Volviéndome loco. Haciéndome mil preguntas. Mirándome con atención cuando te cuento los lugares en los que he estado, las cosas que he visto y vivido, los sitios que aún me quedan por recorrer. Te quiero a ti riendo conmigo, contándome tus planes de futuro, riéndome por no tener ninguno, por ser una bala perdida, pobre y sin más ropa que cuatro prendas viejas, pero limpio, eso sí. —Alana sonrió sin poder evitarlo—. Te quiero despertando conmigo, acostándote cada noche a mi lado, haciéndome mejor persona y recorriendo el mundo juntos. Te quiero sanando cada trozo roto de mi pasado, ayudándome a convertirme en mejor persona y enseñándome a amar sin reservas.

Alana bajó la vista a sus manos, estas permanecían envueltas por las de él. Se mordió el labio, afectada por su discurso. La visión de sus dedos nervudos y morenos llenos de anillos, esas muñecas plagadas de pulseras, la tinta que salpicaba la piel de sus antebrazos a la vista bajo esa camisa remangada de cualquier manera... La ropa holgada y algo ajada, pero a la vez masculina que utilizaba. Las arrugas que adornaban la comisura de sus ojos de tantas sonrisas como había regalado al mundo, aunque en aquel momento ninguna ocupase su rostro.

Escrutó al hombre que parecía mirarla con adoración y prometía venerarla, y lo examinó ahondando más allá y buscando con ahínco la veracidad de sus palabras.

Y en cierto modo sintió que era patética por perdonarlo tan pronto, pero ¿quién en su sano juicio diría que no a una declaración así de la persona de la que está enamorada?

—¿Cuándo?

—¿A qué te refieres? —cuestionó él a su vez con cautela.

—¿Cuándo te has dado cuenta de que quieres todo eso? De que me quieres a mí. ¿Cuándo? Si la última vez que nos vimos no podías ni estar en el mismo lugar que yo de lo acorralado que te sentías. ¿Cómo sé que eso no va a volver a pasar?

Hans dio un paso al frente, propiciando un acercamiento físico con precaución, pero a la misma vez con decisión. Ella no se retiró cuando las manos masculinas se posaron en su cintura y aquel logro le dio el impulso que necesitaba.

—Cuando te marchaste y fue demasiado tarde.

—Yo no me fui.

—No —rectificó con una sonrisa triste—. No lo hiciste. Yo te eché de mi lado, una vez más.

Ambos se perdieron en los ojos del otro, compartiendo un silencio sanador que significó muchas más cosas que las que se habían dicho con todas aquellas palabras. Él quiso transmitirle con su mirada todo el amor que sentía por ella, aunque no supo si lo estaba consiguiendo, pues resultaba algo nuevo para él.

Se había dado cuenta tarde de sus sentimientos, quizá demasiado, sin embargo, quiso agarrarse al brillo que desprendían los ojos de la joven, aferrándose a aquel resquicio de esperanza con todas sus fuerzas.

—Lo siento, *mädchen*. Perdóname, por favor.

—No me llames así —rogó sin fuerzas rompiendo el contacto visual con él.

Hans llevó la mano a su barbilla, que acarició con cariño instándola a mirarlo de nuevo. Cuando sus ojos conectaron con los de él, curvó los labios con un mar de promesas surcando en ellos.

—Lo hice todo mal porque todo en mí estaba mal. Tenía miedo de dejarme llevar y atarme a ti; vincularme emocionalmente y sentirme de nuevo vulnerable si alguna vez te perdía. Alana, sé que mi comportamiento ha dejado mucho que desear, pero ¿crees que podrías darme una

oportunidad para intentar ser menos gilipollas esta vez? Te prometo poner todo de mi parte para hacerte feliz.

Ambos compartieron un silencio expectante.

—¿Qué me estás pidiendo, Hans?

—Ni yo mismo lo sé. No sé gestionar esto ni lo que debo hacer o decir para no cargarla de nuevo, pero lo que sí tengo claro es lo que siento por ti y que no me pienso ir de aquí sin que me perdonen, así tenga que rogarte todos los malditos días de lo que me queda de vida —admitió.

—Y, si no lo hago, ¿dejarías de dar vueltas por el mundo por mí?

Hans pensó que la incredulidad en su tono estaba más que justificada. Mentiría si dijese que no estaba aterrado ante la posibilidad de parar y asentarse, ante la perspectiva de echar raíces. Aunque, si tenía que hacerlo, no le cabía la menor duda de que quería que fuese con ella.

—Sí. Si es lo que quieres, sí. —Y aquella simple respuesta hizo que la muchacha derramase una primera lágrima que él recogió con cariño—. ¿Por qué lloras?

El tono que utilizó, cargado de ternura y con una preocupación real por ella, abrió la compuerta que había estado conteniendo y, sin pensar en nada más, se echó a sus brazos, soltando todo lo que había acumulado desde que se separaron.

Alana sollozó, sumida en un llanto desconsolado, y él no supo cómo detener aquella tortura o si debía hacerlo, pues él mismo sentía una congoja en la garganta y un escozor tras los párpados difíciles de contener.

Hans no quería provocarle más dolor; sabía que Alana no lo había pasado bien, aquella mujer que le había interceptado en la entrada, que había conseguido sonsacarle hasta la última de sus palabras y que había resultado ser la abuela de la muchacha le había dejado claro que su nieta había sufrido por él.

Por su maldita culpa.

Lo supo desde el primer momento, desde que en aquel restaurante la miró y pudo ver cómo su bonito corazón se hacía añicos por sus crueles palabras, aunque no se había parado a meditarlo, no cuando se sentía tan asustado que en lo único en lo que pensaba era en salir corriendo y huir una vez más.

No obstante, aquella sensación pronto se tornó en desesperación una vez que entendió que no podía vivir sin ella, que con su simple presencia se había convertido en una adicción para él y en una necesidad de la que no podía ni quería prescindir, y que la había perdido por comportarse como un cretino cobarde e inmaduro antes incluso de poder tenerla.

Echar la vista atrás no había sido fácil y comprendía los celos que ella sentía. Entendía cada una de las lágrimas que derramaba, y se odió por no poder hacer nada para detenerlas. Se aborreció a sí mismo por hacerla sufrir de nuevo, cuando lo que en realidad quería y por lo que se moría de ganas era por besarla y recomponer cada pedazo que él se había encargado de romper.

—Perdóname, Alana. Por favor, perdóname.

—¿De verdad quieres estar conmigo? ¿No te vas a marchar? —gimoteó ella contra su pecho.

Hans sonrió y besó su coronilla. Un repentino escozor hizo que cerrase los ojos y un par de lágrimas cayeron sin previo aviso al bajar los párpados, pillándolo desprevenido, pues hacía mucho tiempo que no lloraba.

Respiró hondo aguantando un sollozo antes de poder hablar de nuevo.

—Sí. Quiero estar contigo. Te quiero, Alana, aun así, no puedo prometerte que no me comportaré alguna vez como un gilipollas de nuevo, te quiero con toda mi alma. ¿Me perdonas? —Ella hizo un gesto con la cabeza—. Necesito escucharlo de tus labios, por favor.

—Te perdono.

—Y ¿me prometes que me agarrarás si, en un lapsus mental, intento volver a escapar?

La joven sorbió por la nariz y lo miró con el rostro surcado de lágrimas, dándose cuenta de que él lucía el mismo aspecto. Aquello la impactó.

—No —dijo rotunda.

—¿No?

—No puedo obligarte a permanecer a mi lado si no es lo que quieres.

Aquella respuesta hizo que sus sentimientos por ella crecieran un poco más.

—¿Se lo tendré que pedir a tu padre?

—No, si no quieres perder las piernas.

Hans sonrió sin separar los labios.

—Mírame. —Con sus manos en ambas mejillas, elevó el rostro de la muchacha. Esta lo observó con los ojos enrojecidos—. No llores más, por favor.

—No puedo evitarlo —admitió ella con franqueza—. No llores tú.

—¿Me dejas hacerte feliz? —Alana asintió al mismo tiempo que sorbía por la nariz—. Voy a intentarlo, Alana. Con todas mis fuerzas y, aunque no estoy acostumbrado a abrirme a nadie, tú lo mereces.

—Nos lo merecemos.

—Nos lo merecemos —repitió—. Voy a intentarlo.

—Te quiero —le dijo por primera vez.

—¿A pesar de que no tengas una edad que la sociedad consideraría aceptable para mí?

La chica soltó una risa por la nariz.

—Los estudios a veces se equivocan. Por eso existen las excepciones.

—¿Yo soy tu excepción?

—Sí. —Sonrió justo antes de unir sus labios y apreciar el sabor salado de las lágrimas de ambos en aquel nuevo primer beso—. Eres la excepción que desmonta todos y cada uno de mis planes.

Salchicha

No cambies por nadie, pero mejora para quien lo merezca

Aparecieron de la mano compartiendo sonrisas y miradas cómplices en el jardín de su tía, lugar en el que se estaba celebrando la fiesta.

—¡Hola! —dijo un torbellino de pelo rojo con entusiasmo, interceptándolos—. Hagámoslo oficial. Soy África, y tú debes de ser Hans.

—Lo soy. —Él sonrió—. Encantado, África.

La chica le regaló dos besos entusiastas y lo miró de arriba abajo al separarse, asintiendo conforme con lo que veía.

—Confirmado: mucho mejor en persona.

Hans dejó escapar una risa.

—Gracias, supongo.

—¿Me puedo saltar el discurso o necesitas que te lo diga?

Él la miró frunciendo el ceño y, al no recibir más respuesta que un levantamiento de cejas por parte de la menuda muchacha, dirigió sus ojos a Alana.

Su chica se encogió de hombros.

—¿Qué discurso? —preguntó intrigado a la recién llegada.

—El que incluye palabras como «cadáver», «amiga» y «la próxima vez que le hagas daño te corto tu preciada *schwans*^[4] y se la echo de comer a mi perro».

—¿Hablas alemán?

—Lo necesario para no pasar hambre.

Alana sonrió y negó con la cabeza.

—Mensaje captado —respondió Hans.

—Estupendo. —Le dio unas palmaditas en el hombro—. Y, ahora, me voy a bailar. Por cierto, Alana, ya que te has pasado al irresistible bando de los maduros *follables*, me gustaría que supieras que es posible que le haya dicho a tu padre que, si alguna vez tu madre lo abandona, no dude en llamarme.

—¡África! —la amonestó la joven, mirándola con gesto enfadado—. ¡Deja de hacer eso!

La aludida se encogió de hombros e hizo un gracioso gesto con la cara.

—Pero ¿tú lo has visto bien? —Giró la cabeza y dirigió la mirada al padre de su amiga, que observaba con mal disimulada curiosidad hacia donde se encontraban—. Si parece la reencarnación de un dios nórdico caído del cielo, todo lleno de músculos, con ese pelo rubio,

esas arruguitas de maduro interesante, esa sonrisa quemabragas...

La hija del susodicho resopló, y Hans soltó una risa entretenida.

—Vete —exigió Alana.

—Adiós —canturreó.

Cuando la alocada joven se marchó, y los dejó a solas, él se giró hacia Alana con una expresión de incredulidad.

—No preguntes —resopló ella.

—Me gusta. Ah, y tiene el mismo tatuaje que tú.

Aquella frase la tomó por sorpresa.

—Sí, lo tenemos las tres, aunque no son iguales del todo.

—Ni los tenéis en el mismo lugar. El tuyo me gusta más.

Se mantuvieron la mirada durante unos segundos y la piel bajo el pecho de Alana pareció arder cuando él posó la mirada en el punto exacto.

—¿Podemos irnos de aquí? —rogó Hans.

—Aún no —susurró ella con dificultad, aguantando las mismas ganas.

La boca masculina cogió aire con fuerza.

—Está bien. —Asintió y cambió el gesto, separándose de ella a una distancia prudencial que evitase que le devorara la boca allí mismo, delante de todas aquellas personas. No obstante, no perdieron el contacto de ambas manos entrelazadas—. Tú mandas. ¿A quién me vas a presentar ahora? África va a ser complicada de superar.

Hans le sonrió, sin embargo, Alana no contestó y tampoco dejó de observarlo. Cuando sintió el peso de su mirada sobre su persona, este se volvió hacia ella.

—¿*Mädchen*? ¿Estás bien? Pareces sofocada —le dijo con verdadera inquietud.

—He cambiado de idea. Vámonos.

Las cejas masculinas se alzaron por la sorpresa.

—Pero ¿no habías...?

—Ya —lo interrumpió y tiró de su mano, sacándolo de allí.

Él no opuso resistencia. No cuando había entendido el azoramiento de ella y deducido que la forma en que lo miraba estaba cargada de necesidad. Le costó interpretar el deseo que emanaba de sus ojos, y dedujo que tenía que ser un fiel reflejo de los suyos, porque se moría por estar con ella de nuevo.

Su erección presionó contra la tela de los pantalones y agradeció no encontrarse a la vista de todos, pues no podría haberlo disimulado.

Anduvieron unos cuantos metros por la calle sin pronunciar palabra y, cuando llegaron a la puerta del apartamento de Alana, esta se giró y lo sorprendió echándole los brazos al cuello. No perdió ni un segundo en unir sus labios a los de él, que soltó un sonido mitad sorpresa, mitad gemido.

—Te necesito —murmuró Alana en una pausa para coger aire—. Mucho.

Él desplazó las manos desde la estrecha cintura a su trasero, elevándola con ímpetu. Las piernas de Alana se enredaron en sus caderas sin perder un segundo, como si aquel lugar fuese el sitio natural al que pertenecían.

Hans sintió la presión y el calor de la entrepierna femenina mientras se entretenían en enredar sus lenguas y fue más de lo que pudo soportar.

—Abre la puerta.

A Alana no le quedó claro si era un ruego o una exigencia. Apresó el labio inferior masculino y tiró con la fuerza justa hacia atrás.

—Uhm —gimió entregada.

—Alana, abre la maldita puerta.

—¿O qué? —preguntó juguetona en un pasatiempo descarado y novedoso para ella. Le gustó la sensación de ser una chica mala—. ¿Me vas a castigar por ser desobediente?

Él dejó escapar una risa que sonó como el ronquido que haría un depredador antes de saltar y devorar a su presa.

—No.

—¿No? —preguntó con algo de desilusión.

—No. Yo no, pero estoy seguro de que te castigaría alguien de tu familia si viene y nos descubre haciéndolo contra la pared, que es justo lo que va a pasar si no abres ahora mismo.

Alana cogió aire con fuerza.

—¿Hablas en serio? —Se mordió el labio con sumo interés—. ¿Lo harías?

—¿Me estás poniendo a prueba? —Sonrió y la apretó contra él—. Abre. Ya.

La joven giró el pomo, que se encontraba desbloqueado.

—Estaba abierta.

Él puso los ojos en blanco y negó con la cabeza a la vez que sonreía. No perdió ni un segundo en entrar y, una vez en el interior, utilizó lo primero con lo que se toparon para depositar el trasero de Alana, lo cual resultó ser la pequeña isla de la cocina, lugar del que cayeron algunos objetos a los que no prestaron ninguna atención.

Aferró la nuca femenina mientras devoraba su boca con ansia.

La respiración de ambos, desacompasada y superficial, habló de la necesidad que sentían por el otro. Necesidad que estaban a punto de satisfacer con el poder de las ganas acumuladas.

—Te he echado de menos —admitió él separándose hacia atrás lo justo para observar el regalo de tenerla allí, entregada y ansiosa por él. No perdió el contacto de sus manos en aquel delicado cuello—. ¿Tú me has echado de menos?

—No voy a inflar tu ego —rebató y se quejó cuando sintió la mano de él descender y pellizcarle un pezón.

—No llevas sujetador —apreció él—. Interesante.

—Ah, ¿sí?

—Mucho —admitió—. Me gusta ver cómo se te marcan los pezones contra la tela cuando me necesitas.

—También lo hacen por el frío.

—No es eso lo que sienten ahora mismo —rebató pretencioso.

—¿Cómo lo sabes? —murmuró Alana apoyando ambas manos en la superficie tras ella, lo que provocó que su pecho se alzase ante él.

—Porque es lo mismo que siento yo y porque sé que, si meto la mano aquí —añadió al mismo tiempo que colaba una de ellas por debajo del vestido y ascendía rozando la piel de su muslo—, te encontraré mojada.

—Hans.

Su nombre en los labios femeninos sonó como un ruego cuando acarició sobre la tela de su ropa interior.

—Equilicué —musitó colando un dedo.

No se contuvo y acercó la boca al cuello femenino, que se exponía ante él tras haber dejado caer la cabeza hacia atrás. Besó y lamió la dulce piel, notando en sus labios el retumbar de los gemidos que ella dejaba escapar por su garganta, rendida a sus atenciones.

Ardía por ella y, a pesar de estar disfrutando, le urgía avanzar. Ya tendrían tiempo para

recrearse, toda una vida si con suerte no volvía a cagarla, por lo que, sin dejar pasar un segundo más, subió la suave tela de aquel delicado vestido hasta sus caderas y la instó a levantar el trasero, despojándola de la ropa interior.

Cuando estuvo expuesta ante él, este se relamió los labios de anticipación, se mordió el inferior con saña mirando a Alana y agachó la cabeza.

Ella contempló con suma atención cómo los labios masculinos tomaron contacto con su sexo y, solo entonces, cerró los ojos y se entregó a él y a sus atenciones.

Hans lamió, mordió y succionó todo lo que se encontró a su paso, se dedicó por entero a hacerla perder el control, a regalarle un placer que nunca antes hubiese experimentado, pues sentía que era lo único que dominaba y que podía hacer bien sin estropear nada a su paso.

Cuando la muchacha notó una presión conocida y desquiciante de anticipación, llevó las manos hasta el pelo de Hans y se lo aferró con fuerza, instándole a apretarse contra su cuerpo justo antes de liberarse.

No obstante, él no permitió que Alana se recuperara de aquel rápido orgasmo. Cuando quiso darse cuenta, ya la había enganchado de nuevo por el trasero e iba hacia la cama con premura, dispuesto a pasarse las siguientes horas venerando cada centímetro de su anatomía.

Y adorarla fue justo lo que hizo hasta caer rendidos en el sueño más reparador que habían tenido en días.

Alana se despertó unas horas después, desconcertada y boca abajo en la cama. No había sido consciente de haber comenzado a contonear su trasero, ya que este se movía con descaro, y ella se sentía ajena a estar enviando aquella orden desde su embotado cerebro. Sin embargo, la desorientación que pudo sentir, fruto del sueño y de la embriaguez de placer que sentía, se esfumó al sentir la mano de Hans recorrer la curva de sus glúteos y ascender por su espalda, para luego descender de nuevo.

Aquella caricia la hizo ronronear de placer.

—Por fin te has despertado —susurró él en su oído, elevando la cabeza hasta ella.

Cuando Hans había abierto los ojos, un rato antes, no había podido resistirse a la tentación de verla allí, desnuda y con ese bonito culo expuesto ante él, por lo que comenzó a acariciar su espalda.

El gesto pronto se le quedó corto, pues a los pocos minutos sus dedos sintieron la necesidad de descender un poco más en sus atenciones y resiguió el contorno de su redondo y prieto trasero.

Para cuando este comenzó a balancearse, reclamando su contacto cada vez que lo abandonaba, su entrepierna lucía una erección de campeonato como si esta hubiese olvidado la cantidad de veces que habían hecho el amor.

A su cuerpo parecía darle igual todo, que ella estuviese dormida, que tan solo un par de horas atrás hubiese estado enterrado en aquel cálido y estrecho cuerpo hasta en tres asaltos diferentes o que aún no hubiese amanecido.

La necesitaba. Era tan simple como eso.

—¿Qué hora es? —gruñó ella con voz adormecida.

—Temprano. —Sonrió—. ¿Te gusta esto?

—Uhum.

Hans soltó una risa baja y continuó explorando y acariciando.

La principal diferencia de que Alana se encontrase despierta era que en aquel momento ella gemía y emitía unos ruiditos eróticos muy interesantes cada vez que se acercaba peligrosamente a determinadas zonas que no llegaba a tocar en profundidad.

Aquellos sutiles roces tan solo dejaban más y más ansiosa a Alana, y él lo sabía, por supuesto que lo sabía.

Inspiró hondo a la vez que subió su mano, siguiendo la línea de su columna hasta llegar a su cuello, y utilizó toda la palma para abarcarlo.

Alana lo escuchó gruñir y se meció de nuevo contra su cuerpo, rozando con deliberación su erección. Aquello provocó que Hans afianzase el agarre en su cuello y gimiese en respuesta.

—Me estás volviendo loco. —La voz en su oído le hizo cosquillas.

—Yo no he hecho nada —se justificó en un susurro a la vez que alzaba la cabeza y lo miraba por primera vez desde que había despertado—. Hola.

—Hola —le respondió excitado.

—Continúa.

La orden le hizo reír.

—Me estás esclavizando.

—No te quejes tanto. No parecías estar sufriendo mucho hace un momento.

—Pues te equivocas. —Apresó sus labios hinchados por el sueño y por los besos de la noche anterior, y los devoró—. Estoy pasándolo fatal.

—Oh, qué pena. Quizá se me puede ocurrir algo para remediar esa situa... —Se detuvo con brusquedad y lo miró alarmada—. ¿Has oído eso?

—¿Uhm? ¿El qué? ¿Tu necesidad de mí? —Rebatió con lascivia y volvió a acariciar su trasero.

—Shh. Para.

El cuerpo femenino se enderezó y, justo antes de que pudieran reaccionar, la puerta que conectaba con el interior se comenzó a abrir con sigilo.

Alana miró a Hans con los ojos muy abiertos, sus peores temores se hacían realidad, y su padre iba a descuartizarlo allí mismo, en la cama donde había mancillado el honor de su hija.

Contuvo una sonrisa nerviosa ante su pensamiento absurdo y le hizo un gesto silencioso mientras los tapaba a ambos. Cerró los ojos, rezando para que él hiciese lo mismo, y no tardaron en escuchar el retumbar silencioso y lento de unos pasos caminando en la misma dirección en la que ellos se encontraban.

El corazón de Alana repiqueteaba contra su pecho por la adrenalina del momento. Sentía la sangre agolpada en sus oídos y dudaba de que su rostro reflejase la tranquilidad de alguien que duerme con placidez, pero no reaccionó hasta que sintió unos golpecitos en su hombro.

—¿Alana? —susurró una voz conocida.

—¿Bruno? —Abrió los párpados de golpe y se sentó sobre el colchón, tapándose con la sábana y observando a su hermano—. ¡¿Qué demonios haces aquí tan temprano?! —exigió saber entre susurros, algo más aliviada.

El adolescente observó la escena y dedujo lo que había ocurrido entre ellos, reparando en el tipo que ocupaba parte del colchón y que continuaba dormido.

—¿Te he despertado? —Imitó su tono.

—¿Tú qué crees? —Fingió un bostezo intentando no darle demasiadas vueltas al hecho de que se encontraban desnudos bajo las sábanas. Técnicamente hacía pocos minutos que estaba despierta, por lo que se concentró en ese hecho para que no se le notase la mentira—. ¿Qué haces aquí?

—Necesitaba contarte algo.

—¿Ahora?

—No, después —ironizó—. Pues claro que ahora, Alana. Si no, no habría venido a las cinco

y media de la mañana, ¿no te parece?

—Por Dios —se quejó ella al saber la hora que era—. ¿No puede esperar?

—No.

El tono que utilizó, incluso conteniendo el volumen, le dejó claro que era importante.

Alana rebuscó entre las sábanas y se topó con un par de prendas que se colocó mientras el recién llegado soltaba una risita y se daba la vuelta, marchándose al salón.

—Ahora vuelvo —le dijo a Hans en una voz apenas audible y besó su hombro.

Este le pellizcó el trasero, y ella contuvo el grito que nació en su garganta.

Cuando llegó hasta el sofá, se sentó junto a su hermano.

—¿Qué pasa?

—Acabo de hacerlo —cuchicheó.

—¿El qué? ¿De qué hablas?

—¿Tú qué crees?

El muchacho elevó ambas cejas, y Alana negó con recelo.

—Bruno, por lo que más quieras, acabo de despertarme. No tengo ahora mismo el cerebro para andar con adivinanzas.

—Sexo, Alana. Acabo de hacerlo.

Los ojos de ella se abrieron con estupefacción.

Podía entender que Bruno quisiera contárselo, él siempre había hablado con ella de esos temas, aunque no pudiese ayudarlo demasiado debido a sus escasas y poco provechosas relaciones anteriores, pero ¿por qué hacerlo justo en aquel momento? ¿A qué se debía tanta prisa?

—Ah... Y ¿cómo...? ¿Cómo te sientes al respecto? —le preguntó sin saber bien qué decir.

—Bien. Aunque mal. ¿Mal? No, en realidad mal no, pero raro..., sí. Raro.

Ella lo miró y frunció los labios. Soltó lo primero que le vino a la cabeza.

—Habréis usado protección, ¿verdad?

—Alana, si hubiese querido una charla de ese tipo habría ido a contárselo a mamá o a papá, o al abuelo, ya puestos.

—Vale. Perdón.

Se mantuvieron en silencio y se fijó en cómo Bruno se llevaba la mano a los ojos y los presionaba.

—Joder.

—¿Qué pasa? —Se preocupó y agarró uno de sus brazos—. Bruno, sabes que puedes contarme lo que sea. ¿Qué ha ocurrido?

—No puedo. Esto no puedo contártelo.

—¿Por qué? Si es porque te da vergüenza por ser tu hermana mayor piensa que me has pillado desnuda en la cama. —Intentó quitarle hierro al asunto, ya que su hermano parecía bastante agobiado.

—¿Él también está en bolas ahí dentro?

—No te desvíes del tema —lo regañó—. ¿Qué es lo que te tiene tan preocupado?

Bruno titubeó.

—Creo que no debería haberlo hecho con esa chica.

—¿No te gusta?

—Sí, a ver, está muy buena y sabía hacer unas cosas con la lengua que...

—Espera, espera —musitó frenando su frase—. ¿No estamos hablando de Laura?

Bruno negó con la cabeza.

—No.

—Vaya —contestó Alana asombrada, pues su hermano tenía una especie de relación con aquella muchacha desde hacía unos meses—. ¿Y qué ocurre? ¿No te ha gustado? ¿Te arrepientes?

—Fue la leche, creo que jamás nadie ha tenido una primera vez como la mía, en serio. La Leche —dijo entusiasmado y al momento forzó un gesto serio—. Aunque debería arrepentirme, sí.

—Pero no lo haces.

El chico elevó ambas cejas.

—No mucho. ¿Sabías que el porno no es muy fiel a la realidad? Al menos ella no se puso a chillar como en las películas, aunque hizo sonidos que..., uff...

—Madre mía —se lamentó la mayor cerrando los ojos y pinzándose el puente de la nariz con los dedos. Tendría que hablar con sus padres para que diesen una charlita a sus hermanos con carácter urgente—. ¿Te has preocupado al menos de complacerla? ¿Le has preguntado si ha disfrutado?

—Alana, por lo que más quieras. ¡No! ¿Cómo le voy a preguntar eso? ¿Quieres que piense que soy un pringado virgen e inútil?

—A veces pareces un poco inútil, sí. Y eres virgen —evidenció—. O lo eras, al menos.

—Una información en la que no tenemos por qué recrearnos. No he sido el primero con el que se ha acostado y seguro que se estaría mofando de mí hasta que se me cayese el pelo de viejo.

—¿Quién es?

—Nadie.

La rapidez en su respuesta la puso en alerta.

—Bruno...

Su hermano se levantó como si un enjambre de abejas hubiesen tomado su culo como diana y se puso a caminar hacia atrás sin detenerse. Ella lo siguió, con la cabeza ladeada y sin dejar de observarlo.

—No es nadie importante. No la conoces y no tienes de qué preocuparte. Solo quería compartirlo contigo. ¡He follado! Bueno, me voy a dormir, es tarde.

Antes de que Alana pudiese reaccionar, el muchacho se abalanzó hacia la puerta que conectaba con la vivienda y la abrió, escapando de allí.

Ella soltó el aire retenido.

—¿Qué demonios ha sido todo eso? —preguntó a nadie en particular cuando regresó al lado de Hans y se metió en el colchón, despojándose de los pantalones masculinos y el top con los que se había vestido.

—Ni idea.

—Estaba demasiado raro...

—Olvídalo por ahora y ven aquí, *mädchen*. Necesito asegurarme de que disfrutas de mis atenciones. Lo intentaré varias veces para que no me quede ninguna duda.

Para cuando Bruno acabó de subir las escaleras y se encerró en su habitación, conteniendo una sonrisa de perplejidad por lo que acababa de vivir, la pareja se entregaba de nuevo a un baile apasionado entre sus bocas y sus cuerpos, destinado a recuperar el tiempo perdido.

38

Familia

Rompiendo reglas

Alana cerró el mensaje de su hermana y bloqueó el teléfono con una sonrisa de anticipación y de nervios en su rostro. La imagen que su cerebro había recreado ante las perspectivas que se le presentaban viajó directa hasta la parte baja de su abdomen y provocó que una marejada de calor húmedo descendiese hasta concentrarse entre sus muslos.

—¿Y esa cara? —preguntó Hans con verdadero interés al ver la mirada que le dedicaba.

—Ven aquí.

Lo agarró de la mano y lo instó a seguirla, cosa que Hans hizo con el ceño fruncido. Sin darle explicaciones, Alana abrió la puerta que conectaba con la casa de sus padres con cierto sigilo y asomó la cabeza, llamando sin recibir respuesta.

—¿Qué haces?

—Calla... —le riñó ella.

Hans dejó que lo guiase por la vivienda y también escaleras arriba. Ascendió, divertido e intrigado a partes iguales, sin soltarla de la mano.

—¿A dónde vamos? —indagó cuando subieron a la segunda planta, pero ella lo ignoró entrando con cautela en la habitación de sus padres.

—¿Papá? ¿Mamá?

Les recibió el silencio de nuevo.

Hans soltó un silbido impresionado, pues tan solo aquella estancia era más grande que el apartamento entero de Alana.

—Shh.

—Pero si no hay nadie —rebatía Hans aguantando la risa.

—Calla.

No pudo evitar reírse entretenido por la actitud de ella, que se mantenía cauta y más tensa que su propia entrepierna. Al abrir la puerta del baño elevó ambas cejas con asombro.

—Joder.

—¿Qué?

—Menudo nivel, ¿no?

Alana cerró tras ellos. Esperaba de verdad que su familia no volviera a casa hasta después del almuerzo, tal y como le había dicho su hermana Carolina, aunque no se quiso arriesgar a que llegasen y los pillasen allí, por lo que cerró el pestillo.

Sonrió mordiéndose el labio inferior con anticipación al ver cómo Hans la miraba expectante.

—¿Te apetece una ducha?

Elevó una ceja sugerente, despojándose de la ropa y quedándose desnuda frente a él. Sintió cómo los ojos del hombre recorrían su cuerpo con descaro y caminó hasta la puerta de cristal contoneándose.

—Santa María, madre de Dios.

—¿Eres creyente? —le dijo burlona. Abrió y accionó el caudal de agua que comenzó a manar del techo como si se tratase de una lluvia copiosa—. En mi baño no cabíamos los dos, así que me he visto obligada a saltarme algunas reglas. Alguien me dijo una vez que la adrenalina de ser descubiertos puede ser muy estimulante.

—Sería alguien muy sabio.

—Mucho.

Alana soltó una risita nerviosa por el tono grave que Hans había empleado y un grito escapó de su garganta cuando él, que no había perdido ni un segundo y se había desnudado en tiempo récord, la cogió en brazos y la metió dentro con un brillo depredador en los ojos.

Y, aunque no fueron descubiertos en plena actividad acuática, los padres de Alana los interceptaron bajando el último tramo de escaleras que llevaban al salón, con el cabello húmedo y jugueteando como dos niños.

Decir que el encuentro fue algo tenso sería quedarse corto.

El padre de Alana, al que Hans ya conocía, aunque no de manera formal, le dedicó una mirada que le dejó claro que sabía quién era y qué había hecho con su hija, y se habría creído su sonrisa en son de paz de no haber sido porque sintió la mano palpar tras el apretón de fingida camaradería que le había dado al saludarle.

—Quedaos a comer —les invitó el hombre, y el tono utilizado no dio lugar a réplica.

Alana trató de pedir ayuda a su madre con la mirada, intentando que esta los excusase y así poder librarse de la invitación, pero la mujer se encogió de hombros conteniendo una sonrisa.

La comida resultó una locura para Hans y una tortura para Alana.

—Guille, se come con la boca cerrada —amonestó el cabeza de familia al chiquillo de siete años que, ajeno a toda aquella situación, jugaba moviendo sus piernas en un balanceo nervioso.

—¿Quieres? —murmuró Alana a Hans ofreciéndole más comida. Este negó con la cabeza y le dedicó una sonrisa.

—Estoy bien, gracias.

Ella intentó devolverle el gesto, pero tan solo consiguió dedicarle una mueca forzada. Estaba nerviosa y algo tensa, pues sentía que era demasiado pronto para someter a Hans a una reunión de aquel tipo.

Rezó para que sus hermanos se comportasen por una vez, de lo contrario, si salía huyendo despavorido tendría motivos más que justificados para hacerlo.

Se concentró en su respiración mientras posaba los ojos en un punto cercano, que resultó ser el pelo de Hans. Este ya se encontraba seco y recogido en su habitual moño de aspecto varonil, no obstante, recordar cómo sus dedos habían tirado de esas hebras mientras gemía ella con la espalda apoyada en las baldosas frías de la ducha de la última planta no fue una buena idea.

Sintió cómo sus mejillas se colorearon.

—¿De verdad vives en la furgoneta que hay aparcada ahí fuera? —preguntó Carolina, a la que no le pasaron desapercibidos ningunos de los gestos y sonrojos de la mayor.

En cierto modo entendía a su hermana, aquel tipo resultaba muy llamativo, aunque fuese un poco viejo, sin embargo, tener el cuerpo plagado de hormonas debido a sus quince años la hacía

responder por puro instinto ante lo que su cabeza reproducía una y otra vez desde la noche anterior, momento exacto en el que había espiado la ventana del apartamento de su hermana y había atisbado movimientos sospechosos y mucha carne expuesta.

Hans asintió devolviéndole la mirada con gesto cordial.

—Sí.

—¡Mola! —respondió Guille con el entusiasmo propio de su edad—. ¡Yo quiero vivir en un camión de bomberos, mamá!

—Concéntrate en comer el filete que tienes en el plato y ya después hablamos sobre eso —rebatía la mujer.

—¿No tienes dinero para comprar una casa? —preguntó una de las gemelas.

Alana no pudo evitar una mueca de horror.

—¡Diana! ¿Qué clase de pregunta es esa?

Alana miró con los ojos muy abiertos a sus padres, aunque a estos no les dio tiempo a pronunciarse.

—La verdad es que sí que tengo una —admitió él, y su chica lo miró con un gesto de disculpa—. Pero no vivo en ella desde hace mucho tiempo.

—¿Por qué? —Carolina volvió a la carga.

—Porque no —rebatía la mayor, zanjando el tema.

Sabía que a Hans no le gustaba hablar de su pasado y no iba a permitir que se sintiese más incómodo si es que eso era posible. Ambas, Emma y Carolina, podían ser muy insistentes cuando se lo proponían.

—¿Podéis comportaros? —preguntó su madre.

—Sí, mamá —dijeron al unísono como dos angelitos.

La primogénita suspiró. Bastante tenía con el hecho de haber estado casi obligada a compartir la comida con su familia y con Hans, como para que encima lo sometieran a aquel interrogatorio.

Hans posó una mano en su muslo intentando transmitirle calma y el gesto fue percibido por los mayores sentados a la mesa.

—No pasa nada. —Le sonrió conciliador—. No me importa contestarles.

—No tienes que hacerlo. Son unas entrometidas.

—¡Eso lo serás tú! —discutió la melliza.

—Diana, no empieces —regañó su padre.

—¡Lo ha hecho ella!

Alana resopló agobiada. Por primera vez en su vida se sentía avergonzada de su familia y el sentimiento no le gustó en absoluto.

—Hans ha dicho que a él no le importa contestarnos. —Se escuchó la fingida voz inocente de Carolina, a la que le encantaba avivar el fuego.

—¡Sí que lo ha dicho! Yo lo he escuchado —corroboró Guille.

—¿Sabes que te llamas como el malo de *Frozen*? —le soltó Emma, la otra melliza.

Hans negó con un gesto confundido.

—¿*Frozen*?

—¿No la has visto? Es una peli, y es muy guay. ¿Quieres verla luego? Mamá, ¿podemos hacer palomitas?

—Emma, por favor —respondió la matriarca—. Relaja.

—No quiero comer más —murmuró Fabiola con voz trémula—. Tengo ganas de vomitar.

—¡Guille! ¡Ni se te ocurra! —amonestó su padre señalándolo con el dedo—. Suelta ahora

mismo esa cuchara llena de guisantes.

—¿Por qué? —respondió el chiquillo con toda la intención de lanzarlos como si de una catapulta se tratase.

—Guille...

—Pasadme el agua. —Se escuchó la voz pasota de Bruno.

—¿Por qué tienes tantos anillos? Los anillos son de chica.

—¿Cuántos años tienes?

—El pelo largo también es de chica.

—¡No lo es! Los chicos también pueden llevarlo así.

Las voces se solaparon entre sí, y a Hans le costó seguirlos.

Alana supo que aquello se estaba descontrolando y también fue consciente de que la única que podía detener tal locura era ella. Hans observaba alucinado la situación, girando su cabeza como si de un partido de tenis se tratase.

Sintió una vergüenza profunda anidar en su interior y, con la respiración agitada, actuó sin pensar en nada más que en sacarlo de allí.

—¡Se acabó! —Se levantó de la mesa arrastrando la silla con ella.

Ante el ruido, las voces cesaron. Todos los allí presentes la miraron con gestos muy variopintos, aunque la expresión que más se repetía era el asombro.

—Tranquila, *mädchen*... —murmuró Hans, intentando calmarla.

—¡No! ¡No estoy tranquila! ¡Ya está bien! —Los miró furiosa y señaló a Hans con la mano—. Sí, vive en una furgoneta. Sí, tiene el pelo largo, anillos, pulseras y tatuajes. Sí, es mayor, de hecho es trece años mayor que yo. Tiene treinta y cuatro años. Tiene una casa. Es vegetariano. Le gusta levantarse temprano y practicar yoga. Nació en Berlín. Habla alemán, inglés, español y francés, y su color preferido es el blanco. ¡¿Algo más?!

Nadie se atrevió a hablar, ni siquiera su hermana Zahara de tres años, que la miraba con los ojos muy abiertos.

Hans no vio oportuno añadir que también chapurreaba algo de italiano y, lo más importante de todo, que en aquel momento sabía con absoluta certeza que estaba enamorado de ella sin remedio.

—Pequeña...

—¡Pequeña no, papá! ¿Qué os pasa? —les recriminó a sus hermanos—. ¿Tan difícil es que os comportéis como una familia normal?

—Uy, lo que ha dicho —murmuró Carolina, y sus padres, los dos, la amonestaron con la mirada.

La barbilla de la joven tembló cuando las fuerzas comenzaron a abandonarla. Ver los ojos algo dolidos de su madre fue superior a ella.

—Vámonos, Hans.

Él la miró y se levantó, acariciando su cintura e intentando calmarla, no obstante, antes de ir tras ella, que ya dirigía sus pasos hacia la entrada del apartamento, miró de nuevo a la mesa.

—¿Podemos hablar más tarde? —preguntó al matrimonio, dirigiendo la vista hacia la mujer. Esta asintió devolviéndole la mirada—. Gracias por la cena —dijo apaciguador—. Estaba todo muy bueno.

—Ve con ella —lo animó Fede.

Hans le hizo un gesto con la cabeza que sirvió para mucho más que las breves palabras que se habían dirigido hasta el momento y se marchó por la puerta que Alana había dejado abierta.

39

Irse

Un deseo no cambia nada, una decisión, sí

Cuando cerró tras de sí, la escuchó murmurar en alguna parte de la estancia, por lo que la buscó con la mirada y dio con ella sentada en el sofá, con las piernas flexionadas sobre el asiento y la cabeza apoyada en las rodillas.

Caminó hasta su cuerpo encogido y se acuclilló delante de ella.

—¿Estás bien? —La cabeza de la joven se movió con una negación, aunque no estableció contacto visual—. ¿Quieres hablar sobre ello?

—No.

La voz fue clara dentro del sonido amortiguado.

—De acuerdo. ¿Te has quedado con hambre? —preguntó levantándose y yendo hacia la cocina—. Apenas has comido. Te puedo intentar preparar algo, eso sí, no me pidas nada demasiado elaborado si no quieres que la cocina salga ardiendo...

—Hans.

La voz de Alana lo detuvo.

Se giró y observó cómo levantaba el rostro, lo cual le permitió apreciar la humedad en sus mejillas. Verla llorar era algo superior a él, en general, las lágrimas siempre habían sido su kriptonita^[5], ya que se trataba de otra de las situaciones que no sabía manejar, por lo que contestó con cautela.

—Dime.

—Si quisieras huir ahora, lo entendería.

Aquello lo hizo sonreír y negó con la cabeza, regresando hasta ella.

—No me voy a ir. —Se sentó a su lado y la atrajo hacia sí—. Necesitas algo más que una comida con tu familia para que lo haga.

—Yo... no puedo.

El eco de la derrota tiñó su voz y la nuez de Hans se movió arriba y abajo cuando tragó con dificultad.

—¿A qué te refieres?

—No puedo hacer esto, Hans —añadió y elevó el rostro, uniendo sus miradas—. Yo no soy así. No hago esas cosas.

—Lo sé.

Ella señaló con la mano hacia la puerta.

—¿Has visto cómo me miraban?

—Solo te ha superado la situación, todo el mundo pierde los nervios de vez en cuando, *mädchen*.

—Yo no.

—No sabía que me había echado de novia a un cibernético^[6] —contestó intentando quitarle hierro al asunto.

Alana no se rio y se separó de él. Impuso una distancia que a Hans no le gustó en absoluto, por lo que la miró contrito, temiéndose lo peor.

—No puedo hacerlo, Hans —repitió, y él apretó la mandíbula.

Al ver cómo lo miraba dedujo a qué se refería y se lamentó por no haber sido capaz de demostrarle con cada gesto y palabra lo que significaba para él. Se arrepintió de estar perdiéndola cuando todavía no había terminado de sentirla del todo suya, sin embargo, no lo dejaría todo sin luchar, no otra vez.

—No me voy a ir.

Alana se mordió el labio y contuvo el movimiento involuntario de su barbilla al sentir de nuevo unas inmensas ganas de llorar.

—No puedo.

—Sí que puedes. Podemos afrontarlo juntos.

Se mantuvieron las miradas durante unos segundos.

—Necesito salir de aquí —imploró la voz rota de ella.

—Seguiré en este mismo lugar cuando regreses —contestó decidido—. No me voy a ir.

Se negó a aceptar aquella derrota. Se negó a renunciar a lo único que le había hecho sentirse completo en toda su jodida vida.

Se negó a renunciar a ella.

—Sácame de aquí, Hans.

La observó con la duda reflejada en el rostro.

—¿A dónde quieres ir? No conozco el pueblo y...

—No quiero que me lleves al pueblo —lo interrumpió y las comisuras de los ojos de él se arrugaron.

Hans sintió un chisporroteo en su interior que presagiaba un estallido de euforia, aunque lo contuvo. No terminaba de entender el giro que estaba dando la situación.

¿No estaba acabando con él después de todo?

—¿Qué me estás pidiendo exactamente, Alana?

—Llévame lejos de aquí. Cojamos a Iris y recorramos el mundo juntos.

Los chispazos comenzaron a prender en su estómago.

—¿Es en serio?

—Sí.

—Alana, adoras a tu familia. —No supo el motivo, pero necesitaba que ella estuviese del todo segura de su decisión antes de tomar él ninguna al respecto—. Puede que cuando todo se calme y habléis de...

Ella agarró su brazo y se pegó a él, mirándolo a los ojos.

—Hans, nunca he estado tan segura de algo —rebatía firme—. Sigo queriendo a mi familia, aun así, necesito hacer esto. Siempre he hecho lo que he creído que se esperaba de mí, siempre he pensado en los demás antes que en mí misma. Siempre. Y contigo siento que puedo saltar al vacío sin importarme lo que me espere abajo, no porque tú puedas salvarme, sino porque sé que, mientras caigo, te reirás conmigo sin importarte que nos estrellamos, siempre y cuando hayamos

disfrutado cada segundo de la experiencia.

Aquello lo dejó sin habla. Paseó la mirada por el rostro de Alana y terminó concentrándose en el brillo de sus ojos.

Una sonrisa comenzó a formarse en su masculino rostro, transformando la angustia que había sentido en esperanza, a la vez que su interior estallaba en una supernova de energía.

Se sintió capaz de aquello, supo que podría enseñarle a saltar agarrados de la mano. Ella también le mostraría a él el camino correcto, por lo que, elevando una ceja y mordiéndose el labio con expectación, agarró una de sus manos.

—¿Estás convencida de lo que me estás pidiendo?

—Por completo.

—Quieres que nos vayamos —afirmó.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo?

—¿Acaso te ha importado eso alguna vez?

Hans cogió aire y llenó sus pulmones casi en su totalidad.

—Tus padres...

—¿Qué más da?

—Me van a odiar todavía más.

—No te odian.

Hans soltó una risa incrédula.

—Permíteme que lo dude. No dijiste algo así como que me ven como al tipo que ha seducido y secuestrado a su primogénita, le ha robado la honradez y la ha devuelto convertida en toda una mujer decidida y pasional.

Alana soltó el aire por la nariz conteniendo la risa.

—No lo dije así, además, te recuerdo que me contestaste que no estamos en el siglo diecinueve y que yo soy nada de eso.

—¿Te enfadas si te digo que en el fondo me ha gustado verte hace un momento plantándole cara a todos?

—Supongo que no —contestó recuperando el tono divertido y dejando a un lado la angustia de unos minutos atrás.

—Voy a tener que buscar otra forma de llamarte, porque lo de «muchacha» ya no va contigo. Ella cerró los ojos un segundo.

—Me van a desheredar. —Hans soltó una ronca carcajada ante su lamento.

—No.

—Pues me van a matar.

—Tampoco. —Posó una mano bajo su barbilla y le alzó la cabeza, depositando un escueto beso en sus labios—. No van a hacer nada de eso.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque te quieren, y porque si yo me he plantado delante de un tipo con el aspecto del primo de Thor, con los brazos del tamaño de uno de tus muslos y dispuesto a romperme uno a uno los huesos y a disfrutar en el proceso, y no me ha hecho nada, ¿cómo lo va a hacer con su ojito derecho?

Alana soltó una risita aliviada.

—Mi padre no haría eso.

—Ya. Díselo a mi mano. Por poco tengo que pedirte que me lleves a urgencias para que me pongan una escayola.

Ella negó divertida.

—Entonces, ¿me vas a llevar contigo?

—Si es lo que de verdad quieres, sí, pero necesito que estés segura y que no sea una decisión tomada a la ligera por lo que ha pasado ahí dentro.

—Estoy segura.

Hans la atrajo por la cintura y la subió encima de él. Alana se acomodó a horcadas y apoyó ambas manos en sus hombros.

—Pues parece que habrá que hablar con tus padres.

—¿Y exponerte a que el primo de Thor te rompa por fin todos los huesos?

—Espero que me cudes y cures después.

—Puedes darlo por hecho. —Unieron sus labios, sin embargo, ella no permitió que él profundizase el beso—. Se me ha olvidado decirte algo importante.

—¿Qué? —murmuró con los ojos entrecerrados—. ¿Tienes algún otro pariente que pertenezca a la Liga de la Justicia dispuesto a hacerme puré? Con África y tu padre ya estoy bastante acojonado, siendo sincero.

Ella soltó una carcajada y negó con la cabeza.

—No.

—¿Entonces? Mira que a mi edad cualquier cosa me puede provocar un infarto.

—Creo que me enamoré de ti la primera vez que me sonreíste de lado al llamarte señor Müller, aunque no pienso admitirlo ni una sola vez más.

Y la sonrisa que compartieron justo antes de besarse fue el presagio de todo lo que vendría después.

40

Adiós

Volar y acariciar el cielo en tus brazos

La despedida fue más emotiva de lo que Alana imaginó. No pudo evitar llorar al ver a todos sus hermanos y a sus padres diciéndole adiós con la mano en el límite del jardín delantero, y agradeció haberlo hecho del resto de su familia el día anterior en una barbacoa familiar.

Echaría de menos aquellos eventos organizados con cualquier excusa y que reunían a toda la familia y amigos, aunque, en aquella ocasión y debido a la premura de la noticia, tan solo se sumaron los más allegados.

Una mano masculina le dedicó una caricia en el cuello y miró a Hans, regalándole una sonrisa trémula.

—Si no estás segura...

—Vámonos —contestó con rotundidad cuando un par de lágrimas rodaron por sus mejillas.

Hans asintió y apretó el agarre en su pierna antes de llevar la mano a la palanca de cambios. Durante la primera hora se mantuvieron en silencio, sumidos en sus propios pensamientos y lidiando con emociones nuevas a las que debían acostumbrarse.

—¿De qué hablaste ayer con mi padre?

Él sonrió enigmático.

—De nada que deba preocuparte.

—Hans...

Él apoyó la mano en su muslo y apretó con cariño.

—Lo digo en serio, no fue nada. Tan solo me pidió que cuidase de ti, me hizo prometerle que vendríamos cada cierto tiempo a verlos y me explicó los impedimentos que le pusieron tus abuelos maternos cuando tu madre se quedó embarazada de ti.

—¿Te ha contado eso?

—No sé si estaba intentando lanzarme un mensaje encriptado sobre hacerlos abuelos.

Alana soltó una carcajada.

—No te preocupes, no he cambiado de opinión con respecto a eso. Ya te dije que no entra en mis planes convertirme en madre. Tengo ocho hermanos y tendremos multitud de sobrinos en unos años.

El detalle de haber utilizado el plural no pasó desapercibido para ninguno de los dos. A ambos les gustó pensar en el futuro estando juntos.

—Imagino que sí.

—Podemos ser los tíos molones y nómadas que les mandan fotos desde cualquier rincón del mundo y les llevan regalos cuando vuelven de visita.

—No sé yo si Iris está muy contenta con esa frase —bromeó—. Para que eso llegue quedan aún varios años y me da que querrá jubilarse antes.

Alana dejó ir una risa.

—Pobre —dijo a la vez que acariciaba el salpicadero con cariño—. Por cierto, mis padres me han dado dinero. —Hans frunció el ceño y la miró un segundo antes de volver la atención a la carretera—. No he abierto el sobre ni sé si en realidad quiero hacerlo.

—No lo hagas entonces.

—¿No te molesta?

—¿El qué? ¿Que no quieras utilizarlo?

—No, que me lo hayan dado —aclaró sin dejar de observar sus gestos y muecas mientras conducía.

—Se preocupan por ti y por tu bienestar. No me puede molestar algo así. —Hans no esperó a que ella respondiera—. Es normal, Alana. Son tus padres.

—¿Seguro?

—Seguro.

—¿Tan seguro como lo de la furgoneta?

Hans dejó escapar una risotada, recordando el minucioso examen que el padre de su chica había pasado a Iris, más exhaustivo que el de las inspecciones oficiales que esta aprobaba cada año.

Alana aguantó una sonrisa rememorando la cara de circunstancias de Hans que, aunque intentaba disimular ante ella, no pudo ocultar del todo el hecho de no estar cómodo mientras el gran cuerpo de su padre invadía su intimidad de aquella forma.

—Lo dejaremos guardado junto con el tuyo para imprevistos y averías —declaró.

Él asintió conforme.

—Me parece bien.

Volvieron a sumirse en sus propios pensamientos, sin embargo, las ganas de hablar de la joven parecían regresar con la misma rapidez con la que el cuentakilómetros avanzaba en cada tramo recorrido.

—Hans.

El titubeo de su voz al nombrarlo captó todo su interés.

—Dime.

—No te llegué a preguntar algo y sigo con la duda.

—¿El qué?

—¿Cómo supiste dónde estaba el día de la fiesta?

Él elevó ambas cejas y sonrió de lado.

—Magia.

—Hans...

—¿No es eso lo que dice tu madre a tus hermanos cuando sabe algo antes de que ellos lo admitan? He aprendido mucho durante estos días.

—Eso no es magia. —Se rio—. Es la experiencia de tener tantos hijos y estar de vuelta de todo.

Él sonrió. Aquel detalle aún conseguía ponerle los pelos de punta. ¿Qué necesidad había sentido aquella pareja de superpoblar la tierra de esa forma?

No lo entendía, no obstante, para ellos tenía sentido.

Hans llevó la mano a la radio con la clara intención de poner algo de música. Alana lo detuvo entrelazando los dedos con los de él.

—Contéstame. ¿Cómo supiste que la fiesta se celebraba en casa de mi tía?

La comisura derecha de los labios masculinos se arqueó.

—¿Me creerías si te dijese que fui puerta por puerta preguntando por ti?

El manotazo de ella en su brazo le hizo soltar una carcajada.

—¡Venga ya!

—Me lo dijo tu amigo.

Alana se quedó en silencio unos segundos.

—¿Qué amigo? —No había tantas opciones, pues la mayoría se encontraban en la fiesta con ella, aun así, quiso confirmarlo.

—El que trabajaba contigo.

—¿Edu? —Hans asintió con la cabeza a la vez que hizo un sonido con la garganta—. Fui a tu casa y al ver que no había nadie me acerqué al *camping*, y él me lo dijo.

La joven, que no salía de su asombro, sonrió con cierta nostalgia.

—Es un buen chico.

—Eso mismo me dijo él sobre ti.

—¿Hablaste con él?

—Un poco. Lo justo para que me contase lo que ocurrió, que lo habías perdonado y que llevarme hasta ti formaba parte de su penitencia.

Alana lo miró con los labios apretados.

—Le gustaba.

—Algo que es comprensible y normal, pese a que tú lo digas con ese tono de incredulidad. Lo extraño es que no tengas un séquito tras de ti.

Alana negó con la cabeza.

—No es normal, nos hemos criado juntos.

—¿Y?

—Que jamás lo he mirado así.

—«Así», ¿cómo? —preguntó divertido tirándole de la lengua.

—Ya lo sabes —se quejó.

—¿Como me miraste a mí desde el primer momento en el que me presenté en la recepción del *camping*?

La nariz femenina se frunció.

—No te pases, no llamaste nada de nada mi atención ese día.

La carcajada de Hans resonó en el vehículo.

—Seguro que te pusiste a dar saltitos como una fan alocada cuando me di la vuelta.

—No te lo crees ni tú.

—Bueno, un poco loca sí que estás cuando te has fijado en mí, has invadido mi furgoneta con tu ropa y tus cosas, has devuelto tu adorado apartamento a tus padres y me has pedido que te lleve a ver mundo.

Alana sonrió y apoyó su palma sobre la mano masculina, que descansaba en la palanca de cambios.

—Y no pude haber elegido un mejor compañero de locuras.

Hans detuvo la furgoneta al entrar en el área de descanso a la que se había desviado y la miró.

—¿Sabes que te quiero?

La muchacha sonrió emocionada.

—Eso dices.

—Y espero estar demostrándolo también.

—Lo haces —contestó coqueta girando su cuerpo hacia él—. ¿Por qué paramos?

La duda de Alana fue respondida cuando él se desabrochó el cinturón y se acercó a ella.

—Porque no me podía aguantar más las ganas de besarte.

Y lo decía en serio. Alana se había convertido en su debilidad y también en su ancla, en ese lugar seguro al que siempre querría volver y que jamás soltaría. Él, que toda su vida había sido un tipo que no acostumbraba a esperar por lo que quería, había aprendido gracias a ella que no había nada de malo en parar y escucharse. También le había regalado un nuevo sentido al concepto «familia» y había conseguido hacerle sentir que pertenecía a algo o a alguien, sanando viejas heridas que aún supuraban.

La joven, al escuchar la necesidad en su voz, dejó ir una risita que murió en el momento en el que los labios de Hans entraron en contacto con los de ella.

El beso, que comenzó siendo delicado y dulce, cargado de veneración, pronto se convirtió en uno mucho más desesperado, presagiando lo que necesitaban.

Cuando, un buen rato después, ambos recuperaban la respiración tirados de cualquier manera sobre el colchón, Alana tuvo la certeza de que había tomado la decisión correcta.

Allí, con la cabeza colgando de forma precaria tras los embistes del cuerpo masculino, lo supo.

No porque el sexo con él fuese siempre apasionado e intenso y le dijese que la quería cada vez que llegaba al orgasmo.

No porque la sorprendiese cada día con su espontaneidad.

No porque hubiese conseguido el respeto y aprobación de sus padres.

Ni tampoco por lo que vivirían juntos durante todos aquellos meses que pasarían rodando por la carretera y descubriendo cada rincón en el que fuesen a parar.

Sino porque, con él, había aprendido que la vida se componía de esos momentos que le daban sentido a todo, que no valía la pena preocuparse en exceso por el mañana y sí por vivir el presente, y porque las reglas siempre tenían excepciones y estas podían resultar muy interesantes si te atrevías a descubrirlas.

41

Morriña

Disfruta del viaje y olvídate del destino

Hans y Alana sumaron tantos kilómetros como sonrisas juntos. Los meses se fueron sucediendo, ella por fin acabó el máster y su relación fue afianzándose y, aunque habían regresado en varias ocasiones a Costa Serena y a Villena juntos, nunca se quedaban más tiempo que unos pocos días.

Llevarían algo más de un año rodando por el mundo cuando, en una de aquellas visitas a casa de los padres de ella, les sorprendieron con un regalo que emocionó a Alana y provocó un nudo en el estómago de Hans.

—¡Sorpresa! —habían gritado todos juntos, incluidas amigas, tíos y abuelos, cuando accedieron al jardín y una flamante y nueva furgoneta camperizada los esperaba.

A Hans, que no le habían importado nunca las cosas materiales, le supuso un esfuerzo considerable despedirse de Iris y dejarla allí, en el camino de entrada a la vivienda.

Poner un pie en la nueva casa rodante le hizo sentir que estaba traicionando a su compañera de aventuras, algo que no pasó desapercibido para Alana, que agarró su mano y la apretó con fuerza cuando la recorrieron juntos. Sus suegros lo tranquilizaron indicando que cuidarían de Iris y que siempre estaría allí para cuando regresaran a casa, aunque todos supieron que aquello no le resultó nada fácil.

La noche antes de marcharse hicieron el amor por última vez entre sus cuatro paredes, durmiendo juntos y abrazados mientras ambos recordaban los lugares en los que habían estado los tres y le dieron las gracias por haberlo hecho posible.

La siguiente vez que regresaron, con motivo de la celebración de la boda de sus amigos Alba y Soto, Alana fue la que sorprendió a su familia con un aspecto diferente, no solo por el atuendo que lucía, que se asemejaba al de toda una aventurera con sombrero incluido, sino por la manera en la que proyectaba su energía al mundo.

—¿Qué clase de perroflauta eres tú y qué has hecho con mi hermana mayor? —le dijo Carolina, a la que le quedaban tan solo unos cuantos meses para cumplir la mayoría de edad y estaba preciosa.

—Ven aquí.

Alana abrazó a su hermana, y ambas sonrieron mientras sus padres las miraban emocionados.

—Estás guapísima —le dijo Fede al estrecharla entre sus brazos.

—Gracias, papá.

El hombre la separó de él agarrándola por los hombros y le sonrió.

—Parece que la estás haciendo feliz —le dijo a Hans sin mirarlo.

—Ella es la que me hace feliz a mí.

Entraron en la vivienda entre abrazos y sonrisas que se sucedieron durante varias horas. Tras comer juntos, la pareja se marchó al apartamento a descansar.

—Para la próxima vez que vengamos tendremos que buscarnos un hotel o dormir en mi vieja habitación de la planta de arriba —manifestó Alana mientras dejaba las llaves en la isla de la cocina—. Bruno casi no lo ha utilizado, pero Carolina está haciendo ya las maletas.

Hans la observó mientras se desabrochaba el cinturón y abría el primer botón de su pantalón. El aspecto de él también había sufrido un leve cambio, pues, aunque continuaba utilizando ropa amplia, de telas frescas y de aspecto bohemio, algunas de las nuevas adquisiciones tenían un aire más moderno y actual.

—Ya lo veremos. —Alana se sentó en el sofá y suspiró—. ¿Qué ocurre?

—No lo sé.

La ceja de Hans se alzó y fue hacia donde se encontraba.

—¿Es algo físico? —Ella negó frunciendo el ceño.

—Me siento rara estando aquí, pero para bien —aclaró.

—¿Morriña?

—Es posible.

Hans se mantuvo en silencio y pasó un brazo por los hombros de su chica. Besó su pelo y durante un buen rato se quedaron allí, tan solo compartiendo el espacio y el aire que respiraban, cada uno sumido en sus propios pensamientos.

La tarde antes de la boda, África y Alana raptaron a la futura novia y pasaron varias horas recibiendo mimos y cuidados de manos expertas, mientras no paraban de hablar sobre lo que les había ocurrido en sus vidas.

África hacía ya tiempo que se había marchado a otra ciudad, siguiendo los pasos de uno de sus amores fugaces y, después de romper con él, había decidido quedarse en aquel sitio. Encontró un trabajo que no la había aburrido a los pocos días, y palabras textuales: tenía un mercado masculino mucho más amplio donde encontrar a sus futuras víctimas.

Alba llevaba meses con la preparación de la boda e inmersa en la reforma de la casa que compartirían una vez fuesen marido y mujer. Tras un comentario de África, admitió que la utilizaban como nidito de amor, pues lo primero que compraron fue la cama tras un hecho algo vergonzoso. Rieron juntas cuando les narró la cara de horror que se le quedó a su suegra, durante una semana entera, al abrir con las llaves que le habían dejado de repuesto por si alguna vez surgía alguna emergencia, y los había pillado desnudos en pleno salón, inaugurando la estancia por todo lo alto.

Al llegar el turno de Alana, esta les relató algunos de los lugares que habían visitado en los últimos meses y de los que les había mandado fotografías por el grupo que compartían de mensajería instantánea. También contestó algunas preguntas sobre su relación con Hans, no pudo evitar echarse a reír cuando África le dijo que si alguna vez se planteaban un trío la llamasen, y se divirtió mucho al ver las caras con las que la miraban alucinadas al contarles que habían pasado unos días en una comunidad nudista que vivían en unas cuevas horadadas en las montañas.

—¿Fuiste capaz?

Alana asintió aguantando una sonrisa.

—Al principio me costó, me moría de la vergüenza, aunque en realidad llamaba más la atención quedándome vestida que desnudándome.

—Madre mía —contestó Alba con los ojos muy abiertos.

—¿Y los tíos estaban ahí, a nabo batiente?

—¡África! —Se horrorizó Alba murmurando—: ¡Baja la voz!

—No te hagas la mojigata, que tu suegra te pilló mientras su adorado y perfecto hijo te hacía un examen rectal. ¿Quién lo iba a decir? Parecían tontos y les va la sodomización.

—¡Calla!

Alana rio.

—Os he echado de menos, chicas.

Y lo decía de verdad. Sentía que en los últimos tiempos la distancia le pesaba más que de costumbre. Hacía ya tres años que se había despedido de su familia y se había embarcado en aquella aventura y, aunque desde que tenían la nueva furgoneta, a la que Hans se había negado a bautizar, su vida resultaba mucho más cómoda en todos los sentidos, pues tenía todo lo necesario para sobrevivir sin depender de encontrar un baño o una ducha cerca, echaba de menos su tierra y su gente.

Era un tema que había evitado hablar con Hans. Si de algo se sentía orgullosa era de tener una relación con él en la que podían dialogar de todo. No solían guardarse nada para sí mismos y utilizaban esa unión que habían decidido crear como catalizador de las emociones que a veces les quedaban grandes, compartiendo el peso y haciéndolo más llevadero, pero con aquello no podía.

Conocía a Hans, sabía que era un hombre al que no le gustaba estancarse, sentía que el mundo tenía mucho por ofrecer y no entendía el concepto de asentarse, por lo que hablar con él de eso era absurdo, porque no la entendería y se frustraría aún más, por lo que se lo llevaba guardando para sí misma desde hacía tiempo.

Ambos habían madurado y crecido como personas, eso era indiscutible, y tenían una relación sana, no obstante, esta no estaba exenta de discusiones.

Hans tenía la sensación de que ese tiempo con ella había sido clave para perdonar a la vida y a sí mismo por un pasado que no supo manejar.

Ese día, aprovechando que Alana pasaría la jornada con sus amigas, se había metido en la furgoneta y llevaba un buen rato sentado en aquel desgastado suelo. La soledad y el silencio que allí lo envolvía le resultó extraño, pues solía tener siempre cerca a su chica y, aunque estuviesen en silencio, su presencia lo acompañaba.

Respiró hondo y el aroma tan familiar del vehículo le erizó la piel. Sintió la necesidad de agradecer a la vida por haber jugado sus cartas tanto tiempo atrás y llevarlo hasta Alana. Palmeó el suelo de la furgoneta sonriendo, recordando aquel día en el que una simple avería se convirtió en su pasaporte para la felicidad.

No había sido un camino de rosas, pues, a pesar de que ambos eran tranquilos la mayoría del tiempo, también tenían sus roces cuando no estaban de acuerdo en algo.

Y debía reconocer que eso estaba sucediendo con más asiduidad que de costumbre. Alana llevaba un tiempo algo negativa, se aislaba y no habían sido pocas las veces que la había descubierto con la mirada perdida y sumida en sus pensamientos. Al principio creyó que sería una emoción pasajera, sin embargo, al prolongarse en el tiempo se dio cuenta de que algo no andaba bien, por mucho que ella intentase quitarle hierro al asunto y sonreírle cuando le preguntaba.

En varias ocasiones había intentado hablar del tema con ella, pero Alana insistía en que no había nada mal, que tan solo se sentía más reflexiva que de costumbre y bromeaba con que la visita a aquel templo budista la había calado hondo. Hans sabía que no era así y, si sus conjeturas no erraban, lo que sentía era nostalgia y añoranza.

Había reflexionado mucho acerca de aquello, del motivo por el que ella no reconocía lo que sentía o, si lo hacía, no lo compartía con él. Conociéndola como lo hacía, no dudaba del porqué, pero le dolía que ella no lo admitiera ante él.

Había llegado a la única conclusión posible una noche, algunas semanas atrás, en la que Alana había caído rendida después de la cena, y él no encontraba sosiego. Se recreó en observarla mientras dormía con placidez y tomó una decisión cuando el sol despuntaba en el horizonte.

El sonido de unos nudillos sobre la chapa lo sacó de sus pensamientos.

—Adelante.

La puerta se abrió con sigilo y una cabeza de largo y bonito pelo rubio asomó por ella.

—¿Hola?

—Hola, Carolina —contestó él sin moverse del suelo—. Pasa.

La joven lo hizo y cerró a su espalda, observando todo a su alrededor.

—Parece más pequeña.

—Tú eres más mayor. —Sonrió y palmeó el suelo a su lado—. Ven, siéntate.

La joven lo hizo y lo miró expectante con esos ojos azules de largas pestañas. Poco quedaba de la niña que él había conocido años atrás, pues tanto su cuerpo como su personalidad hablaban de la mujer en la que se estaba convirtiendo. Una preciosa y de fuerte personalidad.

—Tú dirás.

—¿Cómo te va todo?

La ceja derecha de ella se alzó.

—¿Me has citado aquí a escondidas para preguntarme eso? —Dejó ir un sonido dubitativo de su garganta—. No querrás nada raro, ¿verdad? Estás saliendo con mi hermana y, aunque sé que soy más divertida, carismática y estoy más buena que ella, estaría mal...

Hans dejó escapar una carcajada ante su frase tan directa y tan diferente a como habría reaccionado Alana en su situación.

—Tu cerebro me inquieta, Carolina.

—No eres el primero que me lo dice —rebatí cruzándose de brazos—. Y antes de seguir hablando debo reconocerte que fantaseé contigo siendo adolescente, pero eso no significa que quiera nada extraño. Vamos, que no, ¿eh? Ea, ya lo he dicho.

La muchacha soltó el aire en un suspiro exagerado y la frente de Hans se arrugó al elevar ambas cejas.

—No sé si quiero saber esa historia.

—Pues te lo voy a contar igual.

—Eso me temía.

—Os vi. —Hans la observó con la duda pintada en el rostro—. Os. Vi —repitió componiendo un gesto evidente.

—¿Acostándonos?

—Oh, no. —Negó con la cabeza con un tono irrefutable—. No estabais acostados en realidad.

—No me refería a...

—Sé a lo que te referías, pero me he visto en la necesidad de aclararlo. Creo que nunca más podré mirar la barra de esa cocina sin imaginaros ahí dándole al tema.

Hans volvió a reír.

—¿Lo siento?

—Deberías.

—Necesito tu ayuda —recondujo la conversación.

—¿Entramos ya en materia? Vale. Cuéntame, soy toda oídos.

Él inspiró profundo y le narró el plan que había ido puliendo al margen de Alana, sin escatimar en detalles. Para cuando terminó de exponerlo, Carolina aplaudía emocionada.

—Vale, puedes olvidarte de todo. Bueno, de todo no, claro. Pero mi parte déjala en mis manos, yo me encargo.

—¿Segura?

—Del todo. —Asintió abriendo los ojos con emoción—. Has ido a decírselo a la persona idónea.

—No hagas que me arrepienta —rogó.

—Palabrita.

La joven besó su mejilla, pegó un gritito emocionado y salió del vehículo, dejando a un sonriente Hans dentro. Después de todo, compartir la carga siempre resultaba liberador.

Al día siguiente Alana no reparó en el ánimo de Hans, ya que se vio envuelta en la vorágine de su familia mientras se preparaban para la boda a la que todos habían sido invitados. Todos menos Bruno, que se encontraba fuera del pueblo.

Su cerebro había borrado la sensación de caos que reinaba en aquella casa cuando debían acudir a algún evento, y no pudo decir que lo hubiese echado de menos cuando observó a su hermana Fabiola correr hacia el baño con la mano sobre la boca, presa de los nervios.

Regresó al apartamento abrumada y, apoyándose contra la puerta, cerró los ojos y soltó el aire con lentitud.

—¿Te pillo en mal momento? —Escuchó la voz divertida de Hans frente a ella.

Alana resopló, levantó los párpados y lo observó, quedándose sin habla.

Estaba impresionante. Aquel pantalón fino y oscuro, adornado con un fajín en el mismo tono, pero de una tela más satinada, contrastaba con la camisa blanca ceñida a su atlético cuerpo.

Él la escrutó divertido y expectante.

—¿Estoy ridículo?

—No. —Se mordió el labio sin saber qué decir, pues jamás lo había visto así de elegante—. En absoluto.

—Estás preciosa.

—Gracias, tú también.

Hans sonrió y agarró su cintura, pegándose a ella.

—¿Puedo besarte?

—Hacía años que no me preguntabas algo así.

—Lo digo por el carmín —aclaró—. Hace tiempo que no te maquillas y he perdido la práctica.

—Es permanente.

Aquella palabra fue suficiente para que sus labios se unieran a los de ella. Alana dejó ir un gemido entregado, sintiendo que parte de la tensión se disipaba con aquel beso.

—Te quiero.

—Te quiero —repitió ella uniendo su frente a la de él—. Recuérdame que, si nos pilla aquí el próximo evento, no suba bajo ningún concepto a echar una mano.

Hans sonrió sin despegar los labios y, unos minutos después, se marcharon cogidos de la mano. La mente masculina no registró su petición, pues no podía asimilar más información, ya que estaba centrado, a la par que aterrado, por lo que ocurriría unas horas más tarde.

42

La boda

Fueron felices...

La ceremonia de Alba y Soto fue todo lo emotiva que cabía esperar. Los novios lucieron radiantes, hubo lágrimas, sonrisas y mucho amor. Alana se agarró al brazo de Hans, emocionada, cuando se dieron el «sí, quiero», y este apretó la mano que reposaba sobre su antebrazo con cariño.

En un momento en el que las tres amigas se abrazaban animadas y charlaban con complicidad, Fede se acercó a él y se puso a su lado, tendiéndole una copa llena de líquido ambarino.

—¿Cómo va eso?—le preguntó su suegro.

—Incómodo.

Se metió el dedo en el espacio entre el cuello y la camisa, intentando aliviar la molestia. El otro soltó una risotada.

—Estás muy elegante.

—Tú pareces sacado de una película de Marvel.

—Me lo tomaré como un cumplido. —Cuando no le contestó, se extrañó, aunque no insistió. Dirigió sus ojos al mismo punto que él, que se hallaban posados en su hija y le habló, haciendo que Hans se volviese y lo observase en silencio—. Hace veinticinco años tomé una decisión que cambió mi vida para siempre. Por ella dejé todos mis sueños de lado y lo volvería a hacer un millón de veces sin pensarlo.

—¿Por Estrella?

—No. Por Alana —aclaró—. Su llegada fue el motor que hizo que luchase por conseguirles a ella y a mi mujer un futuro mejor. Estaba aterrado, era solo un niño aprendiendo a ser adulto cuando vino al mundo, pero me esforcé por conseguir cada cosa que hoy tenemos.

—Lo hicisteis bien.

—Formas parte de esta familia, Hans —le dijo tras unos segundos—. Y apoyamos a los nuestros en sus decisiones.

—¿Carolina te lo ha contado?

Negó con la cabeza.

—Cuando tienes ocho hijos aprendes a interpretar sus silencios, gestos y miradas. —Hizo una pausa—. ¿Vas a pedirle matrimonio?

Hans abrió los ojos con sorpresa, sonrió a su suegro y palmeó su hombro con cariño.

—Me temo que vas a tener que engrasar tu radar y aplicarte más en eso del análisis, suegro.

Y tras eso, dejando al hombre desconcertado, se marchó en busca de su chica, que los observaba con una sonrisa curiosa.

Durante lo que restó de velada no se separó de ella. Abrazado a su espalda y estrechando su cintura consiguió despistarla lo suficiente al susurrarle al oído lo que tenía planeado hacerle en el lujoso baño del lugar, por lo que la joven fue incapaz de mover un solo músculo cuando su amiga lanzó el ramo a su espalda. Pero mereció la pena, ya que cumplió su promesa sobre el fresco lavabo de mármol sin quitarse ni una prenda siquiera.

Aquel vestido había resultado muy aparente para poder hundirse en ella sin dificultades, y sentir los tacones de Alana apretando su trasero se convirtió en un aliciente que le instó a penetrarla con mayor ahínco.

Sin embargo, aunque lo que habían compartido lo calmó en cierta manera y había conseguido desenredar parte del nudo que llevaba días instalado en su interior, supo que no podía posponerlo más, por lo que agarró la mano de Alana y la guio fuera del recinto donde todos bailaban y bebían.

—¿A dónde vamos? —le preguntó extrañada cuando puso la llave en el contacto de la moto y le tendió el casco.

—Es una sorpresa.

Ella lo miró suspicaz y se montó tras él. El efecto del poco alcohol que había ingerido se disipó al sentir el viento sobre sus mejillas y, para cuando se detuvieron, los nervios se concentraban en el estómago de la muchacha.

—¿De qué se trata? —preguntó al bajarse de la moto.

—¿Impaciente?

—Pues sí —admitió—. No sueles darme sorpresas.

—Llevas razón. Mal hecho por mi parte.

La sonrisa de Hans tuvo un deje de culpabilidad que dejó ver cuando aferró la mano femenina y echó a andar hacia Iris. La muchacha entró tras Hans cuando este abrió la puerta y se giró hacia ella con una sonrisa.

—¿Te ha sabido a poco lo del baño? —indagó Alana con diversión.

—Ya sabes que no me canso de ti, pero no estamos aquí para eso. Al menos no en principio.

Sonrieron juntos.

—Habla. Me tienes en ascuas.

Hans se desabrochó el pantalón y lo bajó por su cintura ante la mirada estupefacta de su chica. El brillo en los ojos femeninos al dirigir la mirada al trozo de piel recubierto por una película transparente le dejó claro que había conseguido su fin: sorprenderla.

—Hans...

A Alana se le nubló la vista.

—Lo que llevo pintado en el cuerpo es el reflejo de mi vida y de las cosas que me han importado, y tú no podías faltar en él. Tendría que haberlo hecho hace mucho tiempo, pero nunca es tarde, ¿no?

El dibujo de la misma carta de póquer que ella llevaba en su piel y que se había tatuado años atrás con sus amigas, lucía una ligera variación, ya que el interior de esta albergaba dos corazones rojos en vez del solitario de Alana.

—¿Cuándo te lo has hecho?

—Ayer —aclaró. Ella negó con una sonrisa y lo besó—. Y no es todo.

Alana se separó de él y lo miró con renovado interés.

—¿Más sorpresas?

—En realidad, esto solo era un detalle. —Se llevó la mano al bolsillo del pantalón, y Alana contuvo la respiración durante unos segundos, sin embargo, la soltó de golpe cuando se fijó en lo que le tendía. Por un momento había imaginado que se arrodillaría allí mismo para pedirle matrimonio y su corazón se había saltado un par de latidos ante la idea. Lo miró con extrañeza sin atreverse a agarrar aquel trozo de papel doblado—. He querido que estuviéramos aquí para dártelo porque Iris también forma parte de nuestra historia.

Alana asintió enternecida.

—Sé cuánto la echas de menos.

—En la misma medida que tú extrañas estar con tu familia —apuntó cuando su chica abrió el documento y comenzó a ojearlo. No pudo contenerse por más tiempo—. Es el contrato de alquiler con opción a compra de una pequeña casita que hay cerca del *camping*.

Los ojos de Alana volaron del papel a los suyos.

—¿Qué?

—Toda mi vida he buscado la felicidad en cada cosa que hacía, en cada lugar que recorría y ciudad que exploraba. —Agarró las temblorosas manos de ella, que dejaron caer la carta a sus pies—. Sé que no has tenido problemas en seguirme a través del mundo, de hecho, me pediste que lo recorriésemos juntos y durante estos años me he volcado en eso, sin embargo, ahora soy yo el que te pide que me concedas tener un lugar que podamos llamar hogar.

Un par de lágrimas resbalaron por las mejillas de Alana.

—¿Quieres quedarte?

Él asintió.

—Quiero que los dos seamos felices. Nada tiene sentido si alguno de los dos no lo es del todo, y sé que echas de menos a tu familia.

—Sí —confirmó—. Pero eso no significa que tengamos que quedarnos, podemos buscar la manera de...

—Quiero hacerlo, Alana —la interrumpió—. Jamás habría dado este paso si no estuviera seguro de que quiero echar raíces aquí junto a ti.

—¿No te vas a sentir estancado?

—No.

—¿Ni vas a necesitar huir?

—Espero que no. ¿Tienes pensado hacer algo que me provoque la necesidad de salir corriendo? Espera, creo que siento un cosquilleo extraño en las piernas —bromeó haciendo el amago de salir de la furgoneta—. No voy a irme, Alana. Te lo dije hace tiempo y te lo repito ahora.

—¿Nos quedamos?

—Sí.

—Parece que soy su debilidad, señor Müller.

—¿Alguna vez lo dudó, señorita Remo? —Besó la punta de su nariz, y ella se abrazó a su cuello—. Eres mi excepción.

—¡Eh, eso es mío!

—Deberías sentirte halagada, que te parafraseen significa que eres alguien importante.

—¿Lo soy?

—Para mí sí. Te amo más que al universo, *mädchen*.

—¿Me lo repites mientras me haces el amor? —le preguntó con un tono más bajo y sensual.

—Te lo repetiré cada día que me regales a tu lado.

Alana besó la comisura de su boca, sintiendo las cosquillas que su barba le provocaba.

—¿Seguro? Porque serán muchos. No sé si me va a poder seguir el ritmo, ya tiene una edad y...

Hans soltó un gruñido ronco que la hizo sonreír.

—Jovencita descarada.

Se fundieron en un nuevo primer beso, y ambos fueron conscientes de que se hallaban en el lugar en el que debían estar, al que de verdad pertenecían, al margen de todo lo demás.

Se encontraban en el sitio perfecto, el uno en los brazos del otro.

Epílogo

... e hicieron una barbacoa

Un momento como aquel merecía una celebración a la altura, y la familia Remo Delgado hacía tiempo que podía presumir de ser experta en organizar fiestas inolvidables.

Alana cerró la puerta de su coqueto hogar y rodó por las calles del pueblo que la había visto crecer, sintiendo un cosquilleo en el estómago. Cuando llegó a la casa familiar, aquel conocido caos le provocó una sonrisa.

—Hola, mamá —la saludó cuando esta pasó por su lado secando una ensaladera.

—Hazme un favor y no dejes a la vista de tu hermana pequeña el monopatín —le dijo bajando la voz—. No tengo ganas de acabar en urgencias de nuevo con otro de sus huesos roto.

Alana sonrió.

—No te preocupes, lo esconderé.

Estrella negó agotada y continuó su camino. Alana, tras guardarlo en el armario de la entrada, decidió salir al jardín y se acercó a su padre, dándole un beso en la mejilla. Este le tendió una cerveza del botellero que ella rehusó con un gesto.

Fede levantó una ceja, mirándola inquisitivo.

—¿Tienes algo que contarme?

—¿Me lo preguntas como padre o como jefe? —rebatía divertida.

—De jefe nada, socio; y lo mismo da.

—Una vez más, papá: no estoy embarazada —alegó sintiendo que repetía demasiado esa frase en los últimos tiempos, sobre todo desde que había cumplido los veintiocho.

¿Qué le pasaba a su familia con el tema bebés?

—¿Has hablado con Müller?

—Sí. Ha llegado hace unos diez minutos a Madrid.

Su padre asintió con la cabeza, y Alana lo observó con detenimiento. Trabajaban codo con codo desde que ella y Hans habían decidido instalarse en Costa Serena. Al principio, Alana tan solo se limitaba a ayudarlo en los entrenamientos y poner en práctica algunas de las cosas aprendidas, sin embargo, no pasó demasiado tiempo antes de que todos esos conocimientos e ideas comenzaran a fluir e implantarse en el negocio.

Poco a poco, aquel centro de entrenamiento local, que tan buen nombre y clientela se había ganado, se convirtió en algo más. En la actualidad contaban hasta con una aplicación de entrenamiento funcional y nutrición que cada vez tenía más adeptos, aunque el punto real de inflexión fue cuando incluyeron a Hans en la ecuación o a Müller, como su padre se empeñaba en llamarlo dentro del ámbito laboral.

Supieron aprovechar su don de gentes, su facilidad para comunicarse en varios idiomas y los contactos que tenía gracias a sus extraños trabajos eventuales por todo el mundo, y dieron un salto más al convertirse en espónsor de eventos deportivos como los X Games, competición que acababa de celebrarse en California y a la que Hans había acudido en calidad de representante y relaciones públicas.

—¿Se huele algo de todo esto?

—Digamos que piensa que vamos a celebrar una sencilla barbacoa familiar para darle la bienvenida, después de estar diez días fuera de casa —contestó ella con una sonrisa.

—Bien —asintió Fede orgulloso de la tapadera.

Su madre la llamó desde alguna de las ventanas de la casa, y ella se despidió de su progenitor, el cual le hizo un gesto con la mano invitándola a abandonar el jardín. Cuando llegó a la casa, su sonrisa se ensanchó.

—¡Virginia! —contestó con verdadera alegría abrazando a la mujer, que se descolgaba en ese momento el bolso del hombro. Había acudido sola, ya que su marido no había podido pedir permiso en el trabajo—. Gracias por venir.

—No tienes que darlas, estoy encantada de estar de nuevo por aquí —rebatía devolviéndole el abrazo—. ¿A qué hora llega?

—Aún le quedan un par de horas.

—Debe de estar agotado.

—Bueno. —Sonrió elevando ambas cejas—. Según me ha dicho, se ha pasado casi todo el vuelo desde Los Ángeles a Madrid roncando. Comodidades de viajar en primera clase, lo ha llamado.

Virginia abrió mucho los ojos, y Alana se encogió de hombros.

—Quién lo ha visto y quién lo ve... Menuda siestecita se ha debido de echar.

—Once benditas horas.

Rieron juntas y, un momento después, su madre las animó para que salieran a la terraza a picotear algo. Así lo hicieron y estuvieron un buen rato charlando animadas, aunque Alana no paraba de intentar controlar el revoloteo que sentía en su estómago. En ello andaba cuando una conocida voz llegó hasta ella.

Se giró a tiempo de ver una nube de pelo rubio, casi blanco, volar hasta ella.

África se tiró a los brazos de su amiga, y ambas emitieron unos chillidos ridículos y algo infantiles que hicieron sonreír a los más cercanos.

—¡Alana! ¡Tía! ¡Que estoy aquí otra vez! —repetía la recién llegada—. Costa Serena, *ji'm back!*

—¡Sí! Qué bien que hayas podido venir. —Alana soltó una risa encantada y la agarró de las manos. Aquello provocó que se separasen. La miró con atención—. Guau, estás impresionante.

Y lo estaba. África siempre había sido llamativa, sin embargo, aquellos rasgos aniñados que había podido tener en el cuerpo o en el rostro habían desaparecido por completo, dejando paso a los de una despampanante mujer que vestía una elegante y atrevida ropa de marca, coronada con un generoso escote.

Los veintiocho le habían sentado muy bien.

—Afri... —Alana abrió los ojos como platos fijando la vista en su pecho.

La carcajada de su amiga no se hizo esperar.

—¿Te gustan? Obsequio de mi última conquista. —Se ajustó el busto elevando ambas cejas—. Era cirujano plástico.

—Un regalo muy... ¿interesante? Espera... —La miró con los ojos horrorizados—. ¿Era?

¿Lo has matado o algo así? Por favor, dime que no te lo has cargado.

—No. —Rio—. Solo pertenece al pasado.

—No sé por qué no me sorprende —rebatí Alana.

—Bueno, ¿qué me he perdido durante todos estos años? —Se agarró del brazo de su amiga y miró a su alrededor—. Seguro que hay alguna novedad jugosa al margen de lo bueno que sigue estando tu padre. Dios. —Silbó y se mordió un labio mirándolo con lascivia—. ¿Qué edad tiene ya? Este hombre es como el vino...

—África, por lo que más quieras —le rogó con un gemido lastimero.

—En serio, ¿cuántos años tiene?

—Cuarenta y seis —contestó fingiendo aburrimiento.

—Cuarenta y seis meneos le daba —murmuró, y Alana le dio un empujón que le provocó una risa sincera—. Bueno, ¿qué opinas sobre que nuestra amiga Alba haya decidido seguir los pasos de tus padres y ya tenga tres hijos? Por cierto, vendrá, ¿no?

Alana sonrió enternecida con la mención.

—Sí, más tarde. Te aviso de que la niña es una muñeca preciosa y buenísima.

—Uy, uy, uy... Me da que te está entrando el gusanillo.

—¡No! —Negó con la cabeza—. Estamos muy bien como estamos y no nos hace falta nada más. Ni Hans ni yo queremos niños.

—Ya, ya —contestó no muy convencida—. ¡Hostia! ¿Esa es tu hermana Fabiola?

Los ojos de su amiga se abrieron como platos. Alana siguió la mirada de la otra y se fijó en la joven, que en breve estrenaría su mayoría de edad.

—La misma.

—Madre mía. —Silbó de nuevo—. Y seguro que no le habrá hecho falta tirarse a ningún cirujano cincuentón, que para nada estaba igual de bueno que tu padre, para conseguirlas.

Alana se carcajeó algo horrorizada. Había olvidado lo intensa que era su amiga en vivo y en directo.

—Por supuesto que no.

—Maldita genética la vuestra.

—Entrena cada día —aclaró—. Cuando acabe la carrera quiere prepararse para las pruebas de la Policía.

—No me jodas, ¿pato? ¿Al final lo va a hacer de verdad?

Alana asintió.

—Nadie la llama así ya.

—No me extraña, se ha convertido en un cisne pibón.

Mientras Alana reía pasó por su lado Guille, que se detuvo fijando la vista en el escote de la recién llegada.

Su hermana mayor carraspeó, pero él ni se inmutó.

—Hola, Guillermo.

La mención de su nombre completo en los labios de aquella beldad le hizo sentirse todo un hombre. Elevó la mirada y la observó prendado.

—Guille, ¿te acuerdas de mi amiga África?

—¿Si digo que sí me estrecharás entre tus brazos? —rebatí sin un ápice de vergüenza.

África se echó a reír.

—La última vez que te vi me lanzaste un saltamontes y te empeñabas en tirarme del pelo. Aún te meabas en la cama, de hecho.

—Entonces era solo un niño —le dijo con una sonrisa seductora.

—Justo lo mismo que eres ahora —rebatíó su hermana aguantando la risa.

Este la miró con gesto indignado.

—Tengo barba, por lo que ya no soy un niño.

—Creo que papá te llama. Ve, anda.

El preadolescente asintió no muy convencido, no sin antes dedicarle un guiño a la diosa de pelo blanco, y se giró dejándolas a solas.

—Menudo personaje.

—Creo que mis padres lo recogieron de la basura. Barba, dice... Si son cuatro pelos jugando al póquer —bromeó Alana—. Bueno, antes de que alguien más nos interrumpa, ven conmigo.

La agarró del brazo y la guio por el césped hasta una puerta que antes no se encontraba allí. Alana le explicó que habían delimitado la zona del centro de entrenamiento, creando una entrada anexa a la casa y ampliando el edificio. La anfitriona le enseñó a su amiga las instalaciones, y África alucinó con cómo había cambiado todo.

Al regresar, se sentaron a picotear algo junto a su hermana Fabiola, y pronto se les unieron Carolina; Zahara; su tía Alicia, y las gemelas, Emma y Diana.

Los nervios en el estómago de Alana no paraban de crecer conforme se acercaba la hora de la llegada de Hans. Bruno, el único que faltaba en la reunión, se iba a encargar de ir a recogerlo, puesto que vivía en una zona cercana al aeropuerto.

Para cuando todos —y ese «todos» englobaba a la numerosa familia y a los amigos— esperaban en el jardín, Alana se retorció las manos aguardando tras la puerta de entrada.

Sintió el zumbido del coche entrando en la calle e inspiró hondo. El sonido de las puertas al cerrarse la hizo contener el aliento, e intentó serenarse cerrando los ojos y soltando el aire poco a poco por sus labios fruncidos.

—¿Hola? —dijo Bruno abriendo la puerta.

—¡Hola! —saludó ella esquivando a su hermano y echándose en los brazos de un despeinado Hans, que la cogió al vuelo y sonrió enterrando la cara en su cuello mientras la elevaba.

Alana enroscó las piernas alrededor de su cintura y se colgó de él como un koala.

—Yo también me alegro de verte, hermana —ironizó Bruno—. Y Laura está a punto de echarse a llorar con tu afectuoso recibimiento. De verdad, no nos lo esperábamos. Sé que llevamos tiempo fuera, pero vinimos el mes pasado y...

—Déjalos —le dijo su chica divertida, palmeándole el hombro.

—Para lo que hemos quedado.

Entraron en la vivienda, permitiendo a los tortolitos fundirse en aquel abrazo que parecía que nunca iba a acabar. Alana y Hans continuaron así unos minutos y, cuando él intentó despegarla por segunda vez de su cuerpo, soltó una carcajada.

—¿Te piensas quedar así todo el día?

—Sí.

—Vale. —Aferró su culo con ambas manos y echó a andar hacia dentro de la casa—. Por mí, ningún problema, era solo por saberlo.

Alana sonrió y retiró el torso, fijando su mirada en los ojos algo cansados del hombre.

—Hola.

—Hola, *mädchen*. ¿Me has echado de menos?

—Apenas.

—Ya se nota. —Sonrió—. Yo no me he acordado nada de ti, ni siquiera en las solitarias noches en el hotel.

Alana se mordió el labio y lo miró con los ojos brillantes.

—Ah, ¿no?

—No. —Pasó la lengua por la comisura de la boca femenina—. Me moría de ganas de verte.

—Y yo a ti.

—Me tienes que repetir lo de la videollamada.

—¿El qué? Quizá necesite que me refresques la memoria con aquel bailecito que me hiciste delante de la cámara...

Hans soltó una carcajada y la besó con ganas. Hundió la lengua en su boca, y Alana gimió en respuesta, enredando los dedos en su pelo. Tras unos segundos así, un carraspeo les hizo separarse reticentes.

—Hay ciertas cosas que una chica de diez años no necesita ver, y esta es una de ellas.

—Hola, Zahara —contestó Hans conteniendo la risa.

—Ve fuera —le pidió su hermana.

—No hará falta que me lo digas dos veces —rebató poniendo una mueca de asco cuando Hans volvió a besar a su hermana mayor.

Tras unos minutos más, que a ambos les parecieron segundos, Alana inspiró hondo e intentó serenarse. No podía alargar más aquello, había demasiada gente esperando allí fuera.

—¿Vamos?

—¿Es obligatorio? —se quejó él—. Preferiría irme a casa y continuar con esto.

—Después —lo animó divertida—. Antes saludemos a mis padres.

Se bajó de su cuerpo anhelando el contacto con su piel al instante y lo agarró de la mano. Hans se dejó guiar, observando el contoneo de la cintura femenina y aquel trasero prieto cubierto por aquellos minúsculos pantalones.

—Me encanta el verano.

Alana soltó una risita cuando giró la cabeza y lo pilló observándola.

—Viejo verde.

—Niñata descarada —rebató.

Cuando salieron al jardín, Hans no se percató en un primer momento de nada, concentrado como estaba en pegarse al cuerpo de su chica y restregarse por su trasero. La había echado de menos y las mejillas de Alana se colorearon cuando sintió todas las miradas de los presentes fijas en ellos, y a él, ajeno a todo, sobándole el trasero y oliendo su cuello.

—Hans... —murmuró—. Para, Hans...

Él gruñó en respuesta cuando se separó y no le dio tiempo a asimilar lo que ocurría antes de que un aluvión de voces gritaran «felicidades».

Oteó la terraza y compuso un gesto confundido. ¿Estaría aún en el avión dormido y soñando? No encontraba otra explicación a aquello, pues en el jardín de sus suegros no cabía un alfiler, y la comitiva la encabezaba alguien que jamás habría esperado encontrar allí.

—¿Vir?

La mujer sonrió y corrió hacia él, turbada. Se fundieron en un abrazo muy conmovedor que emocionó a los presentes.

—¿Vas a llorar? —le preguntó África a Alana.

—Calla.

—Vas a llorar —confirmó, y Alana se fijó en que sostenía a la hija pequeña de Alba entre sus brazos.

—Te pega.

El gesto de horror que África le dedicó, sumado a la rapidez con la que le tendió el bebé a la progenitora, hizo reír a las otras dos.

—No lo digas ni en broma. —Fingió un escalofrío—. Eso os lo dejo a vosotras.

—Conmigo no cuentas —rebató Alana—. Le he pasado el testigo a mi hermano Bruno.

—Por cierto, ¿no me dijiste que iba a traer a Hans?

Alana frunció el ceño ante la pregunta de su amiga.

—Sí. Estará por ahí. —Rebuscó con la mirada—. ¡Allí!

África siguió la dirección que señalaba, escrutando a su alrededor.

—No veo una mierda —se quejó—. Voy a tener que ligarme a un oculista. ¿Qué edad crees que tendrá Alain Afflelou? Aunque quizá tenga algún hijo. Investigaré...

Alana soltó una carcajada y negó con la cabeza.

—Está allí, al lado de la piscina. Es el que está morreándose con Laura, la chica morena del pantalón amarillo.

—¿Es la misma Laura de siempre?

Ella asintió y el rostro de su amiga reflejó repulsa, sin embargo, no le dio tiempo a pronunciarse, pues el hijo mayor de Alba llegó entonces hasta ellas, y Alana lo cogió en brazos, jugando con él unos segundos.

Para cuando Hans terminó de saludar a toda la familia y a los amigos que allí se reunían, y regresó con Alana, un suspiro mezcla de cansancio y felicidad escapó de sus labios.

África le dio dos besos y se excusó separándose de ellos en dirección a la piscina, por lo que su chica le acomodó el pelo algo alborotado, y él le sonrió, agarrándola de la cintura y alejándose unos cuantos metros de la fiesta.

—¿Te ha gustado la sorpresa? —indagó ella.

—Sí, aunque no tendrías que haberte molestado. Me hubiese conformado con un poco de *sushi* en casa y una peli juntos.

—*Sushi* y peli, ¿eh? La edad te está cambiando —le contestó divertida—. Este año te merecías un gran cumpleaños.

—Cuarenta y uno no se cumplen todos los días.

—Qué viejo —bromeó, envolviendo los brazos en torno a su torso—. ¿Qué hago yo con un señor tan mayor?

—Muchas cosas indecentes y perversas. —Alana puso morritos y frunció el ceño—. Y también cuidarme y quererme, claro.

—Claro.

—Gracias, *mädchen*. Me ha encantado la sorpresa.

—No tienes que darlas.

—Sí que tengo. Tú eres la razón de todo esto. —La muchacha lo miró con interés—. Eres la pieza que me faltaba y cuando encajaste en el complicado puzzle que era mi vida, llenándolo todo de sentido y de gente, comprendí que no podía dejarte escapar.

—Te quiero.

—Y yo a ti, preciosa.

—Ven, quiero enseñarte algo.

Lo agarró de la mano y lo guio por el camino tan conocido para ambos, el mismo que conducía al lugar en el que compartían tiempo a diario, aunque pasaron de largo el gimnasio.

Hans la miró con una ceja alzada.

—¿A dónde vamos?

—¿Impaciente?

Él soltó una carcajada y asintió, sin dejar de seguirla en silencio, sin embargo, el gesto de diversión se borró de su rostro cuando su chica se detuvo y fue consciente de a dónde lo había

llevado y por qué.

—¿Qué? —Enfocó su vista en ella, alucinado—. ¿Cuándo...?

Alana se mordió el labio inferior con ilusión.

—¿Te gusta?

Hans giró todo su cuerpo hasta ella y volvió a torcer la cabeza hacia arriba, sin poder dejar de observar lo que había hecho.

Negó incrédulo repetidas veces y la estrechó por la cintura.

—¿Cómo demonios has hecho eso?

Señaló con su brazo al árbol que tenían frente a ellos, al fondo del terreno. El gran ficus de grueso tronco y denso follaje servía de guía para una sólida plataforma de madera en la que Iris coronaba la cima.

—Me dijiste que de pequeño siempre habías soñado con una casa en un árbol y se me ocurrió que quizá te gustaría tener tu propio centro de mando en las alturas. Sé que no te gusta demasiado tu actual despacho compartido con mi padre.

—Alana... —Su nombre salió de sus labios con la mezcla perfecta de devoción y sorpresa.

—¿Quieres subir?

Hans asintió y no perdieron ni un segundo en salvar los empinados escalones. Cuando llegaron a la plataforma, Alana sonrió agarrándose a la barandilla. Hans pasó por su lado y aferró su mano, entrando juntos en el vehículo convertido en su propia y original casa del árbol.

Se notaba que habían despejado la zona y limpiado todo el interior, pero él no reparó en nada de aquello, concentrado como estaba en llevar a Alana hasta la cama y tumbarse sobre ella.

Por suerte, aquella seguía estando en el mismo lugar de siempre, solo que mucho más arreglada que de costumbre.

Ella, al ver sus intenciones, tironeó con suavidad de su brazo intentando frenarlo.

—Los demás están en la fiesta —expuso.

—No tardaremos mucho.

—Hans...

—Me encantaría demostrarte cuánto me han gustado todas estas sorpresas, *mädchen* —ronroneó encendido.

—No ha sido solo cosa mía, todos han ayudado a construirla durante estos días. Mi padre no ha dormido tranquilo hasta asegurarse de que ni un huracán pudiese tumbarla.

—Pues ahora mismo me van a perdonar, pero voy a volcar todo mi agradecimiento en ti, espero que puedas sobrellevarlo.

Alana fue incapaz de responder, ya que las palabras se atoraron en su garganta al sentir las manos y la boca de Hans recorrer su cuerpo.

Olvidó que a unos cuantos metros la fiesta continuaba, se esfumó su reticencia a ausentarse más de la cuenta, se concentró en su hombre y en lo que hacía con su cuerpo, y gimió su nombre enloquecida cuando el clímax los sorprendió a ambos: ella, una vez más, con la cabeza colgando de la cama, fruto de los embistes de Hans sobre su cuerpo, y él resollando por el esfuerzo del movimiento frenético de sus caderas y la liberación de la que había sido víctima segundos antes.

La boca femenina suspiró satisfecha cuando Hans desperdigó delicados besos desde sus labios hasta su abdomen, en un camino lento y sinuoso.

—¿Estás bien? —le preguntó divertido al ver que no se movía—. Se te va a ir toda la sangre a la cabeza si sigues boca abajo.

—Creo que no puedo moverme.

Hans soltó una carcajada y la ayudó a incorporarse. Cuando se quedaron frente a frente,

despejó la cara femenina del cabello despeinado y besó sus labios.

—Mi corazón no está para estos trotes.

—No digas tonterías. —Se rio ella.

—No lo son. Todos los días me enamoro un poco más de ti y tengo miedo de que un día se colapse de tanto amor.

Ella lo miró conteniendo una sonrisa.

—En el fondo eres un romántico.

—Soy un hombre enamorado y feliz, y estos seis años han sido los mejores de mi vida y ha sido gracias a ti.

Ella lo besó emocionada.

—Te amo, Hans —le dijo con la frente apoyada en la suya.

—Y yo a ti, *mädchen*. Más que al universo.

FIN

(O hasta que nos volvamos a encontrar en Costa Serena)

Agradecimientos

Esta historia ha supuesto un punto de inflexión en mi vida en muchos sentidos. Antes de ella escribía cuando se daba el momento idóneo y los astros se ponían de acuerdo para alinearse y que así me viniese la inspiración. Por supuesto, esto ocurría muy de tarde en tarde teniendo en cuenta que tengo un trabajo externo, dos niños pequeños, una casa y un marido a los que prestar toda mi atención.

Sin embargo, cuando abrí el fichero del «Proyecto: Agua» me propuse escribir cada día. Vale, reconozco que al principio no lo cumplí demasiado, más de la mitad de la novela la escribí desde el teléfono y, de forma habitual, metida en la cama cuando todos los demás dormían, pero no era suficiente.

Un día en el que me di cuenta de que, por mucho que me quejase, no iba a cambiar nada si no ponía todo de mi parte, comencé a establecer una rutina de escritura diaria. Me apoyé en compañeras con mis mismos sueños e ilusiones, continué formándome, planificando los pasos que iba a dar, levantándome cada día a las 5:55 para encerrarme a teclear mientras el mundo aún dormía... Y el sueño se comenzó a hacer realidad.

A día de hoy aún tengo un trabajo externo y muchas obligaciones (porque yo soy así de agonía y perfeccionista, y quiero abarcarlo todo), pero también tengo un plan en el que me estoy dejando la piel y el descanso, y por suerte tengo muchas personas que me demuestran su cariño cada día para poder seguir adelante. Aquí va mi agradecimiento a todas ellas, y perdonadme si me olvido de mencionar a alguien:

En primer lugar, y como siempre, a mi marido y a mis dos hijos, que aguantan mis ausencias en la cama, mis agobios frente al teclado y esos cambios de humor cuando me meto tanto en las historias que me contagio de mis personajes. No podría conseguirlo sin vosotros. Os amo más que al universo.

María Ferreira, sé que tu nombre siempre aparecerá en mis agradecimientos, porque no concibo mi vida sin ti y sin tu apoyo. Quien tiene una hermana tiene un tesoro, pero quien encuentra en ella a una amiga tiene una fortuna. Gracias por vivir tanto mis sueños y animarme a cumplirlos.

Marisa Cantero, mi preciosa Villenera que ha desgranado esta historia antes que nadie y ha querido tan bien y tan bonito a mis chicos. Jamás podré agradecerle lo suficiente al mundo virtual el haberte puesto en mi camino. Millones de gracias por subir al castillo de Villena, móvil en mano, para mostrármelo a kilómetros de distancia. Tenemos pendiente una subida juntas.

Rachel Bachs, mujer preciosa y mejor amiga, que leyó los esbozos de los primeros capítulos, vislumbró la personalidad de Hans y el conflicto de Alana, y me impulsó a volar tan alto como las estrellas. Te amodoro *to the moon and back*.

Mis lectoras beta, Violeta Lago y Rocío DC, que, pese a no tener tiempo y con muchas cosas en la cabeza, siempre encuentran un hueco para mis historias y me aconsejan como nadie para hacerlas redondas.

Lucía Herrero y Jessica Lozano, mis compis de Mastermind. Qué bonito lo que compartimos, chicas. Ojalá esta unión sea por mucho mucho tiempo. Gracias por vuestros consejos en mis momentos de bajón. ¡Ah! Y gracias a Lucía por sus clases de gramática y ortografía. Jamás los leímos dieron tanto de sí.

Raquel Antúnez, compañera, amiga y hada madrina de esta historia. Gracias por ser la varita mágica de la ortografía y darle el toque de oro a mis novelas. Siempre contaré con tus servicios (bueno, a menos que me quede sin un euro, claro, jijiji). Leed sus historias, son la caña y muy divertidas.

Mis Nanomágicas. Más que un grupo somos una piña. ¿Qué puede haber mejor que treinta y nueve mujeres con las mismas ilusiones y sueños, compartiendo sus días buenos y malos? Vale, también nos alegramos la vista con nuestros musos, pero solo por el bien de nuestra inspiración. Sois estupendas, chicas, y vamos a conseguir todos nuestros sueños.

Iris T. Hernández. Mi Laura bonita, porque esos madrugones con nuestros mensajes diciéndonos el número de palabras conseguidas y enviándonos ánimos la una a la otra han sido como un café en un día somnoliento. ¡A por todas!

A Marien Fernández. Una de las cosas que más miedo me daban de autopublicar era el tema de conseguir a alguien que pudiese volcar en una imagen cosas que ni yo misma era capaz de poner en voz alta. Contigo todo ha fluido desde el principio, te has metido en mi cabeza, has obrado magia y has dado a mis chicos una carta de presentación perfecta.

Beatriz Blumen, la chica con la voz más sexi que conozco. Quizá no puedas llegar a imaginar lo que me caló tu ponencia sobre los eneatis y lo que me transmites cada vez que veo uno de tus vídeos o escucho tus audios. Me ayudaste a conocer mejor a Hans y Alana, y por eso tengo que darte un millón de gracias. Nunca dejes de creer en ti, porque nos haces creer en nosotras mismas.

A todo el que abre las páginas de un libro, porque sin ellos la literatura no tendría sentido.

A los que apoyan la novela romántica y vuelcan su tiempo y talento en hacernos llegar a más gente.

A ti, lector, por haber elegido esta historia y dejar que mis personajes cobren vida ante tus ojos. Eres la razón de todo esto, así que un gracias en mayúsculas. ¿Me dejas que abuse un poco más de ti? Déjame tu opinión en cualquier plataforma o red social, me ayudarás un montón a seguir creciendo.

Hasta la próxima.

Maca Ferreira



Aquí puedes meterte un poquito más en mi cabeza y hacerte una idea de lo que me ha inspirado a la hora de crear esta historia.



1.  **Mariposas**
Aitana & Sangiovanni
2.  **Libertad**
Nil Moliner
3.  **Me gusta la vida**
Funambulista
4.  **Levantaremos al sol**
Álvaro de Luna
5.  **Clima Tropical**
Dani Fernández
6.  **De perreo**

Marlon

7.  **Always remember us this way**
Lady Gaga
8.  **Perfect**
Ed Sheeran
9.  **All this love**
JP Cooper
10.  **Is This Love**
Bob Marley & The Wailers
11.  **Before you go**
Lewis Capaldi
12.  **Disfruto**
Carla Morrison
13.  **Obra de arte**
Carla Morrison
14.  **Dile a los demás**
Dani Fernández
15.  **Uno x uno**
Manuel Carrasco
16.  **I will be here**
Simon Casey
17.  **You are the reason**
Calum Scott & Leona Lewis
18.  **Miedo a querer**
Paula Rojo

- 19.  **Ojalá**
Beret
- 20.  **Aunque tú no lo sepas**
El canto del loco
- 21.  **Vas a quedarte**
Aitana



SERIE COSTA SERENA VOL. 1

(DISPONIBLE EN [AMAZON](#))

«Una novela romántica actual, dulce y divertida, que nos muestra cómo el destino puede jugar con el presente, utilizando el pasado a su favor»

Dicen que el primer amor nunca se olvida.

¡Qué natural fue descubrirlo a tu lado! Garabatear nuestras iniciales suspirando y sonriendo. Desatender en clase deseando un nuevo roce con tus manos. Qué bonito mirarte con esos ojos inocentes, sentirte con mis labios ignorantes calmando nuestra sed adolescente. Crecer. Reír. Equivocarnos...

Dicen que el primer amor nunca se olvida.

Sé que tienen razón, así como tampoco se borran el miedo y las inseguridades que empañan los recuerdos de algo tan puro y especial. Relegarte al olvido e intentar acallar los errores del pasado en otros labios que no eran los tuyos, que no despertaban a los míos. Reír a medias. Vivir a medias. Volver a equivocarme...

Hasta que te volví a ver.

Dicen que el primer amor nunca se olvida, y también que el único fruto del amor... es la manzana.



SERIE COSTA SERENA VOL. 1'5
(DISPONIBLE EN [AMAZON](#))

«Una novela corta cargada de humor, algo gamberra y contada por el protagonista masculino»

Me llamo Leonardo y a veces me pregunto si mis padres podrían haber imaginado que mi nombre llevaría implícita mi pasión por el arte y que terminaría enamorándome de la mismísima Mona Lisa en carne y hueso.

Como buen aventurero que soy, decidí dar un giro a mi vida y empezar de cero en una ciudad desconocida, una elección que lo cambiaría todo para siempre. Desde que conocí a Leire, mi nueva jefa, me sentí atraído por ella, aunque intuí que detrás de su enigmática sonrisa había mucho más de lo que mostraba al mundo.

A pesar de su actitud fría y distante, de su carácter a veces insoportable y de los riesgos que corría poniendo en peligro mi nuevo puesto de trabajo, no me rendí en mi intento de despojarla de todas sus máscaras. Pero incluso para un experimentado guerrero como yo hay batallas que parecen imposibles de ganar.

¿Seré capaz de descubrir cada uno de sus misterios antes de perderlo todo?

Biografía



Macarena Ferreira nació en un frío mes de diciembre de 1985 en Sevilla (España) y es la pequeña de su casa, aunque casi siempre ha sido la primera en todo. Felizmente casada con su marido y su hipoteca (con esta última no tan felizmente), vive en un pueblo del Aljarafe sevillano acompañada de su marido, sus mascotas y sus dos hijos, Paola y Álvaro, los grandes motivos de sus sonrisas cada día.

Independiente, con gran sentido del humor, metódica y algo impulsiva, estudió Gestión Administrativa y Marketing Comercial, ejerciendo en ambas ramas desde que comenzó su carrera laboral.

Lectora empedernida y, durante muchos años, bloguera y reseñadora, utilizó su blog para dar a conocer su faceta de escritora compartiendo uno de sus relatos, lo que la llevó, gracias a los mensajes que recibió de apoyo y ánimo, a continuar escribiendo y terminar publicando.

Su primera novela: *Descubriendo a Valentina* (mayo 2015), fue autopublicada y reeditada posteriormente con la editorial Planeta en marzo del año siguiente. Bajo el mismo sello se editó *Conquistando a Rebeca* (septiembre 2018), secuela de esta primera, y *No dejes para mañana las ganas que me tienes hoy*, novela autoconclusiva que salió al mercado en mayo de 2019.

En junio del año 2020 vio la luz su publicación más especial, un cuento infantil que creó conjuntamente con su hija: *El cuento de la buena pipa*.

Diario de cuarentena: desvaríos de una madre desquiciada, se puso a la venta en octubre de 2020, un diario personal cargado de ilustraciones inéditas donde narra sus peripecias, en su habitual tono cómico, durante los momentos que vivió con su familia en el confinamiento mundial debido al Covid-19.

El único fruto del amor es la manzana, novela romántica contemporánea, se publicó en diciembre del 2022, y es la primera entrega de la serie *Costa Serena*. *Regálame tu sonrisa, Mona Lisa* (marzo 2023), es una novela corta perteneciente a esta misma serie. *Eres la excepción que desmonta mis planes* es su última publicación, aunque en su cabeza ya existen otras historias que comienzan a correr por sus dedos, prometiendo volver pronto a hacernos reír y disfrutar.

Descubre la última hora de la autora en sus redes sociales:



@macaferreirab



Maca Ferreira - Autora



www.macaferreira.com

[1] **Mantis de hoja seca**, también llamada mantis fantasma (*Phyllocrania paradoxa*), es uno de los insectos más raros del planeta. Su tamaño reducido, el patrón de colores y las pequeñas arrugas de sus costados, le permiten mimetizarse en un suelo de hojarasca con total tranquilidad para acechar a sus víctimas.

[2] **Posidonia** es una planta acuática endémica del mar Mediterráneo. Tiene características similares a las plantas terrestres y forman praderas submarinas que tienen una notable importancia ecológica.

[3] *Scheiße* de la traducción alemán-español: «mierda» o «joder».

[4] *Schwans* de la traducción alemán-español: «polla»

[5] La **kryptonita** es el material que hace perder los poderes a Superman en las aventuras de este conocido superhéroe.

[6] **Cíborg**: ser formado por materia viva y dispositivos electrónicos.